CLAUDIANO

POEMAS

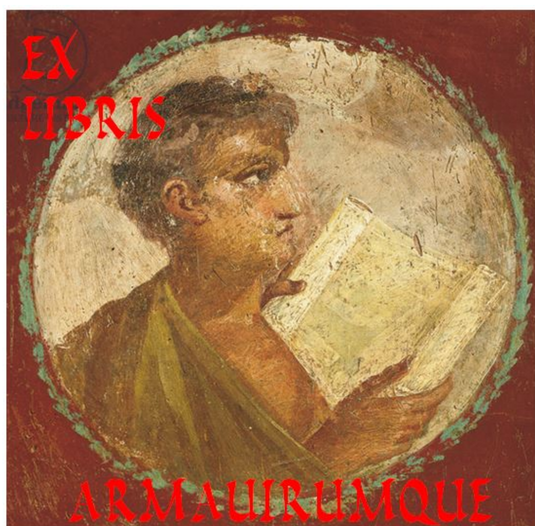
II

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MIGUEL CASTILLO BEJARANO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 181



Asesores para la sección latina: JAVIER ISO y JOSÉ LUIS MORALEJO.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por LUIS RIVERO GARCÍA.

Depósito Legal: M. 16388-1993.

ISBN 84-249-1616-6. Obra completa.
ISBN 84-249-1618-2. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1993. — 6564.

CONTRA EUTROPIO

18

LIBRO I

Que el mundo deje de maravillarse ante los nacimientos de seres monstruosos, ante los hijos temibles para su propia madre y el aullido de los lobos oído por la noche en medio de las ciudades, ante los ganados que hablan, para asombro del pastor, ante las crueles tempestades de piedras y el hecho de que Júpiter haya enrojecido amenazador con sanguíneas nubes, ante los pozos transformados en sangre y el hecho de que se encuentren en el cielo dos lunas y dos soles. Todos los prodigios palidecieron ante nuestro cónsul eunuco [1]. ¡Ay, vergüenza de la tierra y el cielo! Se muestra por las ciudades una vieja vestida con la trábea y afemina el nombre del año. Abrid, pontífices, las profecías de la sibila de Cumas, que la experta Etruria consulte los destellos de los relámpagos y los arúspices examinen el prodigio oculto en las entrañas. ¿Qué novedades nos anuncian los dioses? ¿Acaso el Nilo, apartado de su

[1] Eutropio, cónsul de Oriente en el 399. Cf. «Introducción», página 43.

curso y desertor ya de nuestro mundo, intenta mezclarse con el Mar Rojo? ¿De nuevo será devastado Oriente por las armas bárbaras tras haber sido cruzado el Nifates [2]? ¿O va a llegar la catástrofe de la peste? ¿O ninguna cosecha compensará a los labradores? ¿Qué víctima expiará tan grandes iras? ¿Con qué sacrificio aplacaremos los crueles altares? Las fasces deben ser purificadas con el cónsul y se debe hacer el sacrificio con el monstruo mismo. Que Eutropio expíe con su cuello todo lo que nos preparan los destinos con este presagio.

¿Así, Fortuna, lo confundes todo? ¿Esta clase de poder tienes? ¿Cuál es, pues, esa manera cruel de divertirse? ¿Cuánto te ensañarás con los asuntos humanos? Si te agradó deshonrar la silla curul con la presencia criminal de un esclavo, que se presente como cónsul tras habérsele quitado las cadenas de sus pies, que adopte la manera de ceñirse de Quirino tras haber franqueado el ergástulo. Permite al menos que sea un hombre, sea cual sea su condición. Los esclavos tienen ciertos grados y su propia dignidad y tiene en su condición una mancha menor quien ha vivido para un solo dueño. Contarás los dueños de Eutropio si aprendes a contar las olas del mar, si aprendes a contar las arenas de Libia. ¡Cuántos documentos legales hizo cambiar él, cuántos registros, cuántas veces cambió su nombre! ¡Cuántas veces fue desnudado mientras el comprador consulta al médico para que ningún defecto causado por ocultas dolencias pase inadvertido! Todos se arrepintieron del précio pagado y volvía a ser puesto en venta de nuevo mientras pudo ser vendido. Después que quedó como un espantoso cadáver y se convirtió todo en arrugas de vieja, ya lo arrojan de las casas a porfía so pretexto de regalo

[2] En unos autores es un monte y en otros un río armenio.

y se apresuran a encajarles el horrible obsequio a los ignorantes. Tantas veces sometió al yugo su cuello trasladado de un lugar a otro, su vieja y siempre nueva condición de esclavo; y nunca dejó de serlo, sino que comenzó muchas veces.

Ya su primera infancia estuvo obligada a sangrientos suplicios. Es arrebatado del pecho mismo para ser castrado. El sufrimiento lo prohíja tras salir del seno de su madre. Se apresura el armenio experto en afeminar a los varones mediante la castración con su infalible cuchilla, para aumentar con esta pérdida su vergonzoso precio. Le saca de los dos órganos el fuego fértil de su cuerpo y con un solo corte le arrebata su función de padre y su nombre de marido. Eutropio quedó con su vida dudosa y sus nervios cortados llevaron el frío hasta el fondo del supremo cerebro. ¿Alabaremos la mano que le quitó las fuerzas a nuestro enemigo o más bien nos lamentaremos de que le concedió ocasión para su suerte? Habría sido mejor que hubiese permanecido hombre; es más dichoso por la castración; sería todavía esclavo si fuese más fuerte.

Luego es llevado por los mercados de la ribera de Asiria. Después frecuenta las plazas públicas puesto en venta por un vendedor gálata [3] y cambia numerosas casas por otras. ¿Quién podría recordar tantos nombres? Entre ellos fue especialmente conocido Ptolomeo, soldado de un establo [4]. Éste, cansado del prolongado servicio de su amante,

[3] Galacia, tierra de los gálatas, era una provincia interior de Asia Menor, limitada, entre otras, por Bitinia, Licaonia y Capadocia.

[4] Ptolomeo posiblemente fuese un *stationarius*, es decir, un encargado o sirviente en una estación de postas. Pero también es posible que Claudiano utilice aquí *stabulum* en el sentido de *prostibulum*, es decir, «lupanar».

lo regala a Arinteo, pues ni era ya digno de ser tenido ni tenía la edad adecuada para ser vendido. ¡Cómo gimió, con cuánto dolor lloró la separación cuando partía despreciado!:

«¿Ésta era, Ptolomeo, ésta era tu lealtad? ¿De esto me sirvió el tiempo consumido en tus brazos, el lecho conyugal y los sueños tantas veces pasados entre los pesebres? ¿Desaparece la libertad que me prometiste? ¿Dejas viudo a Eutropio, cruel, y el olvido eclipsa tantas noches? ¡Ah, durísima suerte de mi especie! La mujer, cuando ha envejecido, conserva el matrimonio mediante sus hijos y el respeto a la madre compensa la hermosura perdida de la esposa. De nosotros huye Lucina [5] y no nos apoyamos en hijo alguno. El amor desapareció juntamente con la belleza; el encanto de mi rostro se marchitó. ¿Con qué ingenio protegeremos nosotros, desgraciados, nuestras espaldas? ¿De qué modo puedo yo, un viejo, agradar?».

Tras haber hablado así, emprende el viejo trabajo de alcahuete. Y no era inepto para este arte; su espíritu era capaz de ejercer el oficio y había aprendido todas las estratagemas para la pérdida del pudor. Ninguna vigilancia era segura para proteger un lecho; ningún cerrojo podía mantenerlo lejos. Él hubiera hecho salir incluso a Dánae [6] oculta en su torre de bronce. Fingía el llanto de su dueño enamorado; a las indómitas las sometía con paciencia, a las avarientas con dinero y a las lascivas con bromas. Ninguno

---

[5] Diosa protectora del parto. Cf. *Prob.*, nota 33.

[6] La leyenda cuenta que Acrisio, rey de Argos, sabía por un oráculo que un nieto suyo lo mataría; por ello encerró a su hija Dánae, para evitar que pudiera tener descendencia. Sin embargo, el mismo Júpiter se enamoró de la joven y se convirtió en lluvia de oro para llegar hasta ella y consumar la unión de la que había de nacer Perseo.

era más delicado que él en tocar el costado de una sierva al pasar y en confiarle disimuladamente su vergonzoso mensaje con un susurro tras haberle tirado con suavidad de su vestido; y ninguno más prudente en buscar un lugar para los amores clandestinos ni más astuto para evitar, si el engaño fue descubierto, el furor del marido burlado. No se comportó de otro modo Lais de Corinto [7], enriquecida desde ambos mares por la pasión de los jóvenes, cuando su canicie rechazó las guirnaldas, cuando desaparecieron la insolente multitud y sus rondas nocturnas, su puerta fue sacudida raramente por los golpes y su vejez se espantó ante el veredicto del espejo; ella persiste sin embargo, cerca como alcahueta a otras siervas y, aunque anciana, ronda el lupanar amado durante largo tiempo y las costumbres conservan lo que le impidió la edad.

De aquí le vino la gloria a Eutropio. Y siendo la única virtud en todos los eunucos conservar castos los lechos conyugales, solo él se hizo grande mediante el adulterio. Y sin embargo no cesaron los azotes para su espalda, cuantas veces se había enardecido la pasión decepcionada de su irritado dueño; y éste lo entregó como dote para su yerno y como nodriza para su hija mientras el eunuco le suplicaba en vano y le recordaba sus trabajos por tantos años ya. Y el futuro cónsul y gobernador del Este peinaba la cabellera de su señora y, desnudo, le llevaba con frecuencia en un recipiente de plata el agua a su dueña mientras se bañaba. Y cuando ésta se había tendido agotada por el ardiente calor, el patricio la abanica con rosadas plumas de pavo real.

Y ya su piel se había arrugado por la edad y su cara se había desfigurado con los surcos de sus mejillas más

[7] Famosa ramera del siglo V a. C.

rugosa que una uva pasa. Con surcos menos profundos son arados los amarillentos campos y no se pliegan así las velas con el viento. La repugnante tiña roía su lamentable cabeza. Espacios desiertos se extendían por su cabellera: como en los campos sedientos se muestra a intervalos la árida cosecha de secas espigas o como en el invierno se muere una golondrina en el tronco de un árbol cuando se le caen sus plumas con las gélidas escarchas. Desde luego Fortuna puso estas marcas en la frente del eunuco, añadió esta deformidad de su rostro a su lujuria para que fuera mayor un día el ultraje a la trábea. Cuando su descolorida imagen, pálida por sus huesos descarnados, producía horror a sus dueños y su escualidez incomodaba a todos para causarles miedo a los niños, disgusto a los comensales, deshonra a los esclavos o mal augurio a los que se presentaban y cuando sus dueños no obtenían ningún provecho en este tronco consumido (pues sus miembros no le permiten hacer las camas o cortar la leña para la cocina; su naturaleza desleal le impide estar al cargo del oro, los vestidos, los secretos de la casa; ¿pues quién querría confiar el lecho conyugal a un alcahuete?), por fin lo arrojaron de sus hogares como a un fastidioso cadáver y a un espectro funesto. Ya era libre por causa del desprecio de todos: así un pastor ata con la cadena a su perro harto de leche y lo alimenta atado mientras es vigoroso para guardarle su rebaño y para asustar a los rapaces lobos con sus ladridos vigilantes; cuando, más lento, el mismo perro ha echado abajo sucio sus orejas destrozadas por la sarna, su dueño lo suelta y salva la cadena tras haberle quitado el collar.

Hay veces en las que favorece el excesivo desprecio. Al expulsado de todas partes le fue posible andar errante impunemente por entre todos los fraudes y abrir un cami-

no para su destino. Ah, cualquiera que seas el que posee el supremo poder del Olimpo, ¿te agrada arruinar los asuntos de los mortales con tan gran burla? Quien no fue admitido para la función de esclavo, es acogido para el imperio y al que despreciaron como siervo las casas particulares, la corte lo mantiene como gobernante.

Tan pronto como el palacio dio cobijo a esta vieja zorra, ¿quién no se lamentó?, ¿quién no deploró que un cadáver tantas veces puesto en venta se introdujera en el sagrado servicio? Más aún, refunfuñaban con tal colega los mismos siervos imperiales, para quienes la condición de la esclavitud es más distinguida y durante largo tiempo despreciaron arrogantes a su compañero.

Mirad quién piden que se añada a los anales del Lacio: ¡incluso los eunucos se avergonzaron de él! Pero antes, bastante despreciable, permaneció oculto como la parte más desconocida de una oscura multitud hasta que llegó a los supremos honores elevado desde los más bajos tálamos por la locura de Abundancio [8] que causó la ruina para el imperio de Oriente y en primer lugar la suya propia. ¡Qué bien dispuesto por la providencia para el mundo, el que las merecidas consecuencias de un consejo inicuo caigan en primer lugar sobre sus instigadores! Así, cuando el río Nilo permanecía seco durante muchos años, el adivino que aconsejó aplacar al Tonante con el sacrificio de un extranjero tiñó el primero con su sangre el altar de Busiris que él mismo había ideado y cayó como víctima del cruel sacrificio que había aconsejado [9]. Así, el artífice del toro e in-

[8] Eutropio entró en la corte por mediación de Abundancio, cónsul en el 393. Rápidamente nos señala Claudiano cómo, apropiadamente, fue la primera víctima del eunuco tras la llegada de éste al poder.

[9] Para esta leyenda, cf. *Ruf.* I, nota 70.

ventor de ese instrumento de tortura, el que había fabricado el funesto monstruo de bronce para un nuevo tormento, experimentó el primero, obligándolo a ello el tirano de Sicilia, la máquina aún no probada y enseñó a mugir a su propio novillo [10]. No se apoderó Eutropio de las riquezas arrebatadas de ninguno antes que las de aquel que lo elevó al poder, a ninguno empujó al exilio antes que a Abundancio y sólo esto ejecutó con justicia, la condena de su propio fautor.

Después que este medio hombre cargado de años fue elevado a la excelsa ciudadela del poder, lo cual ni sus deseos hubieran podido sentir ni sus sueños imaginar, cuando vio las leyes bajo sus pies, los cuellos de los nobles sometidos y que el destino le concedía tanto a él que no había deseado nada más que lograr su libertad, ya se olvida de sus dueños y su espíritu servil se engríe profundamente. Las cárceles se llenaron con la inmundicia de próceres degradados y Méroe [11] y las llanuras de los etíopes comienzan a gemir con los desterrados; el ardiente desierto resuena con los castigos de los hombres; el marmárico Amón [12] es profanado con víctimas ilustres.

Nada es más cruel que una persona de baja condición cuando se alza a la prosperidad: lo ataca todo en tanto que tiene temor de todo, se encoleriza contra todos para que consideren que él tiene el poder y no hay bestia alguna más horrible que la cólera de un siervo ensañándose contra las espaldas de hombres libres; recuerda sus gemidos, no puede perdonar el castigo que él mismo sufrió y, acordán-

[10] Cf. *Ruf.* I, nota 67.

[11] Isla del Nilo, en Etiopía.

[12] La Marmárica es una región en la costa norte de África, en la parte oriental de la Cirenaica. Para Amón, cf. *IV Cons.*, nota 40.

dose de su dueño, odia al que está azotando. Añade el hecho de que ninguna piedad conmueve al eunuco y que no tiene preocupación de familia o de hijos. Todos tienen compasión hacia sus semejantes y el compartimiento de las desgracias une los espíritus; ése no es benévolo ni siquiera para los eunucos.

Pero se abrasa más perversamente por su ansia de oro [13]. Su pasión mutilada solo goza con esto. ¿De qué sirve haberle cortado los nervios? Ninguna fuerza puede castrar la sanguinaria avaricia. Su mano, ejercitada en pequeños hurtos, que acostumbraba a saquear la despensa y a forzar los cerrojos no vigilados del arca, ahora delinque en el mundo entero con robos más fecundos. Todo el territorio que separa al Tigris del Hemo [14], esto lo expone con un precio fijo para ser adjudicado, comerciante él de poder, famoso traficante de honores. Éste gobierna Asia tras haberlo pagado con su casa de campo; aquél compró Siria con los adornos de su esposa; otro se queja de haber adquirido Bitinia a cambio de su casa paterna. Una lista fijada en su vestíbulo abierto distingue las naciones por sus precios. Los gálatas [15] se venden por tanto dinero, por tanto el

[13] Parece ser que Eutropio fue un hombre recto y mucho de lo que nos dice Claudiano son tópicos característicos de las invectivas. Es más que probable que fuese avaricioso, pero ello es algo normal en un alto cargo de la época. Hay que decir a su favor que tuvo que reponer las esquilmadas arcas del tesoro y es por tanto natural que fuera acusado de avaricia personal cuando sólo intentaba llenar el tesoro público. La verdad es que las arcas de Occidente se agotaron mientras que Oriente permanecía rico, con su tesoro repleto, y posiblemente ello contribuyó de modo importante a la supervivencia del imperio oriental frente a la caída de Occidente. En resumen, el eunuco sirvió a su emperador mejor de lo que se admite generalmente.

[14] Monte de Tracia.

[15] Cf. nota 3.

Ponto, Lidia por tanto; si quieres gobernar Licia, paga tantos miles; si Frigia, añade un poco más. Quiere que las marcas de precio en todo sean el consuelo para su propia suerte y, vendido él mismo anteriormente, desea ahora venderlo todo. Con frecuencia pone en la balanza la diferente cantidad de dos rivales; el juez se inclina con el peso y la provincia oscila hacia los dos platillos [16].

Ay, ¿no os avergüenza, dioses, que los pueblos se vendan en subasta? Que al menos os avergüence el vendedor. ¿Por qué un esclavo, tras haber hecho desaparecer la ley, posee tantos reinos, vende tantas ciudades? ¿La victoria de Ciro echó al poderoso Creso de su trono para que el Pactolo y el Hermo fluyeran para un eunuco [17]? ¿Quiso Átalo que tú, oh Roma, quedaras como heredera suya [18], permaneció Antíoco en los límites prescritos del Tauro [19], llevó Servilio en su triunfo a los indómitos isauros [20] y

[16] Claudiano le reprocha a Eutropio la venta de los gobiernos de las provincias. Pero ello era una práctica común y normal desde los últimos días de Constantino. Teodosio llegó a decretar (*Cod. Theod.* II 29, 2) que un pacto por el que se daban tierras o dinero a cambio de un puesto era algo legal. Zósimo (IV 28) nos dice que los cargos se vendían abiertamente bajo Teodosio.

[17] Para Creso, cf. *Ruf.* I, nota 53. Ante el ascenso de Persia, Creso buscó ayuda en Grecia y Egipto, pero Ciro se anticipó: Sardes fue capturada y Creso derrocado. Para el Hermo y el Pactolo, cf. *Prob.*, nota 12.

[18] Los Átalos, reyes de Pérgamo, eran proverbialmente ricos. Fue Átalo III quien en el 133 a. C. hizo heredero de su reino al pueblo romano, reino que pasó a convertirse en la provincia de Asia.

[19] En enero del 189 a. C. Antíoco III el Grande (c. 242-187 a. C.), rey de Siria, fue vencido por Roma en Magnesia (ciudad de Lidia). Por la paz de Apamea (188 a. C.), Antíoco debió entregar sus elefantes, sus bajeles, sus posesiones de Asia Menor hasta el río Halis y el monte Tauro.

[20] P. Servilio Vatia, cónsul en el 79 a. C., sometió a los isauros (78 a. C.), pueblo de Isauria, región de Asia Menor, entre Pisidia y Cilicia. Ello le valió el sobrenombre de Isáurico.

Faros se sometió a Augusto [21] o Creta a Metelo [22] para que también Eutropio tuviera ganancias más copiosas? Se ponen en venta los cilicios, Judea, Sofene [23], el esfuerzo de Roma y los triunfos de Pompeyo.

¿Para qué acumulas estos montones de oro? ¿Qué hijos heredarán tan grandes riquezas? Podrás tomar marido o casarte con una mujer: nunca serás madre, nunca padre; una cosa te la prohíbe la mutilación, la otra la naturaleza. Que te enriquezca la India con sus enormes piedras preciosas, los árabes con sus perfumes, los seres [24] con sus vellones de seda: ninguno es tan pobre, a ninguno lo apremia la necesidad de tal modo como para querer obtener la fortuna y juntamente con ella el cuerpo de Eutropio.

Y ya su espíritu, olvidándose de sí mismo y embriagado por las riquezas, se burla de las leyes, a las que ha invertido, y de los asuntos de los hombres. Nos juzga un eunuco. ¿Por qué me voy a sorprender ya de que sea cónsul? Todo lo que hace es un prodigio. ¿Qué anales recuerdan procesos judiciales llevados a cabo de tal modo? ¿En qué tierra vieron alguna vez los siglos la jurisdicción de un eunuco? Pero para que ninguna parcela estuviera libre de infamia y no quedara nada sin intentar, se dispone a deshonrar también a las armas, añade monstruosidades a hechos horrendos y su insolente demencia compite consigo misma. Enrojeció de vergüenza Marte y, apartada, se bur-

---

[21] Faros es una isla de Egipto, en la desembocadura del Nilo, cerca de Alejandría. Tras su victoria sobre Marco Antonio y Cleopatra en Accio (31 a. C.), Augusto convirtió a Egipto en provincia romana (30 a. C.).

[22] Quinto Cecilio Metelo Crético, cónsul en el 69 a. C., fue el conquistador de la isla de Creta (68-66 a. C.).

[23] Región de Armenia.

[24] Los habitantes de China, ricos productores de seda. Cf. *Prob.*, nota 40.

ló Enío [25] de la deshonra de Oriente, cuantas veces la vieja Amazona [26] se puso en movimiento con sus flechas tendidas y resplandeciente con su aljaba o cuantas veces volvió corriendo como árbitro de la guerra y la paz y conversó con los getas. El enemigo se alegra al verlo y siente que ya nos faltan hombres. Humean los incendios, no hay ninguna confianza en las murallas, los campos están asolados por el saqueo y la esperanza sólo se pone en medio del mar. Las madres de los capadocios son llevadas al otro lado del Fasis [27], los rebaños, arrebatados de sus establos natales beben cautivos las heladas aguas del Cáucaso y cambian los pastos del Argeo [28] por los bosques de Escitia. La juventud de Siria es esclava más allá de las lagunas cimerias [29], barrera de los tauros [30]. Y los fieros bárbaros no son bastantes para los despojos; su desprecio del botín los hace volver a la matanza.

Él sin embargo (¿pues qué avergonzará a un esclavo y a un afeminado?, ¿o qué rubor podrá encenderse en un rostro tal?) regresa como vencedor [31]. Siguen a este tronco insignias, escuadrones semejantes a su caudillo y maní-

---

[25] Nombre griego de la diosa de la guerra, que figura habitualmente en el séquito de Ares. En Roma se la identifica con Belona, para la cual, cf. *Prob.*, nota 26.

[26] Esto es, Eutropio. Para las Amazonas, cf. *Fesc.*, nota 8.

[27] Río de la Cólquide.

[28] Monte de Capadocia.

[29] Los cimerios son un pueblo escita.

[30] Habitantes de la Quersoneso Táurica (hoy península de Crimea).

[31] En el verano del 398 Eutropio había decidido hacer una campaña él mismo contra los hunos, que habían estado haciendo estragos en Asia Menor. El resultado de la campaña, según Claudiano, fue un desastre. Pero la verdad es que fue todo un éxito. Eutropio fue aclamado en Constantinopla como *victor*. Tal vez la prueba mayor de la efectividad de la campaña sea el hecho de que los hunos no causaron más problemas

pulos de eunucos, ejército dignísimo de los estandartes del Helesponto. Sus clientes iban a su encuentro y abrazaban a su protector en su vuelta. Él se agrada a sí mismo, se esfuerza por hinchar sus fofas mejillas y su respiración jadea fingidamente, manchada de polvo su cabeza tiñosa y más escuálido en su rostro por la suciedad, y deja oír algo lamentable con palabras entrecortadas más allá de la molicie, narra las batallas y con trémula voz atestigua por su hermana [32] que sus fuerzas han desfallecido vagabundas para el bien público; que él cede ante la malignidad y que no soporta las tempestades de envidia. Pide ser hundido en el mar espumeante. ¡Y ojalá lo consiguiera! Mientras habla tales cosas, enjuga sus ridículas lágrimas y entre cada una de sus palabras solloza lamentablemente: como una suegra mezquina va a visitar a su lejana nuera; apenas se ha sentado fatigada y ya pide vino.

¿Por qué tú, la más vil de las mujeres, te mezclas con la guerra o experimentas a la Palas de la fiera batalla? Tú puedes dedicarte a las ocupaciones de la otra Minerva [33], tú puedes soportar las telas, no los dardos [34], tú aprender a conocer los hilos, tú, experimentado, apremiar a las muchachas perezosas en sus tareas y enrollar la nívea lana en los ovillos de tu señora. O, si te agradan las cere-

en los siguientes veinticinco años. Posiblemente esta victoria fuese la causa de la elección de Eutropio para el consulado.

[32] No sabemos de qué mujer se trata, pero el término *soror* había sido ya empleado por Marcial (II 4) en una acepción mucho menos honrosa que la usual.

[33] Pues Minerva es una diosa guerrera y también una divinidad pacífica, diosa de la sabiduría, de las artes y la literatura, deidad que protege a las hilanderas, tejedoras, etc.

[34] En el texto latino hay un juego de palabras entre *telas* «telas» y *tela* «dardos».

monias sagradas, ocúpate de Cibeles en lugar de Marte. Aprende los delirios de Celenas [35] al son de los roncos tímpanos. Te es posible llevar los címbalos, desgarrar tu pecho con el pino y cortar con los cuchillos frigios lo que te queda de virilidad [36]. Deja las armas a los hombres. ¿Por qué distancias a las dos cortes e intentas enfrentar con odios a los hermanos que se aman? Ah, si consideras tu antiguo oficio, insensato, te sienta mejor unirlos.

Por tales hazañas Eutropio exige el año para sí con el fin de deshonrarlo todo él solo, el ejército como caudillo, los tribunales como juez, nuestra época como cónsul.

Nada es hasta tal punto vergonzoso que no lo haya producido la edad pasada y no lo haya llevado a cabo el transcurso de los largos siglos. Se nos cuenta que Edipo se casó con su madre, que Tiestes se casó con su hija, que Yocasta le dio a luz hermanos a su marido y Pelopea se los dio a sí misma [37]. La escena del teatro de Erecteo [38] se lamenta afligida de Tebas y de los desastres de Troya.

---

[35] Ciudad de Frigia, en Asia Menor, cerca de las fuentes del Meandro.

[36] Cibeles y Atis, compañero de culto de la diosa, son venerados con un ritual orgiástico, delirante y cruento, al son de tambores, flautas, platillos y cuernos. Este culto tuvo vigencia a lo largo de bastantes siglos de la Antigüedad. Los sacerdotes, castrados para imitar a Atis, se llamaban «galos»; se castraban a sí mismos, públicamente, durante las orgías. Estos «galos» eran en cierto modo los sucesores rituales de los Coribantes (cf. *IV Cons.*, nota 41).

[37] Del matrimonio de Edipo con su madre Yocasta nacieron cuatro hijos, que a la vez son hermanos de su propio padre: dos varones, Etéocles y Polinices, y dos hembras, Antígona e Ismene. En cuanto a *Pelopea* (así en Claudiano, aunque su nombre es *Pelopia*, Pelopia), es hija de Tiestes. Para las relaciones entre padre e hija, cf. *Ruf.* I, nota 24.

[38] Es decir, de Atenas, pues Erecteo es un rey mítico ateniense ligado a los orígenes de la ciudad. A menudo es identificado con Erictonio, pero normalmente es hijo de Pandíon (cf. *IV Cons.*, nota 101), a quien sucede en el trono.

Tereo [39] se convirtió en ave, Cadmo [40] en serpiente. Escila [41] se sorprendió de sus extraños perros. Los relatos mitológicos clavan a uno en tierra transformándolo en árbol, a otro lo elevan con alas, a éste lo recubren de escamas, a aquél lo disuelven en río. Nunca en el mundo fue un eunuco cónsul, ni juez, ni caudillo. Lo que es honra de los hombres, es infamia en un eunuco. Se produce un ejemplo que supera las risas de la comedia y los llantos de la tragedia.

---

[39] Tereo, rey de Tracia, se casó con Procne, hija del rey ateniense Pandíon. Enamorado más tarde de su cuñada Filomela, la viola, le corta la lengua y la deja encerrada en una granja apartada. Sin embargo Filomela consigue hacer llegar a su hermana un mensaje, bordado en una tela, en la que le cuenta lo sucedido. Procne libera a su hermana y juntas traman y ejecutan una venganza atroz. Matan a Itis, hijo de Tereo y Procne, y se lo sirven al rey en un banquete. Cuando Tereo advierte que ha devorado a su propio hijo, persigue a las dos hermanas y los dioses los convierten a todos en aves: Tereo en abubilla, Procne en ruiseñor y Filomela en golondrina. Así en casi todas las fuentes griegas, pero en las latinas se invierten las metamorfosis de las dos hermanas, convirtiéndose Procne en golondrina y Filomela en ruiseñor.

[40] Tras varios infortunios familiares, como la muerte de su hija Sémele, Cadmo emigró de Tebas en compañía de su esposa Harmonía y llegó a Iliria, donde fue también rey y tuvo un hijo llamado Ilirio. A continuación es cuando Cadmo y su esposa son transformados en serpientes y trasladados al Elisio. La metamorfosis fue obra de Marte porque Cadmo, a su llegada al lugar donde fundaría posteriormente la ciudad de Tebas, había dado muerte a una terrible serpiente, hija del dios de la guerra.

[41] Escila era una bellísima joven de quien se enamoró Glauco, ya convertido en dios marino con cola de pez (cf. *Nupt.*, nota 37). Por ella rehusó el amor de Circe. La maga quiso vengarse de su rival y envenenó con sus hierbas mágicas las aguas de una pequeña ensenada donde Escila acostumbraba a bañarse, quedando ésta transformada en un monstruo con rostro y pecho de mujer, y con seis cabezas de perro y doce patas también caninas en la cintura. Cf. *Ruf.* I, nota 83.

Qué hermoso era el espectáculo cuando la toga se disponía a caer sobre sus miembros exangües y este anciano avanzaba abrumado por la vestimenta y más repugnante por el oro que lo recubría: como un mono, imitador de la figura humana, al que un niño cubrió por diversión con una preciosa tela de los seres y le dejó desnudas sus nalgas y su espalda, irrisión para los comensales; marcha resplandeciente con su pecho erguido y se degrada con su brillante vestimenta. El senado acompaña vestido de blanco las fasces deshonradas y tal vez también sus dueños. Causa maravilla un lictor más noble que el cónsul; sube al elevado tribunal para dar la libertad que aún no ha logrado él y entre las propias alabanzas se jacta de su sueño en Egipto [42] y pregona que los tiranos fueron abatidos gracias a que él fue el adivino. Está claro que la vengadora Belona [43] estuvo en duda hasta que este eunuco Tiresias [44] y castrado Melampo [45] se arrastró trayendo las profecías desde el remoto Nilo.

[42] En el 394 Arcadio había enviado a Eutropio a Tebas a consultar a un profeta cristiano sobre el resultado de la revuelta de Eugenio.

[43] Diosa de la guerra. Cf. *Prob.*, nota 26.

[44] El célebre adivino tebano, hijo de Everes y de la ninfa Cariclo. Hay tres versiones sobre la causa de haberse quedado ciego y dos sobre las dotes proféticas que recibió en compensación de la ceguera. En la primera versión, la ceguera sería un castigo de los dioses en general por revelar él las cosas que aquéllos querían mantener ocultas. En la segunda, Tiresias vio desnuda a Atenea y la diosa lo castigó con la ceguera, pero también le concedió las dotes de adivino para consolar a su madre Cariclo. En la tercera versión la ceguera es un castigo de Juno por haber dado Tiresias la razón a Júpiter en una disputa entre ambos esposos; Júpiter, en compensación, le otorga las dotes adivinatorias.

[45] Adivino y médico legendario. Sus extraordinarias dotes le habían sido conferidas por unas serpientes que le habían lamido los oídos en su niñez, otorgándole, especialmente, la capacidad de comprender el len-

Los cantos de las aves resonaron a gritos, el año se estremeció ante el nombre de Eutropio y Jano [46] proclama desde sus dos bocas la locura y trata de impedir que un eunuco llegue a los anales. Pues sería menos vergonzoso si una mujer lograra las fasces, prohibidas para el sexo femenino. Este sexo gobierna a los medos y a los apacibles sabeos [47] y gran parte de los bárbaros se encuentran bajo el poder de reinas. No se conoce ningún pueblo que soporte el gobierno de un eunuco. Son adoradas Tritonia [48], Febe [49], la Tierra, Ceres, Cibeles, Juno, Latona; ¿qué templos de un dios eunuco hemos visto, qué altares? De entre las mujeres se eligen sacerdotisas; Febo penetra en el pecho de éstas; a través de ellas profetiza Delfos; solo la virginidad de las Vestales se acerca a la troyana Minerva y cuida sus fuegos [50]; éstos, los eunucos, no merecieron ninguna cinta sagrada y siempre son impíos. La mujer nace para la procreación y la descendencia futura; esta raza de

---

guaje de los animales. Aunque natural de Tesalia, llevó a cabo sus principales actuaciones en el Peloponeso, sobre todo en Tirinto y en Argos.

[46] Jano es un dios con doble faz, en las partes delantera y trasera de su cabeza. Es además la divinidad que da nombre al mes de Enero (*Ianuarius*), el primero del año a partir de Numa Pompilio.

[47] Pueblo de la Arabia Feliz, hoy Yemen.

[48] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[49] Diana. Cf. *Ruf.* I, nota 8.

[50] Las Vestales, sacerdotisas de Vesta, debían observar riguroso celibato. Su misión principal era mantener siempre encendido el fuego sagrado. Con la «troyana Minerva» se alude al Paladio, estatua de esta diosa que se encontraba en Troya. El Paladio poseía la virtud de garantizar la integridad de la ciudad que lo guardaba y le tributaba culto. Según una de las versiones de la leyenda, Eneas se apoderó del Paladio cuando la destrucción de Troya y lo llevó consigo a Italia. La estatua estaba depositada en Roma, en el templo de Vesta, donde las Vestales le tributaban culto.

castrados fue imaginada para ser esclava. Hipólita [51] cayó ante el arco de Hércules; los dánaos huyeron, Pentesilea [52], ante tu hacha de dos filos; se cree que el esfuerzo femenino construyó las ilustres ciudadelas de Cartago y la soberbia Babilonia con sus cien puertas [53]. ¿Qué cosa noble hizo un eunuco?, ¿qué guerras llevó a cabo?, ¿qué ciudades fundó? Además, a las mujeres las creó la naturaleza, a los eunucos los hizo la mano del hombre, ya si Semíramis, fingiéndose con astucia hombre para los asirios, se rodeó la primera de estos seres, semejantes a ella, para que no pudieran revelarse la delicadeza de su aguda voz ni sus lampiñas mejillas, ya si la lujuria de los partos impidió con el cuchillo que naciera la sombra del vello y, conservada durante largo tiempo la flor de la infancia, obligó a la juventud prolongada con destreza a servir a Venus.

Al principio la noticia tenía visos de mentira y parecía inventada como una broma sin consistencia. El rumor revoloteaba con escasa importancia a través de las ciudades y la gente se reía de esa abominación como si oyera hablar de un cisne con alas negras, de un cuervo rivalizando en blancura con las flores de la alheña. Y uno de carácter más serio dijo: «Si creemos en tales cosas y las mentiras se exageran con prodigios inauditos, entonces ya vuelan las tortugas, ya los buitres muestran cuernos, los ríos tra-

---

[51] La reina de las Amazonas. Cf. *Fesc.*, nota 8.

[52] La Amazona Pentesilea acudió en socorro de los troyanos tras la muerte de Héctor. En Troya se distingüió por numerosas hazañas, aunque finalmente murió a manos de Aquiles.

[53] Dido o Elisa, tras huir de su hermano Pigmalión, rey de Tiro, fundó en África la ciudad de Cartago. Para la construcción de Babilonia por parte de Semíramis, cf. *Prob.*, nota 36.

tan de alcanzar fluyendo hacia atrás las cimas en pendiente, los carmanos [54] ocultaron la luz del sol nacido en Gades, ya veré el mar apropiado para las mieses y a los delfines acostumbrados a los bosques, ya a los hombres unidos a un caparazón y todo lo ficticio que alimenta la India representada en las cortinas de Judea».

Y otro más lascivo añade con gracias mezcladas: «¿Te sorprendes? No hay nada que Eutropio no conciba grande en su espíritu. Siempre ama la novedad, lo de grandes proporciones y lo prueba todo por separado con un rápido goce. No teme nada por la parte de atrás; de noche y de día está dispuesto con inquietudes vigilantes por doquier. Dulce y fácil de ser puesto en movimiento por los suplicantes; delicadísimo a pesar de todo en medio de su furor, no rehúsa nada e incluso se ofrece a los que no lo solicitan. Añade a su inclinación natural cualquier cosa y la transmite a otro para gozar. Aquella mano te dará todo lo que deseas. En general hace todos los servicios y su dignidad se alegra de doblarse. El consulado lo logró también con estas uniones y con el mérito de sus trabajos y recibió la trábea como premio a la vivacidad de su mano [55]».

Después que una garantía fiable propagó por los pueblos la ignominia de Oriente y sacudió ya con más certeza los oídos de Roma, ésta dijo: «¿También juzgaremos a Eutropio digno de nuestra ira? ¿Éste también ha merecido ser causa del dolor romano?». Tras haber hablado así, la poderosa divinidad emprendió su marcha por los aires del cielo y, franqueado el Po en un solo vuelo, se acerca al campamento de su emperador. Entonces por casualidad el

[54] Carmania es una región de Asia, provincia del antiguo imperio persa.

[55] Todo este pasaje, desde el v. 358, es un conjunto de insinuaciones sexuales y obscenas.

esplendoroso yerno juntamente con su suegro Estilicón respondía a los germanos que imploraban voluntariamente la paz y elevado en su trono marcaba con su sello las leyes que les daba a los caucos [56] y a los rubios suevos [57]. A unos les distribuye reyes, a otros les sanciona tratados tras haber sido fijado el número de rehenes. A otros los registra para las necesidades de las guerras de modo que con sus cabellos cortados Sigambria [58] combata bajo nuestros estandartes. Una gozosa ternura se apodera de Roma, su alegría casi provocó sus lágrimas y se regocija con tan gran hijo. Así, cuando ya su propio novillo defiende la manada, se le levantan más en alto los cuernos a su erguida madre; así la leona masilia [59] se admira de que crezca su cachorro, terrible ya para los establos y señor de las fieras. Hendió la diosa las nubes y se le apareció ingente al joven. Entonces comenzó a hablar así:

«Sucesos no lejanos me han enseñado cuán grande es mi poder siendo tú el emperador, el hecho de que Tetis [60] es más apacible tras haber sido sometido el sajón o Britania más segura después de la derrota del picto [61]. Gozo

[56] Pueblo de Germania, establecido enre los ríos *Albis* (Elba) y *Visurgis* (Weser).

[57] Tácito llama «suevos» en su *Germania* a un extenso grupo de pueblos germánicos que vivían al este del Elba y que incluía a los hermunduros, marcomanos, cuados, semnones y otros. Los demás escritores romanos no dan a Suebia una extensión tan grande, e incluso el mismo Tácito en sus obras posteriores limita el nombre a los marcomanos y cuados.

[58] La tierra de los sigambros, pueblo germánico que habitó las riberas del Rin y la Westfalia.

[59] De la tierra de los masilios, pueblo de Numidia oriental.

[60] Cf. *Prob.*, nota 8.

[61] Pueblo septentrional de Britania. Cf. *III Cons.*, nota 11. Para la derrota de pictos, sajones y escotos por parte del conde Teodosio, cf. *III Cons.*, nota 14.

al tener a mis pies al franco [62] humillado y al suevo abatido y veo, oh Germánico [63], al Rin mío propio. ¿Pero qué puedo hacer? El discorde Oriente envidia nuestras prósperas hazañas y la perversidad surge desde el otro confín de Febo [64] para que la realeza no establezca la armonía por todo el imperio. Silencio la traición de Gildón descubierta con gran gloria y a los mauros confiados en las fuerzas de Oriente. ¡Qué hambre hubiésemos soportado, qué gran peligro para la ciudad si la siempre previsora diligencia tuya o de tu suegro no hubiese compensado la cosecha del sur con los granos del norte! Fueron llevadas naves del Ródano por la desembocadura del Tíber y el fértil Árar [65] reemplazó las espigas del Cínipe [66]. El arado de los teutones [67] y los novillos del Pirineo trabajaron afanosamente para mí; nuestros graneros admiran las cosechas iberas y los quirites, contentos ya con las mieses transalpinas, no sintieron la defección de la rebelde Libia [68]. Ciertamente

---

[62] Cf. *IV Cons.*, nota 87.

[63] Debemos entenderlo como un sobrenombre que da Roma al emperador Honorio.

[64] El Sol. Cf. *Ruf.* I, nota 35.

[65] El Saona.

[66] Río de África septentrional.

[67] Pueblo germánico, conocido sobre todo a partir de su migración junto con los cimbros. Constituyeron entonces ambos pueblos un grave peligro para Roma hasta que fueron vencidos por Mario en los años 102-101 a. C. Pero «teutón» llegó a ser sinónimo de «germano» y los poetas latinos siguieron utilizando el término después de la extinción de los teutones.

[68] Se elogian en estos versos las medidas tomadas por Estilicón y su yerno para conservar abastecida de grano a Roma durante la crisis originada por Gildón. Éste fue el papel fundamental de Estilicón en la crisis, pues recordemos que no participó directamente en la campaña.

Gildón (lo sabe Tábraca [69]) pagó su merecido castigo. ¡Qué perezca así todo el que se enfrente a tus armas!

He aquí que un súbito desastre surge de las mismas regiones, calamidad que va a causar menos terror pero más vergüenza: el cónsul Eutropio. Confieso que soporto esta especie desde hace tiempo, desde que la corte se alzó en el lujo Arsácida [70] y Partia corrompió nuestras costumbres. Pero hasta ahora eran colocados los eunucos como encargados de las joyas, como guardianes de la vestimenta y para asegurar el silencio al sueño imperial. El servicio del eunuco nunca salió de las alcobas, no porque su vida garantizase la confianza, sino porque su incapacidad de pensamiento era una prenda segura. Que guarden los collares ocultos, que cuiden los ornamentos tirios: pero que se retiren de la cúspide del imperio. La majestad pública no puede ser manejada por un espíritu afeminado. Nunca hemos visto en el mar a una nave obedecer el timón de un piloto eunuco. ¿Hasta tal punto somos nosotros fáciles de ser desdeñados y el orbe entero es más despreciable que una quilla? En verdad, que gobiernen ellos Oriente, que se alegra de soportar tales cosas, y a las ciudades acostumbradas a los tronos de mujeres. ¿Por qué asolan a la belicosa Italia con una deshonra general y mezclan con este pueblo riguroso una ignominia que nos causará daño? Sean apartadas las abominaciones extranjeras lejos del valiente Lacio y que no cruce los Alpes esta deshonra; permanezca únicamente en el suelo en que surgió. Que escriba el

[69] Ciudad marítima de Numidia, donde fue capturado Gildón. Éste, tras finalizar la batalla, había intentado huir en una embarcación, pero una tempestad lo empujó al puerto de Tábraca.

[70] De los Arsácidas, dinastía real de Partia. Cf. *IV Cons.*, nota 57.

Halis [71] su nombre, que lo escriba el Orontes [72], despreciador de su reputación. Yo, Roma, te lo suplico por ti y por tus triunfos, que desconozca esto el Tíber que solía dar los años en otro tiempo a los Dentatos [73] y a los Fabios [74] sin que nunca lo pidieran. ¿Repetirá aquí el campo de Marte la votación de un eunuco? ¿Estará Eutropio entre los Emilios [75] y los Camilos [76], salvadores de la patria? Tu poder, Bruto, es confiado ya a Crisógonos y Narcisos [77]. ¿De esto te sirvió entregar a tus hijos al castigo y anteponer el ciudadano al mísero padre [78]? ¿Esto me procuraron Etruria tras haber puesto su campamento en el Janículo y Porsena solamente apartado por el río [79]? ¿Es-

[71] Río de Asia Menor. Cf. *Ruf.* II, nota 13.

[72] Río de Siria.

[73] Entre los que destaca sobre todo Manio Curio Dentato (cf. *Ruf.* I, nota 57), cónsul en los años 290, 284 (*suffectus*), 275 y 274 a. C.

[74] Entre los que sobresale Quinto Fabio Máximo Cunctátor (cf. *IV Cons.*, nota 75), cónsul en cinco ocasiones.

[75] Ilustre familia romana, con célebres personajes como Lucio Emilio Paulo, quien derrotó brillantemente a Demetrio de Faros en la segunda guerra ilírica (219 a. C.). Hijo suyo fue Lucio Emilio Paulo Macedónico, vencedor de Perseo en Pidna (168 a. C.) y padre de P. Escipión Emiliano, el destructor de Cartago.

[76] En esta ilustre familia destaca Marco Furio Camilo, el conquistador de Veyos y salvador de Roma cuando la invadieron los galos.

[77] Crisógono fue un liberto y colaborador de Sila. Es atacado por Cicerón en su *Pro Sexto Roscio Amerino*. Narciso es otro liberto, colaborador en este caso del emperador Claudio.

[78] Pues Bruto ordenó como cónsul la ejecución de sus dos hijos, los cuales habían participado en la conspiración monárquica contra la república. Cf. *IV Cons.*, nota 133.

[79] Para Larte Porsena, cf. *Gild.*, nota 29. Cuando el rey etrusco pretendía asediar la ciudad de Roma, colocó una guarnición en el Janículo (cf. Livio, II 11).

to mereció Cocles [80] con el puente o Mucio [81] con el fuego? ¿En vano sumergió Lucrecia [82] la casta espada en sus entrañas y Clelia [83] cruzó a nado el asombrado Tíber? ¿Se conservan para Eutropio las fasces quitadas a los Tarquinios? Que, tras haberse abierto el Averno [84], venga despreciando a este cónsul como compañero todo aquel al que llevaron mis sillas curules. Decíos [85], sacrificados por la patria, salid de vuestras tumbas sagradas y vosotros, fieros Torcuatos [86], y tú, sombra valiente del pobre Fabricio [87]; y tú, oh Serrano [88], que tal vez hiendes con tu arado las yugadas infernales de los piadosos y los barbechos del Elisio [89]. Levantaos, Escipiones [90], y tú, Lutacio [91], ilustres

[80] Cf. *IV Cons.*, nota 73.

[81] Cf. *IV Cons.*, nota 74.

[82] Lucrecia, esposa de Lucio Tarquinio Colatino, fue violada por Sexto Tarquinio, hijo del rey Tarquinio el Soberbio. Tras haber contado lo sucedido a su esposo, se dio muerte a sí misma. A raíz de estos sucesos, Tarquinio el Soberbio fue expulsado de Roma y se instauró la república.

[83] Clelia fue entregada por los romanos a Porsena como rehén para liberar el Janículo de las tropas etruscas que lo ocupaban. Clelia, a la cabeza de varias jóvenes, también rehenes, escapó de la vigilancia de los centinelas etruscos, cruzó a nado el Tíber y llegó sana y salva a Roma. En homenaje, se le elevó una estatua ecuestre en la Vía Sacra.

[84] Cf. *Ruf.* II, nota 56.

[85] Cf. *Prob.*, nota 34.

[86] Entre los miembros de esta ilustre familia destaca Tito Manlio Torcuato (cf. *IV Cons.*, nota 71). Fue él quien llevó a cabo la exitosa campaña contra la ciudad etrusca de Caere (353 a. C.) y quien subyugó a los latinos mediante la batalla de Trifano (340 a. C.).

[87] Cf. *Ruf.* I, nota 55 y *Gild.*, nota 57.

[88] Cf. *Ruf.* I, nota 56.

[89] Cf. *Nupt.*, nota 68.

[90] Cf. *Prob.*, nota 34.

[91] C. Lutacio Cátulo, cónsul en el 242 a. C., dio fin a la primera guerra púnica venciendo a los cartagineses en una batalla naval cerca de las islas Egates (241 a. C.).

por los cartagineses; levántate, Marcelo [92], impetuoso en Sicilia, y tú, familia Claudia, y tú, descendencia de Curio [93]. Y tú, Catón [94], que te negaste a vivir bajo las leyes de César, sal de tu pequeño sepulcro para soportar a Eutropio. Regresad de las tinieblas, muchedumbre de Brutos y multitud de Corvinos. Los eunucos toman vuestras vestimentas y varones ambiguos cogen las insignias de Roma. Ellos han arrebatado las togas temibles para Aníbal y para Pirro. Aspiran a la trábea tras haber despreciado el abanico. Ya no llevan sombrillas para las doncellas, atreviéndose a blandir las segures del Lacio.

Turba desdichada, abandonad los refugios de las mujeres vosotros, a los que un sexo ha rechazado y el otro no os asume, con los estímulos de Venus cortados y castos por esta herida; dos edades se han mezclado en vosotros y entre el niño y el viejo nada hay en medio. Vosotros, falsos padres, llenad los asientos de los senadores [95]; avanzad, nuevos próceres, y acompañad a vuestro jefe Eutropio como un senado estéril. Frecuentad los tribunales en lugar de las alcobas, aprended ya, invertidas las costumbres, a seguir las sillas curules, no las literas de las matronas.

No recordaré la antigüedad ni enumeraré a cuántos magistrados del pasado a través de mil años se les hace esta injuria, la venerable vejez de cuántas edades se deshonrará, cuántos siglos soportarán la culpa de una sola persona. El esclavo estará entre los fastos y el nombre de su dueño Arinteo e introducirá sus propios honores igual a su señor.

[92] Cf. *Gild.*, nota 19.

[93] M. Curio Dentato. Cf. *Ruf.* I, nota 57.

[94] Catón de Útica. Cf. *IV Cons.*, nota 78.

[95] Los eunucos, que no pueden ser padres, ocuparán los asientos de los *patres*, es decir, de los senadores.

¡Ay, siempre fueron perjudiciales para el mundo los esclavos de Ptolomeo! Mira, soy herida por otro eunuco más peligroso que Potino y soporto un crimen mayor que Faros [96]. Aquél derramó con su espada de Alejandría la sangre de un solo cónsul: éste los deshonra a todos.

Si no te conmueven los intereses de los particulares al menos vela tú por los príncipes, mira tú por vuestra causa y aparta las manchas de la realeza. La corte acepta únicamente esta magistratura; este honor recae alternativamente en vosotros y en los senadores. ¡Tú, cuatro veces cónsul [97], preserva de la infamia a los años sucesivos! Protege a tus fasces, te lo suplico, del vil contacto y no permitas que sean sumergidos en tan gran tiniebla y pisoteados los nombres confiados a los anales y mis vestimentas, con las que he sometido todo lo que rodea el Océano. ¿Pues qué guerras haremos ya con unos auspicios afeminados? ¿Qué matrimonios producirán ya descendencia o qué cosechas fruto? ¿Qué podrá nacer fértil en la tierra, qué abundante bajo un cónsul estéril? Si los eunucos imparten justicia y determinan las leyes, que los hombres manejen los ovillos y, cambiando el orden de la naturaleza, exista un libertinaje confuso según la costumbre de las Amazonas [98].

¿Por qué me dejo llevar más lejos? ¿Por qué retrasas la victoria, Estilicón, mientras te da vergüenza entablar combate con eunucos? ¿No sabes que el enemigo más infame

[96] Potino, eunuco de Ptolomeo XIII, dio muerte a Pompeyo (48 a. C.). Recordemos que Eutropio había estado también al servicio de un tal Ptolomeo (cf. v. 61 y nota 4). En cuanto a Faros (utilizado aquí por Egipto), es una isla egipcia próxima a Alejandría.

[97] Hasta este momento Honorio había sido cónsul cuatro veces, en los años 386, 394, 396 y 398.

[98] Cf. *Fesc.*, nota 8.

cae con una mayor alegría para su vencedor? La victoria sobre los piratas engrandece al gran Pompeyo [99] y la victoria sobre los esclavos hace ilustre a Craso [100]. Asientes. Reconozco el bramido con el que empalideció el Hebro [101], con el que se hundieron los mauros y Gildón. ¿Por qué pones en movimiento estandartes de guerra? No hay que atacarlo con jabalinas o con lanzas. Tras ser oído el látigo, sucumbirán sus espaldas, conocedoras del azote, como el ejército escita que regresaba después de muchos años, cuando una multitud de jóvenes esclavos le salía al encuentro ante los límites de su patria e intentaba alejar de su tierra a sus dueños en el regreso, dispersó a las columnas armadas tras haberles mostrado los látigos: el conocido horror apartó de su empresa al despreciable vulgo y las espadas que habían llevado quedaron paralizadas bajo los azotes».

---

[99] Cuando el problema de los piratas había llegado a ser acuciante, la *lex Gabinia* (67 a. C.) le confió a Pompeyo un ejército para que luchara contra ellos. Pompeyo consiguió liquidarlos rápidamente.

[100] Marco Licinio Craso, con la ayuda de Pompeyo y Marco Licinio Lúculo, logró sofocar (71 a. C.) la revuelta de esclavos encabezada por Espártaco.

[101] Río de Tracia.

CONTRA EUTROPIO

19

PREFACIO AL LIBRO II

El que poco ha regía como patricio las sublimes riendas del poder, teme de nuevo los conocidos azotes y, dispuesto a soportar los acostumbrados círculos de sus fastidiosos grillos, se lamenta de que hayan desaparecido las inútiles amenazas a sus dueños. Fortuna, harta ya de sus locos caprichos, lo ha devuelto a su anterior vida tras haberlo precipitado de la cumbre. Ahora se dispone a cortar leña con otras hachas y él mismo es azotado por fin con sus propias fasces. Paga como cónsul los castigos impuestos siendo él cónsul: el año que le dio la trábea le ocasionó el exilio. El presagio funesto para los pueblos se vuelve también contra sí mismo. El aberrante honor del consulado se ensaña contra su promotor. Respiran los fastos tras haberse borrado completamente su nombre y el palacio, más sano, vomita la peste en su pleno desarrollo. Disimulan sus aliados y se retiran los conjurados. Sucumbe al mismo tiempo con el jefe toda su cohorte, no vencidos

por un ejército, no sometidos por un asedio, para que no perezcan del modo con el que han perecido los hombres. Su demencia cayó por la herida de un ligero papel; el escrito realizó el cruel trabajo de Marte [1].

El afeminado tirano es arrojado de la fortaleza de las mujeres y, expulsado de las alcobas, perdió su poder: así una amante abandona su casa después de haber llorado copiosamente cuando la fidelidad de su joven vacila atraída por una antigua favorita. El eunuco mancha de abundante polvo su escasa canicie; gimiendo como una vieja, llena sus arrugas de lágrimas y, postrado en tierra en actitud de súplica ante los sagrados altares, apacigua a las enfurecidas mujeres con su voz temblorosa. Sus innumerables dueños se congregan exigiendo cada uno para sí al esclavo, útil sólo para el suplicio. Pues aunque es repugnante y más siniestro en su mente que en su rostro, la cólera le dará valor; el castigo merece comprarse.

---

[1] Tarbígilo, godo que, con el rango de *comes*, estaba al frente de algunos godos federados asentados en Frigia, se rebeló contra Eutropio en el verano del 399. El eunuco envió rápidamente dos ejércitos: uno al mando de Gaínas, al parecer pariente de Tarbígilo, y otro al mando de León, hombre de baja condición, cardador según Claudiano (cf. vv. 382 ss.). El ejército de este último fue derrotado y León mismo asesinado. Gaínas se puso en marcha, pero se negó a enfrentarse con Tarbígilo. Habló con el jefe godo y escribió a Constantinopla diciendo que Tarbígilo sólo desistiría de su revuelta si Eutropio era depuesto. Dado que en la misma Constantinopla había ya una facción trabajando por la caída de Eutropio, facción encabezada por la misma emperatriz Eudoxia, Arcadio tuvo que estar pronto de acuerdo. El eunuco fue exiliado a Chipre, aunque pronto se le ordenó volver de la isla, se le condenó a muerte por traición y fue ejecutado (cf. Zósimo, V 18). El «ligero papel» al que se alude puede ser el escrito de Gaínas con las condiciones de Tarbígilo, pero tal vez se refiera nuestro poeta al decreto de Arcadio condenando al eunuco.

¿A qué tierra irás ahora, eunuco, o a qué cielo? Por aquí te cerca el odio, por allí se te retiró el afecto. Una y otra corte te condenan bajo los dos cielos; nunca serás ya de Occidente ni de Oriente. Me admiro de por qué tú, que solías mostrar los destinos a otros, guardas silencio, Sibila ciega [2], acerca de tu propio desastre. Ya el engañoso Nilo no te interpreta ningún sueño y tus adivinos, desgraciado, no pasan la noche en vela. ¿Qué hará tu hermana [3]? ¿Se atreverá a subir contigo a la nave e irá como compañera fiel a través del vasto mar? ¿O tal vez odia el lecho de un eunuco necesitado y, rica, se niega a amarte ahora que eres pobre? Confiesas haber sido el primero en cortar el cuello de un eunuco: pero sin embargo no serás abatido con tu propio ejemplo. Vive como vergüenza para el destino. ¡He aquí a quien temieron tantas ciudades! ¡He aquí aquel cuyo yugo soportaron tantos pueblos! ¿Por qué te lamentas de las riquezas arrebatadas que poseerá tu hijo [4]? No de otro modo podías ser el padre de un emperador. ¿Por qué hieres los astros, miserable, con tus lamentos de mujer, porque se te ha preparado el descanso en el litoral de Chipre? Todo fue perturbado por ti con la agitación de los bárbaros. El mar, créeme, será más seguro que la tierra.

Ya no aterrarás a los armenios con tus jabalinas y tu arco ni agitarás tu veloz caballo por las llanuras. El senado de Bizancio se ha privado de su voz preferida; la curia

[2] Claudiano llama a Eutropio «Sibila» porque en ambos casos se trata de mujeres viejas. Se alude también a la consulta hecha por Eutropio al oráculo egipcio (cf. *Eutr.* I 312-313 y nota 42).

[3] Cf. *Eutr.* I 263 y nota 32.

[4] Eutropio había recibido de Arcadio el rango más alto, el de patricio. Los *patricii* eran llamados *patres principis*. El eunuco, al ser desterrado a Chipre, dejó (a la fuerza) sus propiedades a su «hijo» Arcadio.

se agita desprovista de tus consejos. Cuelga la toga que ha terminado su cargo, cuelga tu carcaj. Vuelve al servicio de Venus y a tu verdadera condición. La mano de un alcahuete no sirve bien a Gradivo [5]. Citerea [6] te acogerá de buen grado como siervo. Es la isla alegre por los coros de danzas, la madre de los delicados Amores [7]; ninguna preocupación por el pudor le puede agradar. Las muchachas de Pafos [8] miran intranquilas desde los altos acantilados hasta que las olas lleven a salvo tu barca. Pero temo que te retengan en alta mar los Tritones [9] para que les enseñes a seducir a las juguetonas Nereidas o que deseen sumergirte en el piélago los mismos vientos que impidieron hace poco la huida de Gildón. Tábraca [10] se recuerda célebre por el mauro prisionero; Chipre debe ser recordada por tu naufragio. En vano llamarás al morir a un delfín para que te arrastre [11]; él sólo lleva a tierra a los hombres. Todo eunuco que todavía se disponga a realizar acciones semejantes, deje de ser intrépido dirigiendo su mirada a Chipre.

---

[5] Marte. Cf. *Prob.*, nota 22.

[6] Venus. Cf. *Nupt.*, nota 31.

[7] Cf. *Nupt.*, notas 19 y 24.

[8] Cf. *Nupt.*, nota 35.

[9] Cf. *Nupt.*, nota 32.

[10] Cf. *Eutr.* I, nota 69.

[11] Se alude a la salvación de Aríon por parte de un delfín. Era Aríon un músico al que, al regresar de una gira por Italia, intentó asesinar la tripulación de la nave con el fin de apoderarse de su dinero. Prevenido por Apolo, pidió que le concedieran cantar una última canción. Los delfines acudieron para escuchar su música; entonces Aríon saltó por la borda y uno de los delfines lo llevó sano y salvo al Peloponeso.

20

LIBRO II

Cenizas migdonias [12] y si algo queda por perecer del imperio de Oriente, no fueron expuestas por falsos augures las ciertas amenazas de los prodigios y, terminada la desgracia, conocéis en vano los presagios del monstruoso año. El marinero sin embargo, más prudente, prevé con anterioridad el violento Coro [13] y arría las velas ante la furiosa tempestad. ¿De qué sirve reconocer el error una vez hundida ya la nave? ¿En qué disminuyen las lágrimas las faltas? Permanecen los presagios de vuestro cónsul; el delito ha estado unido al inconmovible destino. Entonces hubiera sido conveniente darse cuenta del crimen, entonces ir a limpiar las manchas recientes. En vano aplicarás hierbas de Peón [14] después de que el cuerpo ha sido abrumado por una vieja enfermedad. La úlcera esparcida profundamente por las medulas que ha invadido se cura con el hierro y el fuego, no con una mano muy delicada, con el fin de que la cicatriz no se cierre en vano para abrirse pronto. La llama penetra hasta la parte viva para que el humor salga completamente y la fuente misma del mal se seque en las venas vacías de sangre corrompida. Incluso se amputan miembros para que le sea posible al resto del cuerpo vivir con seguridad. ¿Pero creéis vosotros que la corte está perfectamente purificada si Chipre posee a Eutro-

---

[12] Migdonia es una región de Frigia. Con ello se alude a la revuelta de Tarbígilo (cf. nota 1).

[13] Viento impetuoso del Noroeste.

[14] Cf. *Ruf.* I, nota 4.

pio? ¿El destierro de un eunuco será la venganza del mundo? ¿Qué océano será capaz de limpiaros? ¿Qué edad olvidará tan gran crimen?

Aún no se había puesto la trábea: la región infernal emite un gemido, una furia secreta agita las cavernas y los edificios chocan en su mutuo derrumbamiento. Un temblor violento semejante al delirio báquico sacudió a Calcedonia [15] a través de sus cimientos y el Bósforo se bamboleó inclinado hacia las dos ciudades. Las orillas del estrecho se juntaron y los marineros evitan de nuevo las errantes Simplégades [16] tras ser arrancadas sus raíces. Las hermanas de la Estige [17] envían sin duda estos signos y se alegran de que, siendo él el cónsul, les sean entregados ya los pueblos. Surgen pronto desgracias diversas: de un lado Múlciber [18] había esparcido sus fuegos, de otro se había precipitado Nereo [19] tras haber desbordado sus barreras. Unos edificios arden, otros se anegan. ¿Qué castigo guardáis, divinidades, para este crimen cuyo presagio se manifestó con tantos desastres? ¡Ojalá, Neptuno, te arrojes con tu tridente sobre este suelo manchado y lo sumerjas con todos sus delitos! Concedemos a las Furias una ciudad por la salvación del mundo.

Tan pronto como se abrió el camino a los prodigios, se apresura a surgir todo lo que encuentra su momento oportuno: entonces cayó una lluvia corrompida, se vieron rostros extraños de niños y descendencia diferente de su

[15] Ciudad de Bitinia situada enfrente de Constantinopla.

[16] Cf. *Ruf.* I, nota 47.

[17] Las Furias (cf. *Ruf.* I, nota 11). La Estige es la famosa laguna o río infernal.

[18] Vulcano. Cf. *Prob.*, nota 17.

[19] Cf. *Ruf.* I, nota 51.

raza, entonces hubo llantos de estatuas, los rebaños se atrevieron a hablar en público y las fieras se fiaron de los recintos de las murallas, entonces los adivinos deliraban sin medida y sus pechos frenéticos se encendían por todas partes con los estímulos del terrible Febo. Imagina que ningún dios los hubiese vaticinado: ¿habría alguno de mente tan embotada como para dudar que el año de un cónsul castrado sería fatal en aquellas regiones? ¡Pero cuán ciega es la pasión en los vicios! Se desprecia todo futuro, el presente aconseja el efímero placer y el deseo desenfrenado, despreocupado del perjuicio, se precipita a lo prohibido, mientras que el retraso del castigo se considera como un provecho y se cree lejano lo que es inminente. En verdad, en contra de tantas señales no le habría otorgado yo las fasces al mismo Camilo [20], mucho menos —¡ah, vergüenza del sexo!— a un esclavo estéril; habría sido vergonzoso que los hombres se hubieran inclinado ante él, aunque lo hubiesen ordenado todos los oráculos y aunque las divinidades, exhortando a ello, hubiesen prometido prosperidad.

Examinad los crímenes del pasado con la lectura de los anales de toda la historia, revisad los siglos antiguos con el examen de los fastos: ¿qué cosa semejante ofrece la Capri del abominable anciano [21], qué el teatro de Nerón [22]? Un eunuco cubierto con la vestimenta de Rómulo se ha sentado en el hogar del emperador. El palacio, accesible a todos, se abría al anhelo de los que acudían a saludar. Aquí se mezcló el senado con la plebe y confluyeron generales inquietos y todas las magistraturas. Hay intrigas por echarse a sus rodillas, por tocar su mano y es su deseo

[20] Cf. *IV Cons.*, nota 76; *Gild.*, nota 58 y *Eutr.* I, nota 76.

[21] El emperador Tiberio. Cf. *IV Cons.*, nota 63.

[22] Cf. SUETONIO, *Ner.* XXIX.

imprimir besos en sus deformes arrugas. Se le llama soporte de las leyes y padre del emperador [23] y la corte juzga a un esclavo digno de ser su señor. Posteridad, acepta la verdad: se piden monumentos de la deshonra y el bronce gime en abundantes yunques para modelar la abominación. Brilla una estatua de Eutropio como juez, otra como cónsul, otra como general; en todas partes resplandece como jinete en numerosas estatuas. La curia muestra el rostro del eunuco. Y como si se guardasen de que la virtud pudiese permanecer pura en algún lugar, se esfuerzan por profanar todas las calles con esta figura. Suplicamos que permanezcan inconmovibles y sean pruebas ciertas de nuestra eterna vergüenza. En su pedestal se leen títulos aduladores y elogios excesivos incluso para los hombres: que él es noble por su ilustre nacimiento —¿cuando aún viven sus dueños?—; que él solo lleva a término las más grandes batallas —¿y lo soportan los soldados?—; que es el tercer fundador de la ciudad —¿serán testigos de esto Bizas y Constantino [24]?—. Entretanto el arrogante alcahuete prolongaba sus cenas hasta el amanecer, apestaba a vino, repartía entre el vulgo dinero que comprara su aplauso y se entregaba todos los días a los espectáculos pródigo del oro ajeno. Por otra parte su hermana y, si algún crédito se le da a los prodigios, cónyuge, recreaba a las matronas con banquetes y, según la costumbre de las castas esposas, celebraba los deseos de su marido eunuco. Él la ama, él la consulta acerca de los supremos asuntos, ya sea de la paz

[23] Cf. nota 4.

[24] Bizas es el fundador mítico de Bizancio. Se dice que fue contemporáneo de los Argonautas (cf. Diod. Síc., IV 49, 1). A partir de Constantino (c. 285-337), la ciudad recibió el nombre de Constantinopla (cf. *Gild.*, nota 12).

o de la guerra, a ella le confía sus preocupaciones y las llaves del palacio, como si fuera un establo o una casa vacía. ¿Puede protegerse así en absoluto un gran imperio? ¿Así se burla del orbe soportador de su yugo?

Ya el invierno, más suave, había sentido la dulzura del Zéfiro en su turno, las primeras flores abrían sus brotes y ya, en el seno de la paz, preparaban una solemne marcha a tus muros, Ancira [25], viaje inventado por su promotor Eutropio para no soportar el largo aburrimiento del mar [26] sino que el verano discurriera ociosamente con alegres excursiones. De allí sin embargo volvían orgullosos con tan gran pompa como si arrastraran a los medos vencidos y hubiesen bebido las aguas del Indo. Pero he aquí que Gradivo [27] regresaba en su carro ensangrentado desde los rubios gelonos [28] a los campos de Tracia: el Pangeo [29] se hunde bajo sus ruedas y las nieves de las alturas rechinan bajo su resonante eje. Cuando se detuvo en la cima del Hemo [30] y, apretadas sus riendas, contempló las afeminadas togas, el padre sonrió cruelmente y agitó su casco brillante con su penacho. Entonces la implacable divinidad dirige la palabra a Belona [31] que, con su vestido manchado de sangre, peinaba sus serpientes, cebadas con las matanzas de Iliria:

«¿Aún no, hermana, aún no podemos poner remedio al afeminamiento de Oriente? ¿Nunca se hará rígida esta

[25] Antigua ciudad de Asia Menor, capital de Galacia; hoy Ankara.
[26] Es decir, para no aburrirse con la continua contemplación del Bósforo.
[27] Marte. Cf. *Prob.*, nota 22.
[28] Pueblo escita.
[29] Monte de Tracia.
[30] Macizo rocoso al norte de Tracia.
[31] Diosa de la guerra. Cf. *Prob.*, nota 26.

corrompida edad? El Argeo [32] hierve con los montones aún tibios de cadáveres capadocios; todavía está turbio el desdichado Orontes [33]. Se acuerdan de la desgracia mientras perecen. Si dejas que sus espíritus respiren por un momento, olvidan tantas muertes sin sentimiento alguno y es de poca importancia la pérdida de tanta sangre.

¿Ves este crimen siniestro? ¿Por qué ocultas el rostro con tus cabellos? ¡Mira a qué acciones dio lugar un pequeño sosiego, cuánto daño produjo el descanso de la espada! Es entregado a un eunuco el año que ha carecido de guerras. Se hubiese tratado de la desaparición del consulado si las regiones de Occidente hubiesen tenido el mismo espíritu. La antigüedad se hubiese derrumbado burlada y no quedaría ninguna huella de sus leyes pisoteadas si Estilicón no hubiese apartado del Tíber protegido, acordándose del imperio y de las costumbres anteriores, este nombre vergonzoso y no hubiese conservado a Roma al margen de este crimen inaudito. Él nos dio un puerto adonde se retiraran la maltratada majestad del Lacio y las hachas deshonradas. Él nos dio unos anales en los que, tras abandonar el Oriente, se refugiara una edad manchada por la infamia de esclavos.

¡Qué hombres tan parecidos a su cónsul tiene esta corte! Dirige tu mirada a esas murallas: ¿es que al menos murmuran en un silencioso temor? ¿Acaso lo condenan en su pensamiento? Mira al senado aplaudiéndolo, a los próceres bizantinos y a los quirites griegos. ¡Oh pueblo digno de tales senadores, oh senadores dignos de tal cónsul! ¿Qué significa el hecho de que también los soldados estén inactivos y entre tantas espadas ninguna indignación les recuer-

[32] Monte de Capadocia.

[33] Río de Siria.

de el sexo de los hombres? ¿Hasta aquí ha venido a parar la vestimenta de mis descendientes? ¿Así es despreciado el honor de Bruto?

Perdona a tu padre, Rómulo, el hecho de que se presente tardíamente como vengador de tus fasces deshonradas: ya haré pagar estas alegrías con abundantes lágrimas. ¿Por qué, Belona, aplazas desde hace tiempo el tocar tu trompeta del Tártaro, por qué te retrasas en coger tu guadaña con la que siegas a los pueblos de raíz? Provoca el desorden, destierra los placeres. Estoy cansado de la ruina de los tracios y los macedonios y de ensañarme de nuevo contra pueblos ya sepultados: me excitan daños menos habituales. Traslada los terribles fuegos de tus antorchas al otro lado del mar. Dispón el comienzo de otros saqueos. No debes buscar al enemigo por la comarca de los montes Rifeos [34] ni hay necesidad de desencadenar una tempestad por los valles del Cáucaso. La tierra frigia es habitada por los ostrogodos y los grutungos [35] mezclados: un pequeño motivo los podrá empujar a la revuelta; que la naturaleza regrese a su estado con facilidad. Suceda así: puesto que ya el vigor se ha paralizado en nuestros soldados y se han acostumbrado a obedecer a un jefe afeminado, que un extranjero del norte vengue las leyes ultrajadas; que las armas de los bárbaros socorran el pudor de Roma».

Habiendo hablado así, hizo resonar con su escudo un trueno como apenas lo deja oír el mismo soberano de los dioses cuando sacude su égida en las nubes amenazadoras. Responde el Atos y retumba el Hemo; el Ródope, sacudido, redobla el ronco fragor. El Hebro levantó de sus sorprendidas aguas sus cuernos blancos por la nieve y el mie-

[34] Montes de Escitia.

[35] Pueblo que habitaba el bajo Danubio.

do solidifica en hielo al pálido Istro. Entonces arrojó una lanza, pesada por su hierro y con rígidos nudos, dardo ingente e imposible de lanzar por ninguna otra divinidad. Se abre ancha estela por las nubes hendidas. El arma, mantenida en un solo vuelo, franquea por los aires tantos mares, tantos montes y se clava en medio de los campos de Frigia [36]. La sintió la tierra; gimió el Hermo, fecundo en viñas de Nisa, el Pactolo se estremeció con su urna dorada y todo el Díndimo lloró con sus bosques sometidos [37].

Y la diosa no sigue más lentamente el silbido de la lanza arrojada y, tras haber meditado mil maneras de hacer daño, por fin se dirige a Tarbígilo [38] (éste era el pérfido caudillo de los escuadrones de los getas). Entonces por casualidad volvía vacío de regalos de una visita a Eutropio [39], su fiereza había aumentado con su dolor e inflamaba su pecho escítico la pobreza, que incita al crimen incluso a los caracteres apacibles. Se presenta a él simuladamente con el rostro de su esposa y avanza como una bárbara arrogante con pasos fingidos, cubierta con la vestimenta de lino: muy cerca de su pecho un broche le sujetaba el vestido echado de nuevo detrás de su espalda, había recogido en un círculo su cabello con una mitra redondeada que le daba la vuelta y había ordenado a sus serpientes ponerse rubias. Vuela al encuentro del que regresa, lo es-

[36] Alusión a la costumbre romana de arrojar una lanza en señal de declaración de guerra. Cf. Ov., *Fast.* VI 207.

[37] Para el Hermo y el Pactolo, ríos de Asia Menor, cf. *Prob.*, nota 12. Para Nisa, cf. *IV Cons.*, nota 128. El Díndimo es una montaña de Frigia.

[38] Cf. nota 1.

[39] Parece que el eunuco había reducido la ayuda dada a Tarbígilo o que por lo menos no la había aumentado hasta la cantidad que éste pedía. Es posible también que Tarbígilo desease un rango más alto.

trecha con sus níveos brazos y mediante sus besos le infunde en su espíritu un veneno enloquecedor. Para excitar su ira le pregunta astutamente de qué príncipe tan liberal viene, qué riquezas trae de allí. Él lloraba su ingrato viaje, sus inútiles esfuerzos; además, qué soberbia del eunuco había soportado, qué oprobios. Inmediatamente ella se desgarra las mejillas con sus uñas y, cogido el momento oportuno, deja salir sus lamentos:

«Ahora ve, hiende la tierra entregado al arado y enseña a tus compañeros a sudar junto a los rastrillos tras haber dejado a un lado las espadas. El grutungo cultivará bien los campos y dispondrá las vides en la estación adecuada. Dichosas las otras mujeres a las que honran las ciudades sometidas por sus esposos, a las que adornan los despojos logrados por poderosas fuerzas, a quienes sirven hermosas argivas y tesalias y que han merecido esclavas lacedemonias. A mí el destino me unió con un hombre demasiado cobarde, demasiado indolente, un degenerado que ha renunciado a todo el Istro, que se aparta de las costumbres de su patria, al que retiene la gloria de la justicia y desea más vivir como colono en lo que se le ha concedido que como señor en lo arrebatado. ¿Por qué buscas hermosas denominaciones para tus indolentes defectos? Tu cobardía recibe el nombre de honradez, tu temor el de justicia. ¿Soportarás una injusta pobreza llevando armas? ¿Y llorarás sin venganza cuando se te abren tantas ciudades sin guardián alguno?

Sin duda tienes miedo al castigo. Antes regía aquella costumbre: que tenían en estima a los que lo merecían y acosaban a los rebeldes con odio implacable. Pero ahora el que rompe un tratado se enriquece, el que lo conserva se hace pobre. El devastador del pueblo aqueo, que hace poco saqueó impunemente el Epiro, está al frente de Ili-

ria [40]. Ya entra como amigo en las murallas que sitió, para administrarles justicia a aquellos de cuyas esposas se apoderó y cuyos hijos aniquiló. Así suelen castigar a los enemigos, estas recompensas dan a sus saqueos. ¿Todavía dudas y examinas el número de los tuyos y tus exiguas tropas? Tú rompe la paz; la guerra te proporcionará aliados. Y no te aconsejaría tan decidida si soportaras enfrente a hombres: ahora hay en el ejército otro sexo y el orbe se confió a unos defensores eunucos; a éstos siguen las águilas y los estandartes de Roma. Comienza a volverte por fin a la vida bárbara; que te teman ya también y admiren como culpable al que despreciaron por piadoso. Repleto de despojos y botín, serás romano cuando te agrade».

Habiendo hablado así, de repente se convirtió en un ave siniestra y, repugnante con su pico encorvado y con sus alas más negras que las tinieblas infernales, se posó, funesto augurio, en una vieja tumba. Tarbígilo, después que el pavor se calmó en su relajado corazón y su erizada cabellera perdió la rigidez, implacable, no retrasó los mandatos de la diosa. Les explica por orden a sus compañeros qué había visto y los incita a seguirlo. La juventud bárbara se conjura tras haber encontrado un caudillo y abiertamente se apartó de las armas del Lacio.

Toda la parte de Frigia que, próxima a las Osas escíticas, padece frío, limita con los bitinios; la que oculta al sol, con los jonios; la que lo hace nacer, con los gálatas [41]. Por dos partes son vecinos los lidios con una frontera oblicua y los fieros pisidios [42] continúan el lado sur. Tantos

[40] Alusión a Alarico, que fue nombrado *magister militum* de Iliria. Para las revueltas de Alarico y las campañas de Estilicón en Grecia, cf. «Introducción», págs. 12-13, 50 ss. y *Ruf.* II, notas 6 y 22.

[41] Para Galacia, cf. *Eutr.* I, nota 3.

[42] Pisidia es una región de Asia Menor próxima a Panfilia.

pueblos fueron en otro tiempo una sola nación, llamados con un antiguo y único nombre frigios —¿pero qué no podrá cambiar el prolongado transcurso del tiempo?—, denominados meonios después de su rey Meón[43]. Grecia se asentó en los puertos del Egeo. Los tinios de Tracia cultivan lo que ahora se llama Bitinia[44]. Recientemente un enorme ejército de galos proveniente del Océano se estableció por fin, vagabundo antes, en aquellas regiones y dejó a un lado sus dardos, apacible ya con su vestimenta griega, para beber el agua del Halis[45] en lugar de la del Rin. Toda la antigüedad le otorga la prioridad a los frigios; y el rey de Egipto no se opuso más, después que un niño privado de la leche del pecho humano pronunció su primer balbuceo en lengua frigia[46]. Aquí cayó la flauta arrojada en otro tiempo a las lagunas de Licia, cuando el agua reflejó a Minerva desfigurada[47] y aquí el pastor vencido por la lira de Apolo hace célebre con su piel colgada a Celenas

---

[43] Meonia es la región de Asia Menor llamada también Lidia. Aquí Claudiano nos dice que recibió su nombre de su rey Meón.

[44] Tinia es otro nombre de Bitinia, pero primitivamente se distinguían los tinios y los bitinios, dos tribus tracias establecidas más allá del Bósforo; la primera de ellas en la costa, la segunda en el interior.

[45] Río de Asia Menor. Cf. *Ruf.* II, nota 13.

[46] La leyenda la encontramos en HERÓDOTO, II 2. Psamético, rey de Egipto, deseaba saber cuál era la nación más antigua. Con el fin de averiguarlo, entregó dos niños a un pastor para que los criase apartados de todo lenguaje humano. Al cabo de dos años, los niños pronunciaron la palabra «becós», el nombre frigio para designar el pan. De este modo quedaba asegurado que la nación frigia era la más antigua.

[47] Se atribuye a Minerva la invención de la flauta, pero hay relatos que añaden que la diosa sintió aversión por su propio invento, porque le descomponía el rostro cuando lo tañía, y por ello arrojó sus flautas (generalmente se tocaban a pares) lejos de sí.

que se acuerda de ello [48]. Aquí cuatro auríferos ríos avanzan desde sus grandes fuentes; y no me admiro de que resplandezcan con oro las aguas que tantas veces bañaron a Midas. Estas corrientes fluyen en direcciones opuestas, hacia el Austro y hacia el mar del norte. El Díndimo da nacimiento al Sangario que, acrecentado con la corriente pura del cristalino Galo, se lanza a su desembocadura en el amazonio Ponto Euxino [49]. El Marsias y el Meandro se dirigen juntos al Mar Icario y a los litorales de Mícale [50]; pero el Marsias, impetuoso y carente de curvas mientras la corriente es suya propia, se calma tras haberse mezclado ya con tus aguas, Meandro, experimentando así lo contrario que el Árar [51] acelerado por el Ródano. Entre estos ríos hay una llanura despejada; ésta es propicia para el cultivo de Ceres, está sembrada de espesas vides que se entrelazan y produce el fruto del glauco olivo, rica en caballos, fecunda en ganado y apreciada por el mármol

[48] Cuando Minerva tiró sus flautas, el Sátiro Marsias las recogió. Llegó a hacerse tan competente en el arte de tocarlas, que desafió a Apolo a producir con su lira una música comparable. El dios aceptó el reto, pero con la condición de que el vencedor pudiera hacer con el vencido lo que se le antojase. Habiendo ganado Apolo, desolló vivo a Marsias. De su sangre o de las lágrimas que los Sátiros y otras deidades menores derramaron, nació el río que lleva su nombre, afluente del Meandro por su orilla izquierda, mencionados ambos a continuación. Celenas es una ciudad frigia, cuna de Marsias y capital del rey Midas.

[49] El río Sangario es el actual Sakarya. Afluente suyo es el Galo. El Ponto Euxino es el Mar Negro, al que llama «amazonio» por ser la región donde habitan las Amazonas (cf. *Fesc.*, nota 8).

[50] Icaria es una de las Cícladas, que recibe su nombre a partir de Ícaro, el legendario volador. También al mar que la rodea se le llama Icario en recuerdo de la mortal caída del héroe. Mícale es un promontorio de Jonia.

[51] El Saona.

embellecido con vetas de púrpura que Sínada [52] extrae de sus canteras.

Tal era entonces la Frigia que los dioses permitieron que fuera reducida a cenizas por los saqueos de los getas. El bárbaro irrumpió en ciudades desprevenidas y fáciles de ser capturadas. No hay ninguna esperanza de salvación, ninguna de huida: ya las fortificaciones con sus piedras desmoronadas se habían derrumbado por el prolongado transcurso del tiempo y la larga duración de la paz.

Entretanto, mientras Cibeles está sentada en las apartadas rocas del helado Ida y contempla según su costumbre las danzas e incita a las ágiles espadas de los Curetes al son de los tímpanos, se cayó la áurea torre de su cabeza, gloria inmortal de su sagrada cabellera, y el polvo profana la muralla de sus cabellos precipitada desde lo más elevado de su frente [53]. Los fieros Coribantes quedaron estupefactos ante este presagio y la orgía, paralizada por un miedo general, mantuvo silenciosa sus flautas. Se afligió la madre; entonces así comienza a hablar conmovida:

«Ya hace tiempo que la anciana Láquesis [54] me anunciaba este augurio: la caída de mi corona asegura que ha llegado la suprema caída de Frigia. ¡Ay, cómo irá el Sangario de sangre y cuánto retraso del lento Meandro van a soportar los cadáveres! El final permanece inmutable; ya hace tiempo que esto le complació a mi hijo el Tonante; igual dolor les aguarda también a los pueblos vecinos y

---

[52] Ciudad de Frigia famosa por sus mármoles.

[53] La diosa frigia Cibeles, la Gran Madre, se localiza especialmente en los montes Ida, Díndimo y Berecinto. Se la representa con una corona de torres o de almenas (de donde los nombres de *Mater Turrita, Turrigera*, etc. que recibe). En cuanto a los Coribantes, los Curetes y el culto orgiástico a Cibeles, cf. *IV Cons.*, nota 41 y *Eutr.* I, nota 36.

[54] Una de las Parcas. Cf. *Ruf.* I, nota 44.

en vano implora Lidia a los tirsos de Lieo [55], que no la defenderán. Y ya adiós, tierra de Frigia y murallas que vais a perecer bajo las llamas, las que ahora alzáis torres elevadas, pronto llanura y suelo desnudo. Adiós, ríos queridos. No deliraré más como una bacante en vuestras grutas ni mi carro surcará las cimas del Berecinto». Dijo, y trocó el son de los tímpanos en tristes lamentos. Atis [56] hace resonar con sagrados alaridos a su patria que se derrumba y los fieros leones se empaparon de lágrimas.

Eutropio, aunque el temible desastre no puede mantenerse en silencio y un alarmado rumor lo divulgó todo, sin embargo finge ignorarlo y disimula la ruina del imperio. Cuenta que anda errante una pequeña banda de ladrones, que para los culpables se preparan castigos más que armas y se jacta de que tales fuerzas deben ser quebrantadas no por un general sino por un juez: como la enorme ave de Libia, cuando es hostigada por los gritos de los cazadores, atraviesa en su carrera las ardientes arenas y vuela polvorienta con sus alas curvadas por el viento a manera de una vela; si ya suenan claramente los pasos por detrás, permanece quieta olvidándose de la huida con sus ojos cerrados, con su cabeza vuelta ridículamente hacia atrás y cree pasar desapercibida para aquel al que ella misma no ve. Sin embargo Eutropio le envía furtivamente al bárbaro promesas difíciles de cumplir junto con nuevos regalos, por si por casualidad desiste de su empresa tras habérselo rogado. Aquél, después de haber conocido una vez la dulzura del botín, se niega a servir a un esclavo y no le resultan gratos los regalos de los que tienen miedo. Arro-

[55] Sobrenombre de Baco que significa «El que relaja».

[56] Atis es el compañero de culto de Cibeles. Cf. *Eutr.* I, nota 36.

gante, no considera digna milicia alguna ni los primeros rangos: ¿pues qué dignidad no es vil bajo tal cónsul?

Después que él ve que no se calman con súplica alguna, que no han cedido ante el oro, después que regresan inútilmente numerosos mensajeros y que no queda ya esperanza de un tratado, por fin convoca en su palacio al consejo reconociendo la necesidad de hacer la guerra. Acudieron jóvenes libertinos y viejos lascivos, quienes tienen la gloria insigne de la gula y la honra de haber variado los corruptos banquetes; ellos excitan su apetito con el precio y ofrecen a su paladar resplandecientes aves de Juno y si alguna verde capaz de hablar es traída de los atezados indos, alimentos logrados más allá del imperio. Ni el Egeo ni la profunda Propóntide [57] ni las aguas de la laguna Meótide [58] saciarán con sus lejanos peces su inmensa glotonería. Tienen el afán de la vestimenta perfumada, su gloria más grande es haber provocado la risa mediante estúpidas gracias, su elegancia no es en absoluto viril, sus rostros están acicalados e incluso la misma seda les resulta una carga. Si el huno, si el sármata golpea las puertas, ellos están preocupados por el teatro; están acostumbrados a despreciar a Roma y a admirar sus mansiones que baña el Bósforo; son diestros en la danza y expertos en aurigas. Una parte de ellos, provenientes de la baja plebe, son generales; otra parte, con sus pantorrillas señaladas por los grillos y sus amoratadas piernas por el negro hierro, administran justicia, aunque su rostro marcado está en contradicción y se muestra con su verdadero título. Pero el poder pone delante a Eutropio en primer lugar, apoyado en Hosio [59]

[57] Mar entre el Egeo y el Ponto Euxino, hoy Mar de Mármara.

[58] El Mar de Azov.

[59] Hosio, de origen español, había sido esclavo y cocinero. Llegó a ser *magister officiorum* en la corte de Arcadio.

que le sigue a continuación. Éste en verdad es más dulce que todos, experto en remover salsas y quien lo arregla todo arrimando el humo; hirviente, pero que hace mermar bien su cólera encendida. Se sientan juntos los dos gobernantes cimeros del imperio de Oriente; uno un cocinero, el otro un alcahuete, con sus espaldas señaladas por los azotes; iguales en la esclavitud, no en su habilidad; uno fue comprado con bastante frecuencia [60], el otro se crió como esclavo nativo en un hogar hispano.

Así pues, cuando estuvieron reunidos los próceres para deliberar en una situación apurada y ofrecer un alivio a tan gran enfermedad, se olvidaron súbitamente de Frigia y, tras haber dejado a un lado la guerra, comenzaron a desviarse hacia sus acostumbradas bromas y a las disputas sobre el circo. Con gran impetuosidad se discute inútilmente qué muchacho hace girar mejor en la ágil voltereta su cuerpo agitado, cuál barre mejor el mármol del suelo con su cabello al volver hacia arriba, quién curva más su costado como un arco flexible, quién adapta más los gestos de sus dedos a su voz, quién los ojos a su carácter. Unos recuerdan versos de la tragedia; otros cantan la obra *Tereo,* otros *Ágave* [61], todavía no confiada a un coro.

Eutropio los reprende. Les dice que el momento no reclama esos espectáculos; que ahora se echan encima otras preocupaciones de la guerra; que él, bastante cansado, se arma en defensa de la frontera armenia y que uno solo

---

[60] Cf. *Eutr.* I, vv. 58 ss.

[61] Para Tereo, cf. *Eutr.* I, nota 39; para Ágave, cf. *Ruf.* II, nota 49. La *Agave* a la que alude Claudiano es *necdum commissa choro* (v. 364) por lo que leemos en JUVENAL, VII 87: *(Statius) esurit, intactam Paridi nisi vendit Agaven.* El verso de Claudiano sería perfectamente comprensible para los lectores de Juvenal.

no puede hacer frente a tan grandes peligros; que sean indulgentes con su vejez, que envíen a la guerra a jóvenes: como una odiosa nodriza se sienta entre muchachas pobres y con su ronca voz les ordena buscarse con la tela el sustento ordinario; ellas le piden divertirse en los días de fiesta y visitar a sus amigas tras haber dejado a un lado sus labores y, encolerizadas con su trabajo, enredan los hilos con sus dedos ya cansados y enjugan con el paño sus delicadas lágrimas.

Enseguida se levanta en medio del temblor de la concurrencia el audaz León [62] con su inmensa mole, al que en voracidad sólo igualaría con dificultad el hambre de un Ciclope, al que no vencería Celeno [63] hambrienta —por ello se dice que obtuvo su nombre de León—, enérgico contra los ausentes, jactancioso en sus palabras, enorme de cuerpo y pequeño de espíritu, muy experto en otro tiempo en el arte de trabajar la lana, manipulador del encorvado peine. Ningún otro pudo ofrecer del mismo modo en los canastillos la lana tras haberle quitado la suciedad y ninguno fue igual en hacer pasar los grasientos vellones por las finas rendijas de los dientes de hierro. Entonces era el Áyax [64] de Eutropio y bramaba anchamente, sacu-

---

[62] León, cardador en otro tiempo según Claudiano, y Gaínas fueron enviados por Eutropio con sendos ejércitos a hacer frente a la revuelta de Tarbígilo (cf. nota 1). En realidad Gaínas nunca dejó el Helesponto. León avanzó hacia Panfilia y fue derrotado por el rebelde.

[63] Celeno «Tenebrosa», Aelo «Tempestad» y Ocípete «Rauda Voladora» son los nombres de las Harpías, seres femeninos alados y odiosos, hijas del Póntida Taumante y la Oceánide Electra. La leyenda en que desempeñan un papel más destacado es la de Fineo, rey de Tracia, acosado a todas horas por las Harpías, que le arrebataban la mayor parte de los alimentos de su mesa, ensuciándole irremediablemente el resto.

[64] Áyax Telamonio.

diendo no las siete pieles de novillos en un enorme escudo sino su panza, que había llenado en perpetuos banquetes y en un perezoso asiento entre viejas y entre ruecas. Por fin se pone en pie y deja salir su voz jadeante:

«¿Qué nueva desidia es ésta, compañeros? ¿Hasta cuándo permaneceremos encerrados en los tálamos de las mujeres y soportaremos que crezca el peligro con nuestra pereza? Se entrelaza una multitud de desgracias bastante graves mientras perdemos el tiempo en inútiles votos. Esta penosa tarea me reclama. Nunca mi diestra fue perezosa para el hierro. Que sólo Tritonia [65] favorezca mis empresas y llevaré a término el trabajo comenzado. Al orgulloso Tarbígilo, que lo abruma ya todo con su locura, lo haré menos pesado que un vellón de lana y a los desertores grutungos los dejaré pelados como a miserables ovejas y, tras haber restablecido la paz, restituiré a las madres frigias a sus antiguas labores de costura».

Tras haber dicho esto, se sentó de nuevo. Se produce el aplauso y el ingente clamor de la asamblea, como surge ordinariamente de las gradas resonantes del teatro cuantas veces un efebo de larga cabellera representa a Níobe [66] rígida o a una troyana llorando. Inmediatamente, tras haber desplegado los estandartes emprende un camino que no tiene regreso y bajo el siniestro augurio del búho ordena ponerse en movimiento a sus tropas que pronto van a saciar a las aves migdonias [67].

---

[65] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[66] Níobe presumía de haber tenido catorce hijos mientras que Latona sólo tenía dos. Como castigo a su arrogancia, Latona ordenó a sus dos hijos, Apolo y Diana, que matasen a toda la prole de Níobe. Apolo mató a los hijos, Diana a las hijas, y la misma Níobe fue convertida en roca.

[67] Migdonia es una región de Frigia.

Era un ejército bien parecido y amante de la sombra de la ciudad, asiduo a los juegos, deseoso de resplandecer en los baños y no de resistir el sol o la lluvia; un ejército muy diferente al anterior que, en tanto que lo regía Estilicón [68], acostumbraba a soportar bajo los escudos las escarchas de los tracios, a pasar el invierno bajo el cielo raso y a beber las heladas aguas del Hebro [69] rotas con sus duras hachas. Las fuerzas se cambiaron juntamente con su caudillo: la lujuria de Bizancio y los triunfos de Ancira [70] destruyeron su vigor. La caballería no precede a la infantería; no se elige el lugar propicio para el campamento; los centinelas vigilan en la empalizada sin turno alguno; no se exploran los caminos que hay que seguir y los que se deben evitar; las alas se pliegan sin ningún orden; por todas partes andan errantes a través de sombrías espesuras, a través de desconocidos valles con estrechos senderos. Así avanzan los caballos privados de jinete, así la nave desprovista de piloto se lanza al abismo regida por el azar, no por los astros, así se precipita contra las rocas el monstruo tras haber perdido al pez compañero que yendo delante le muestra las aguas que debe surcar, dirige al inmenso animal con el timón de su pequeña cola y establece un pacto con tan gran bestia [71]; ella nada privada de plan y desconocedora de la profundidad; sorprendida por las aguas poco profundas se agita ya sin saber regresar e inútilmente hace chocar contra los escollos sus fauces abiertas.

---

[68] Se trata del ejército oriental que había sido dejado en Occidente por Teodosio (cf. «Introducción», pág. 10) y que había permanecido a las órdenes de Estilicón hasta ser devuelto a Arcadio (cf. *Ruf.* II, nota 22).

[69] Río de Tracia.

[70] Cf. vv. 97 ss. y notas 25 s.

[71] Según los naturalistas antiguos, el *musculus* o ratón de mar iba guiando a la ballena por las aguas. Cf. PLINIO, *HN* IX 186.

Tarbígilo simulaba la huida y fomentaba con esperanzas el vanidoso orgullo de León; de repente, mientras pierden su vigor en los pingües banquetes y se jactan entre los vinos de las cadenas del enemigo, cayó de forma imprevista sobre el campamento adormecido por el abundante Lieo. Unos perecen mientras levantan sus pesados miembros del lecho; otros unieron el sueño con la muerte; pero a otros que corrían desordenadamente, los acoge una laguna próxima y aumenta sus aguas con los inmensos montones de cadáveres. El mismo León huía más rápido que un gamo y un ciervo, temblando en su sudoroso caballo; éste, después que cayó con su carga, envuelto por el lodo se arrastraba boca abajo por las espesas aguas. La mole del grasiento cuerpo de León se hunde apoyándose en el denso cieno y suspira, a la manera de una cerda que, dispuesta ya para el banquete próximo, chilla desagradablemente cuantas veces Hosio se arma de su resplandeciente cuchillo, recoge su vestimenta y medita consigo mismo qué partes atravesará con los asadores, qué trozos confiará al agua caliente y con erizos de qué tamaño tensará su piel. El trabajo se anima; el Bósforo resuena sacudido por los numerosos golpes; los variados olores envolvieron penetrantes a Calcedonia. He aquí que una brisa ligera agita las frondas por su espalda: León cree que son dardos; el terror fue eficaz como una herida e hizo las veces de jabalina; intacto y herido sólo por el miedo, exhala su vida perversa.

¿Quién te aconsejó, degenerado, que debías coger la espada en lugar del peine, quién que antepusieras el campo de batalla a tu trono ancestral? ¡Qué bien alababas seguro las labores de las tejedoras y arrojabas el frío con comidas matutinas! Aquí yaces, desgraciado; aquí, mientras evitas

tus vellones, por fin las Parcas [72] te hilaron los últimos hilos.

Ya un extendido rumor conmueve al palacio que palidece por los numerosos terrores. Decía que el ejército había sido abatido, que las tropas habían sido destruidas, que los campos de Meonia mostraban un aspecto horrible por la matanza, que los panfilios y los pisidios eran arrebatados [73]. Desde todas las regiones resuena como un trueno el temible Tarbígilo. Unas veces se dice que dirige su marcha contra los gálatas, otras que se lanza contra los bitinios. Hay quienes refieren que desciende a través de los cilicios tras haber franqueado el Tauro [74], hay quienes cuentan que se acerca por tierra y mar tras haberse apoderado de embarcaciones. La realidad se duplica con las invenciones del pavor: que desde las naves se contemplan a lo lejos las ciudades incendiadas, que el mar brilla con las llamas y que las cenizas, excitadas por el viento, se adhieren a todas las velas en el piélago.

En medio de esta confusión vuela otra noticia más funesta: que Babilonia, otra vez en armas, amenaza bajo un nuevo monarca; que los partos inactivos, aborreciendo el indolente descanso, intentaban ya poner fin a la paz romana [75]. Es raro entre los medos el asesinato de sus reyes

[72] Cf. *Ruf.* I, nota 44.

[73] Meonia, Panfilia y Pisidia son regiones de Asia Menor.

[74] Cilicia es una región en el sureste de Asia Menor. El Tauro es un monte de la misma zona.

[75] Después de las noticias del éxito de Tarbígilo contra León, llegó otra noticia no menos terrible: en Persia un nuevo rey estaba planeando invadir el imperio romano. Tal invasión no llegó a producirse, pero durante un cierto tiempo corrieron rumores a este respecto. Claudiano explota estos rumores para sus propios fines. Hay que decir que Varanes IV, que murió en el 399, y sus tres predecesores (Artajerjes, Sapor III

y el mismo castigo aguarda a todo el linaje del regicida: se obedece igualmente a los dueños por crueles que sean. ¿Pero a qué no se atrevería el año de Eutropio? Derribó a Sapor, aliado y fiel a nosotros, incitó a los persas al asesinato de sus reyes y, para que ninguna parte quedara libre de muerte, llevó las antorchas de las Euménides [76] al otro lado del río Tigris para quebrantar la fidelidad.

Entonces verdaderamente decayeron los espíritus y desfallecen en medio de tan grandes tempestades. Cercados por todas partes por el bramido de las guerras, por fin reconocieron la hostilidad de los dioses y los malos presagios de su cónsul y, actuando como maestro el resultado, aprendieron tarde los necios su ya irrevocable desgracia. Pues cuentan que dos hermanos de la misma sangre, los hijos de Jápeto [77], modelaron con diferente habilidad a los primeros representantes de nuestra raza: a los que trabajó con esmero Prometeo y en cuyo barro mezcló abundante éter, éstos prevén a lo lejos el futuro y, pulidos por un artesano mejor, se enfrentan con preparación a las situaciones críticas. A los que con una arcilla peor creó el mal artífice, al que los poetas griegos llaman con razón Epimeteo, y a través de cuyos miembros no esparció nada del vigor etéreo, éstos, al modo de bestias, no evitan lo que

---

y Varanes III) habían mantenido la paz con Roma. A Varanes IV lo sucedió en el trono Isdigerdes. A pesar de lo que nos dice aquí Claudiano, este monarca siguió conservando la paz con Roma (cf. Orosio, VII 34, 8). Por lo demás, nuestro poeta parece equivocarse con la mención de Sapor, nombre usual entre los Sasánidas.

[76] Euménides («Benévolas») es una designación eufemística de las Furias. Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[77] Prometeo («El que prevé») y Epimeteo («El que reflexiona tarde») son hijos del Titán Jápeto y la Oceánide Asia. Para la creación del hombre por parte de Prometeo, cf. *IV Cons.*, nota 58.

les amenaza ni prevén los acontecimientos, se quejan tras haber recibido el golpe y lloran tarde los sucesos cumplidos.

La salvación ya solo brilla en Estilicón [78]; su llegada siempre la consideró amarga y desagradable para sí el horror, consciente de sus acciones; si sólo habían oído que avanzaba desde los Alpes, temían la muerte y el castigo; ya todos quieren que llegue y se arrepienten de sus crímenes anteriores. A él lo esperan como a una estrella en tan gran confusión de la guerra, a él le suplican igualmente los inocentes y los culpables: como los niños cuyo padre transporta mercancías a través del profundo mar andan por todas partes de acá para allá con mayor alegría tras haberse alejado su guardián, atentos al juego y despreocupados de sus estudios; si un peligroso vecino invade su casa desprovista de protección y los echa impunemente de su hogar, entonces por fin imploran a su padre, profieren su nombre con inútiles gritos y en vano dirigen sus ojos al litoral.

Se confiesan merecedores del suplicio y de la muerte todos los que se confiaron a los esclavos tras haber abandonado a Estilicón. Transformados, quedaron estupefactos durante largo tiempo y, tras haberse restablecido poco a poco su razón, contemplan admirados las monstruosidades de su propia locura y apartan sus ojos —el lictor se horroriza después de arrojar las fasces y las deshonradas segures caen espontáneamente—: como las Ménades, al regresar a Tebas desde la montaña de Aonia con sus tirsos manchados con la sangre de Penteo [79], detienen su marcha

[78] Ésta es la tesis fundamental de *Eutr.* II: sólo Estilicón puede salvar al Este.

[79] Cf. *Ruf.* II, nota 49. Aonia es otro nombre de Beocia, donde se encuentran Tebas y el monte Citerón.

en medio de su confusión y se lamentan de que haya cesado su locura cuando se les ha hecho patente la atroz cacería y han contemplado la cabeza hecha rodar por su madre. Más aún, inmediatamente la misma Aurora [80] se dirige suplicante a la poderosa Italia, no coronada de rayos en su cabellera, no brillante en su rostro ni cubierta de resplandor azafranado; se encuentra lívida por el dolor, como estaba cuando enterró a Memnón [81] en la sepultura frigia. Estilicón se detuvo tan pronto como la reconoció, y no se le ocultaba el motivo de su visita. Ella se para estrechando la mano victoriosa del héroe y llorando dice con dificultad entre profundos suspiros:

«¿Se apoderó de ti tan gran aversión a nuestra parte del mundo? ¿Así me abandonas como diversión y objeto de risa para esclavos, tú, en otro tiempo caudillo y guía mío? ¿Sólo proteges a Hesperia [82]? ¿Y ya no nos fue posible verte después de la guerra del tirano sometido [83]? ¿Así te arrebató la victoria a nosotros y te entregó a los galos [84]? Rufino fue la primera causa del mal: siendo él el promotor, hubo discordia entre las dos partes del imperio. Pero el ejército, tornando con justa cólera, le salió al en-

[80] La Aurora representa aquí a los habitantes oprimidos del Este, habitantes que sufren la mala administración de Eutropio. Es una escena similar al llamamiento que hace África en *Gild.* 132 ss. pidiendo ayuda contra la cólera de Gildón. Es también muy similar a los ruegos que Hispania, Galia, Britania, África e Italia hacen a Roma para que Estilicón acepte el consulado del año 400 (cf. *Stil.* II 218 ss.).

[81] Memnón es hijo de Titono y la Aurora. Es por tanto sobrino de Príamo, pues éste y su padre son hermanos, hijos ambos de Laomedonte. Así pues, con un contingente de etíopes, súbditos suyos, acudió a la guerra de Troya en socorro de los troyanos y allí murió a manos de Aquiles.

[82] Italia. Cf. *Prob.*, nota 38.

[83] Eugenio. Cf. «Introducción», págs. 9-10.

[84] El ejército de Occidente. Cf. *Gild.* 430-431 y nota 78.

cuentro cuando ya promovía cosas mayores, un ejército valiente todavía y recordador de la espada [85]. Entonces resplandeció breve y falsa la libertad. Yo esperaba poder ser regida de nuevo por las riendas de Estilicón. ¡Ah, alegría mía privada de la vista del futuro! El mundo había comenzado a unirse bajo el gobierno de los dos hermanos —¿pues quién con el terror tan grande del ejemplo reciente se atrevería a empresas semejantes?—, cuando súbitamente —esta historia me resulta horrible y vergonzosa de relatar— surge un eunuco como heredero de Rufino y Fortuna me trajo de nuevo dolores iguales, de modo que parecía que yo sólo había cambiado el sexo de mi dueño.

Éste primeramente mantenía ocultos los delitos con los cerrojos de la habitación, gobernando a escondidas y tímidamente. Su poder era odioso, pero no obstante era el poder de un eunuco y no se atrevía a asumir públicamente su autoridad ni a transformar por completo las leyes. Pero después que, expulsada la gente de bien y retenida la hez, eligió a compañeros peores que él y a un lado permaneció como digno servidor Hosio, a otro León, su confianza aumentó y su pasión de gobernar se encendió abiertamente a la vista de todos. El cónsul patricio mancha los honores que vende, mancha más los que él mismo obtiene. Ya los estandartes y las trompetas se afeminan. La indolencia fluyó hacia las espadas mismas. Se regocijan las naciones con razón y somos presa fácil para el que lo desee. Ya el Oriente, tras haber hecho salir los arados, se muestra más desolado que los bistonios [86] y el níveo Hemo. ¡Ay de mí, qué

[85] Cf. *Ruf.* II 366 ss.

[86] Los bistonios son los tracios, así llamados de Bistón, hijo de Marte, ya que era un pueblo muy guerrero.

ciudades, desconocedoras de Marte durante tanto tiempo, me arrebató la lucha en una sola incursión! Recientemente tropas de caballería que venían desde el remoto Araxes [87] aterraron las murallas de Antíoco y casi ardió con las llamas enemigas la capital misma de la hermosa Siria. Y como regresan cargadas de botín y alegres por la inmensa matanza sin que nadie se lo impida, prosiguen continuamente sus heridas con sus espadas victoriosas. Y ya no me envía enemigos el Cáucaso ni el helado Fasis [88]: la guerra nace en mi mismo seno. Los grutungos, antes legión romana, a los que dimos leyes tras haberlos vencido, a los que concedimos campos y casas, devastan ahora con fuego a los lidios y lo más fértil de Asia y si algo dejó atrás la primera invasión. Y no están confiados en su fuerza ni en su número. Pero los incita la cobardía y la traición de nuestros generales, por cuya culpa nuestro ejército huye ante sus propios prisioneros, a los que sometió siendo testigo de ello el Danubio, y teme a una parte aquel que los rechazó a todos juntos.

La corte se entrega a las danzas y a los banquetes y no se preocupa de lo perdido mientras aún le queda algo. Sin embargo, para que nada pierda el vendedor con esta desmembración del imperio, divide cada una de las provincias supervivientes y las dos mitades, teniendo que soportar cada una su gobernador, son obligadas a compensar el dinero de las otras provincias destruidas por el enemigo. Así me restituyen los pueblos. Con el descubrimiento de este artificio aumentan el número de gobernantes mientras se pierden mis tierras [89].

[87] Río de Armenia, actualmente el Aras, tributario del Caspio.

[88] Río de Cólquide.

[89] Cf. *Eutr.* I, nota 16.

En ti solamente tengo ya esperanza. Te ofrezco estas lágrimas en lugar del ramo de Minerva: socórreme en mi derrumbamiento, arrebátame por fin, arrebátame del gobierno de los esclavos; no nos condenes de tal modo a todos por la culpa de unos pocos ni una ofensa reciente suprima tantos méritos anteriores. Doblega ya tu ánimo. Siempre los peligros supremos conceden el perdón a la culpa. Camilo [90], aunque encolerizado y exiliado, no retrasó las armas ante las llamas de su patria. No te apartamos del Lacio. Tú eres defensor suficiente para ambos imperios. Permítasenos gozar en común de la gloria de tus armas. Que nos proteja el mismo escudo y que un solo valor se esfuerce en defensa de ambos mundos».

---

90 Cuenta la tradición que Camilo, exiliado por haberse apropiado de algún botín, se retiró a Ardea, donde fue designado dictador cuando los galos atacaron Roma. Cf. *IV Cons.*, nota 76.

SOBRE EL CONSULADO DE ESTILICÓN

21

LIBRO I

Con total apoyo prolongan los dioses la dicha de Roma e impulsan sus éxitos con nuevos éxitos. Aún no había acallado el palacio los festivos cantos de himeneo, cuando hizo resonar los himnos de triunfo por la derrota de Gildón; reemplazó el laurel a las ardientes guirnaldas de las nupcias, para que el príncipe recibiera al mismo tiempo el nombre de esposo y la gloria de vencedor [1]. Tras los combates de Libia, el crimen se extinguió en las regiones de la Aurora y, sometido de nuevo el Oriente, las fasces se alzan protegidas por el cónsul Estilicón [2]. Nuestros deseos se cum-

[1] El casamiento de Honorio y María (celebrado posiblemente en febrero del 398) tuvo lugar en Milán cuando se desarrollaba en África la campaña contra Gildón. La flota llegó a África en febrero del 398 y Gildón fue derrotado poco después. Así pues, las noticias de la victoria romana llegaron a la corte inmediatamente después de las nupcias del emperador.

[2] El libro I recorre de un modo retórico todas las hazañas militares de Estilicón, pero es a la guerra contra Gildón a la que se dedica más

plen en orden. En verdad, si espero yo desarrollar en un solo poema un cúmulo de acontecimientos tan sublimes, con más facilidad colocaré el Pelio sobre el helado Osa [3]; si quiero silenciar una parte, será ésa más importante, sea cual sea la que deje a un lado. ¿Describiré sus viejas hazañas y su primera juventud? El presente atrae mi atención. ¿Hablaré de su justicia? Resplandece su gloria militar. ¿Expondré el poder de sus armas? Sin ellas hizo todavía más. ¿Lo alabaré porque florece el Lacio, porque recobrada se somete África al imperio, porque desconoce Iberia al mauro como vecino, porque sin temor contempla la Galia admirada a un Rin desarmado? ¿O cantaré a la helada Tracia y las fatigas de las luchas de las que fue testigo el Hebro [4]? Un espacio ilimitado se abre ante mí y la misma pendiente fatiga al carro de las Musas cargado de innumerables elogios.

Pues desde que la tierra comenzó a ser habitada por los mortales, nunca se le concedió a ningún hombre un lote de excelencias sin mezcla. A quien lo embellece su rostro, sus costumbres lo deshonran; a quien lo adorna un espíritu especialmente hermoso, su físico lo defrauda; bastante destacado es aquél en la guerra, pero envilece la paz con sus vicios; éste es dichoso en su vida pública, pero menos en la privada. A cada cual lo distingue repartidamente una cosa: a uno su belleza, a otro su coraje en las armas, a otro su austeridad, a éste su rectitud, a aquél

espacio. A lo largo de los tres libros recurre una y otra vez a la victoria sobre el rebelde africano y nos la muestra como la mayor hazaña de Estilicón, la empresa que coloca al caudillo entre los héroes de Roma. Por otra parte, Claudiano nos habla ahora claramente de la participación del Este en la revuelta.

[3] El Pelio y el Osa son montes de Tesalia.

[4] Río de Tracia.

su conocimiento del derecho, a otro su descendencia y una esposa virtuosa. En todos los demás se reparten, en ti confluyen unidas; y lo que distribuido nos hace felices, tú lo posees todo junto.

¿Para qué recordar las hazañas de su padre y sus empresas guerreras, para extender la fama del cual, si no hubiese hecho nada ilustre, si su diestra, fiel a Valente, no hubiese guiado los escuadrones de brillantes cabelleras, sería suficiente el ser padre de Estilicón [5]? Éste tuvo siempre desde niño un espíritu sublime y en sus tiernos años le resplandecía también la señal de una suerte más elevada. Distinguido y enérgico, no emprendía nada insignificante, no aguardaba en los umbrales de ningún poderoso y hablaba ya en consonancia con su futuro destino. Ya entonces eras señalado, ya entonces caminabas infundiendo respeto y el ígneo resplandor de tu noble rostro y la justa proporción de tus miembros, como no la inventa la poesía para los semidioses, presagiaban un caudillo. Por dondequiera que llevaras orgullosamente tus pasos en la ciudad, veías a la gente levantarse y cederte el sitio, a pesar de que todavía eras sólo un soldado. La silenciosa aprobación del vulgo ya te había otorgado lo que pronto debió concederte la corte.

Apenas tenías la flor de la edad, cuando fuiste enviado para hacer la paz en Asiria [6]; pactar un tratado con un pueblo tan grande fue confiado a tu juventud. Tras cruzar el Tigris y el profundo Éufrates, te diriges a Babilonia. Quedaron estupefactos los rigurosos próceres de los par-

---

[5] De la familia de Estilicón sólo sabemos que era vándala (cf. OROSIO, VII 38, 1). Su padre, jefe vándalo, parece que luchó a las órdenes del emperador Valente.

[6] Estilicón fue enviado en el 387 a Asiria (Persia) como embajador.

tos; el pueblo, armado de aljabas, ardió en deseos de contemplarte y las hijas de Persia, fijas en el hermoso huésped, suspiraron por un fuego secreto. Conciertan la paz los altares, fragantes por la abundancia de incienso y de mieses de Saba [7]; sacaron el fuego sagrado de lo más profundo del santuario y los magos sacrificaron novillos según el rito caldeo. El rey mismo inclina la copa que brilla en su diestra y pone por testigos de sus juramentos a los misterios de Belo [8] y a Mitra [9], que hace girar en el cielo los astros errantes. Si alguna vez iban contigo en una cacería común, ¿quién antes que Estilicón hendía su espada de cerca en los leones o hería de lejos a las tigresas de pieles rayadas? Te consideró superior el medo cuando tú regías fácilmente las riendas de un caballo; disparabas el arco en la huida y el parto se maravillaba [10].

Entretanto, la núbil edad de una doncella ya madura aumentaba las preocupaciones propias de un padre [11], dudando el emperador a quién elegir como caudillo del impe-

---

[7] Ciudad de la Arabia Feliz. Eran famosos el incienso y la mirra que se producían en su territorio.

[8] El primer rey de los persas (cf. Ov., *Met.* IV 213), elevado al rango de los dioses. En realidad Belo, hermano de Agénor e hijo de Neptuno y Libia, es una figura mítica genuinamente griega que sufrió un proceso de asimilación o sincretismo con figuras orientales divinas o semidivinas.

[9] El dios iranio Mitra se había convertido en protector de los soberanos persas. Mitra tiene una personalidad uránica y solar. Los símbolos sagrados de las paredes de los mitreos son todos luminosos: el sol, la luna, que contemplan a Mitra en su tarea tauróctona, los planetas, los signos del zodiaco; en síntesis, una reproducción de la bóveda celeste. Este dios apareció tarde en Roma, al final del siglo I. Desde el siglo II la difusión de su culto se acelera y en el siglo III había comunidades mitraicas en los rincones más apartados del Imperio.

[10] Legendaria era la pericia de los partos en disparar mientras huían.

[11] Cf. *Nupt.*, nota 16.

rio y marido de su hija a un tiempo; indeciso buscaba por todo el orbe a un yerno digno del matrimonio con Serena y de su tálamo. La decisión solo era sobre el mérito; la ecuanimidad de su espíritu vacilante vagó por campamentos, por ciudades, por naciones. Tú fuiste elegido; en el parecer y la resolución del elector venciste a los hombres tan grandes que mostró el mundo y entraste como yerno en la familia de los Augustos para llegar a ser suegro tú mismo en el futuro. Brilla el lecho nupcial con los resplandores del oro y la majestad de las prendas de Tiro. Sale la virgen acompañada de sus padres vestidos de púrpura: a un lado estaba su padre, ilustre por sus triunfos; al otro, la reina cumplía los tiernos cuidados de una madre, fijándole el velo nupcial de pesadas gemas. Cuentan que entonces los caballos del Sol, que entonces los astros danzaron de alegría en coros y que brotaron del suelo manantiales de miel y arroyos de leche, mientras el Bósforo adornaba sus aguas con flores primaverales y Europa, coronada con guirnaldas de rosas, levantaba las antorchas rivalizando con Asia.

Feliz fue en su decisión el emperador, que decide acorde con el mundo y aprecia el primero lo que todos los demás estimamos. Pues asoció así con sus hijos y su corte a un hombre que nunca prefirió la molicie a la guerra, ni la dulce ociosidad a los peligros, ni los placeres de la vida a la gloria. Pues, ¿quién hizo retroceder a los fieros visigodos hasta sus carros o pudo aniquilar en una sola matanza a los bastarnas henchidos de orgullo por el cruel asesinato de Promoto [12]? Con la muerte de Turno expió Eneas el asesinato de Palante, y Héctor, arrastrado por

[12] Para Promoto y la campaña contra los bastarnas, cf. *Ruf.* I, notas 93 y 94.

el carro vengador, fue venganza y provecho para el encolerizado Aquiles. Pero tú no llevas cadáveres venales tras tu furioso carro, ni tramas una crueldad inútil contra un solo cuerpo: tú inmolas sobre la tumba del amigo escuadrones de caballería, batallones de infantería, multitudes de enemigos. Un pueblo entero es ofrendado a sus Manes. Ni Múlciber [13], artífice de fabulosos escudos, ni las armas forjadas por los poetas favorecieron tus empresas; tú solo tenías encerrado en los exiguos límites de un valle a tantos millares de bárbaros, quienes desde hacía ya tiempo asolaban la desgraciada Tracia. A ti no te hicieron retroceder ni el espantoso grito del alano al atacar, ni la ferocidad del nómada huno, ni el gelono con su cimitarra, ni los getas con su arco, ni el sármata con su jabalina [14]. Hubieran sido completamente extinguidos si un traidor no hubiese llenado ocultamente de engaños los oídos del emperador mediante pérfidas artimañas; él hizo surgir los retrasos, él hizo guardar la espada desenvainada, libertar a los sitiados y otorgarles un tratado de paz a los prisioneros [15].

---

[13] Vulcano. Cf. *Prob.*, nota 17.

[14] Para todos estos pueblos, cf. *Ruf.* I, notas 91, 94, 92, *Prob.*, nota 24, y *Ruf.* I, nota 88 respectivamente.

[15] Es interesante comparar la versión que Claudiano nos da aquí sobre la campaña contra los bastarnas con la versión dada en *Ruf.* I 316 ss. En *Ruf.* I nos presenta el asunto como una resonante victoria para Estilicón, como una hazaña brillante en la que había derrotado también a algunos hunos que llegaron para ayudar a los bastarnas. Pero en *Stil.* se nos dice que la campaña terminó con un acuerdo negociado, de lo cual culpa al malicioso Rufino. El motivo de esta variación es obvio: en el 396 Estilicón, todavía inseguro en su nueva posición, necesitaba una victoria y es por ello por lo que Claudiano no nos menciona el tratado; pero en el 400 la posición del gobernante occidental estaba consolidada por la derrota sobre Gildón y no eran necesarios más subterfugios.

Siempre estaba en el campamento, rarísima vez en la ciudad —sólo si alguna vez lo llamaba el emperador con preocupado afecto—; y apenas había saludado a sus Lares, apenas había visto a su esposa, manchado todavía de sangre enemiga, se dirigía de nuevo al campamento y ni siquiera se detenía mientras recibía con el casco puesto los besos de su hijo Euquerio; la preocupación del caudillo vencía los sentimientos del padre y el amor del marido. ¡Cuántas veces pasó en tiendas de pieles los inviernos de Tracia y sufrió a la intemperie los vientos que de los montes Rifeos [16] envía el lento Boyero [17]! Y cuando los demás soportaban a duras penas el frío cerca del fuego, entonces atravesaba a caballo el Danubio espantosamente helado, subía con su casco empenachado por el Atos [18] sepultado en nieve y con su escudo que brillaba en una gran extensión apartaba las ramas abrumadas por la carga de hielo. Ora acampaba junto a los litorales del Ponto cimerio [19], ora el nebuloso Ródope [20] le ofrecía un lecho invernal. Os pongo por testigos a vosotros, helados valles del Hemo, a los que Estilicón llenó a menudo de cadáveres con sus sangrientas matanzas; y a vosotros, ríos de Tracia, que trocasteis vuestras aguas en abundante sangre; decidme vosotros, bisaltas [21], o los que labráis con bueyes las faldas del Pangeo [22], cuántos cascos salen podridos de la tierra

[16] Montes de Escitia.

[17] Para esta constelación, cf. *III Cons.*, nota 41.

[18] Monte de la península Calcídica.

[19] El Ponto Euxino o Mar Negro. Los cimerios son un pueblo escita.

[20] El Ródope y el Hemo son montes de Tracia.

[21] Habitantes de Bisaltia, comarca de Macedonia situada al este de la Calcídica.

[22] Monte situado entre Tracia y Macedonia.

al tropezar con ellos la reja o qué huesos gigantescos de reyes que él aniquiló resuenan con vuestros rastrillos.

Desearía acoger en mis versos cada cosa por separado, pero más densa me empuja la serie de tus hazañas y me arrollan las olas siguientes de tus elogios. Nuestro padre Teodosio, después de la guerra con el tirano [23] al que mató, subió al cielo tras haberte confiado a ti el gobierno de la tierra [24]. Con espaldas iguales que las suyas soportas los tambaleantes movimientos en el ruinoso edificio del imperio. De una manera similar, cuando Hércules sostuvo en otro tiempo el mundo, quedó la estructura universal suspendida con mayor equilibrio, no se tambaleó el Zodiaco con estrellas oscilantes y el viejo Atlas, liberado por un momento del eterno peso, quedose estupefacto contemplando su propia carga [25].

No hubo ninguna agitación entre los bárbaros; nada intentó la revolución con su consiguiente ruptura del orden establecido y, a pesar de que había desaparecido un emperador tan grande, el orbe no se dio cuenta de que las riendas habían cambiado de manos. A nada se atrevió en los dos ejércitos la tropa, como se atreve si se deja libre de control. Y sin embargo, nunca concurrió en un único pueblo una multitud diferenciada en tantas lenguas y más diversa en los tipos de armas. Nuestro padre Teodosio había movilizado con él por doquier a todo el Oriente; aquí estaba el colco mezclado con el ibero, el árabe, cubierta su

[23] Eugenio. Cf. «Introducción», págs. 9-10.

[24] Nueva alusión a la regencia de Estilicón. Cf. «Introducción», páginas. 11-12, 68-70, y *III Cons.*, nota 39.

[25] Para Atlas o Atlante, cf. *Prob.*, nota 9. Cuando Hércules trataba de conseguir en su undécimo trabajo las manzanas de oro de las Hespérides, convenció a Atlas para que fuera a buscar los frutos mientras él lo sustituía como sostén de la bóveda celeste.

cabeza con la mitra, y el armenio de hermosa cabellera; aquí había fijado el sace [26] sus tiendas pintadas, sus tiendas camufladas el medo y el moreno indio las suyas adornadas de piedras preciosas; aquí estaba la gigantesca cohorte del Ródano y el ejército criado en el Océano. Estilicón solo era el caudillo de tantos pueblos como contempla el sol, bien sea al nacer, bien sea al ponerse. Entre esta multitud tan variada en lenguas y en razas, hubo bajo tu autoridad tal paz y temor cumplidor de la honrosa justicia, que no defraudaron al labrador ni una viña por causa del robo, ni una cosecha por el saqueo de las mieses; la cólera no incitó a ninguna crueldad, ni la pasión a ningún acto vergonzoso; las espadas obedecían pacíficas a la ley. Sin duda, el ejemplo de los gobernantes pasa al pueblo; siguen los soldados tanto las trompetas de sus jefes como sus conductas.

Por último, adondequiera que llevabas tus victoriosas águilas, los ríos se secaban apurados por tantos miles de hombres. Si te dirigías a Iliria, quedaban ocultos sus llanuras y montes. Si enarbolabas tu insignia naval, el Mar Jónico desaparecía bajo tus naves; no las asustaban los montes Ceraunios [27] no rodeados por nube alguna ni la tempestad que azotaba con sus olas las espumeantes alturas del Leucate [28]. Si tú les ordenaras explorar un mar helado, los remos, a pesar de oponer resistencia, batirían las aguas de Saturno [29] manejados por un ejército confiado; si les hubieses ordenado buscar los desiertos del Noto [30], regis-

[26] Los saces son un pueblo escita.
[27] Cordillera en la costa del Epiro.
[28] Promontorio de la costa del Epiro.
[29] Se trata del mar hiperbóreo o helado.
[30] Del Sur, en tanto que el Noto es el viento del Sur.

trar las fuentes del Nilo, sus velas hubiesen penetrado en medio de los ardientes calores de Etiopía.

A ti el recordador Eurotas, a ti la rústica Musa del Liceo, a ti el Ménalo y el bosque del Partenio [31] te celebran en un canto pastoril, porque gracias a tu lucha la abatida Grecia, resurgiendo una vez más, levantó su cabeza de en medio de las llamas. Entonces el parrasio Ladón [32] se detuvo entre los innumerables cuerpos abatidos y el Alfeo [33], obstruido por los montones de getas matados, se dirige más lentamente todavía hacia sus amores sicilianos.

¿Nos asombramos de que el enemigo sucumba rápidamente en la batalla, cuando el terror solo lo abate? ¿Acaso hemos declarado nosotros la guerra a los francos [34]? Ellos sin embargo se sometieron. ¿Acaso hemos vencido con una guerra a los suevos [35], a quienes ahora imponemos nuestras leyes? ¿Quién podría creerlo? La audaz Germania nos sirve antes de sonar la trompeta. ¡Cedan, Druso [36], tus hazañas, cedan las tuyas, Trajano [37]! Lo que vuestras manos

---

[31] El Liceo, el Ménalo y el Partenio son tres montes de Arcadia.

[32] Río de Arcadia, región a la que se alude con el adjetivo «parrasio», ya que Parrasia es una ciudad de Arcadia.

[33] Río de la Élide. Para sus «amores sicilianos», cf. *Ruf.* II, nota 5.

[34] Cf. *IV Cons.*, nota 87.

[35] Cf. *Eutr.* I, nota 57.

[36] Nerón Claudio Druso. Cf. *IV Cons.*, nota 94.

[37] En política exterior, el emperador Trajano (98-117) trató de renovar las tendencias republicanas de conquista. Conquistó la Dacia en dos campañas (101-102 y 105-106), se anexionó el reino nabateo en la Arabia noroccidental (105-106), ocupó Armenia declarándola provincia romana (114), etc. Pero aquí parece aludir Claudiano a sus campañas en el norte para consolidar la frontera del Rin; no debemos olvidar que Trajano era gobernador de la Germania Superior (97) cuando fue adoptado por Nerva y tras la muerte de éste (enero del 98) continuó inspeccionando

lograron con inciertos conflictos, Estilicón lo hizo mientras iba de paso y domeñó el Rin en el mismo número de días que años necesitasteis vosotros; al que vosotros vencisteis con las armas, él lo venció mediante palabras; al que vosotros con un ejército, él sin la ayuda de nadie. Descendiendo infatigable desde la fuente del río hasta donde su curso se bifurca en dos y hasta donde sus desembocaduras se unen formando marismas, hizo en breve tiempo la fulgurante marcha. El ímpetu del caudillo superaba al rápido curso y la paz, tras comenzar desde el nacimiento del río, aumentaba juntamente con las aguas del Rin. Nombres en otro tiempo imponentes, reyes de rubias cabelleras, que no se sometieron a los emperadores a pesar de habérselo pedido mediante regalos y súplicas, se apresuran a hacerlo cuando él se lo ha ordenado y temen ofender con un torpe retraso. Después de haber cruzado en barcas el río, acuden a donde él quiere. Y no los engañó la reputación de su justicia: lo encontraron respetuoso, lo encontraron fiel a su palabra. A él, que le tuvo miedo el germano al acercarse, lo amó cuando se retiraba. Aquellos bárbaros terribles que siempre tenían por costumbre vender el sosiego y prometer la tranquilidad a cambio de vergonzosos tributos, piden la paz, mientras son sus hijos los rehenes, con un aspecto tan suplicante y propio de cautivos como si, atadas sus manos detrás de la espalda, subiesen a la roca Tarpeya [38] con sus cuellos abrumados de cadenas. Toda la tierra que se extiende entre el Océano y las fuentes

y organizando las fronteras del Rin y del Danubio hasta su regreso a Roma, ya como emperador, en el verano del 99.

[38] La famosa roca del Capitolio. Se alude aquí a la ceremonia del triunfo, el desfile del general victorioso con sus tropas, los prisioneros y el botín en dirección al Capitolio.

del Istro [39] tembló ante la incursión de un solo hombre; sin una sola muerte sometió en servidumbre al Bóreas [40] y desarmó a los pueblos de las Osas.

En un tiempo tan pequeño libraste tantas batallas sin derramar sangre alguna y, habiendo partido con la luna recién nacida, regresaste antes de que estuviera llena; hasta tal punto obligaste al amenazador Rin a aplacarse habiéndole destrozado los cuernos, que el salio [41] cultiva ya sus campos, el sigambro [42] curva en hoz su espada doblegada y el viajero, cuando contempla las dos orillas, pregunta cuál de ellas es la de Roma; el belga apacienta ya sus ganados al otro lado del río sin que el cauco [43] se irrite y los rebaños de la Galia, cruzando por medio del Elba, recorren las montañas de los francos; sin peligro se puede cazar allá lejos en los vastos silencios de la selva Hercinia [44] e impunemente derriban nuestras hachas los bosques, siniestros por viejas supersticiones, y los robles, equivalentes a las divinidades bárbaras.

Más aún, con espíritu abnegado protegen y auxilian al vencedor voluntariamente. ¡Cuántas veces pidió Alamania [45] juntar sus tropas con las tuyas y unirse a tus estandartes! Y sin embargo, no se afligió porque la rechazaras y, aunque rehusaste su ayuda, su lealtad se retiró entre elogios. Antes expulsará una provincia a los gobernadores enviados

---

[39] El Danubio.

[40] Viento del Norte. Con él se indican aquí las regiones septentrionales.

[41] Entre los francos (cf. *IV Cons.*, nota 87) hubo siempre muchos subgrupos relativamente autónomos, destacando los francos salios y los francos ripuarios.

[42] Pueblo de Germania que habitó las riberas del Rin y la Westfalia.

[43] Pueblo germánico. Cf. *Eutr.* I, nota 56.

[44] Cf. *IV Cons.*, nota 91.

[45] Cf. *IV Cons.*, nota 88.

que Francia a los reyes que le has dado. Y no se permite ya acabar con los rebeldes en el campo de batalla, sino castigarlos con cadenas; bajo nuestro juez, una prisión romana indaga los crímenes de los reyes. Marcómeres y Sunón [46] dan prueba de ello —de éstos, el uno sufrió exilio en Etruria, el otro, proclamándose a sí mismo vengador del desterrado, sucumbió bajo las espadas de sus súbditos—, deseosos ambos de promover la rebelión, furiosos en su odio a la paz, verdaderos hermanos en el carácter y en su ansia de crímenes.

Tras la conquista de los pueblos del norte, se desencadenó una nueva tempestad desde el otro polo; para que no hubiera ninguna región a la que tus victorias no alcanzaran, sonó en el sur la trompeta de guerra. Gildón había levantado a todas las tribus mauras, las que domina el Atlas y aquéllas a las que mantienen apartadas las regiones interiores con su excesivo calor; a las que bañan el tortuoso Cínipe [47], el Tritón [48], vecino del jardín de las Hespérides [49], y el Gir [50], el río más famoso de los etíopes, que se parece al Nilo en su abundante caudal. Había venido también el nubio [51] coronado de pequeñas flechas, y el veloz garamante [52], y no pudo Amón [53], por muy aciagos que sus oráculos fueran, contener a los impetuosos nasa-

[46] Estilicón llevó a cabo en el 395 una campaña exitosa contra los hermanos Marcómeres y Sunón, jefes de los francos ripuarios.

[47] Río de África septentrional.

[48] Río del norte de África. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[49] Cf. *IV Cons.*, nota 19.

[50] El Gir o Ger es un río de Mauritania.

[51] Los nubios son un pueblo de Etiopía.

[52] Pueblo de África interior, al sur de Numidia.

[53] Cf. *IV Cons.*, nota 40.

mones [54]. Cubren enteramente las llanuras de Numidia, se llenan de polvo las Sirtes getulas [55], ocultan los dardos el cielo de Cartago. Unos rigen sus caballos con varas, a otros los cubren amarillentas pieles de león y despojos de fieras desconocidas que cría Méroe [56] en sus vastos desiertos. Llevan por cascos bocas abiertas de serpientes; brillan sus aljabas de escamosa piel de víbora. No se estremeció así el Símois cuando el moreno Memnón [57] conducía sus atezadas tropas por las cumbres del Ida, ni el Ganges cuando el enorme elefante transportaba a Poro en medio de los indios que arrojan sus dardos de lejos. Poro fue abatido por Alejandro, Memnón por Aquiles y es claro que tú abatiste a Gildón [58].

Y no sólo agitaba ardientemente Marte el sur, sino también las regiones del Este. A ellas, aunque se había opuesto la lealtad, les había transferido Gildón la facultad nominal de regir Libia y el impostor había encubierto su infame traición bajo la apariencia de legítimo gobierno. Una doble guerra surgía con variados terrores; la una era con armas, la otra vergonzosa por los engaños. Una la había apoyado África con sus salvajes tribus, la otra la sostenía con insidias el Oriente conjurado [59]. De una parte venían

---

[54] Pueblo salvaje en el litoral de África, cerca de la Cirenaica.

[55] Cf. *IV Cons.*, nota 84.

[56] Isla del Nilo, en Etiopía.

[57] Cf. *Eutr.* II, nota 81.

[58] Para esta lista de tropas africanas, cf. *Gild.*, nota 80. Hay que señalar igualmente que ahora ni siquiera se menciona a Mascezel, el verdadero artífice de la victoria. Por un momento llegamos a pensar que Estilicón estuvo en África luchando contra el rebelde.

[59] Ahora se nos revela el alcance del apoyo de Eutropio a Gildón, apoyo anteriormente silenciado. Ahora se nos habla claramente de la guerra fría entre Milán y Constantinopla y de los intentos de Eutropio por acabar con la lealtad de las tropas de Estilicón.

edictos para corromper a los jefes; de otra, tras negarnos el envío de sus cultivos, la negra hambre apremiaba y se había apoderado de la temblorosa ciudad. La funesta guerra de Libia se libraba abiertamente; en silencio la civil bajo el velo de la vergüenza.

Aunque tales tormentas bramaron por uno y otro lado y una doble tempestad sacudió con alternos golpes el desgarrado imperio, en absoluto decayó por cansancio el cumplimiento de su deber y, siempre vigilante contra los amenazadores destinos y dispuesto a lograr resultados favorables para sí, resplandeció más grande aún en la adversidad: como el piloto de una nave, que el lluvioso Orión [60] zarandea con una tempestad en medio del Egeo, esquiva el azote de las olas con un leve giro del timón, ora con su quilla recta, ora oblicua, experto, y lucha contra la furia de mar y cielo.

¿Qué admiraré en primer lugar, Estilicón? ¿El hecho de que con prudencia te hayas mantenido firme ante todas las intrigas, de modo que no te quedaron ocultos ni una carta culpable de traición ni una mano enardecida por el soborno? ¿El hecho de que en medio de tan gran terror general no hayas pronunciado ni una palabra indigna para el Lacio? ¿El que hayas dado siempre a Oriente respuestas audaces que pronto confirmaste tras llevarlas a cabo, imperturbable, a pesar de que ellos se adueñaron de tus bienes, de tus tierras y ricas mansiones? Esta pérdida era para ti insignificante y jamás el interés público sufrió detrimento en favor de tu conveniencia particular. Divides en partes las ingentes preocupaciones y te enfrentas solo a todas, descubriendo con tu pensamiento la salida a lo que debe

[60] Cf. *Prob.*, nota 6. Son frecuentes las tempestades cuando, en la primera quincena de noviembre, declina esta constelación.

llevarse a cabo mediante la reflexión, ejecutando lo que requiere intervención, dispuesto a dictar cuando algo debe realizarse por escrito. ¿Qué monstruo de cien manos, qué Briáreo [61], aunque el número de sus brazos le aumentara con otros nuevos, podría luchar con tantas cosas opuestas a la vez, evitar las traiciones, fortalecer las viejas cohortes, poner a prueba las nuevas, equipar dos flotas para transportar el grano o las tropas, calmar las disensiones de la corte y aliviar el hambre de Roma? ¿Cuántos ojos libres del velo del sueño se necesitarían para extender la mirada por tantas partes, para velar por tantos y tan lejanos lugares? Cuenta la tradición que Argos [62], revestido de cien ojos, sólo guardó una novilla con los centinelas de su cuerpo.

¿De dónde trajeron tantas cosechas? ¿Qué selva formó esas quillas? ¿De dónde surgió la inexperta juventud con tantos reclutas [63]? ¿De dónde la Galia, rejuveneciendo su vejez una vez más, recobró sus fuerzas dos veces quebrantadas por sus desastres en los Alpes [64]? No creo yo que este ejército haya brotado tan súbitamente mediante levas, sino de la reja del tirio Cadmo tras germinar los dientes

[61] Briáreo (o Egeón) es uno de los tres Hecatonquires («Cien Brazos»), hijos de la Tierra y el Cielo. Los otros dos son Coto y Giges (o Gíes). Son seres gigantescos con cien brazos y cincuenta cabezas cada uno.

[62] Se trata de Argos Panoptes, dotado de múltiples ojos, ya en la cabeza, ya repartidos por todo el cuerpo. A él le encargó Juno la vigilancia de Io, la amante de Júpiter, cuando se hallaba convertida en ternera.

[63] Claudiano nos habla aquí de los esfuerzos de Estilicón para conservar abastecida de grano a Roma, así como de la preparación de la campaña contra el rebelde africano. Ello es natural, dado que ésta fue la principal contribución de Estilicón en esta guerra.

[64] En las rebeliones de Máximo y Eugenio. Cf. «Introducción», páginas. 9-10.

del dragón [65]: igual que una vez en los campos dirceos la mies, que pronto habría de luchar con su propio sembrador, empuñó sus consanguíneas espadas cuando, tras sembrarse la semilla, los hijos de la Tierra hendieron el seno de su madre con sus cascos nacientes y el armífero surco floreció de verdes soldados.

Tampoco me es posible pasar por alto con una pequeña alabanza esto, el hecho de que la expedición vengadora no estuvo dispuesta en el mar antes de que el senado, según la norma antigua, declarara la guerra. Estilicón restableció la costumbre, olvidada ya por tantas generaciones, de que los senadores confiaran a los generales el combate y de que por un decreto de la institución togada la señal de la batalla pasara propicia a las legiones. Reconocemos que han vuelto las leyes de Rómulo cuando vemos que las armas obedecen los mandatos de nuestros próceres.

Tú habrías podido franquear el Tirreno con todos tus estandartes, las Sirtes [66] con tus naves y llenar Libia con tus tropas: pero tu cólera se mantuvo inferior a tu prudencia, no fuera que Gildón, aterrorizado por la sospecha de unos abrumadores preparativos de guerra bajo tu mando,

---

[65] Cadmo, héroe perteneciente a la rama fenicia de la estirpe argiva y egipcia de Io, había dado muerte a una terrible serpiente o dragón cuando llegó al lugar donde fundaría posteriormente la ciudad de Tebas. Por orden de Minerva, le arrancó los dientes al dragón y los plantó en la tierra. Rápidamente comenzaron a brotar del suelo unos guerreros completamente armados, a los que ya desde entonces se les llamará Espartos o «Sembrados». Emprendieron entre ellos sangrienta lucha en la que se fueron matando unos a otros, hasta que Cadmo, cuando sólo quedaban cinco con vida, logró poner paz entre ellos y serán estos supervivientes los que procrearán las familias distinguidas de Tebas. «Campos dirceos» equivale a «campos tebanos», en tanto que Dirce es una fuente cercana a Tebas.

[66] Cf. *IV Cons.*, nota 84.

bien se dirigiera al ardor del desierto y a la zona tórrida, bien llegara en su huida hasta el nacimiento del sol o, para proporcionarse el consuelo de una muerte segura, destruyera con el fuego las ciudades [67]. Cosa maravillosa de relatar: tú temes ser temido e impides desesperar a aquel al que aguardaba tu venganza. ¡Cuán provechosa fue para nosotros esta confianza del enemigo! Salvadas están las ciudadelas de Cartago; los campos tirios se alegran porque sus cultivadores están ilesos, campos que él hubiera podido devastar en su huida. Engañado por una vana esperanza, no se sustrajo al castigo y trató con esmero lo nuestro: demente que, habiendo juzgado a los romanos sólo por su número, no por su fuerza, avanzaba como si fuera a aplastarlos inmediatamente a todos con sus rápidos caballos y, cosa de la que solía jactarse, a hundir en el polvo a los galos debilitados por el ardor del sol. Pero aprendió que ni las heridas de los etíopes doblemente mortales por sus venenos, ni la lluvia de espesas jabalinas que se arrojaba, ni la multitud de jinetes podían oponerse a las lanzas del Lacio. Es abatido el cobarde nasamón [68] y, suplicante, no lanza ya sus dardos el garamante [69], los autóloles [70]

---

[67] La explicación que nos da aquí Claudiano sobre la permanencia de Estilicón en Italia durante la crisis es insólita y nos hace pensar que el asunto levantó comentarios: el caudillo occidental no deseaba asustar a Gildón yendo en persona, pues el rebelde africano hubiera podido entonces retirarse al desierto y esquivar la persecución. Entre los motivos reales podemos señalar el hecho de que el Este consideraba a Estilicón *hostis publicus*, quedando así Honorio comprometido si su caudillo participaba directamente en la campaña. También Estilicón mismo querría permanecer cerca del emperador y no cederle terreno a sus enemigos durante lo que parecía que iba a ser una ausencia prolongada.

[68] Cf. nota 54.

[69] Cf. nota 52.

[70] Pueblo de Mauritania.

tratan de alcanzar fugitivos el desierto, espantado deja caer el mázace [71] sus armas arrojadizas, en vano espolea el mauro su caballo jadeante. Tábraca [72] fue señalada por el destino para acoger en el puerto que él merecía al ladrón, prófugo en una barca y rechazado por los vientos, comprobando que ningún elemento, Estilicón, favorecía a tus enemigos; él, que iba a soportar los insultos del pueblo alborozado y a inclinar su rostro culpable ante un humilde juez.

Que nada se atribuya Fortuna. Sea ella siempre favorable, por supuesto; pero no hemos confiado nosotros la lucha a un único combate, ni existió en todas nuestras fuerzas un riesgo que pudiera doblegarlas al mismo tiempo. Si algo le hubiera sido posible a adversos azares, amenazaban otras birremes en la retaguardia, iba a llegar un general más poderoso [73].

Nunca hubo una victoria más brillante o más deseada por los votos de los hombres. ¿Acaso alguien puede comparar con ella la derrota de Tigranes [74], la guerra del Pon-

---

[71] Pueblo númida.

[72] Ciudad marítima de Numidia. Cf. *Eutr.* I, nota 69.

[73] Otra explicación insólita para la no participación de Estilicón en la campaña: nosotros no lo arriesgamos todo a una batalla; si algo hubiese ido mal, estaba dispuesta una segunda flota con un general más poderoso.

[74] Tigranes I, rey de Armenia. Se había convertido en uno de los soberanos más poderosos de Asia Menor, extendiendo considerablemente sus territorios y tomando el título de «rey de reyes». La alianza con su suegro Mitrídates del Ponto lo envolvió en la guerra contra Roma y fue derrotado por Lucio Licinio Lúculo (69 a. C.). Pero fue Pompeyo quien consiguió su rendición total cuando tomó el mando supremo en Oriente (66 a. C.). Pompeyo logró la separación de Mitrídates y Tigranes. Éste perdió entonces todos sus territorios, a excepción de Armenia, permaneciendo como vasallo pacífico de Roma hasta su muerte (*c.* 56 a. C.).

to [75], el enfrentamiento con Pirro [76], la fuga de Antíoco [77], la captura de Yugurta [78] o el aplastamiento de Perseo y Filipo [79]? Todos ellos habían caído debido a las fronteras de un imperio que quería ensancharse; pero aquí estaba en juego la salvación romana. Entonces, dilatados períodos de tiempo supusieron retrasos sin riesgo; ahora, vencer tarde hubiera sido casi ser vencido. En este último peligro estuvo en suspenso el destino de Roma en medio del horroroso sufrimiento de su pueblo; la recuperación de Libia fue de mayor provecho que su primera conquista, en la medida en que las cosas perdidas provocan un dolor más profundo que las que todavía no se han poseído. ¿Quién conocería las guerras púnicas, quién a vosotros, Escipiones [80]; quién se acordaría de ti ya Régulo [81]; quién cantaría al prudente Fabio [82], si el espantoso mauro, tras abolir

[75] Se alude aquí a las tres guerras que Roma libró con uno de sus más encarnizados enemigos, Mitrídates VI, rey del Ponto, el mismo que hemos mencionado en la nota anterior. En la tercera de estas guerras fue derrotado por Pompeyo (66 a. C.).

[76] Pirro (319-272 a. C.), rey del Epiro, desembarcó con su ejército en Italia en el 280 a. C., respondiendo así a la petición de ayuda que le hicieron los tarentinos. Era hábil y experto en teoría y práctica militares. Roma, tras haber sido vencida en las primeras campañas, logró derrotarlo en Benevento (275 a. C.).

[77] Cf. *Eutr.* I, nota 19.

[78] Para la guerra de Yugurta, cf. *Gild.*, notas 21 y 74. Para su captura mediante la traición de su suegro Boco, cf. *IV Cons.*, nota 21.

[79] Se trata de Perseo y de su padre Filipo, reyes de Macedonia. Ambos fueron derrotados por los romanos: el padre en la batalla de Cinocéfalos, en Tesalia, el 197 a. C.; el hijo en Pidna, en el 168 a. C. Esta última batalla puso fin a la monarquía macedónica.

[80] Cf. *Prob.*, nota 34.

[81] Cf. *IV Cons.*, nota 77.

[82] Cf. *IV Cons.*, nota 75.

nuestros derechos, saltara sobre una Cartago a él sometida? Esta victoria ha hecho revivir todos los laureles de nuestros viejos héroes; Estilicón te ha restituido, oh Roma, todos tus triunfos.

SOBRE EL CONSULADO DE ESTILICÓN

22

LIBRO II

Hasta aquí las alabanzas del guerrero [1]. Ahora, relajada ya la lira, comience mi Musa a cantar más apacible con qué virtudes y con cuánto amor rige temible el mundo, qué consejo lo convenció por fin para que vistiera la trábea que lo reclamaba y otorgara a nuestros fastos un año con su nombre.

En los comienzos fue la guardiana del vasto mundo Clemencia [2], que habitó la esfera de Júpiter, que atempera el éter en un punto medio de frío y fuego; ella fue por su nacimiento la mayor de los habitantes del cielo. Pues Clemencia, compadeciéndose de la masa informe, desen-

---

[1] Cf. «Introducción», pág. 48.

[2] Clemencia, personificada como una divinidad, tuvo sus imágenes y altares en Roma durante el Imperio. Era honrada como la virtud propia del fundador del Imperio. Julio César tenía un templo en común con ella. Clemencia puede representar aquí para Claudiano la virtud del Demiurgo, Creador u Ordenador del universo (cf. Ov., *Met.* I 21 ss.).

marañó la primera el caos y con rostro apacible, tras disipar las tinieblas, bañó los siglos en luz. Esta diosa goza contigo en lugar de hacerlo con sus templos y sus altares cálidos por el incienso, y ha establecido en tu pecho su morada. Ella te enseña a que consideres vergonzoso y cruel cebarse con el sufrimiento o la sangre de los humanos, a que lleves la espada ensangrentada en la guerra, seca en la paz, a que en tu cólera no ofrezcas alimento para sustentar el odio, a querer perdonar voluntariamente a los culpables, a deponer tu ira más rápidamente que la excitas, a no oponerte nunca implacable a las súplicas, a abatir todo lo que se te opone y a despreciarlo después de abatido, según la costumbre del león, que ansía desgarrar los fogosos toros, pero desdeña las víctimas débiles. Siendo ella misma tu guía, concedes el perdón a los vencidos; suplicándotelo ella, contienes la espantosa furia y las amenazas que, nunca dispuestas a hacer daño, son igualmente respetadas, contento tú con sólo inspirar temor, a manera del Padre etéreo, que, sacudiendo con su estrepitoso trueno el universo, lanza los dardos de los Ciclopes [3] contra los escollos y los monstruos del mar y, parco en derramar sangre humana, desencadena sus rayos en los bosques del Eta [4].

Buena Fe, hermana de esta diosa y habitante ella misma de los santuarios de Clemencia en tu corazón, se une también a todos tus actos. Ella te ha enseñado a no sentir envidia de engaño alguno, a no hablar nunca falsamente, a no posponer jamás tus promesas; a odiar abiertamente a los odiosos, a no esconder veneno en tus entrañas, a no encubrir la traición con una apariencia de gozo, sino

[3] Cf. *III Cons.*, nota 45.

[4] Monte situado entre Tesalia y Macedonia.

a hacer tu rostro sincero y espejo de tu pensamiento. Prohíbe el encolerizarse en secreto, pero consiente el ser útil desde la oscuridad. También ella consolida la amistad con el paso del tiempo y la une con perdurable acero; no cambia el tornadizo carácter, ni soporta que se rompan los lazos por el rumor de una pequeña ofensa, ni la seduce el sentir aversión por el viejo amigo cuando llega uno nuevo. Dispuesta a tener en cuenta los favores, a despreciar los agravios y, acordándose igualmente del servicio menor y del grande, se esfuerza por superarlos; como vence a los enemigos con armas, así a los amigos con méritos. Ella favorece a los ausentes, ella es la única que vela por los muy alejados; no presta ávidos oídos a rumor alguno, de modo que nunca provocan alteraciones en tus sentimientos los insidiosos susurros que causarán daño a un cliente desconocedor de ellos.

Y el amor profesado a los vivos no deja de acordarse de los difuntos; la gratitud a los padres pasa a los hijos. Por ella venerabas tú a Teodosio mientras empuñó el cetro, por ella lo veneras también después de su muerte; y no cuidas más a tu descendencia que a sus hijos, que él te había dado para guiarlos y protegerlos [5]. Justos y muy fieles considera la Fama a aquellos que, a pesar de que pueden negar lo que les fue confiado, prefirieron devolverlo sin que los deshonrara ganancia personal alguna; pero Estilicón guarda para los jóvenes herederos no riquezas, ni una cantidad de oro dejada en herencia, sino los dos hemisferios, depósito tan grande como el que abarca la ardiente órbita del sol. ¿Qué no le confiarías sin temor al que le es confiado con seguridad el trono?

[5] Cf. «Introducción», págs. 11-12, 68-70, y *III Cons.*, nota 39.

Protegido por este escudo, no lamentó Honorio la pérdida de su ilustre padre, y en el umbral mismo del esplendor y la vida, sin que nadie lo haya despreciado jamás, da leyes a los pueblos sometidos y ve crecer con él sus triunfos. A él lo educas tú con un pensamiento tan apacible, tan severo, que no lo inclinas a la pereza cediendo fácilmente a todo lo que desea, ni, oponiéndote, abates su espíritu entusiasmado; como a joven le enseñas en privado lo que es conveniente para el trono, qué requiere la mole del estado; lo honras como a venerable anciano y gobiernas el imperio siguiendo los consejos de su padre; tú, súbdito, lo adoras como dueño, guías a tu emperador con obediencia, a tu padre con amor. De esta educación deriva que conociera por primera vez la pasión amorosa en su cónyuge y que quisiera manifestar su virilidad no en una juventud de libertinaje, sino en la legalidad del tálamo nupcial, con un casto matrimonio. Dichoso tú de tener al emperador como yerno; más dichoso él de tenerte como suegro.

Y no velas con menor cuidado por su hermano Arcadio. No acusas al joven si a algo se atreve la banda perezosa e impía que encubre su propia locura con el nombre del emperador [6]. Pues cuando bramó la discordia, Estilicón, a pesar de ser a menudo hostigado con injurias y atacado con la espada, jamás se encendió con tanta ira que se dispusiera a vengar mediante una guerra atroz los delirantes ultrajes que él soportó y diera motivo para una contienda civil; sustentado por su lealtad, el respeto de los dos hermanos proseguía inviolado en medio de las disensiones de la corte. Más aún, para que el mobiliario y orna-

[6] Claudiano aparta a Arcadio totalmente de «las locuras» de sus ministros.

to de su augusto padre fuera igual para ambos herederos, repartes equitativamente entre ellos las clámides sidonias y los cinturones tachonados de perlas, las togas de pedrería, las corazas verdes por sus esmeraldas, los cascos brillantes con los jacintos, las espadas de resplandecientes empuñaduras que manejó su padre y las coronas que se distinguen por los variados destellos de sus piedras preciosas [7]. Le envías también soldados, aunque ambas partes se encolerizan ya con su rivalidad. Prefieres fortalecer con tu apoyo al enemigo a faltar a tu promesa; le otorgas lo que es justo cuando te lo pide y sólo le niegas esto de cuya negativa pronto él mismo se alegra y todo lo que es vergonzoso de obtener.

Además, todas las diosas que apartan la maldad de la pureza de su rostro unieron sus coros y, acogidas en un único pecho, se aprestan contigo para las diversas empresas. Justicia te aconseja anteponer la equidad al interés, seguir las leyes generales y no enriquecer jamás injustamente a tus amigos. Paciencia te procura un cuerpo fuerte para que no desees ceder a fatiga alguna; Templanza te aconseja que persigas lo casto; Prudencia, que no hagas nada sin meditarlo; Constancia, que no lleves a cabo nada fútil y sin firmeza. En cambio, ahuyentas lejos a las divinidades malvadas que el Tártaro engendró en sus monstruosos abismos; en primer lugar apartas a Avaricia, madre de los crímenes, que teniendo cada vez más busca sedienta

[7] Estos versos en los que se hace referencia a la distribución de los tesoros entre los dos hermanos, parecen bastante inocentes a simple vista. Pero si tenemos en cuenta lo dicho por Rufino en *Ruf.* II 156 ss., posiblemente Estilicón fuera acusado de apoderarse para sí mismo de las riquezas de Teodosio y entonces él envió a Constantinopla la parte correspondiente, cuidándose de que el asunto fuera hecho público.

el oro con sus fauces abiertas; junto con ella rechazas a su horribilísima nodriza, Ambición, que vigila en los vestíbulos y las puertas de los poderosos y sostiene el tráfico de honores con subastas. No te arrastró a seguir su ejemplo el torrente más corrupto de este tiempo, torrente que ya había consolidado el delito con el paso de los años y había convertido en ley la costumbre de robar. Por último, bajo tu poder no teme el rico por sus tierras ancestrales o por su hogar; ni anda al acecho el delator dispuesto a hacer a cualquiera culpable; la virtud no está oculta sepultada por la pobreza. Tú exaltas a hombres de todas las regiones y preguntas por su mérito, no cuál es su nacimiento, cómo es él, no de dónde proviene su origen. Vivimos bajo un testigo benévolo; el premio invita a seguir insignes costumbres. Por un lado, vuelven las antiguas artes; por otro, se abre camino para las inteligencias fecundas, elevan las Musas su cuello despreciado y el pobre, marchando con el rico, tiende a la recompensa con el mismo empeño, porque ambos ven que ni la honradez yace olvidada en la indigencia, ni la incapacidad se alza mediante las riquezas.

Y no te engañó a ti con su agradable semblante Lujuria, calamidad muy dulce que, entregada siempre al albedrío del cuerpo, embota los sentidos con tinieblas y debilita los miembros más profundamente que las hierbas de Circe [8]; ciertamente es seductora en su rostro, pero nada es más repugnante que ella en su interior; pintada en sus mejillas y cubierta de engañosos atractivos, recubre con su oro terribles serpientes. Atrapó ella a muchos en los anzuelos del placer; a ti nunca te cogió, a pesar de haberlo intentado. No te desvela la depravada pasión por el adulte-

[8] La célebre hechicera, hija del Sol y la Oceánide Perse o Perseide.

rio; el sueño no roba tu tiempo de trabajo. No celebran las cítaras tus comidas con melodía alguna, ni jóvenes muchachos dejan oír sus canciones lascivas. ¿Quién pudo verte libre de ocupación?, ¿quién contemplarte con todo tu espíritu en reposo o entregándote al banquete a no ser que lo exigiera un motivo público de alegría? No agotan el erario vergonzosos gastos, ni una despiadada carta dispone en un pequeño escrito de los bienes de los ausentes. Te ama el soldado por tu ahorro; pues no enriqueces, cuando braman las guerras, unas cohortes descuidadas en la paz. Sabes que no agrada ninguno de los regalos que, actuando tardíamente y derrochando un oro conservado inútilmente, se ofrece, por temor, a aquellos a los que se había despreciado. Tú te anticipas al tiempo siendo voluntariamente generoso para los que no lo esperan todavía, y los admites en tu mesa, te diriges a cada uno de ellos por su nombre, tras hacerle recordar la brillante acción que en otro tiempo había llevado a cabo bajo tus órdenes, y añades palabras que se graban en la memoria, con las cuales se duplica el favor de tu grandioso regalo.

Y si algo distribuyes, no sueles echarlo en cara tras haberlo recordado repetidas veces, ni te diriges lleno de desdeñosa altanería a los que has ascendido de grado, ni el éxito te aviva demasiado el orgullo. Más aún, lejos de ti se apartó Soberbia misma, defecto habitual en las situaciones favorables y compañera molesta de las virtudes. Es posible abordarte en todas partes y dirigirte la palabra. No se espía la conversación que se mantiene durante la bebida, sino que cualquiera, con entera libertad para hablar, mezcla sin temor alguno lo serio con las bromas. Con admiración ve el convidado como un igual a este suegro del emperador y padre del imperio, cuando tan gran poder trata afablemente a los ciudadanos. A ti te escucha el hom-

bre instruido hablar de historia, el anciano de experiencia, el soldado de valerosas acciones, esparciendo en tu conversación tales agudezas que cualquiera las preferiría a Anfíon [9] construyendo con su melodía las murallas de Tebas y no querría mejor los bosques caminando tras el plectro de Orfeo.

De aquí el amor que te profesan, de aquí que todos estén preocupados por ti con votos verdaderos y no fingidos; de aquí que tu nombre resuene entre aplausos por todas partes, de aquí que reproduzcan tu imagen en figuras doradas. ¿Qué yunques no resonarían, qué llama de fragua descansaría, de cuántos hornos fluiría el bronce para modelar tu figura? ¿Qué región o rincón apartado habría que no venerara tu querido rostro como una divinidad si tú no te opusieras siempre a tal honor? Apodérese de esta gloria aquel al que engañan las falsas concesiones de un pueblo temeroso, el que desconfía de ser amado. Únicamente puede despreciarla el que la merece con razón.

De todas partes se apresuran embajadores y, bajo la mirada de tu yerno, aprestan cien voces para proclamar tus alabanzas. Te da las gracias el galo porque, seguro aun teniendo su frontera sin defensa y no temiendo nada hostil, edifica nuevas casas por toda la ribera del Rin y, a ejemplo del Tíber, cubre de agradables mansiones las orillas del río temible hasta ahora por sus tribus. Por un lado, te colman de elogios los cartagineses porque poseen sus campos libres del poder del tirano [10]; por otro, liberado del asedio, te ensalza el panonio y el que bebe el agua

---

[9] Anfíon (cf. *IV Cons.*, nota 110) construyó las murallas de Tebas de una manera prodigiosa: las piedras se iban colocando solas al compás de la música de su lira.

[10] Gildón.

del Savo [11] porque, tras haberse atrevido ya a mostrar con las puertas abiertas sus ciudades cerradas por tantos años, de nuevo repara en la piedra de afilar sus hoces sucias de herrumbre, hace que brillen sus azadones devorados por el óxido, reconoce sus cabañas, besa sus conocidas colinas, no puede creer que el arado se haya hundido en la tierra; vuelve a hacer cultivables, cortados los arbustos, terrenos que siglos enteros presentaban en erial, siembra espesas las vides en las riberas del Istro [12] y él, que estuvo exento de tributo a cambio de desastres, se alegra de pagar el impuesto que pagaron sus padres. Mientras tú estés en tu puesto, es posible que rejuvenezca el vejado cuerpo de este imperio desgarrado. Tú nos restituyes todo lo que perdimos en otro tiempo bajo tantos príncipes. Sólo si pone el remedio Estilicón podrá surgir una cicatriz capaz de cubrir la herida romana y, regresando por fin el labrador a su territorio de Iliria, se enriquecerá de nuevo el tesoro imperial con los tributos de esa región.

Y sin embargo, la recompensa del cielo no es inferior al favor humano. A ti solo te circundan los dioses con una ayuda unánime, y a tus enemigos, bien te los entregan en el litoral, bien, habiéndose puesto delante, les cierran en su huida toda la llanura del mar, bien los hacen volverse con furia contra sí mismos, bien, a la manera de Penteo, despedazan sus cuerpos con las espadas de unos soldados enloquecidos [13]. Ellos te descubren las conspiraciones

---

[11] Río de Panonia.

[12] El Danubio.

[13] Se alude aquí a diferentes enemigos con los que tuvo que enfrentarse Estilicón a las órdenes bien de Teodosio, bien de Honorio: Andragacio, general de Máximo, que se quitó la vida arrojándose desde su nave al mar cuando se enteró de la muerte del tirano (cf. Orosio, VII 35, 5); Gildón, que intentó huir en una embarcación y se lo impidió una

y te conducen a las mismas guaridas de la traición, como moloso que caza con su sutil olfato. Ellos te dan a conocer el futuro mediante presagios, o te lo muestran con el vuelo de las aves, o juzgan digno persuadirte en sueños con certeras visiones.

Por ello, innumerables tierras han pedido a porfía para ti las insignias de la trábea. Pero tú mismo te habías opuesto a quienes lo pedían y tu espíritu, inclinado a favorecer a los demás pero riguroso juez de sí mismo, encendido con la antorcha de la modestia, rechaza con tímidas razones esa tardía recompensa. Así pues, ansiosas de ello y burladas durante tantos años en sus esperanzas de que tú fueras su nuevo cónsul, se dirigen a los umbrales de su soberana Roma [14], decididas incluso, si ella no consiente en sus súplicas, a forzarla en su vacilación y dispuestas a acabar con el retraso mediante sus votos. Llegan al templo de la diosa que brilla radiante en el monte Palatino. Entonces Hispania, coronada su cabellera con la glauca fronda de Minerva, y con un vestido radiante entretejido con oro del Tajo [15], profiere la primera tales palabras: «Siempre me concedió Estilicón todo lo que le pedí y sólo a sí mismo se negó los honores. Pudo despreciar las fasces de manos de su augusto suegro; ya se las rehúsa también a su yerno. Si como guía no las acepta del orbe que gobierna, acéptelas al menos de la corte como allegado. ¿Considera él poco

tempestad (cf. *Eutr.* I, nota 69); «los hacen volverse con furia contra sí mismos» puede referirse tanto al ya mencionado Andragacio como a Arbogastes, quien también se suicidó (cf. Orosio, VII 35, 19); Rufino, despedazado por sus tropas (cf. *Ruf.* II, nota 47), es el último de la serie. Para Penteo, cf. *Ruf.* II, nota 49.

[14] Para los ruegos que ahora hacen los diferentes países, cf. *Eutr.* II, nota 80.

[15] Cf. *Prob.*, nota 11.

importante el hecho de que, habiendo abrazado a la descendencia ibera, sostiene a mis nietos [16] en su firme poder, de tal modo que la púrpura ennoblece a su paterno Betis? ¿Considera de poco valor el hacer fecundo al imperio con el hermoso retoño de María, el hecho de que va a ser abuelo de los soberanos [17]?».

Entonces la fiera Galia, con su rubia cabellera peinada hacia atrás, su cuello rodeado por un bello collar y portando dos jabalinas, así habló con un corazón apasionado: «¿Por qué no se lee aún en los fastos a aquel que fue el único en someter a los germanos y a los francos bajo mi poder? ¿Por qué esas páginas desconocen todavía un nombre tan grande, nombre que habría convenido poner allí muchas veces? ¿Es hasta tal punto insignificante la gloria de haber pacificado el Rin?».

Luego Britania, cubierta con la piel de una bestia caledonia [18], tatuadas con hierro sus mejillas, cuyo azulado manto borra sus huellas e imita el oleaje del océano, dijo: «A mí también me protegió Estilicón en el momento de sucumbir bajo las tribus vecinas, cuando el escoto [19] levantó a toda Hibernia y espumeó Tetis con los remos de los enemigos. Su inquietud logró que yo no temiera los dardos de los escotos, que no me estremeciera ante el pic-

---

[16] Arcadio y Honorio, quienes, como hijos del emperador hispano Teodosio, eran nietos de Hispania.

[17] Claudiano explota al máximo un posible hecho que, si se hubiese producido, hubiese afianzado enormemente la posición de Estilicón. Pero desgraciadamente Honorio y María nunca llegaron a tener un hijo. Cf. *Nupt.*, nota 75.

[18] Caledonia es una región septentrional de Britania, correspondiente al norte de Escocia.

[19] Cf. *III Cons.*, nota 12.

to [20], ni vigilara por todo el litoral si iba a llegar el sajón [21] con cualquier viento que soplara».

Luego África, resplandeciente su cabellera con espigas y una peineta de marfil y enrojecida por su caluroso clima, habló así: «Yo esperaba que tras la muerte de Gildón no podía surgir ningún obstáculo para la trábea de Estilicón. ¿Todavía ahora la rechaza y duda en otorgar las fasces a un triunfo tan grande aquel que me concedió el ignorar completamente el deplorable nombre del mauro?».

Después de ellas, Enotria [22], entrelazando la hiedra con la flexible vid y haciendo fluir el vino de sus abundantes racimos, dijo: «Si vosotras deseáis con tanto ardor que Estilicón honre la silla curul, vosotras, a las que solamente puede deleitar su fama, ¿con cuánta más razón no me empuja un ansia vehemente a gozar de su presencia, a acompañarlo cuando suba a su asiento y a saludarlo al abrir las puertas del año?».

Alternan en la exposición de tales deseos y, suplicando a Roma, la exhortan a que se dirija a Estilicón en nombre de todas; y no obedeció ella con más lentitud el encargo, sino que, tras coger inmediatamente las armas, vuela más rápida que una estrella que se ha lanzado a través de las nubes. Atraviesa la tierra de los etruscos y roza el Apenino en su vuelo. Ya resplandece el Erídano [23] con el reflejo de su escudo. Se detuvo ante el caudillo, con un aspecto no menos imponente que el de la severa Palas y tan terri-

[20] Cf. *III Cons.*, nota 11.

[21] Cf. *IV Cons.*, nota 13.

[22] En realidad Enotria es una región meridional de Italia, entre Paesto y Tarento. A veces, como ocurre aquí, se utiliza equivaliendo a toda Italia.

[23] El río Po.

ble como el de Marte. Tiembla ya el palacio con el brillo de su escudo y la cima de su penacho limpia el artesonado al rozarlo. Entonces se dirigió ella la primera al atónito héroe con gratos reproches:

«¿Tendré que reconocer, venerable Estilicón, que aún no has enaltecido la silla curul que salvaste? ¿De qué sirvió haber apartado del año la marca de la esclavitud? ¿Defiendes una dignidad que rehúyes?, ¿desprecias el honor que proteges con tantas fuerzas? ¿Rechazas, cuando se te ha ofrecido, aquello en favor de lo cual luchas cuando se está derrumbando? ¿Cuál es ya la causa del retraso? ¿Por qué motivo vas a vacilar de nuevo en mis súplicas? No hay ninguna amenaza del Bóreas y toda la región del Austro [24] está tranquila: sucumbió el mauro, se ha sometido Germania y una paz profunda mantiene cerrado el templo de Jano [25]. ¿Aún no me consideras digna de tenerte como cónsul? ¿Podemos creer insignificante o de poco valor un cargo con el que los emperadores confiesan honrarse, mediante el cual hice pasar bajo mi yugo a los pueblos conquistados juntamente con sus reyes cautivos?

¿Acaso, si naturaleza muestra con sus prodigios los acontecimientos futuros, estoy yo deshonrada por la mancha? Lo que tú piensas era un presagio para Oriente [26]. Ninguna realidad me confirmó el relato; apenas un rumor se rió de tan gran acusación. No queda ninguna confianza en la infamia; no llegó una carta para divulgar el delito. Incluso en este asunto tu virtud es grandísima; pues tú, que

[24] El Bóreas es el viento del Norte y el Austro el del Sur.

[25] Para Jano, cf. *Eutr.* I, nota 46. Las puertas de su santuario en el foro romano debían permanecer abiertas durante todo el tiempo en que Roma sostuviera alguna guerra, cerrándose cuando se restablecía la paz.

[26] El pasaje alude al consulado de Eutropio.

consultas a nuestros senadores en todo, guardas silencio en estos hechos prodigiosos. Por último, ningún edicto para suprimir este escándalo deshonra a la sagrada asamblea, ni mi curia removió ese nombre funesto. Haber dudado hubiera sido participar en el crimen. Todos los escritos impíos que hubiesen llegado de las lejanas puertas de Febo, los hubiera destruido yo antes de que pasaran el mar para que el ejemplo vergonzoso del destino no dañara los castos oídos de Italia. Aquella locura colectiva se ganó el silencio —¡cuánto contribuyó a ello tu esfuerzo!—. Regocíjese todo el que haya dejado de escribir los anales de Oriente. Los fastos del Lacio desconocen esas monstruosidades. Esfuércense en limpiar su propia deshonra. ¿Por qué iba a alegrarme yo de la ruina de aquel al que nunca conocí ni experimenté como cónsul? Ellos se arrepienten de su delito; nosotros ni siquiera los hemos creído.

Sin embargo, la acusación fue común para todos y salpicó hasta nuestras fasces; con más razón debes por ello aceptar la cima del poder, para que no perezca una dignidad tan antigua, dignidad que siempre era la meta de los honores. Ningún cónsul, excluido Estilicón, puede reparar ese daño. Tu mente había retrasado muy previsora el momento: antes hubieses tú podido ennoblecerte con el cargo, ahora el cargo se ennoblece contigo. Socorre como cónsul a los cónsules agraviados, al que lo ha sido y al que lo va a ser; danos un año con tu nombre, para que la posteridad lo siga luego segura y el pasado, defendido de este modo, no se aflija ya más. Así, sea Bruto [27] el fundador del consulado y Estilicón su vengador. La libertad del pueblo romano se otorgó por medio de las fasces siendo entonces Bruto el primer cónsul; Estilicón ha desterrado de

[27] Lucio Junio Bruto, el fundador tradicional de la república romana.

las fasces mismas la esclavitud. Bruto instituyó esta alta dignidad; Estilicón la consolidó. Es más grande conservar lo ya logrado que crear algo nuevo. ¿Por qué aceptas tan tarde con tu rostro venerable?, ¿por qué el acostumbrado rubor se extiende por tu frente? Tú, que lo venciste todo, vence por fin tu propia timidez.

También, a pesar de que eres capaz de no dejarte corromper por regalo alguno, admira de buen grado y acepta este manto que para ti tejió Tritonia [28] conmigo en un peine divino. Reunimos en los ovillos hilos dos veces teñidos juntos en púrpura y los hemos entrelazado con el mismo oro con el que Láquesis [29] me tejió una edad de oro bajo tu poder. Aquí he preludiado yo la descendencia que se te ha prometido y tus hijos ansiados por el mundo; pronto tú mismo me considerarás verdadera adivina y los destinos que se avecinan darán crédito a mi bordado».

Así dijo, y arroja de su regazo el rígido regalo, la trábea cargada de oro. Tiene vida la insigne obra de Minerva. Aquí está bordado el palacio con sus rojas columnas y el sagrado parto de María [30]. Lucina [31] le alivia los dolores; la parturienta permanece en un lecho resplandeciente; a su lado palidece la alegría de su madre preocupada. Con sus sienes ceñidas, las Ninfas [32] bañan en una fuente de oro al niño cogido en sus brazos. Hubieras creído oír tiernas risas y vagidos surgiendo del bordado. Ya había crecido el niño, recordando a su padre en el rostro; pero su

[28] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[29] Una de las Parcas. Cf. *Ruf.* I, nota 44.

[30] Cf. nota 17. La descripción del bordado de la trábea de Estilicón es la expresión más clara de las ambiciones dinásticas del caudillo occidental en toda la obra de Claudiano.

[31] Cf. *Prob.*, nota 33.

[32] Cf. *Prob,*, nota 46.

abuelo, de edad bastante madura, enseña a su nieto que va a ser emperador las reglas de la guerra. En otra parte Euquerio [33], representado en la flor de su primera juventud, regía un caballo que tiñe sus frenos de seda con espuma ensangrentada y, él mismo bordado en oro, hiere con las jabalinas o el arco unos ciervos purpúreos que elevan cuernos áureos. Aquí Venus, llevada por su tiro de palomas, enlaza con vínculos regios el tercer matrimonio ya, y los alados Amores [34] rodean en gran número a la novia, hija y hermana de Augustos [35]. Ya Euquerio levanta del tímido rostro de la virgen el velo nupcial; Termancia sonríe a su alegre hermano. Ahora esta casa pretende coronas mediante ambos sexos; engendra reinas y maridos de las reinas.

Con tales presentes intenta la diosa convencerlo y al mismo tiempo le alargó a su mano derecha el bastón de marfil que debe llevar. Agita la urna para los solemnes auspicios y mediante el vuelo de las aves le confirma un favorable comienzo de su misión. Luego le ciñe ya con la vestimenta de Rómulo los hombros, apropiados para las armas; la vestidura del Lacio quedó ajustada en su pecho y la toga sentó bien al antiguo lugar de la coraza. Tal el dios Marte, cuando regresando vencedor del Istro o de las regiones de los escitas, apacible tras dejar a un lado su escudo, entra en la ciudad ataviado con la trábea

[33] Para Euquerio y Termancia, cf. *Nupt.*, nota 74.

[34] Cf. *Nupt.*, notas 19 y 24.

[35] Esta prometida de Euquerio, de la que no se da el nombre y que es descrita como *progenitam Augustis Augustorumque sororem* (v. 357), solamente puede ser Gala Placidia. Tampoco esta esperanza se llegó a cumplir y Placidia terminaría casándose con el rey visigodo Ataúlfo.

en un carro tirado por blancos caballos; Quirino [36] rige las hermosas riendas y Belona [37] va delante del carro de su padre elevando a los astros una encina ensangrentada con ricos despojos; Miedo juntamente con su hermano Pavor, con sus cascos ceñidos de laurel, son los lictores y enlazan con cadenas de hierro los cuellos de los cautivos bárbaros; más cerca de los caballos uncidos Pánico, con su ropa recogida, blande un hacha gigantesca.

Cuando Roma vio que había logrado el cónsul deseado, dijo: «Me apetece ahora apresurarme a los bosques de los campos Elisios [38] para contar el prodigioso término de tan gran deseo a los Curios [39] y a los Fabricios [40], que derramaron lágrimas por la toga ultrajada recientemente con un golpe a su dignidad; que ellos batan ahora los prados en danzas a coro y que no se avergüencen los austeros Catones [41] de divertirse. Que el primer Bruto y los Escipiones [42], temibles para los cartagineses, oigan esto: que, libre al fin de un doble peligro, gracias al auxilio de un solo hombre he recobrado al mismo tiempo las fasces y Libia. Añade a mis súplicas, oh valerosísimo cónsul, lo que únicamente falta y otorga a la ciudad por un corto espacio de tiempo esa presencia tuya que ella te ruega; tras haberle apartado la guerra y el hambre, le concediste que rigiera de nuevo el mundo. Que la insigne tribuna te acoja como

[36] Quirino es uno de los dioses romanos más antiguos. Se nos presenta casi unánimemente como un dios guerrero de origen sabino. Con él se identificó más o menos Rómulo.

[37] Cf. *Prob.*, nota 26.

[38] Cf. *Nupt.*, nota 68.

[39] Cf. *Ruf.* I, nota 57.

[40] Entre los cuales destaca Cayo Fabricio Luscino. Cf. *Ruf.* I, nota 55.

[41] Cf. *Theod.*, nota 27.

[42] Cf. *Prob.*, nota 34.

otro Camilo [43], que vean a su salvador y vengador los quirites y el pueblo al que tú, su caudillo, amas: a todos ellos, gracias a ti, África y el Ródano les ofrecen cosechas desconocidas hasta ahora, de modo que tanto la Ceres masilia [44] como la fertilidad de la Galia están a mi servicio, y ora el húmedo Austro [45], ora el Aquilón [46] me proporcionan mieses y mis graneros se llenan con todos los vientos.

¡Cuántos millares de gente atestarán la vía Flaminia! ¡Oh, cuántas veces el engañoso polvo burlará las espectantes ansias de verte, mientras a cada instante se cree que llegas! Las madres te esperarán ansiosas y todas las calles se cubrirán de flores cuando pases la cima del Pincio [47] tú, cónsul majestuoso, imagen del antiguo senado romano. ¡Cuántos aplausos dará el teatro de Pompeyo! ¡Cuántas veces el valle Murcio [48] elevará al cielo tu nombre repetido por el Aventino y el Palatino! Dejado a un lado el campamento, permite que te contemple ahora para verte también luego revestido por segunda vez con la trábea junto con tu yerno».

Mientras Roma dice estas cosas, ya la Fama sobrevuela el Océano con sus locuaces alas, y a los próceres, puestos en movimiento, les ordena con sus mil lenguas apresurarse a la capital; ni la vejez, ni el largo camino, ni los Alpes con sus soplos invernales pueden detener a ninguno. Logra la victoria el amor: aquellos que obtuvieron la trábea hacía

[43] Cf. *IV Cons.*, nota 76, y *Gild.*, nota 58.

[44] Los masilios son un pueblo de Numidia oriental.

[45] Viento del Sur.

[46] Viento del Norte.

[47] La octava colina de Roma, situada fuera de la ciudad, pero encerrada por la muralla de Aureliano.

[48] El estrecho valle que separa al Palatino del Aventino.

tiempo, personas ennoblecidas por fasces antiguas, se apresuran a dar la bienvenida al año de su colega y vengador. Así, cuando el Fénix [49] ha renovado su juventud mediante una muerte fecunda, cuando la misma ave lleva piadosamente en sus garras las cenizas de su padre y los huesos reunidos y, única en su especie, avanza desde el extremo Oriente encaminándose hacia las orillas del Nilo, acuden las águilas y todas las aves del orbe para admirar al pájaro del Sol; ígneo resplandece a lo lejos el Fénix, al que esparce su perfume la canela de la olorosa hoguera.

Y no es menor el júbilo en el cielo: se alegran los dos Teodosios [50] y tus propias divinidades protectoras; el Sol mismo, con su carro coronado de flores primaverales, te prepara un año digno de ti.

Existe lejos, desconocida e impenetrable para nuestra raza, apenas accesible para los dioses, una caverna de inmensa edad, tenebrosa madre de los años, que de su anchuroso seno suelta el tiempo y lo hace volver de nuevo. Rodea la cueva una serpiente que todo lo va consumiendo

[49] El Fénix (cf. *c. m.* 27) es un ave fabulosa originaria de Etiopía, cuya leyenda está relacionada en Egipto con el culto al Sol. La leyenda del Fénix concierne sobre todo a la muerte y al renacer del ave. Al ser única en su especie, no puede reproducirse como los demás animales. Cuando el ave siente aproximarse el fin de su existencia, acumula plantas aromáticas y fabrica con ellas su pira. Una vez que ha ardido en ella, de sus cenizas surge un nuevo Fénix y, recogiendo el cadáver de su padre, lo encierra en un tronco de mirra hueco, lo lleva hasta la ciudad egipcia de Heliópolis y lo deposita en el altar del Sol, donde los sacerdotes del dios lo incinerarán. Se dice que llega a Egipto escoltado por una bandada de aves diversas que le rinden honores y vuelan respetuosamente a su alrededor. Luego el joven Fénix regresa a Etiopía, donde vive alimentándose de gotas de incienso hasta el término de su existencia.

[50] El *comes* Teodosio (cf. *III Cons.*, nota 14) y su hijo el emperador Teodosio.

con plácida majestad, perpetuamente mantiene el brillo en sus escamas y con su boca devora la cola curvada hacia atrás volviendo a pasar con el silencioso movimiento por su propio comienzo [51]. Delante de la entrada está sentada Naturaleza, guardiana del umbral, con un rostro hermoso a pesar de ser una anciana, y de todos sus miembros cuelgan almas que revolotean. Un anciano venerable escribe leyes inmutables; él distribuye el número de estrellas en constelaciones, establece sus movimientos y reposos invariables, de acuerdo con lo cual todos los seres viven y perecen según leyes fijas; él examina qué proporcionan al mundo la incierta órbita de Marte y la fija de Júpiter, qué el veloz curso de la Luna y el lento de Saturno, cuánto anda errante en su sereno recorrido Citerea [52], y Mercurio, el compañero de Febo.

Cuando el Sol se detuvo en el gran umbral de aquella caverna, sale a su encuentro la madre Naturaleza y el viejo inclina su encanecida cabeza ante los esplendorosos rayos. Entonces las puertas de acero, tras haberse abierto por su propia voluntad, hicieron girar sus hojas, se muestran las profundidades del santuario y se hacen visibles la morada y los misterios del tiempo. Aquí habitan en lugares fijos los siglos, distinguidos en su aspecto por diversos metales: en aquel lado se apiñan los siglos de bronce, en éste se mantienen rígidos los de hierro, allí brillan los de plata. En una zona privilegiada de la cueva se encontraban, difíciles de alcanzar para la tierra, los años resplandecientes, el grupo de los de oro; de ellos coge el Sol uno especial por su valiosa materia, para marcar en él el nombre de

[51] Los egipcios representaron la eternidad, es decir, el tiempo infinito, como una serpiente devorando su propia cola. Cf. «Introducción», pág. 89.

[52] Venus. Cf. *Nupt.*, nota 31.

Estilicón; entonces les ordena seguir detrás de él, y al mismo tiempo se dirige a ellos con estas palabras cuando se ponen en marcha: «Mirad, ya está aquí el cónsul para el que hemos retrasado la edad de un metal mejor. Id, años deseados por los mortales, llevadles virtudes; floreced de nuevo con genios humanos, alegres con Baco y fértiles en frutos. Que la Serpiente [53] no silbe glacial entre las dos constelaciones de los bueyes, ni la Osa se ensañe con un frío excesivo; no ruja el León [54] con su terrible fuego, ni el implacable estío abrase las pinzas de Cáncer [55], ni Acuario [56], pródigo de su lluviosa urna, corrompa las semillas con súbitos aguaceros. Que el carnero de Frixo [57], con sus

[53] Se trata de la constelación boreal del Dragón (llamada en latín indistintamente *Anguis, Draco* y *Serpens*), situada entre la Osa Mayor y la Osa Menor. Es el catasterismo del dragón guardián de las manzanas de oro del jardín de las Hespérides. En su undécimo trabajo, Hércules lo mató (según una de las versiones) y a continuación lo catasterizó Juno.

[54] Cf. *Prob.*, nota 6. El sol pasa por esta constelación zodiacal desde mediados de julio hasta mediados de agosto.

[55] Cáncer («Cangrejo») es también una constelación zodiacal. Por ella pasa el sol desde mediados de junio hasta mediados de julio. Es el catasterismo del cangrejo que, enviado por Juno como aliado de la Hidra de Lerna, atacó a Hércules cuando éste luchaba con el terrible monstruo. El cangrejo fue aplastado por el pie del héroe y catasterizado por Juno.

[56] Por esta constelación zodiacal pasa el sol desde mediados de enero hasta mediados de febrero; así pues, se trata de una época lluviosa. Aunque el nombre de este catasterismo hace referencia sólo al agua, la identificación en este caso es con Ganimedes, quien escancia el vino de los dioses, es decir, el néctar.

[57] Ino, una de las esposas de Atamante, trató de matar a sus hijastros Frixo y Hele (hijos de Atamante y Néfele). Así pues, Frixo y su hermana Hele, para escapar del peligro, montaron a lomos de un carnero de piel de oro que los llevó por los aires. Al pasar por el estrecho que hay entre el promontorio Sigeo y la Quersoneso tracia, Hele resbaló del carnero, cayó al mar y se ahogó, dándole su nombre, Helesponto. Frixo llegó a la Cólquide, sacrificó el carnero a Júpiter, lo desolló y entregó la piel

cuernos coronados de rosas, prolongue la fecunda primavera, y no azote Escorpión [58] con granizo las crasas aceitunas; madure la Virgen [59] los frutos del otoño y Sirio [60] ladre más apacible a los racimos cargados de uvas».

Tras haber hablado así, entra en su jardín, que esparce rocío con azafranados resplandores, y en su valle, al que rodea un río de llamas y que ofrece un gran esplendor con las hierbas mojadas que pacen los caballos del Sol; luego rodea con brillantes guirnaldas las crines, las riendas doradas y los penachos de la cola de sus corceles. Por una parte Lucífero [61], por la otra la Aurora se adornan los helados cabellos; al lado juega con las riendas el año de oro y muestra por delante el nombre del cónsul; los astros, tras haber vuelto otra vez al inicio para comenzar su recorrido, inscriben el nombre de Estilicón en los fastos celestes.

---

de oro al rey Eetes. El carnero emigró al cielo donde fue catasterizado en la constelación de Aries o el Carnero. Es una constelación de poco brillo, por carecer del vellocino de oro, que quedó en la Cólquide y fue después llevado a Grecia por los Argonautas. Por Aries pasa el sol desde mediados de marzo hasta mediados de abril.

[58] Cf. *Prob.*, nota 6, y *Theod.*, nota 19.

[59] Cf. *Ruf.* I, notas 15 y 104.

[60] Cf. *Ruf.* I, nota 61.

[61] La estrella de la mañana, también llamada Fósforo.

SOBRE EL CONSULADO DE ESTILICÓN

23

PREFACIO AL LIBRO III

El mayor de los Escipiones [1], que sin ayuda de nadie hizo volver las guerras púnicas desde las costas de Italia a su propia ciudad de origen, no se dedicó a las armas sin preocuparse del arte de las Piérides [2]; siempre tenía aquel caudillo una grandísima inquietud por los poetas. Pues se alegra el valor de que las Musas se le unan como testigos; ama la poesía todo aquel que lleva a cabo hazañas dignas de verso. Así pues, ya si como vengador de la muerte de su padre sometía en la flor de su edad al océano de Hispania bajo nuestras leyes [3], ya si para quebrantar con un gol-

[1] Publio Cornelio Escipión, Africano el Mayor. Cf. *Prob.*, nota 34.

[2] Las Musas. Cf. *Ruf.* I, nota 10.

[3] Publio Cornelio Escipión, padre del Africano el Mayor, luchó en Hispania junto con su hermano Gneo Cornelio Escipión Calvo. Ambos fueron derrotados y aniquilados (211 a. C.): el primero en el Betis superior y el segundo en *Ilorci* (Lorca). El mayor de los Africanos siguió en Hispania la ofensiva de su padre. Tomó por sorpresa *Carthago Nova* (Cartagena) en el 209 a. C. En el 208 a. C. derrotó a Asdrúbal en *Baecu-*

pe certero el poderío de Cartago llevaba sus temibles estandartes por el mar de Libia, el sabio Ennio [4] estaba siempre a su lado y en todas las campañas acostumbraba a seguirlo al medio de la batalla. A él lo aplaudió la infantería cuando cantaba después del combate y lo ensalzó el soldado de caballería sangriento aún por la reciente matanza. Cuando triunfó con la sumisión de una y otra Cartago [5] —a una la había vencido como vengador de su padre, a otra como vengador de su patria—, cuando por fin, tras el desastre de una larga guerra, obligó a Libia a ir afligida delante de las ruedas de su carro, Victoria trajo consigo de regreso a las Musas y el laurel de Marte era la corona del poeta.

Estilicón, nuestro nuevo Escipión, gracias al cual sucumbió un Aníbal más terrible que el primer Aníbal, me ha devuelto a ti, Roma, después del quinto año [6] y me ha ordenado celebrar el cumplimiento de sus deseos.

---

la (Bailén). Volvió a derrotar a los cartagineses en *Ilipa* (Alcalá del Río) en el 206 a. C. Con él quedó definitivamente establecida la dominación romana sobre la Península.

[4] Ennio (239-169 a. C.), poeta romano del período inicial de la literatura latina, nació en Rudias (Calabria) y fue educado en la cultura griega. Llegó a ser centurión del ejército romano, en cuyas filas contrajo amistad, en Cerdeña, con Catón el Viejo, quien lo llevó a Roma. Su obra fundamental son los *Annales*, verdadero poema épico de la historia romana en dieciocho libros y del que sólo conservamos seiscientos versos. Ennio gozó de gran popularidad y se relacionó con los grandes personajes de la sociedad romana de su tiempo, entre ellos con Publio Cornelio Escipión, Africano el Mayor. De hecho, sus *Annales* tenían una función social evidente: ensalzar a los grandes nombres de la nobleza romana.

[5] La africana *Carthago* y la hispana *Carthago Nova* (Cartagena).

[6] Este poema fue recitado en Roma (cf. «Introducción», pág. 48). Teniendo en cuenta que fue recitado a comienzos del 400 y que Claudiano partió de Roma para Milán en algún momento del 395, son cinco los años que nuestro poeta había estado ausente de la ciudad.

24

LIBRO III

Contempla, Roma, al héroe que reclamabas con el aplauso del pueblo, con la voz de tus próceres. Deja ya de contar el tiempo del largo viaje y de levantarte siempre cuando has visto una nube de polvo; no te atormentará más la incertidumbre. Todo entero está delante de tus ojos el que en otro tiempo estaba en tu pensamiento, más grande que tus esperanzas, más glorioso que su fama. Honra al cónsul que te ha restituido las fasces con su antigua dignidad; estrecha la diestra que ha sometido de nuevo a los cartagineses bajo el yugo romano. Acoge a este magnánimo corazón que rige las riendas del imperio, cuya inteligencia mantiene en equilibrio al orbe. Contempla con alegría el rostro sagrado que adoras en el bronce y admiras en el oro; aquí está el guerrero a tu favor en todas partes, el defensor de Libia, el que ha hollado el Rin y el Istro [7].

Si siguiendo la antigua costumbre deseara exponer sus hazañas y mostrar a la multitud los pueblos que ha sometido, con iguales méritos competirían los laureles de ambos polos. Esta parte vendría con el botín de los alamanes [8], aquélla más rica aún con los despojos del sur; de allí vendrían los sigambros [9] con su rubia cabellera, de aquí los mauros con sus negros cabellos. Él mismo sería llevado por un tiro de caballos blancos y el ejército, siguiendo su carro adornado de laurel, resonaría con sus festivos can-

[7] El Danubio.

[8] Cf. *IV Cons.*, nota 88.

[9] Pueblo de Germania que habitó las riberas del Rin y la Westfalia.

tos. Unos arrastrarían a los reyes cautivos, otros llevarían labrada en el bronce la imagen de las ciudades o los montes y los ríos conquistados. Por un lado llorarían los ríos de Libia con sus cuernos destrozados, por otro gemiría Germania con el Rin encadenado. Pero tu cónsul, Roma, no es un desenfrenado jactancioso de su propia gloria. No le agradan a él las recompensas tanto como el esfuerzo mismo; desdeña los vanos aplausos y con una pompa más gloriosa obtiene su triunfo en el corazón de los hombres.

En verdad, las ciudadelas romanas no acogieron con más magnificencia a ningún otro caudillo, ni cuando Fabricio [10] volvió tras la rendición de Pirro, ni cuando subió al Capitolio en su carro Paulo [11], el vencedor de la corte de Pela. Ni un triunfo comparable abrió las puertas del Lacio a Mario después de la sumisión de los númidas [12], o a Pompeyo tras la guerra con Oriente [13]. A ninguno de éstos les faltó nunca la facción rival que se opusiera con fuerza a su éxito, y con rencorosos dardos perseguía la envidia sus hazañas por gloriosas que fueran. Solo Estilicón ha sobrepasado con sus virtudes el alcance de la envidia y la medida humana. Pues, ¿quién podría envidiar el hecho de que nunca perezcan las estrellas, el hecho de que

[10] Cf. *Ruf.* I, nota 55.

[11] Se trata de Lucio Emilio Paulo Macedónico, el vencedor en Pidna (cf. *Stil.* I, nota 79). Pela es una ciudad de Macedonia, patria de Filipo y su hijo Alejandro.

[12] Cf. *Gild.*, nota 21.

[13] La *Lex Manilia* (66 a. C.) otorgaba a Pompeyo el mando supremo en Oriente. Sus campañas orientales fueron sus mayores hazañas. Mitrídates fue derrotado inmediatamente (cf. *Stil.* I, nota 75). Pompeyo fundó colonias, anexionó Siria al imperio, solucionó los problemas en Judea y dejó establecida la organización romana en el Este. Retornó a Italia a finales del 62 a. C.

Júpiter posea el alto cielo, el que Febo lo conozca todo? Hay un punto de gloria al que no puede alcanzar ningún grado de la frenética envidia. Además, el favor estaba repartido para aquellos caudillos: uno, más favorable para los senadores, era odioso para la plebe; para otro, defendido por el ardor popular, languidecía el apoyo del senado. Sólo en el caso de Estilicón cesó toda discordia entre los diversos estamentos: se alegran los caballeros, aplauden los senadores y las súplicas de la plebe rivalizan con el favor de los patricios.

¡Oh héroe dichoso al que Roma, salvada por ti, llama padre! ¡Oh amor común del mundo, por el que toda la Galia sirve en el ejército, al que Hispania une a los tálamos de la casa imperial, cuya llegada pidieron los quirites con reiteradas súplicas y el senado la obtuvo gracias al ilustre yerno! Ni las doncellas desean tanto las flores, ni los frutos las lluvias, ni los fatigados marineros los soplos favorables como el pueblo tu presencia. ¿Qué playas de Delos agitan con tan gran entusiasmo los proféticos laureles cuantas veces ha resplandecido el arco de Apolo anunciando su llegada [14]? ¿Qué zona de Lidia se encrespó así con las auríferas aguas del Pactolo [15] cuando apareció Evio tras conquistar a los indos [16]? ¿No ves que las calles desaparecen por la afluencia del pueblo y los techos por la multitud de matronas? Gracias a tu victoria, Estilicón, brilló para todos ellos una salvación inesperada. Mira a tu alre-

---

[14] Delos es lugar consagrado a Apolo, pues en esta isla nacieron él y Diana, su hermana gemela. Cf. *Prob.*, nota 41.

[15] Cf. *Prob.*, nota 12.

[16] Evio es epíteto de Baco relacionado con el grito ritual de las Bacantes «¡evohé!». Para la conquista de la India por parte del dios del vino, cf. *IV Cons.*, nota 132.

dedor las siete colinas que por el resplandor de su oro compiten con los mismos rayos del sol; mira los arcos cargados de despojos, los templos que igualan en altura a las nubes y todo lo que ha erigido este triunfo tan insigne. Aprecia con atónita mirada a qué gran urbe has servido, qué grandiosa ciudad has salvado. En verdad, todo ello sería leyenda si el africano dominara todavía en el sur.

Era costumbre en las campañas de nuestros antepasados cubrir con encina las sienes de aquel que, tras haber puesto en fuga al enemigo con sus poderosas fuerzas, pudo salvar a un conciudadano que estaba a punto de morir [17]. Pero, ¿qué corona cívica se te podrá conceder a ti por la salvación de tantas ciudades? ¿O cuántos honores recompensarán tus hazañas? Roma reconoce deberle a tus armas no solo la vida de su pueblo, sino que también recuperó la venerable carga de fama, las fuerzas perdidas y su imperio, con lo cual es más agradable el fruto de este glorioso resplandor. Ya no reclama ella suplicante la arrebatada Libia a los embajadores del muy altanero Oriente ni suplica —vergonzoso de decir— a sus propios esclavos, sino que, confiada en su vigor latino, se venga por fin bajo tu dirección con furor romano. Ella misma les da órdenes a sus estandartes, el ciudadano con toga tiene poder sobre el que va a guerrear: las águilas esperan los decretos del senado. Ella misma te otorgó voluntariamente la trábea, ella misma ofreció la silla curul a su vengador y te obligó a honrar sus fastos con tu nombre.

No pierde nada de su antigua dignidad, ni echa de menos los siglos de libertad, desde que otorga las fasces, desde que da las órdenes para la batalla, e incluso se ve a

[17] Se trata de la corona cívica, que se otorgaba al que había salvado la vida a un ciudadano o dado muerte a un enemigo en el campo de batalla.

sí misma crecer. ¿Quién recuerda que los campos de la Galia, que las azadas de los sénones [18] estuvieron al servicio del Lacio? ¿O siguiendo qué ejemplo ha traído el Tíber desde la fértil Osa cosechas trabajadas con sudor por el arado de los língones [19]? Aquella mies no sólo ha suministrado ayuda a la ciudad, sino que también ha servido de prueba de cuán grande, oh Roma, es tu poder: ha hecho a los pueblos recordar a su dueña y a semejanza de un trofeo ha traído desde las gélidas regiones un tributo desconocido hasta entonces.

También la plena majestad de la ciudad de Quirino [20] aumenta con esto, con el hecho de que los jefes de Libia palidecen ante nuestro pueblo que los juzga y cualquier gobernador, al término de su cargo, debe rendir cuentas, so pena de muerte, de qué ha suministrado el labrador cartaginés, cuánto ha enviado el lluvioso Austro. Tiemblan aquí humildes aquellos que emitieron soberbias sentencias en anchos dominios; a quienes recientemente temió África, nuestra tribuna los contempla como reos. Estilicón les abre campo a las virtudes de los viejos tiempos, y al pueblo, que no se acordaba ya de su antigua gloria, lo incita a ejercer de nuevo su soberanía, a pisar temible con sus talones los cargos poderosos, a juzgar el crimen con justicia, a perdonar condescendientemente el error, a elogiar a los inocentes, a condenar a los culpables y a poner de nuevo en práctica con clemencia las virtudes de sus padres.

Se engaña si hay alguno que cree que es servidumbre estar bajo un príncipe insigne. Nunca la libertad se muestra más grata que bajo un príncipe virtuoso. A los que

[18] Cf. *Ruf.* I, nota 36.

[19] Pueblo de la Galia céltica que habitaba el país de Langres.

[20] Rómulo divinizado.

él mismo pone al frente para dirigir los asuntos, los somete a la decisión del pueblo y del senado, y cede con satisfacción ante ellos, ya si reclaman recompensas para el mérito, ya si es su voluntad imponer castigos. Ahora la púrpura, tras dejar a un lado la soberbia, no se indigna de que se pronuncie una sentencia sobre ella. Así enseñó el suegro al yerno a gobernar, así le puso riendas virtuosas a su juventud, con tales costumbres educó sus tiernos años, padre más verdadero del emperador que el propio Teodosio, su sostén en la guerra, su consejero en la paz. Gracias a él, alejada la deshonra, floreció ya la edad antigua con las virtudes de Rómulo; gracias a él, el poder, envilecido durante largo tiempo y casi transferido [21], no sale olvidándose de sí mismo desterrado a tierras de servidumbre, sino que, traído a su legítimo hogar, ha otorgado de nuevo a su patria sus victoriosos destinos, goza otra vez de los auspicios a los que había estado unido desde hacía largo tiempo y devuelve a la cabeza del imperio sus miembros dispersos.

Cónsul próximo a los dioses, que velas por una ciudad tan grande, nada más poderoso que la cual envuelve sobre la tierra el cielo, cuya amplitud no puede alcanzarla la mirada, ni el espíritu concebir su belleza, ni voz alguna proclamar sus alabanzas; ciudad que une con los astros vecinos sus techumbres que rivalizan con ellos en el resplandor del oro, que imita con sus siete colinas las zonas del Olimpo, madre de armas y leyes, que extiende su poder a todos los pueblos y fue la primera cuna del derecho; es ella la que, nacida en exiguos territorios, se extendió hasta los dos polos y su poder, surgido de un pequeño emplazamiento, se esparció juntamente con la luz del sol. Ella, expuesta

[21] A Constantinopla.

a los avatares del destino, a pesar de librar al mismo tiempo innumerables batallas, conquistar las ciudades de Hispania, asediar las de Sicilia y abatir por tierra al galo, por mar al cartaginés, nunca sucumbió ante las desgracias y, no aterrorizada por golpe alguno, rugía más grandiosa después de Cannas y Trebia [22]; cuando ya la amenazaban las llamas y el enemigo golpeaba sus murallas, enviaba un ejército a los remotos iberos; no se detuvo ante el Océano y, lanzándose con los remos al profundo mar, buscó en otro mundo a los britanos para vencerlos. Ella es la única que acogió en su seno a los vencidos, protegió a la raza humana con un nombre común a todos, a manera de madre, no de emperatriz, llamó ciudadanos a aquellos a los que había derrotado y ligó razas distantes mediante lazos de afecto. A sus pacíficas costumbres debemos todos el hecho de que el visitante se comporte como en su tierra patria, el hecho de que nos es posible cambiar de residencia, el que sea un juego visitar Tule [23] y adentrarse en sus lugares apartados, espantosos en otro tiempo, el que bebamos por diversas partes el agua del Ródano, que bebamos del Orontes [24], que todos seamos un único pueblo. Y nunca existirá un final para el imperio romano. Pues la lujuria con sus vicios y la soberbia con sus odios derrumbaron los restantes reinos: así a Atenas, ridículamente orgullosa, la abatió el espartano, y él mismo cayó ante Tebas; así el medo arrebató el timón al asirio, y el persa se lo quitó al medo;

---

[22] Batallas en las que Aníbal derrotó a los romanos en la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.). La batalla de Trebia tuvo lugar en el 218 a. C. y la de Cannas en el 216 a. C. Esta última supuso la humillación más dolorosa soportada por Roma hasta entonces.

[23] Cf. *Ruf.* II, nota 35.

[24] Río de Siria.

el macedonio sometió al persa para ceder también él mismo ante los romanos. Pero Roma está consolidada por los oráculos de la Sibila, ella está vivificada por la religión de Numa [25]; para ella blande sus rayos Júpiter; a Roma la protege Tritonia [26] con toda su égida; aquí trajo sus secretos fuegos Vesta [27], aquí la madre coronada de torres [28] trajo consigo sus misterios y los leones de Frigia; a ella, para apartar las enfermedades, se deslizó voluntariamente con apacible movimiento el Epidaurio [29] y la isla del Tíber dio asilo al serpentino Peón que se había arrastrado a través de las olas. Por ella velas tú, ilustre Estilicón, juntamente con los dioses; tú proteges con tu escudo a esta ciudad, patria de reyes y caudillos, y especialmente tuya. Pues ella ofreció la primera luz de su vida a Euquerio [30] y aquí su regia madre, llevando al niño, se lo mostró a su abuelo el emperador; y él, regocijándose, levantó en

---

[25] Cf. *Ruf.* I, nota 30.

[26] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[27] El *ignis inextinctus* que mantenían siempre encendido sus sacerdotisas, las Vestales. Cf. *Eutr.* I, nota 50.

[28] La diosa Cibeles (cf. *Eutr.* II, nota 53). Para la llegada del culto de Cibeles a Roma, cf. *Gild.*, nota 27. Su culto era de carácter orgiástico (cf. *Eutr.* I, nota 36), pero en Roma los ritos estaban mitigados y los sacerdotes no se castraban a sí mismos como hacían en Asia. El carro de la diosa va tirado por leones.

[29] Se trata de Esculapio, hijo de Apolo y Coronis y dios de la medicina, así llamado por ser Epidauro, ciudad de la costa de la Argólide oriental, el centro de su culto. Con motivo de una peste (293 a. C.), Esculapio fue llevado desde Epidauro a Roma, pues así lo exigían los libros sibilinos. Según la leyenda (cf. Ov., *Met.* XV 622-744), el dios se transformó en serpiente y así fue transportado a Roma; aquí eligió como morada la isla Tiberina, donde le fue dedicado un templo en el 291 a. C. Peón («el Sanador») se refiere aquí a Esculapio (cf. *Ruf.* I, nota 4).

[30] El hijo de Estilicón y Serena, nacido alrededor del 388.

alto al nieto que andaba a gatas con su vestido de púrpura; Roma se alegraba presintiendo su futuro destino, porque con tan gran prenda de amor te había obtenido ya como ciudadano.

Y sin embargo, no creas a este pueblo ingrato ni de tal condición que no sabe pagar los favores. Si deseas hojear los anales antiguos, ¡cuántas veces tomó él las armas en defensa de sus aliados!, ¡cuántas veces concedió como regalo a reyes amigos tierras conquistadas con sangre ausonia [31]! Pero nunca el reconocimiento público se manifestó con tanta unanimidad. Pues, ¿qué príncipe no intentó con todo tipo de regalos ser llamado señor y padre, nombres que el anfiteatro hace resonar en tu honor día tras día? ¡Hurra, cónsul, por tus nuevos títulos! El pueblo de Marte te proclama su señor sin que Bruto [32] se indigne, y lo que hasta ahora no pudo soportar la libertad romana coaccionada por terror alguno, lo ha otorgado a su amor por Estilicón. Saltan ansiosos por contemplarte en cualquier lugar que se te vea con tu hermosa figura, elevan a los astros tu nombre y sus miradas errantes no se cansan de observar el rostro que aman, ya si entras áureo por la resplandeciente trábea en el circo, ya si estás presente en la celebración de los juegos o, sentado en tu trono de marfil, dispensas justicia en el foro, o si tus fasces suben a la tribuna rodeada por una apretada multitud de gente.

Pero, ¡qué aclamaciones de los próceres, cuán sincera fue su alegría cuando la Victoria, encumbrándose en alto con sus alas desplegadas, le abrió ella misma al héroe su sagrado templo! Oh virgen guardiana del imperio, que te alegras con la verde palma, amiga de los trofeos, la única

[31] Ausonia es un nombre antiguo de Italia.

[32] El fundador tradicional de la república romana.

que curas nuestras heridas y la que nos enseñas a no sentir fatiga alguna, ya si fueron de tu agrado las estrellas de la Corona dictea [33], o si tu morada está más próxima al ardiente León [34], o si andas alrededor del sublime cetro de Júpiter o de la égida de Palas, o si apaciguas los suspiros del fatigado Marte, sé perpetuamente favorable al Lacio y atiende, oh diosa, las súplicas de tu senado. Que Estilicón adorne muy a menudo tus umbrales y que al mismo tiempo te vuelva a llevar con él cuando regrese al campamento. Acompáñalo en la guerra siéndole propicia, devuélvenoslo a nuestras asambleas vestido con la toga. Siempre te trató con apacibles maneras, te mantuvo respetuosa para con los vencidos y nunca manchó tus laureles con la crueldad. Ni desprecia a los ciudadanos con un semblante altanero, ni asola con sus legiones la temblorosa ciudad, sino que, verdadero cónsul para la patria, al cesar las armas va acompañado sólo por el lictor y no desea la inútil protección de la espada salvaguardado únicamente por el amor del pueblo.

Y no ha dudado, mostrándose parco en sus grandes riquezas, en duplicar sus elevados gastos, sino que después de los maravillosos juegos dados al ejército o a su yerno, los reserva mayores aún para Roma. Dicen que, al nacer Minerva, Júpiter hizo caer una lluvia de oro sobre los habitantes de Rodas; cuando Baco abría ya el muslo de su

[33] Al abandonar Teseo a Ariadna en la isla de Naxos, Baco se unió a ella en matrimonio. Ariadna recibió como regalo de bodas una corona, que después será catasterizada en la llamada Corona Boreal. El adjetivo «dictea» equivale a «cretense», pues el Dicte es un monte que se alza en la zona oriental de la isla de Creta y Ariadna (hija de Minos y Pasífae) era natural de Creta.

[34] Cf. *Prob.*, nota 6, y *Stil.* II, nota 54.

padre, cambió de color el Hermo [35] convertido en el mismo metal, y Midas, destinado a sufrir hambre por su avaricia, transformaba en brillante oro todo lo que tocaba. Leyenda o historia verídica, se cuenta: tu liberalidad supera a las aguas del Hermo, al tacto de Midas y a la lluvia del Tonante. Tu mano, igualmente pródiga en regalos y en hazañas guerreras, eclipsa a nuestros antepasados y eclipsará a nuestros descendientes; si el fuego hubiera fundido los ingentes montones que ella ha otorgado como si fuera una cantidad despreciable, hubieran podido formarse lagos y ríos de plata.

Y a ti, Latonia [36], que reinas igualmente sobre las selvas y los astros, no te preocupa poco Estilicón: tú también te esfuerzas en embellecer nuestros espectáculos con fieras singulares, y en la más elevada cima de la cordillera de los Alpes, con el arco en reposo, reúnes a tus castas compañeras y al grupo inviolable de tus seguidoras provistas de carcaj. Llegan con sus hombros y sus brazos desnudos, con sus manos armadas de jabalinas y sus espaldas de flechas, desaliñadas y, a pesar de ello, hermosas; se enrojecen con sudor sus rostros cubiertos de polvo y la rígida virginidad no delata su sexo; sus cabellos sueltos; dos ceñidores impiden que su vestido cuelgue hasta por debajo de la rodilla. La rubia Leontódame precede a sus compañeras, la sigue Nebrófone, criada en el monte Liceo [37],

---

[35] Cf. *Prob.*, nota 12.

[36] Diana, hija de Latona (cf. *Prob.*, nota 41). Diana es una diosa virginal y cazadora a la cual acompaña generalmente su séquito de Ninfas. Éstas se hallan relacionadas muy íntimamente con su divina señora y protectora. En algunos casos los nombres de estas Ninfas no son sino títulos de Diana; en otros, designan a antiguas diosas muy semejantes a Diana por su naturaleza.

[37] El Liceo y el Ménalo son montes de Arcadia. El Ida es un monte de Creta.

y Tero, que con sus dardos tiene sometido al Ménalo. La ardiente Britomartis se apresura del cretense Ida, y Licaste, nunca dispuesta a ceder ante el Zéfiro [38] en la carrera. Se unen a ellas las dos hermanas, Hecaerge, temible para las fieras, y Opis, deidad anhelada por los cazadores, ambas engendradas en Escitia; Delos, preferida a las escarchas hiperbóreas [39], las hizo diosas y soberanas de los bosques. Estas siete vinieron en cabeza; otro grupo de Ninfas marcha detrás, hermoso ejército de Diana, cien del Taigeto [40], cien de la cima del Cinto [41] y otras tantas que engendró el Ladón [42] en sus castas aguas. Cuando las vio a ellas reunidas, así les comenzó a hablar Delia [43]:

«Compañeras, que detestando conmigo los vínculos del matrimonio recorréis los helados montes en virginal compañía, ¿veis cómo los dioses adornan este año con un apoyo unánime al Lacio, cuántas manadas de caballos proporciona Neptuno de todas las regiones del mundo, que ninguna lira de mi hermano descansa de cantar las alabanzas de Estilicón? Reciba el héroe también de nosotros el favor que le debemos por sus servicios. Esa tarea no exige flechas; permanezcan ahora secas en nuestras cerradas aljabas y absténganse todos nuestros arcos de sus acostumbradas cacerías; resérvese únicamente esta sangre para la arena. Retrasada su muerte, las fieras deben ser cogidas en las redes y jaulas y transportadas en ellas. Contened vuestros impacientes dardos; reprimíos con las bestias que van

[38] Viento del Oeste.

[39] Cf. *Ruf.* II, nota 36.

[40] Monte de Lacedemonia.

[41] Monte de Delos.

[42] Río de Arcadia.

[43] Diana, llamada así por haber nacido en la isla de Delos.

a morir para lograr aplausos en honor del cónsul. Apresúrese vuestro grupo dividido en cuadrillas. Mi carrera se dirige a las jadeantes Sirtes [44]; vengan conmigo como compañeras la dictea [45] Licaste y Opis. Quiero ir a través de los estériles desiertos; pues la tierra de Mauritania ha otorgado a otros fieras como regalo, pero sólo a Estilicón se las debe como tributo en calidad de vencida. Mientras nosotras rastreamos la espantosa progenie de Libia, vosotras entretanto registrad las selvas y roquedales de Europa. Desterrado su miedo, solácese el pastor y cante su zampoña a Estilicón en los bosques libres de temores. Apacigüe mediante sus espectáculos los montes el que con sus leyes ha apaciguado las ciudades».

Dijo, e inmediatamente se lanza desde los frondosos Alpes al otro lado del piélago; vencidos por el yugo soportaron el carro ciervos que la luna cubierta de rocío concibió en sus fecundas cavernas bajo la entrada del primer cielo para que fueran gloria de la diosa. Su esplendor es igual que el de la nieve intacta; brota su frente, que resalta de color áureo, y se alzan elevados cuernos de oro ramificado que igualan en altura a las copas de las hayas. Opis tiene en sus manos las riendas, Licaste lleva las redes de malla ancha y los dorados lazos y los inmortales molosos iban ladrando alrededor del carro por medio de las nubes. Las otras cinco —así lo había ordenado Febe [46]— se precipitan con armas semejantes en diversas direcciones y cada una lleva su propio grupo. Las siguen perras de aspecto, raza y naturaleza diferentes: unas apropiadas por sus mordiscos especialmente enérgicos, otras de rápidas patas, otras

[44] Cf. *IV Cons.*, nota 84.

[45] Cretense. Cf. nota 33.

[46] Diana. Cf. *Ruf.* I, nota 8.

de fino olfato; ladran las erizadas cretenses, las delgadas lacedemonias y las britanas que pueden despedazar los poderosos cuellos de los toros. Britomartis recorre con su cabellera esparcida los bosques de Dalmacia y las escarpadas sierras del Pindo [47]. Tú, Leontódame, circundas las espesuras de la Galia, exploras los pantanos de los germanos y si algún enorme jabalí, refugiado en los cañaverales del Rin, ha curvado los colmillos con su avanzada edad. Hecaerge registra rápida los Alpes coronados de nubes, los escondrijos del Apenino y las nieves del Gárgano [48]. Tero escruta con sus perras las cavernas iberas y hace salir de sus profundas guaridas a los horribles osos, cuyas fauces chorreando sangre no las sació a menudo el Tajo con sus aguas, y a los que ya entumecidos por el frío oculta el roble pirenaico con sus recónditas frondas. La varonil Nebrófone, cazando en las cimas de Cirno [49] y Sicilia, empuja hacia los lazos a ciervos y otras bestias inofensivas, pero júbilo del anfiteatro que se divierte, gloria de los bosques.

Todo lo que es temible por sus colmillos, destacado por sus crines, respetuoso por sus cuernos, o de erizadas cerdas, es capturado, toda la belleza y terror de las selvas. No las oculta su cautela, ni sus fuerzas hacen frente con su corpulencia, ni su agilidad las sustrae en rápida carrera. Unas gimen enredadas en las trampas, otras van encerradas en prisiones de encina. No hay suficientes carpinteros para alisar las maderas; se construyen frondosas jaulas con hayas y fresnos sin pulir. Una parte iba por mares, por ríos, en embarcaciones repletas; lívida se paraliza la mano de los remeros y temía el marinero la mercancía que lleva-

[47] Monte de Tracia.

[48] Monte de Apulia.

[49] Nombre griego de Córcega.

ba. Otra parte es transportada por tierra sobre ruedas y en larga caravana obstruyen los caminos las carretas llenas de los despojos de las montañas; las cautivas fieras son arrastradas por agitados bueyes, con los que antes saciaban su hambre, y cuantas veces las han contemplado vueltos hacia atrás, asustados se retiran de la lanza del carro.

Y ya, tras haber recorrido las ardientes regiones de Libia, había escogido la hermana de Febo excelentes leones, que a menudo ponen en fuga a las Hespérides [50], con sus melenas excitadas por el viento aterran a Atlante [51] y asolan a lo lejos los rebaños de los etíopes, leones cuyos estrepitosos rugidos nunca los escucharon los pastores a través de las brisas sin que se produjeran desgracias. No los engañaron resplandecientes antorchas, ni ramas esparcidas por encima en un suelo preparado para hundirse, ni su hambre excitada por los balidos de un cabrito colgado, ni una fosa; por propia voluntad quisieron ellos ser capturados y se alegran de verse como presa de una diosa tan grande. Respiran al fin los pastos; los campesinos mauros abren ya sin peligro sus cabañas. Entonces Latonia [52] reúne los glaucos leopardos y las restantes maravillas del sur, y al mismo tiempo los gigantescos colmillos de marfil para que, cortados en placas por el hierro y resplandeciendo con oro tras haber grabado en ellos una brillante inscripción con el nombre del cónsul, circulen a través de los próceres y el vulgo. Anda errante el elefante sin esplendor por habérsele quitado sus colmillos, constituyendo un grandísimo asombro para todos los indos. La diosa se sentó en su negro cuello mientras gemían, sacude fuertemente el marfil

[50] Cf. *IV Cons.*, nota 19.

[51] Cf. *Prob.*, nota 9.

[52] Diana. Cf. nota 36.

clavado y, tras haberle arrancado completamente sus ensangrentadas raíces, deja desarmadas sus anchas bocas. Más aún, la diosa querría traérnoslos como prodigios, pero teme que se produzcan retrasos por su pesada mole.

Por las olas del Tirreno resuena la multitud de naves que ha acogido a la fauna que engendra Libia, se extiende hasta la proa un león que arrolla su cola desde la popa; a duras penas una lenta embarcación sustenta a una sola de estas fieras. Se oyen sus rugidos en las profundidades de las aguas, saltan afuera todos los cetáceos, Nereo [53] compara los prodigios de la tierra con los suyos y reconoce que no igualan éstos a aquéllos. Así, cuantas veces navega victorioso Lieo [54] por las rojas aguas, gira Sileno [55] el timón, sudan los enérgicos Sátiros en los remos y los tímpanos de piel de toro, batidos por las Bacantes [56], estimulan a los remeros de Bromio [57]; encadena la hiedra a los bancos, el pámpano reviste el mástil enrollándose a su alrededor, una serpiente se desliza ebria por las vergas, corren y saltan los linces por las jarcias mojadas de vino y las no acostumbradas tigresas miran con asombro las velas.

---

[53] Cf. *Ruf.* I, nota 51.

[54] Sobrenombre de Baco que significa «El que relaja».

[55] Sileno es uno de los Sátiros más importantes. Por ello no es raro llamar Silenos a los Sátiros en general. Cf. *IV Cons.*, nota 131.

[56] Mujeres que toman parte en las orgías de Baco.

[57] Sobrenombre de Baco que significa «El del trueno».

GUERRA CONTRA LOS GETAS

25

PREFACIO

Tras años de ocio mi Musa, como despertada de un largo sueño, se regocija con los coros de Roma [1]. Los mismos recintos me renuevan la anhelada concurrencia y la morada pitia resuena con la voz de su conocido poeta. Aquí canté las fasces consulares y la reconquista de Libia, aquí debo cantar yo la guerra con la que se abatió a los getas.

Pero el éxito anterior me logró una efigie de bronce y la autoridad patricia consagró mi retrato [2]. El emperador aprobó este honor ante las súplicas del senado. ¡Mira, Musa, qué severo juicio afrontas! Al ingenio le resta favor una recompensa prematura: tan grandes premios les niegan la indulgencia a mis versos y mi afán se esfuerza ante

[1] Habían transcurrido dos años desde que Claudiano recitó su último poema. Cf. «Introducción», págs. 55-57.

[2] Para esta estatua dedicada a Claudiano por el emperador a petición del senado, cf. «Introducción», págs. 15 y 21-22.

un crítico más estricto porque en medio del foro se lee mi nombre y se contempla mi retrato.

Sin embargo, el tema mismo me socorre y con diligencia alivia en gran parte mi habitual temor cuando me dispongo a hablar. Pues ora el mérito de la guerra, ora amor por Estilicón me aseguran un grato auditorio con gran interés.

26

GUERRA CONTRA LOS GETAS

Cuando la intrépida Argo [3], al dirigirse a Eetes y sus colcos, irrumpía en las barreras de un estrecho no surcado, en un mar protegido por escollos que chocaban entre sí, se dice que, atónitos todos por la proximidad del peligro, únicamente Tifis (siguiendo a los dioses) conservó a salvo la quilla con un daño insignificante, esquivó el doble golpe de los riscos y, tras haber eludido el choque de las flotantes rocas, condujo victoriosa la nave hacia alta mar. Vencidas por la destreza del héroe, quedaron estupefactas las

[3] Claudiano alude en estos primeros versos al viaje de los Argonautas a la Cólquide para conseguir el vellocino de oro (para este vellocino, cf. *Stil.* II, nota 57). Argo es el nombre de la nave que los transportó, construida por Argos, hijo de Frixo, bajo la dirección de Minerva. Se afirma con frecuencia que la Argo fue la primera nave que surcó el mar. Eetes, hijo del Sol y la Oceánide Perse o Perseide y hermano de la maga Circe, es el rey de los colcos, el padre de Medea. Con «los escollos que chocaban entre sí» se alude a las rocas Simplégades (cf. *Ruf.* I, nota 47), mencionadas más abajo. Tifis es el primer timonel de la nave Argo; tenía grandes conocimientos sobre navegación, recibidos de la propia Minerva.

soberbias Simplégades y, soportando las nuevas leyes del suelo, quedaron fijas en él fáciles de franquear ya para toda embarcación desde que conocieron la derrota. Pero si excelsa llevó así la gloria a Tifis por el mérito de una nave ilesa, ¿qué elogios serán bastantes para ti, Estilicón, por haber apartado la ruina de un imperio tan grande? Pueden los poetas exagerar todo lo que celebran, jactarse de que la misma Minerva sudó para cortar las vigas de Argo y de que no unió maderas de una selva muda carentes de sensibilidad, sino que, tras cercenar el bosque profético de Júpiter Tmario, vivificó las locuaces tablas con présagos maderos [4]. Pero aunque en sus poemas que cautivarán a las mentes ingenuas doblen en número con variadas maravillas los abundantes prodigios, las terribles Harpías [5], el dragón extendido en insomnes repliegues, guardián del vellocino de oro, el yugo de los toros abrasado por las rápidas llamas, los surcos verdegueantes de cascos, los barbechos preñados de Marte y las semillas de la guerra que se convierten al crecer en cosecha [6], no nos darán nada

[4] Minerva colocó en la proa de la nave un madero dotado de voz, procedente de las encinas proféticas de Júpiter en Dodona, en el Epiro. El epíteto Tmario hace referencia al monte Tmaro, también en el Epiro, cerca de Dodona.

[5] Cf. *Eutr.* II, nota 63. Fineo, rey de Tracia, pidió a los Argonautas que lo libraran de las Harpías. Los Argonautas aceptaron y se encargaron de esta misión dos de ellos, Cálais y Zetes, los alados hijos del Bóreas.

[6] Cuando los Argonautas llegaron a la Cólquide, el rey Eetes le prometió a Jasón entregarle el vellocino de oro, pero le exigió la ejecución de dos difíciles tareas: uncir al yugo unos toros de pezuñas de bronce y aliento de fuego, y sembrar los dientes del dragón de Cadmo (cf. *Stil.* I, nota 65), la mitad de los cuales habían llegado al poder del rey Eetes bien por mediación de Minerva, bien de Frixo (cf. *Stil.* II, nota 57), que los había recibido a su vez de Marte. No sabía Jasón cómo llevar

igual a la realidad. ¿Es en verdad un título más noble alejar a las rapaces Harpías y ahuyentarlas de una sola mesa que haber podido apartar a tantas fauces de getas dispuestas para el saqueo del Lacio? ¿Acaso yo admiraré más que se hayan derrumbado en sus mismos surcos esos hijos de la tierra, a los que un mismo día les ofreció el principio y el fin de su vida, que las columnas abatidas de getas, a los que Belona [7] nutrió con tantos triunfos y toda su vida encaneció marcial bajo los cascos?

Pues sólo gracias a ti vuelve al imperio su gloria sacada del medio de las tinieblas y las leyes, lívidas, se atreven a avanzar liberadas de sus sombrías prisiones. Y ya el antiguo orden de la justicia distingue los poderes que antes el temor había hecho iguales con una oscuridad común. Tu diestra nos arrebató de una muerte inminente y son restituidos a sus hogares y campos pueblos condenados por el destino, renacidos por tu valor. Ya no contemplamos, encerrados por miedo según la costumbre del ganado, los crueles fuegos en los campos que se abrasan, ni medimos con inciertas esperanzas la profundidad de los ríos que procurará el retraso de nuestra destrucción, ni suplicamos a las corrientes y a las fugitivas nubes que conserven la pro-

---

a cabo las tareas, cuando Medea, hija de Eetes y extraordinaria hechicera, se enamoró de él y decidió ayudarle. Medea le proporciona una droga gracias a la cual Jasón será durante un día inmune al fuego que soplan los toros. Lo instruye también acerca de la siembra de los dientes del dragón, le hace saber que de ellos brotarán unos combatientes armados y le dice cómo debe matarlos. Jasón obedece en todo a Medea, logrando así terminar las tareas ordenadas. Pero Eetes, a pesar de haber cumplido Jasón las condiciones impuestas, se niega a entregarle el vellocino. Medea entonces conduce al héroe al bosque donde el vellocino, colgado de un árbol, era custodiado por un descomunal dragón insomne; éste es adormecido con mágicos hechizos y Jasón se apodera del vellocino.

[7] Diosa de la guerra. Cf. *Prob.*, nota 26.

mesa de sus aguas, ni nos quejamos de que brille el cielo sereno conjurado contra nosotros.

Tú misma también, Roma, vejada por internas discordias del pueblo, levanta ya más tranquila tus ciudadelas libres de cuidados. Yérguete, te lo suplico, venerable madre, y confía segura en el favor de los dioses; deja a un lado el abyecto temor a la vejez. Ciudad de igual edad que el cielo, la inexorable Láquesis [8] ejercerá por fin su derecho contra ti cuando la naturaleza haya cambiado con nuevas leyes el universo de tal modo que el Tánais [9], tras invertir su curso, bañe Egipto, el Nilo la laguna Meótide [10], sople desde el ocaso el Euro, el Zéfiro desde los indos y el Aquilón endurezca con sus hielos los desiertos getulos, mientras el cálido Austro ennegrece las cimas del Cáucaso [11].

Hasta aquí llegaron las funestas hordas; ya se disiparon las amenazas advertidas con numerosos prodigios. Ni siquiera los astros tienen siempre paz, y cuentan que, al rebelarse Tifeo [12], el mismo Júpiter se estremeció (si es lícito hablar así) cuando armó sus cien brazos con otros tantos montes y retorciendo su espiral lamía las espantadas Osas con sus erguidas serpientes. ¿Qué hay de admirable si la desgracia sacude los reinos de los mortales, cuando los dos hermanos gemelos [13], a los que engendró el cruel

[8] Una de las Parcas. Cf. *Ruf.* I, nota 44.

[9] Río de las regiones escitas, hoy el Don.

[10] El Mar de Azov.

[11] Euro, viento del Sureste; Zéfiro, viento del Oeste; Aquilón, viento del Norte; Austro, viento del Sur. Getulia es una región del noroeste de África.

[12] Cf. *III Cons.*, nota 38.

[13] Otro intento de derrocar a Júpiter es el llevado a cabo por Oto y Efialtes, los llamados Alóadas. Hijos de Neptuno y de Ifimedía, sobri-

Aloeo, encadenaron a Marte, intentaron construir hasta las estrellas un camino prohibido y se irguió para la guerra celeste una máquina con tres montañas casi arrancadas? Pero el excesivo furor carece de efecto; nunca una perversa esperanza se regocijó durante largo tiempo, y no lograron los Alóadas el vigor de la juventud: mientras se esforzaba por arrancar el Pelio, Oto sucumbió por obra de Febo, y Efialtes, al morir, dejó agotado caer el Osa oblicuamente sobre su costado.

Con la cabeza más elevada ya, Roma, mira a tu enemigo, mira cómo, retirando deshonrosamente su destrozado ejército, se marcha expulsado de Italia, y cuán diferente de aquel anterior que, prometiendo que todo cedería a su ataque, había jurado por la divinidad del patrio Istro [14] que no dejaría a un lado su coraza a no ser después de haber hollado con sus pies el foro. ¡Oh vicisitudes de los eventos y del destino! El que preparaba a las mujeres romanas para repugnantes violaciones, ha visto a sus propios hijos ser arrastrados junto con sus esposas; el que en su imaginación sin límites había consumido las riquezas de nuestra ciudad, fácilmente fue él mismo presa para sus vencedores; el que en otro tiempo había intentado sobornar con oro la lealtad de nuestro ejército, se retira abandonado por todo su pueblo y desprovisto de hombres y armas [15].

---

na y esposa de Aloeo, eran seres que crecían vertiginosamente y a los nueve años de edad medían ya casi dieciséis metros de estatura y cuatro de anchura. Intentaron, después de haber tenido prisionero a Marte durante trece meses, escalar el cielo para luchar con los dioses. Para ello colocaron el monte Osa sobre el Olimpo y el Pelio sobre el Osa. Apolo logró acabar con ellos antes de que alcanzasen el cielo y antes de que llegasen a la pubertad.

[14] El Danubio.

[15] Para las campañas de Estilicón contra Alarico y el resultado de las mismas, cf. «Introducción», págs. 12-13 y 50 ss. En *Get.*, recitado

También el hecho de que pudieran lograr el perdón de su muerte, si lo juzgas tras haber depuesto el odio, es hermoso perdonar al ya desgraciado, y una especie de castigo haberlo visto suplicante. ¿Qué venganza es mejor que cuando el terror doblega a los soberbios y la necesidad aflige al acostumbrado a los despojos? Pero la clemencia provino más de otras causas, al tiempo que nosotros, Roma, miramos por tu bien. Nuestra preocupación por ti nos obligó a abrir una posibilidad de huida a los encerrados, para que en el cerco no se encolerizara más funesta la rabia, conocedora de una muerte próxima; y no hubiera sido un logro tan grande destruir el nombre y la estirpe de los getas, de forma que el enemigo tratara de alcanzarte desde más cerca [16]. Impida el supremo Júpiter que la barbarie pueda deshonrar, ni siquiera con sus ojos profanos, el santuario de Numa y la morada de Quirino, o descubrir el secreto de un imperio tan grande.

Además, si bien recuerdo los conflictos antiguos, también entonces, cuando nuestros antepasados eran próspe-

en mayo o junio del 402, Claudiano nos relata el cruce de los Alpes por parte de Alarico, su victoria inicial sobre una fuerza romana en el río Timavo y el sitio de Milán. Luego nos describe a Estilicón socorriendo a la ciudad, la batalla, la huida de los godos y la captura de sus despojos y mujeres. Y en *VI Cons.*, recitado en Roma en enero del 404, nuestro poeta nos habla de la última campaña, la batalla de Verona.

[16] En Polentia se luchó duramente y hubo grandes matanzas en ambos bandos. La descripción que nos hace Claudiano de la batalla sugiere que terminó con unas tablas favorables para los romanos. Alarico se retiró con su ejército poco dañado; los visigodos seguían siendo una fuerza peligrosa y estaban todavía dentro de Italia. Indudablemente, habría críticas a Estilicón: ¿por qué no se había acabado con el enemigo? Curiosísima es la respuesta de Claudiano: Estilicón no quiso poner en peligro a la ciudad de Roma; por ello prefirió darle a Alarico la posibilidad de huir a extinguirlo totalmente.

ros con la hermosa libertad y florecían anchamente con tropas propias, siempre intentaron alcanzar las enseñas de la gloria de estas guerras que, apartadas lejos, permitían desplegar las fuerzas al otro lado del mar sin peligro: los carros y las cadenas de los reyes fueron conducidos entre el espectáculo de un destino fecundo. Pero verdaderamente, siempre que una funesta tempestad amenazó a Italia y estuvo suspendida sobre ella, dispuesta a golpearle su misma cabeza, no les agradaba a ellos el caprichoso procedimiento del inútil favor, sino la salvación considerada con rigor y un caudillo que no lo arrastrara todo al mismo tiempo con una ruina precipitada, sino que, rigiendo con madura decisión las variaciones de los acontecimientos, ya sea las propicias, ya sea las penosas, no inepto en los infortunios, ni altanero por el éxito, conociese, adaptadas las riendas, el momento de pararse y la moderación de la victoria [17]. Con más cautela trata la destreza de la ciencia peonia [18] las grandes enfermedades y las úlceras próximas al corazón, e interviene con cuidado, no sea que, introducido el escalpelo demasiado profundamente, sea irremediable la equivocación por el corte de órganos vitales.

Con canto sin duda sublime exalta la antigüedad a Curio [19], que expulsó de los litorales de Italia al Eácida Pi-

[17] Comienza con estos versos una larga digresión en la que Claudiano, elogiando a Estilicón por encima de los otros destacados caudillos romanos y poniendo su victoria a la altura de las logradas en el pasado, quiere demostrar la grandeza de la acción del héroe, pero también el hecho de que actuando así seguía la tradición, pues los romanos preferían conceder la fuga a los invasores y capturaban a los enemigos sólo en las guerras sostenidas fuera de Italia.

[18] La medicina. Para Peón o Peán, cf. *Ruf.* I, nota 4.

[19] Manio Curio Dentato. Cf. *Ruf.* I, nota 57.

rro [20]; y no fue más insigne el triunfo de Paulo [21] y de Mario [22], que arrastraron a los reyes prisioneros tras sus níveas cuadrigas. Más se alaba la huida de Pirro que la captura de Yugurta; y aunque lo obligó a huir agotado ya por dos derrotas, tras la batalla de Decio [23] y después de la tenacidad de Fabricio [24], tenacidad intransitable para todos los delitos, invencible mediante el soborno o por las armas, sin embargo se le concede a Curio toda la gloria de la expulsión de Pirro. ¡Cuánto más grande vemos la empresa llevada a cabo únicamente por Estilicón! Éste ha sometido a un pueblo poderoso al que la rígida Osa cría en sus regiones abundantes en nieve, no a los caonios y molosos, tribus a quienes alimenta el Epiro, ni a los ejércitos de Dodona que en vano se jactan de sus proféticas encinas [25].

Fue primeramente Fabio [26] quien contuvo con lenta contienda al fulminante cartaginés; luego Marcelo [27], atreviéndose en campo abierto, le enseñó la derrota, pero fue en tercer lugar el valor de Escipión [28] el que lo expulsó por fin de las costas del Lacio. En el caso de este enemigo,

[20] Para Pirro, cf. *Stil.* I, nota 76. Lo llama «Eácida» por ser descendiente de Aquiles, nieto de Éaco.

[21] Cf. *Stil* III, nota 11.

[22] Cf. *Gild.*, nota 21.

[23] Publio Decio Mus, cónsul en el 279 a. C. En este mismo año fue derrotado por Pirro en *Ausculum* (Ascoli) y perdió la vida en la campaña. Pero las pérdidas de Pirro fueron grandiosas y le fue imposible aprovechar el triunfo.

[24] C. Fabricio Luscino. Cf. *Ruf.* I, nota 55, y *Gild.*, nota 57.

[25] Cf. *III Cons.*, nota 29.

[26] Cf. *IV Cons.*, nota 75.

[27] Cf. *Gild.*, nota 19.

[28] Publio Cornelio Escipión, Africano el Mayor. Cf. *Prob.*, nota 34.

Estilicón pudo solo sustituir a los tres caudillos con variadas habilidades: refrenó su delirio mediante la dilación, lo venció con su ejército y lo expulsó tras haberlo derrotado. Y esta empresa tan grande la llevó a cabo en breve tiempo. Durante todo un lustro soportó entristecida Enotria [29] a Pirro esparciendo los incendios, y a través de casi dieciocho floraciones de cosechas itálicas corrió el corcel masilio [30] con el cartaginés devastándolas; a duras penas expulsó a su patria a un Aníbal envejecido una juventud nacida después de la guerra, tardía vengadora de sus padres. Estilicón actuó con rapidez, para que el invierno de nuestros acontecimientos no fuera más largo que un invierno normal y el buen tiempo trajera en sus primeros meses la templanza para el cielo y la tierra juntamente [31].

¿Pero por qué recuerdo yo las luchas libradas durante tantos años contra Aníbal y Pirro, cuando el vil Espártaco [32], delirando por todas las partes de Italia con la espada y el fuego y enfrentándose tantas veces a los cónsules abiertamente, desalojó del campamento a sus indolentes dueños y en un vergonzoso estrago esparció las pacíficas águilas con armas de esclavos? Nosotros, generación privada de terrores y más delicada por causa del lujo, desfallecemos quejumbrosos si un buey es sustraído del arado, si nuestra cosecha es tan sólo tocada. No nos enviaron este ejército los ergástulos, ni fue él una multitud de gladiadores rebel-

---

[29] Cf. *Stil.* II, nota 22. Pirro estuvo en Italia desde el 280 hasta el 275 a. C.

[30] Los masilios son un pueblo de Numidia oriental. La Segunda Guerra Púnica se prolongó desde el 218 al 202 a. C.

[31] Alarico invadió Italia en noviembre del 401 y la batalla de Polentia tuvo lugar en la primavera siguiente, en abril del 402.

[32] Cf. *Ruf.* I, nota 72.

des: tracios, hemonios y mesios [33] podrán atestiguar qué clase de enemigo expulsó Estilicón.

Treinta veces el frío invierno se empeñó en cubrir con hielo el Hemo [34] desprovisto de frondas, y otras tantas la primavera, tras disolver las nieves, le restauró su verde manto al monte, desde que ya este pueblo, olvidándose de sus Osas nativas y tras haber cruzado el Istro, estampó por primera vez sus funestas huellas en el suelo de Tracia, bien sea que los reclamaban los destinos, bien la implacable ira de los dioses que proyectaba un encadenamiento de desastres. Desde entonces, adondequiera que los han empujado vagabundos las Erinias [35], se lanzan impetuosos por regiones apartadas, por lugares cerrados, a la manera del granizo o de la peste; y no pudo río alguno o escollo proteger sus propios países. De nada les sirvió a los odrisios el Ródope, de nada el inmenso Atos [36], de nada el Hemo; condenan los besos [37] al Estrimón, despreciado mediante un simple salto, y al Haliacmón, inútilmente rápido. Recorrido a manera de una llanura contempla el macedonio con estupor el Olimpo, al que no tocan las nubes. El tesalio lamenta la inutilidad del Tempe y el ridículo Eta por la conquista de sus crestas [38]. El Esperquío y el Enípeo [39], amado por

[33] Los tracios habitaban Tracia, región al norte de Grecia. Los hemonios son los tesalios. Los mesios son los habitantes de Mesia, región situada entre el Danubio y Tracia.

[34] Monte de Tracia.

[35] Las Furias. Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[36] Los odrisios son los tracios. El Ródope es un monte de Tracia. El Atos es un monte de la península Calcídica.

[37] Los besos son un pueblo de Tracia. El Estrimón es también un río de esta región. El Haliacmón es río de Macedonía.

[38] El Tempe y el Eta son, respectivamente, un valle y un monte de Tesalia.

[39] El Esperquío y el Enípeo son ríos de Tesalia. Del segundo se ena-

las doncellas, lavaron las cabelleras de los bárbaros. No salvó a los dríopes la barrera del Pindo [40], ni protegió al litoral de Accio el Leucate [41] coronado de nubes. Las Termópilas mismas, que en otro tiempo habían detenido más duramente a los medos [42], cedieron al primer intento. Fueron accesibles la roca Escironia [43], protegida por el mar, el Istmo, que une en muro continuo los dos mares, y el estrecho pasaje de Lequeo [44]. Y a ti, Erimanto [45], no te fue posible defender a los colonos parrasios con tus frondosas cimas, y tú, Amiclas [46], viste temblorosa las cumbres del elevado Taigeto recorridas por los caballos.

Por fin los Alpes hicieron pagar a los getas un castigo por todos los montes; finalmente el victorioso Erídano [47] vengó a tantos ríos. El suceso nos ha enseñado ahora que los secretos de los destinos están ocultos en lo profundo. ¿Creyó alguien que existiría por más tiempo una sombra

moró Tiro, hija de Salmoneo. Enípeo no le correspondió a los amores, pero Neptuno, tomando la figura del río, se unió a ella y la dejó encinta de dos gemelos: Pelias y Neleo.

[40] Los dríopes son un pueblo del Epiro. El Pindo es un monte de Tesalia.

[41] Promontorio de la costa del Epiro.

[42] En el desfiladero de las Termópilas, en la frontera entre Tesalia y la Grecia central, los griegos lucharon enérgicamente contra las tropas de Jerjes (480 a. C.). Sólo mediante una traición lograron los persas encontrar un camino a través de las montañas y aparecer por las espaldas de los defensores del desfiladero. Los persas obtuvieron la victoria a costa de enormes pérdidas.

[43] Situada en el territorio de Mégara, entre Atenas y Corinto. Cf. *Ruf.* I, nota 66.

[44] Pequeña ciudad que servía de puerto a Corinto.

[45] Monte de Arcadia. Para el adjetivo «parrasio», cf. *Stil.* I, nota 32.

[46] Ciudad de Laconia, en la orilla derecha del curso medio del Eurotas. El Taigeto es un monte de esta región.

[47] El Po.

del Lacio tras ser franqueados los Alpes? ¿Acaso no corrió más allá del mar, más allá de la Galia y los Pirineos algo así como un deplorable rumor de la captura de la ciudad? ¿Y la Fama, con sus negras alas ceñidas de pavor, arrastrándolo consigo todo, no aterró al Océano desde Gades hasta los britanos y, lejos de nuestro cielo, hizo estremecerse a la remota Tule [48] con el insólito murmullo de la guerra?

¿Confiaremos a los soplos del Noto [49] todos los terrores que hemos soportado, para que no se aflijan con infortunios nuestros festivos oídos? ¿O es más agradable recordar, los dolores pasados aumentan siempre a su vez las inesperadas alegrías, y como la inclemencia del mar les avalora la calma del puerto a los marineros zarandeados en el ocaso de las Pléyades [50], así se me aparece mayor Estilicón cuando comparo la dicha con los peligros y vuelven aquellas tormentas a mi pensamiento?

¿Acaso no parecía que los muros, aunque estaban endurecidos con acero, se derrumbaban frágiles con sus débiles torres y que las puertas provistas de hierro se abrían por sí mismas a los getas, que ni las trincheras ni las densas empalizadas detenían los volátiles saltos de los corceles? Ya se disponían a subir a las naves, a habitar los golfos de Cerdeña y las rocas inhóspitas de Cirno [51], a proteger su vida con el mar espumeante. Incluso la misma Trinacria [52], desconfiando del angosto estrecho, desea apartarse lejos (si la naturaleza lo permite) y ensanchar el pasa-

---

[48] Cf. *Ruf.* II, nota 35.

[49] Viento del Sur.

[50] Cf. *IV Cons.*, nota 83.

[51] Nombre griego de Córcega.

[52] Sicilia.

je del Mar Jónico retirando el Peloro [53] hacia atrás. El rico, despreciando sus artesonados, sostenidos por oro, preferiría haber vivido más seguro en cavernas eolias [54]. Ya la riqueza se considera una carga y el ansia de la avaricia se detuvo al fin extinguida por preocupaciones más abrumadoras. Y como el temor es locuaz por naturaleza y permite que se forjen y se crean muchas invenciones, se narran entonces por todas partes sueños, prodigios de dioses y presagios siniestros. Se preguntan los hombres qué anuncian las aves, qué quiere decir a los mortales el éter con su rayo fulminante, qué exigen en sus fatídicos versos los libros sibilinos, guardianes del destino de Roma. Aterran los constantes eclipses de luna y la ennegrecida Febe [55] invocada numerosas noches con alaridos a través de las ciudades que resuenan con los bronces. Y no creen ellos que haya defraudado a su hermana el Sol, obstaculizado por la interposición del globo terrestre, sino que las brujas tesalias, siguiendo al ejército de los bárbaros, ensombrecen con los hechizos de su patria el resplandor lunar. Luego la preocupación añade a los nuevos prodigios los signos del año anterior y todos los presagios que la paz había por ventura desdeñado: granizos que golpean como piedras, abejas que cambian de lugar el enjambre, por todas partes incendios sin causa alguna que consumen las casas

[53] Promontorio al este de Sicilia. El estrecho al que se hace referencia es el estrecho de Mesina.

[54] Se refiere a las islas Eolias, situadas al norte de Sicilia y consideradas por los antiguos como el reino de Eolo. Hoy son llamadas islas Eolias o Lípari.

[55] Cf. *Ruf.* I, nota 8. Para la relación Luna — Diana — Hécate, cf. *Ruf.* I, nota 43. Fueron tres los eclipses más cercanos a la primavera del 402: el 27 de diciembre del 400, el 21 de junio y el 6 de diciembre del 401.

abrasadas, y un cometa —nunca se contempló en el cielo sin que causara daño— que, tras elevarse primero desde el rosado nacimiento de Febo [56], por donde el viejo Cefeo brilla junto con su esposa colocada entre los astros [57], tras haberse alejado luego poco a poco hacia la Osa hija de Licaón [58], con su cabellera suelta oscureció las estrellas del Carro de los getas, hasta que se desvaneció extinguiéndose en un débil resplandor.

Pero aterra más aún a las mentes el portento de los lobos matados. Pues ante la mirada del emperador, mientras ejercita a sus caballos en la llanura, dos lobos atacaron impetuosamente a su séquito y, arrostrados con dardos, ofrecieron un prodigio horrible de relatar y una maravillosa señal del futuro. Pues ambas bestias hicieron salir al mismo tiempo de sus perforados flancos dos manos de cuerpo humano: en el vientre de una se ocultaba temblorosa una mano izquierda, en el de la otra una derecha, ambas con los dedos estirados y con vívida sangre. En el caso de que quieras indagar la verdad, las bestias mensajeras de Marte anunciaron que el enemigo caería ante los ojos del emperador, y al igual que las manos se mostraron vigorosas tras haberse abierto el vientre, así refulge el valor romano después que los bárbaros franquearon los Alpes. Pero el miedo, mal intérprete de los acontecimientos, leía todos los augurios en un sentido peor: que los miembros

[56] Cf. *Ruf.* I, nota 35.

[57] Se refiere a Cefeo y su esposa Casiopea, padres de Andrómeda y reyes de Etiopía oriental, próxima al sol naciente. Ambos fueron catasterizados.

[58] La Osa Mayor, llamada también Osa Grande, Hélice y Carro. Cf. *Theod.*, nota 47. Es llamada «Carro de los getas», es decir «nórdico», porque pertenece al hemisferio boreal.

mutilados y la loba nodriza amenazaban a Roma y su imperio. Calculan entonces los años y, tras detener el vuelo de los buitres, abrevian el número de los siglos con un término apresurado [59].

Era Estilicón solo quien, augur, prometía con su brazo mejores destinos a los desesperados, y fue al mismo tiempo caudillo y profeta de una salvación dudosa. «Mantenéos firmes por un momento» —dijo— «y soportemos la carga de los destinos tras haber alejado de nuestra boca las quejas mujeriles. De nada le sirven a la zarandeada nave los lamentos de los marineros, y las olas no se aplacan mediante cobardes llantos ni los soplos del viento con inútiles súplicas. Ahora es conveniente por la salvación de todos aplicarse con esfuerzo, luchar con todas nuestras fuerzas: prestar atención a las velas, sacar fuera el agua, ajustar las diversas maromas y obedecer todas las órdenes del experto piloto. Si los getas irrumpieron en el imperio encontrando mediante traición el momento de penetrar, mientras Retia tenía ocupadas nuestras fuerzas y nuestras cohortes luchaban en otra guerra [60], no por ello está perdida toda esperanza. Podría sorprenderme si mediante un nuevo engaño o por el descubrimiento de una senda el bárbaro inexperto invadiera unos Alpes desconocidos para él;

[59] Es decir, se pensó que el poder de Roma llegaba a su fin, dado que los doce buitres vistos por Rómulo se interpretaban como doce siglos de dominio romano y que ya habían transcurrido más de once siglos desde la fundación de la ciudad.

[60] Tras la infructuosa expedición de Estilicón a Grecia en el 397, Eutropio había nombrado a Alarico *magister militum per Illyricum*. Durante cuatro años gobernó el jefe visigodo esta zona para el Este hasta que, aprovechando la oportunidad ofrecida por la ausencia de Estilicón que luchaba con otra invasión de vándalos en Retia, cruzó los Alpes y penetró en Italia (noviembre del 401).

pero ahora, las sucesivas derrotas de los dos tiranos [61] han hecho famoso el camino y el conocido sendero no quedó oculto al enemigo, instruido por nuestras guerras civiles. Vinieron por el camino ordinario y la discordia romana le abrió a la guerra de los bárbaros el acceso a seguir.

Pero esta situación no fue desconocida en los siglos pasados. Reconocemos que Ausonia [62] fue atacada a menudo, pero no impunemente. Ella extinguió con sangre de los sénones [63] las llamas que ellos habían provocado; ella también, expuesta un día al furor teutónico, vio los miserables cuellos de los cimbros cargados de cadenas [64]. De poco valor es la gloria a la que no alzó un horror previo; los grandes peligros generan ingentes triunfos.

¿Por qué pensáis ya en la vergonzosa huida? ¿Por qué ponéis vuestra mirada en el territorio de la Galia y os agrada, tras dejar el Lacio a vuestras espaldas, rodear el lejano Árar [65] con campamentos de exiliados? ¿De veras que nuestro imperio, concedida su sede a las tribus árticas, se asentará en el Ródano y le sobrevivirá el tronco a la cabeza? Si los hijos conmueven vuestros sentimientos, a mí también me afecta una similar preocupación natural y mi corazón no está endurecido con hierro hasta tal punto que niegue yo reconocer cuán sagrado es el nombre de suegro, cuán dulce el de marido, cuán grande el amor por los hijos. Pero nunca mi afecto, olvidándose del honor, buscará cobarde un ignominioso escondrijo. No soy consejero atre-

---

[61] Máximo y Eugenio. Cf. «Introducción», págs. 9-10.

[62] Nombre antiguo de Italia.

[63] Los galos que invadieron Roma en el 390 a. C. Fueron masacrados por Manio Curio Dentato en el 284 a. C.

[64] Cf. *Eutr.* I, nota 67.

[65] El Saona.

vido para vosostros, sólo bastante cauteloso para conmigo mismo; aquí está mi esposa, aquí mi descendencia, aquí mi yerno, más querido que toda la luz: nada mío está apartado de la tempestad. Acoge tú, tierra de Enotria [66], los vínculos de mi corazón, dispuestos a afrontar los avatares en común contigo; dedica un breve tiempo a proteger tus murallas, hasta que yo vuelva trayendo fuerzas escogidas para la señal de la trompeta».

Con estas palabras infundió fuerzas en los pusilánimes corazones del vulgo temeroso y detuvo la huida de la corte que se exiliaba. Entonces por primera vez, alejadas las tinieblas, se atrevió Hesperia [67] a levantar su cabeza cuando vio que el emperador había compartido el peligro y se mantuvo firme con un garante tal de su destino. Al punto, por donde el Lario [68] cubre sus orillas con umbrosos olivos y con sus aguas dulces parece un mar, Estilicón cruza volando el lago en una pequeña barca. Luego, con gran rapidez trepa los montes inaccesibles en los meses de invierno, no preocupándose en absoluto de la estación o del tiempo. Así un león, abandonando a sus cachorros hambrientos en la cueva, sale más terrible en la noche invernal y silencioso avanza con furor a través de la nieve profunda; rígida está su melena erizada por el hielo; los carámbanos se adhieren a su pelo amarillento; y no piensa en la muerte ni se preocupa de la lluvia o el frío con tal de procurar alimento a sus crías.

Colindante con la selva Hercinia [69], elevada se extiende hacia el norte Retia, que se jacta de ser madre del Danubio

[66] Italia. Cf. *Stil.* II, nota 22.

[67] Italia. Cf. *Prob.*, nota 38.

[68] Hoy Lago de Como, en Lombardía.

[69] Cf. *IV Cons.*, nota 91.

y el Rin, tendiendo ella ambos ríos para protección del imperio romano. Pequeños en su nacimiento, pronto son los reyes con su profundo caudal y obligan a los ríos más pequeños, cuando se unen sus corrientes, a someterse a su nombre. Tetis címbrica [70] te recoge a ti, Rin, dividido en dos bocas; la tracia Anfitrite [71] engulle al Istro por cinco desembocaduras. Ambos son apropiados para los remos, ambos surcados en su helada superficie por ruedas de carros, ambos compañeros de Bóreas [72] y Marte. Pero el lado por donde Retia se une al extremo de Hesperia toca los astros con sus escarpadas cimas y a duras penas abre en verano un temible sendero. Muchos quedaron congelados como con la aparición de la Gorgona [73]; a muchos los engulleron las nieves profundas con su enorme masa y a menudo se sumergen perdidos los carros en el blanco báratro junto con los bueyes mismos. A veces, deslizándose el hielo, el monte produjo súbitos derrumbes y con los tibios soplos del Austro [74] hizo caer los cimientos mal afianzados en la escarpada pendiente.

Por tales parajes marcha Estilicón en medio del invierno. No hay allí ninguna copa de Lieo [75]; rara es Ceres; contento de haber probado la comida apresuradamente bajo las armas y cargado con su manto empapado, aguijaba a su aterido caballo. Y no le ofrecieron descanso a su fatiga muelles lechos. Si la obscura noche contuvo con las ti-

[70] El Mar del Norte.

[71] El Mar Negro. Para Anfitrite, cf. *Nupt.*, nota 40.

[72] Dios del viento del Norte. Habita en Tracia, que para Grecia es el país frío por excelencia. Se le representa como un genio alado y de gran fuerza física.

[73] Cf. *Ruf.* I, nota 75.

[74] Viento del Sur.

[75] Sobrenombre de Baco. Significa «El que relaja».

nieblas su marcha, bien entró en temibles guaridas de fieras, bien yació en cabañas de pastores con la cabeza apoyada en su escudo. Queda pálido el pastor ante su majestuoso huésped y la rústica madre le muestra al sucio hijo el ilustre rostro de nombre desconocido. Aquellos durísimos lechos bajo las horribles selvas, aquellos sueños bajo la nieve, las preocupaciones y el esfuerzo vigilante daban esta paz al mundo, esta inesperada tranquilidad al imperio; aquellas cabañas de los Alpes, Roma, engendraron tu salvación.

Ya habían roto las tribus los tratados y, fogosos tras oír el infortunio del Lacio, se apoderaban de los desfiladeros vindélicos [76] y los puntos estratégicos del Nórico [77]. Y como los siervos, a quienes la falaz noticia de la muerte de su señor les dio con falsos rumores rienda suelta para los excesos, mientras se embriagan en banquetes y entre el vino y la danza salta desenfrenado el libertinaje por la mansión sin dueño, si el azar trajo imprevistamente de vuelta al señor, se quedan atónitos y el terror servil, aborreciendo la libertad, agita sus culpables corazones: así quedaron estupefactos todos los rebeldes ante la presencia del caudillo y en un solo hombre resplandeció el emperador, el Lacio y Roma entera. Su semblante se mostraba poco contento, no más triste de lo justo, ni abatido por las desgracias, sino noble con una mezcla de indignación, como apareció el resentimiento en el rostro de Hércules cuantas

[76] Los vindélicos son un pueblo de origen céltico fundamentalmente, pero también tienen, entre otros, rasgos ilirios. Habitaron la meseta de Suabia-Baviera y se extendieron desde las vertientes septentrionales de los Alpes hasta el Danubio. Fueron conquistados por Tiberio y Druso (15 a. C.). Más tarde ocuparon la parte oriental de la provincia de Retia.

[77] Región entre Retia y Panonia, al sur del Danubio.

veces Euristeo [78] le daba las nefandas órdenes, o como el agitado éter se condensa en negras nubes cuando Júpiter se aflige.

«¿Acaso os sublevó —dijo— tanta confianza en la guerra de los getas? ¿Por ello os enorgullecisteis en vano con una soberbia inútil? La violencia del destino no oprime el nombre de Roma hasta tal punto que no pueda castigar vuestras rebeliones con una parte de sus fuerzas. Para no entreteneros con una historia tomada de lugares lejanos, conoced este ejemplo de una antigua hazaña nuestra: cuando el fiero Aníbal destruía las ciudadelas de Ausonia [79] y Cannas doblaba a Trebia en muertes violentas, una vana esperanza empujó inútilmente a Filipo de Ematia a atacar a los romanos con su débil espada como si estuviéramos abatidos [80]. La cruel ofensa conmovió a los senadores aunque apremiaban mayores peligros, y soportaron con dificultad que, cuando dos ilustres ciudades combatían entre sí por el dominio del mundo, un pueblo menor se atreviera a cometer alguna insolencia. Y no les agrada retrasar el castigo, sino que a Levino, que hacía las guerras púnicas, le confían también la campaña contra el rey. Obedeció el cónsul las órdenes y Filipo aprendió, derrotado por un

[78] Después de que Hércules, enloquecido por Juno, mató a los hijos que había tenido con Mégara (cf. *Ruf.* I, nota 20), se dirigió a Delfos a consultar a Apolo dónde debía vivir. La Pitia le comunicó que debía ponerse a las órdenes de Euristeo, rey de Tirinto y Micenas, y realizar los trabajos que éste le mandaría.

[79] Nombre antiguo de Italia.

[80] En el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, después de las derrotas romanas en Trebia y Cannas (cf. *Stil.* III, nota 22), Filipo V de Macedonia (Ematia es una región de Macedonia que designa aquí el reino entero) concluyó una alianza con Aníbal. Pero el rey macedonio no logró alcanzar Italia y fue derrotado por el pretor Marco Valerio Levino en las costas ilíricas (214 a. C.).

ejército pasajero, mientras entremezclaba sus débiles armas con naciones potentes, que no se deben tentar las iras de los poderosos aun cuando se encuentren en medio de la desgracia».

Con esta advertencia logró Estilicón a un tiempo detener la rebelión incipiente, procurarse fuerzas para la guerra y elegir para tropas auxiliares a los que se lo suplicaban, ajustando su número de modo que fuese adecuado, ni pesado para Italia, ni temible para el emperador.

Y, oída la noticia, nuestras legiones, igualmente presurosas (de tal modo las apremia el amor a su caudillo), acuden con sus estandartes de todas partes y, recuperados sus ánimos por la presencia de Estilicón, mezclan abundantes sollozos y lágrimas de alegría: así una manada de bueyes, a la que la turbulenta tempestad esparció por el ancho bosque, busca con afán los gritos y los conocidos silbos del boyero, los pastos de su valle natal; alternativamente se guían por la voz y se alegran de responder fieles con sus mugidos y, por donde el sonido llegó hasta sus oídos, aparecen cuernos aquí y allá a través de las tenebrosas frondas. Llegó corriendo el ejército cercano al que, acrecentado con los despojos de los vándalos [81], comprobó leal la defensa de Retia; vino también la legión desplegada ante los remotos britanos, la que refrena al fiero escoto y contempla las exánimes figuras tatuadas en el moribundo picto [82]; más aún, las tropas enfrentadas a los rubios sigambros y las que subyugan a los catos y a los salvajes queruscos [83] volvieron hacia aquí todas sus amenazas y, retiradas

[81] Cf. nota 60.

[82] Para los escotos y pictos, cf. *III Cons.*, notas 12 y 11 respectivamente.

[83] Para los sigambros, cf. *IV Cons.*, nota 86. Los catos son un pue-

sus guarniciones, dejan al Rin seguro sólo con el temor. ¿Lo creerá algún tiempo futuro? Aquella Germania fiera un día por sus tribus, que con dificultad podía ser dominada mediante el ejército entero por aquellos emperadores que en otro tiempo persistían en ello, se ofrece tan dócil a las riendas de Estilicón, que no intenta, desprovista de tropas la frontera, pisar el suelo expuesto a su alcance ni cruzar el río, temiendo tocar la orilla desprotegida.

¡Oh Estilicón, más grande que todos y únicamente equiparable con Camilo [84]! Pues con vuestras armas se aplacó quebrantada la cólera de Alarico y Breno. Ambos ofrecisteis un socorro divino en estados de confusión, pero él fue defensor más lento de una patria ya capturada, tú vengador de una incólume. ¡Oh, cuánto cambió la suerte con tu regreso! ¡Cómo se esparció a un tiempo el vigor por todos los miembros del imperio y volvió el color de la vida a nuestras enfermas ciudades! Se cree que gracias al brazo de Hércules tornó a la luz la mujer sacrificada por el destino de su amado esposo [85]. También la hija de Latona restituyó mediante hierbas de Circe al joven despedazado a

blo de Germania que habitó una extensa zona situada en las fuentes del río Visurgis, el actual Weser. Para los queruscos, cf. *IV Cons.*, nota 93.

[84] Cf. *IV Cons.*, nota 76. Breno es el jefe galo en la célebre invasión del 390 a. C.

[85] Por mediación de Apolo las Parcas habían concedido a Admeto, rey de Feras (Tesalia), que, llegado el momento de su muerte, podría liberarse de ella si alguien voluntariamente estuviera dispuesto a morir en su lugar. Cuando llegó el día, Alcestis, su esposa, consintió en morir en lugar de Admeto. Acababa Alcestis de ser enterrada, cuando llega a Feras Hércules, que se disponía a cumplir su octavo trabajo, es decir, llevar a Micenas las yeguas antropófagas de Diomedes. El héroe, al enterarse, corre a alcanzar a la Muerte, aún no sumergida en las profundidades de la tierra, y lucha con ella hasta que logra arrancarle a Alcestis y devolvérsela resucitada a Admeto.

causa del engaño de la madrastra a la que despreció [86]. Y Creta, si la leyenda que se narra es verdadera, vio salir del sepulcro entreabierto al hijo de Minos al que un viejo adivino, tras haberlo descubierto por el grito de las aves, restableció en el mundo con la ayuda de una hierba [87]. Pues por obra de un extraño destino la dulce miel le causó la muerte y una horrible serpiente le proporcionó la vida. Pero tu llegada arrebató de las sombras no a un solo cuerpo, sino que rescató de las fauces del Tártaro a tantos pueblos que yacían víctimas de una muerte común y a todas las ciudades.

El mismo día Roma hizo circular la noticia (y aún no se conoce al autor) de que había llegado el héroe, y los quirites, protegidos por su Estilicón, celebraron con gritos de entusiasmo este presagio de victoria segura. ¿Pero quién podría exponer la alegría del emperador, quién la acogida

[86] Se alude aquí a la resurreción de Hipólito por obra de Esculapio a petición de Diana («la hija de Latona»). Hipólito, hijo de Teseo, veneraba a Diana y despreciaba a Venus. Ésta se vengó cruelmente suscitando en el corazón de Fedra, segunda esposa de Teseo, una viva pasión por el hijastro. Despreciada por Hipólito, lo acusó ante su padre de haber intentado violarla. Teseo pidió a Neptuno que diese muerte a su hijo. Neptuno atendió la súplica y, mientras Hipólito guiaba su carro en la orilla del mar, hizo surgir de éste un enorme toro, ante cuya aparición los caballos de Hipólito se espantaron, volcaron el carro y arrastraron a su auriga enredado en las riendas. Así pues, Hipólito murió «despedazado». Es famosa la resurreción del joven por Esculapio a ruegos de Diana. Según esta versión, adopta el nombre de Virbio en su segunda existencia (cf. *Fesc.*, nota 4).

[87] Glauco, hijo de Minos y Pasífae, murió ahogado en un recipiente de miel cuando, niño todavía, iba persiguiendo a un ratón. Minos lo buscó durante mucho tiempo y logró encontrar su cadáver gracias a los adivinos o tal vez al propio Apolo. El adivino Poliido resucitó a Glauco frotándolo con una hierba proporcionada por una serpiente. Según otras versiones, Glauco fue resucitado por Esculapio.

de la corte gozosa? Desde lo alto de las torres observamos una ambigua nube de polvo, inseguros de si aquel torbellino nos trae aliados o enemigos. El silencio mantiene en suspenso nuestros espíritus hasta que en la nube de polvo el casco de Estilicón brilló tanto como una estrella y resplandeció su conocido cabello blanco. Súbitamente se alza un grito por las exultantes murallas: «Ya llega». Tranquilizada sale la multitud por todas las puertas al encuentro de las aclamadas enseñas. No había ya desgraciadas levas, ni segadores blandiendo una despreciable jabalina tras haber abandonado su hoz en los campos, ni Ceres intentando coger, dejados a un lado los rastrillos, un escudo ante la sonrisa de Belona, ni la vil y escandalosa contienda de jefes inexpertos, sino que estaba presente una verdadera juventud, un verdadero caudillo y una vívida imagen de Marte.

Pero cuanto se infundió en nuestro espíritu la dichosa esperanza, tanto se apartó de los getas. El que con su cabeza próxima a los astros se lo había prometido todo tras haber franqueado los Alpes, pensando que nada le faltaba por hacer, después que contempló tanto esplendor de juventud, tanta imprevista infantería, tantos escuadrones de jinetes, nuestro territorio protegido por numerosos ríos y fortalezas, y a sí mismo cercado por redes, en silencio se inquieta en su interior, ya le causa pesar haber atacado Italia con un precipitado entusiasmo, y lejos se le apareció la Roma que él esperó dominar. Ya lo alcanza el tedio de la ingente empresa. Disimula Alarico sin embargo en su rostro el miedo y ordena reunir a los próceres de los suyos, venerables por las guerras y los años. Sentáronse los senadores de largos cabellos, la curia de los getas cubierta de pieles, a los que numerosas cicatrices honran con sus señales, la lanza les rige sus temblorosos pasos y su

vejez todavía en armas se apoya en los altos astiles a manera de bastón. Entonces uno de ellos más influyente por la edad, que tenía muchísimo crédito por sus discursos y sus consejos, clavados los ojos en tierra, sacudiendo la cabellera y apoyado en la ebúrnea empuñadura de su espada, dijo: «Si no me engaño en el número, corre ya casi el trigésimo invierno desde que cruzamos el rápido Istro y durante tantos años hemos esquivado el ejército romano. Pero nunca, Alarico, forzó Marte tu suerte a una situación tan apurada. Cree a este viejo instruido por tantas batallas, quien, habiéndote llevado como un padre desde tu tierna edad, acostumbró a regalarte pequeñas aljabas y a ajustar en tus hombros de niño minúsculos arcos. Ciertamente te aconsejé muchas veces en vano que permanecieras a salvo en la tierra de Ematia [88], cumplidor del pacto concertado [89]. Pero puesto que te arrastró la llama de la ardiente juventud, ahora al menos, si te queda alguna preocupación por los tuyos, escapa de este asedio, te lo suplico. Mientras está lejos el ejército, mientras te es posible, huye rápido de la tierra de Hesperia [90], no sea que, deseando conseguir nuevo botín, pierdas incluso el adquirido y dentro del redil pagues como el lobo al pastor las penas de los crímenes anteriores. ¿Por qué siempre me tienes en los labios el vigor del sarmiento etrusco, por qué siempre no sé qué Roma con su propio Tíber? Si nuestros antepa-

[88] Sinécdoque por Macedonia (cf. nota 80).

[89] Posiblemente el viejo godo esté pensando en el acuerdo entre Alarico y Eutropio (cf. nota 60). Todo el tiempo que Alarico permaneció al servicio del Este como *magister militum per Illyricum*, permaneció *Emathia tutus tellure* (v. 497). Pero se ha pensado también que podía aludirse a algún pacto entre Estilicón y Alarico, por el que éste último se comprometía a no invadir los dominios de Honorio.

[90] Italia. Cf. *Prob.*, nota 38.

sados cuentan la verdad, ninguno de los que atacó esta ciudad mediante una guerra insensata volvió contento de haberla asaltado. Y las divinidades no abandonan su sede. Se dice que son arrojados desde lejos rayos contra el enemigo, y vuelan fuegos prodigiosos delante de las murallas, tanto si el cielo como si Roma hacen resonar truenos. Si desprecias al Olimpo, guárdate del poderoso Estilicón que siempre abate a los enemigos con la suerte a su favor. Tú mismo sabes cuán apretados amontonó los huesos en las piras por la tierra de Arcadia, con cuánta abundancia de sangre calentó los ríos de Grecia. Tú estarías muerto si no te hubiesen protegido la traición bajo el nombre de ley y el favor del imperio del Este [91]».

Mirando Alarico con semblante excitado y con ojos hostiles al anciano que hablaba tales cosas, no las soportó más, sino que su encendida soberbia prorrumpió en furiosas palabras: «Si no te concediera indulgencia tu edad desprovista de razón y privada de los sentidos, nunca el Danubio soportaría sin venganza, estando yo vivo, estos vergonzosos ultrajes de tu boca. ¿Es que yo que, con el Hebro [92] por testigo, puse en fuga a tantos emperadores, soportaré la huida por consejo tuyo, cuando toda la naturaleza se ha sometido a mi servicio? Vimos las montañas allanarse a nuestros pies, los ríos secarse. Que no actúen los dioses de los getas y los espíritus de nuestros antepasados de tal modo que desande yo mis pasos tras girar la dirección. Yo alcanzaré esta tierra, con el poder si vencedor o con la muerte si vencido. Corrí por tantos pueblos y ciudades, franqueé los Alpes y bebí el agua del Po en

[91] Alusión a la protección brindada por el Este a Alarico en las campañas que Estilicón llevó a cabo contra él en Grecia.

[92] Río de Tracia.

el casco victorioso. ¿Qué me queda sino Roma? Nuestro pueblo destacaba en fuerza incluso entonces, cuando no contaba con las armas de nadie. Pero ahora, desde que me fueron concedidos los poderes sobre el Ilírico y me hicieron su jefe, con el sudor de los tracios me procuré tantos dardos, tantas espadas, tantos cascos y con órdenes legítimas obligué a las ciudades romanas a destinar un tributo de hierro a mis necesidades [93]. Así me favorecen los destinos: esos mismos a los que devastaba cada año, me fueron otorgados en servidumbre; gimiendo me entregaban las armas que les iban a causar daño, y se enrojecía el acero, ablandado durante largo tiempo por las llamas y forjado con arte para su propia ruina por dolientes herreros. Añade a esto la exhortación de los dioses. No tuve sueños, ni son vuelos de aves, sino una clara voz surgida abiertamente de un bosque sagrado: "Alarico, acaba con todos los retrasos. Activo en este año, entrarás en la Urbe tras haber cruzado los Alpes de Italia". Hasta allí se me ofrece el camino. ¿Quién puede vacilar ya cobardemente después de tales cosas o dudar en obedecer la llamada del cielo?».

Así dijo y, exhortando a los suyos, los apresta para la guerra y la marcha. Los oráculos aumentan su vana soberbia. ¡Oh profecías siempre perniciosas por vuestra misteriosa ambigüedad! ¡Oh tardío cumplimiento de la verdad, evidente sólo en el desenlace y desconocido incluso para los mismos adivinos! En los remotos confines de los ligures llegó Alarico a un río con el admirable nombre de

[93] La ventaja más grande de los romanos sobre los bárbaros había sido siempre su superioridad técnica, su mejor armadura y sus mejores armas. Pero ahora Alarico había aprovechado ya las posibilidades que le brindaba su puesto en el Ilírico y había armado bien a sus tropas.

Urbe [94] y, vencido allí, por mediación de la derrota al fin reconoció con dificultad las engañosas palabras de los ambiguos destinos.

Y también Estilicón puso en movimiento con apresurada marcha a sus fuerzas, que reclaman el combate, y estimula a los que avanzan con estas palabras: «Ahora, oh compañeros, tomad ahora por fin venganza para la ultrajada Italia, compensad con las armas el crimen del asedio a vuestro emperador y borrad con vuestras espadas la deplorada herida del Timavo [95] y la vergüenza de los Alpes. Éste es el enemigo al que tantas veces habéis puesto en fuga en las llanuras griegas, al que tanto tiempo protegió un mundo en discordia y desgarrado por contiendas civiles, no su propia fuerza, mientras se burla a traición de los tratados y trata de vender perjurios alternos a las dos cortes. Pensad ahora que todos los pueblos que la fiera Britania, el Istro y el Rin alimentan, están a la espera espiando en sus atalayas. Con un solo combate, sed vencedores de tantas guerras. Recuperad la gloria de Roma y sostened en vuestros hombros la estructura de un imperio tambaleante. Este campo de batalla lo venga todo, esta victoria asegura la paz al mundo. No combatimos en los confines del tracio Hemo ni nos hemos dispuesto en el Ménalo [96], que sombrea las riberas del Alfeo. No protegemos aquí a Tegea [97] ni a Argos. Veis que la guerra se libra

[94] Río de Liguria, el actual Orba.

[95] Para el Timavo, cf. *III Cons.*, nota 30. Poco se sabe de esta batalla, en la que vencieron los godos. Posiblemente se libró en noviembre del 401.

[96] El Ménalo es un monte de Arcadia. El Alfeo es un río del Peloponeso con desembocadura en el Mar Jónico.

[97] Ciudad de Arcadia.

en medio de las entrañas y en el corazón mismo de Italia. Defended con vuestros escudos al padre Tíber».

Tales palabras profería tras mezclarse ora con la infantería, ora con los batallones de jinetes. Al mismo tiempo daba órdenes a las tropas auxiliares. El alano [98], sometido a nuestra autoridad, avanzaba por donde lo ordenaron nuestras trompetas y el ilustre jefe de su pueblo le enseñó a afrontar la muerte por el Lacio. A éste la naturaleza le había modelado pequeños miembros junto con un espíritu grande y le había encendido sus ojos con una cólera inmensa. Ninguna parte de su cuerpo está sin heridas y, desgarrada por las lanzas, resplandece más orgullosa la gloria de su rostro desfigurado. Sin embargo él, dando desde lejos una orden Estilicón, se apresuró con sus caballos excitados y mordió el suelo de Italia. Guerrero dichoso y digno de los campos Elisios [99] y de mis versos, guerrero que deseó ardientemente dejar limpia incluso con la muerte su lealtad equivocadamente sospechosa para nosotros y que, siendo jueces las armas, borró la inmerecida acusación con una sangre gloriosa. Turbados los jinetes por la muerte de su héroe, giraban las riendas y todo el ejército se hubiese tambaleado tras separarse ese flanco si Estilicón, acudiendo rápidamente con una legión dispuesta en orden de batalla, no hubiese reanudado la lucha ecuestre con la ayuda de la infantería [100].

¿Quién con la inspiración de las Musas e incluso con la de Peán [101] mismo podría relatar cuánto concedió aquel

[98] Cf. *Ruf.* I, nota 91.

[99] Cf. *Nupt.*, nota 68.

[100] Para este pasaje y las dificultades de Estilicón para controlar sus tropas, cf. «Introducción», págs. 74-76.

[101] Apolo. Cf. *Ruf.* I, nota 4.

día a la ciudad Gradivo [102], padre de su nacimiento? Nunca penetramos más profundamente con toda la espada en la garganta de Escitia, ni abatimos al soberbio Tánais [103] ni destrozamos los cuernos del Istro con tan gran ruina. Nuestros soldados, ansiosos por apurar la sangre odiosa, pasan por variadas vestimentas, carros cargados de oro y por montones de plata y, ávidos de matanza, pisotean las desdeñadas riquezas. La sangre era más valiosa que el oro. Por todas partes la cólera enloquecida, pródiga del despreciado botín, sacia su odio con las espadas desenvainadas. Los purpúreos atavíos, los despojos de Valente [104] consumido por las llamas, las pesadas crateras de la desdichada Argos y las estatuas vivas arrebatadas a Corinto en llamas, todo ello lo arroja en vano el astuto enemigo a los pies de los que avanzan. Pues este funesto botín ni siquiera detiene a los nuestros, sino que el recuerdo del dolor les brinda justificados estímulos.

Es liberada de su cadena una multitud de prisioneros, y todos los pueblos de diversas lenguas a los que el enemigo había sometido en servidumbre, redimidos al fin con la matanza de sus tiranos, imprimen cariñosos besos en las ensangrentadas manos y vuelven a ver sus abandonados hogares y sus hijos contentos. A cada uno lo mira con sorpresa su familia, y ellos cuentan en orden las desventuras, luego relatan con agrado los prodigios de la guerra.

¡Qué dolor el tuyo entonces, Alarico, cuando en la guerra desaparecieron las riquezas y el caudal adquirido du-

[102] Marte. Cf. *Prob.*, nota 22.

[103] Río de las regiones escitas, hoy el Don.

[104] Los despojos conseguidos en la batalla de Adrianópolis (9 de agosto del 378), donde el ejército romano fue destruido por los godos y el propio emperador Valente murió en el combate.

rante largo tiempo con los botines, cuando golpeó tus oídos el grito de tu esposa, de tu esposa que, confiada desde hacía tiempo en su invencible marido, exigía demente con altiva soberbia los collares de pedrería de las matronas ausonias, así como siervas romanas! En verdad, había comenzado ya a sentir hastío de las muchachas de la Argólide, de Éfira [105] y de las bellas lacedemonias. Pero la diosa de Ramnunte [106], que se opone a los deseos desenfrenados, se quejó y cambió la dirección de su rueda. La dura pobreza abruma a los vencidos y en un solo día el ejército romano se ha resarcido de todo lo que perdimos en treinta años.

¡Oh Polentia, digna de ser celebrada por mí para la eternidad, oh tierra apropiada para los dichosos triunfos por tu merecido nombre [107], suelo destinado al valor por el hado, tumba memorable de la barbarie! Pues a menudo en aquellos lugares y parajes llegó completa la venganza para el pueblo agredido de Quirino [108]. Allí sucumbió en las mismas llanuras la revuelta de los cimbros [109] tras lanzarse desde las supremas lagunas del Océano e introducirse por otra senda de los Alpes. Que la generación que llega

---

[105] Nombre antiguo de Corinto.

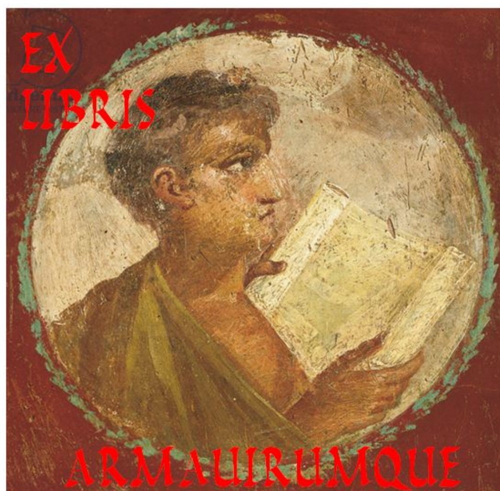
[106] Esto es, Némesis, la diosa que personifica la Retribución o la Venganza por las malas acciones. Es el poder encargado de suprimir toda «desmesura». Tuvo un santuario famoso en Ramnunte, pequeña ciudad del Ática situada a poca distancia de Maratón.

[107] Polentia, la actual Pollenzo, es una ciudad de Liguria situada a 50 Km. de Asta, la actual Asti. Claudiano pone en relación su nombre con *pollere* «tener poder», «tener vigor», «ser poderoso».

[108] Rómulo divinizado.

[109] Mario derrotó a los cimbros (101 a. C.) en Vercelas, ciudad de la Galia Transpadana, cerca del lago Como, situada a unos 60 Km. de Polentia.

ya inmediatamente mezcle los huesos de las dos razas e inscriba una estela de doble valor, trofeo común: «Aquí la tierra de Italia cubre a los fieros cimbros y getas, aniquilados por Estilicón y Mario, ilustres caudillos. Aprended, pueblos insensatos, a no despreciar a Roma».



PANEGÍRICO AL SEXTO CONSULADO DEL EMPERADOR HONORIO

27

PREFACIO

Todos los deseos que agita el pensamiento durante el día, el benévolo reposo los reproduce en el espíritu adormecido. Cuando el cazador repone en el lecho su cuerpo fatigado, su pensamiento sin embargo vuelve a los bosques y a sus queridas espesuras. Los procesos son los sueños de los jueces; los del auriga el carro: nocturnos caballos se afanan por una meta imaginaria. El amante goza con sus secretos amores, trueca el navegante sus mercancías, el avaro intenta en vela conseguir las riquezas que se le escaparon y a los enfermos sedientos inútilmente les proporciona en abundancia el dulce sueño refrescantes tragos de una fuente helada.

A mí también mi preocupación por las Musas me suele incitar en el silencio de la noche a mis habituales tareas. Pues parecía que en medio de la cumbre del cielo estrellado recitaba yo mis poemas a los pies del supremo Júpiter. Y, como el sueño siempre lo favorece a uno, las divinida-

des y la sagrada concurrencia de su séquito esparcido alrededor aplaudían mis palabras. Eran el tema de mi canto Encélado y el vencido Tifeo (uno soporta Inárime, a otro lo aplasta el pesado Etna [1]). Cantaba yo cuán alegre acogió a Júpiter después de la guerra el cielo recompensando la contienda de Flegra [2].

He aquí que se añade la realidad; no me engañó mi visión ni el falso marfil dejó escapar sueños vanos [3]. ¡He aquí el príncipe, he aquí la cima de la tierra igualada al Olimpo! ¡He aquí a los dioses, tal como los recuerdo, asamblea venerable! El sueño no pudo imaginar nada mayor y el noble palacio ofreció al poeta una concurrencia semejante a la del cielo.

28

PANEGÍRICO

Si nuestros antepasados consagraron a la Fortuna Retornadora [4] áureos templos por el regreso de sus caudillos, nunca esta diosa exigiría espléndidos santuarios por sus fa-

---

[1] Cf. *III Cons.*, nota 38. Aquí se nos dice que Encélado fue sepultado bajo la isla de Inárime, isla volcánica en el golfo de Nápoles, la actual Ischia (cf. Homero, *Il.* II 783, y Virgilio, *Aen.* IX 715-716).

[2] La lucha de los Gigantes contra Júpiter y los otros Olímpicos se desarrolló en los campos de Flegra. Éste es el nombre mítico de Palene, la más occidental de las tres penínsulas que componen la también península de la Calcídica, en el noreste de Grecia.

[3] Los sueños salen del Infierno por dos puertas: por la puerta de cuerno salen los sueños verdaderos y por la puerta de marfil los falsos. Aparece así ya en *Od.* XIX 562-568. Cf. Virgilio, *Aen.* VI 893-896.

[4] La diosa Fortuna era invocada con muchos nombres distintos: *Redux, Publica, Huiusce Diei*, etc.

vores con más razón que cuando se restaura igualmente para la trábea y para Roma la majestad que les es propia. Pues ni la solemne elección ni la urna son una farsa según la costumbre y no resplandece un espectáculo discordante con la asamblea ni el resultado extraño de una legalidad fingida. Nuestro palacio nativo toma para sí sus vestimentas originarias y mientras Quirino asocia al pueblo con los ejércitos patrios, Marte renueva los augustos sufragios de su campo. ¿Cómo será para la tierra el año al que el monte de Evandro [5] muestra con auspicios prósperos para los romanos, año al que inaugura el Tiber? Aunque todos los años marcados por tu nombre otorgaron siempre un presagio favorable para los acontecimientos y los triunfos acompañaron siempre a las fasces de tus consulados, sin embargo su maravilloso nacimiento lo promete a éste delante de todos, dichoso por la doble divinidad de Roma y de su emperador. Pues como la ciencia babilonia asegura que los astros propicios revelan los mejores destinos para los mortales cuando estos habitantes del cielo ocupan su cumbre, avanzan por la zona suprema y no debilitan sus rayos por una baja posición, no de otro modo el Zodiaco de la corte del Lacio aumenta en su cénit las esperanzas de Italia cuando ha colocado en su verdadera posición al astro del imperio. Y los presagios surgidos en el suelo victorioso de Roma se cumplen con más certeza.

Cuando el hermoso Apolo, dejando Delfos, visita los altares hiperbóreos [6], entonces en modo alguno las aguas

---

[5] El Palatino, pues el arcadio Evandro se estableció en esta colina antes de la fundación de Roma por Rómulo y levantó en ella la ciudad de Palanteo.

[6] Para los hiperbóreos, cf. *Ruf.* II, nota 36. Su leyenda está ligada a Apolo. Después de su nacimiento, antes de su llegada a Delfos, el dios

de Castalia [7] son diferentes de las corrientes ordinarias y el laurel no se diferencia de un árbol común. Triste queda en silencio el antro y el santuario sin ser consultado. Pero si Febo se presenta y desde la región rifea [8] ha desviado con sus riendas su tiro de grifos regresando a su trípode, entonces los bosques y el antro recuperan su habla, las fuentes su vida, entonces un sagrado estremecimiento se extiende por las aguas, el eco resuena más claro desde el santuario y las rocas emiten inspiradas sus presagios. He aquí que ha aumentado la veneración del monte Palatino, se regocija porque lo habita su dios, a los pueblos que lo consultan en una gran extensión les pronuncia oráculos más seguros que los de Delfos y les ordena a sus laureles reverdecer de nuevo en favor de nuestros estandartes.

En verdad, no convino que fuese otro el hogar para los soberanos del orbe; en ninguna colina se aprecia a sí mismo más el poder y siente la cima de su dominio supremo. El palacio, alzando su cabeza por encima del foro sometido a sus pies, ¡contempla tantos santuarios alrededor, lo rodean tantos dioses guardianes! Agrada contemplar debajo del templo del Tonante los Gigantes suspendidos de la roca Tarpeya [9], las puertas esculpidas, los estandartes que flotan en medio de las nubes, el aire denso por los templos que se acumulan, el bronce sembrado en las columnas adornadas con numerosas proas de naves, los

permaneció algún tiempo en el país de los hiperbóreos. Cada diecinueve años, período que necesitan los astros para efectuar una revolución completa y volver a su posición inicial, Apolo se traslada nuevamente a este país.

[7] Fuente del Parnaso consagrada a Apolo. Sus aguas favorecían la inspiración.

[8] Los montes Rífeos se hallan en Escitia.

[9] La famosa roca del Capitolio. Cf. *Gild.*, nota 5.

edificios apoyados en ingentes peñascos donde la mano del hombre completa a la naturaleza, y los innumerables arcos que resplandecen con los despojos. Los ojos quedan deslumbrados por el brillo del metal y se fatigan parpadeando por el oro circundante.

¿Reconoces, príncipe venerable, tus Penates? Esto es lo que en otro tiempo admiraste niño en tus primeros años mientras te lo mostraba tu piadoso padre. Él, el mejor de los dioses, no mereció en toda su vida nada más glorioso que cuando, vencedor, pasó sus días en compañía tuya dentro de las murallas de Rómulo mientras, sumándose a los mejores ejemplos, se comportaba, alejado el terror, como un simple ciudadano, soportando con el pueblo alternativamente las bromas y las deseadas riñas y dignándose, dejado a un lado el fasto, a visitar sin distinción las mansiones de los nobles y las casas de los particulares. Es que el amor público se enciende cuando con un comportamiento natural la modestia inclina la majestad real al pueblo. Y a ti, niño todavía, aunque la diadema no ceñía aún tus cabellos [10], te tomaba como compañero de sus honores, abrigándote en su regazo purpúreo, imbuyó tu niñez de triunfos y te enseñó a preludiar tu gran destino. Pueblos de diversas lenguas y los próceres de los persas enviados a pedir alianza [11] te vieron en otro tiempo en este palacio sentado con tu padre y tras haber doblado su rodilla te sometieron su tiara. Contigo convocó a las tribus para enriquecerlas con sus abundantes regalos. Vestido con la trábea, contigo se dirigió al santuario resplandeciente del senado reunido, alegrándose de presentar a su hijo al favor

[10] Cf. *III Cons.*, nota 22.

[11] Los persas parece que enviaron embajadas a Roma en el 387 y en el 389.

de Roma, de modo que su joven heredero se acostumbrara ya entonces al imperio.

Desde entonces Roma se adhirió a ti más firmemente con sólidas raíces y arraigó profundamente por todas tus medulas. Nacido en tu tierna infancia, creció contigo el amor a tu ciudad querida. Y el Bósforo que te crió no fue capaz con su ciudad propia [12] de hacerte cambiar cuando retornaste a él. Cuantas veces tu padre, en broma, te dio a elegir qué ciudad querías como porción tuya de imperio, por propia voluntad dejabas a tu hermano el trono de la rica Aurora y el lote puesto a tu alcance: «Gobierne él a los obedientes asirios; posea el egipcio Nilo juntamente con el Tigris; correspóndame a mí mi querida Roma». Y el resultado no defraudó tus deseos. Fortuna, forjando un nuevo tirano [13], ya te aseguraba con ello el Lacio. Tras el resultado favorable de la guerra, tú, hecho venir rápido de la corte oriental, te encargas inmediatamente del gobierno de Hesperia [14] dos veces recuperada por las armas de tu padre [15]. La misma Serena, dejado el Oriente, avanzaba en tu compañía por las ciudades de Iliria sin tener miedo por peligro alguno, cuidándote con la solicitud de una madre a ti, futuro soberano del Lacio y yerno suyo, mientras tu anciano padre alcanzaba ya la región celeste. En aquella situación crítica ella colocó diligentemente en el trono de su tío y en el ejército de su marido la prenda conservada a través de tantos peligros. Esta casa rivalizó en amor hacia ti y la solicitud de Estilicón acogió la prenda traída por el desvelo de su fiel esposa.

[12] Constantinopla.

[13] Eugenio.

[14] Italia. Cf. *Prob.*, nota 38.

[15] Con sus derrotas sobre los rebeldes Máximo y Eugenio.

¡Dichoso aquel padre tuyo que, al sucederle tú, entró en el Olimpo despreocupado del futuro! ¡Cuán alegre contempla desde el cielo su crecimiento por tus hazañas! Pues Europa y Libia tuvieron dos enemigos: el mauritano Atlas había nutrido la furia de Gildón, la salvaje Peuce [16] a Alarico. A menudo habían despreciado ellos a tu padre con impío atrevimiento. Cuando él venía de los territorios de los tracios, Alarico lo cercó en las aguas del Hebro [17]. Gildón desdeñó sus órdenes cuando lo llamaba [18] y, tras haberle negado su auxilio para una guerra vecina, se había apoderado de las tierras de África a las que había renunciado públicamente. Ahora Teodosio, no habiéndose olvidado de ellos, recordando su justificada ira, goza con sus suplicios y logra el triunfo con la venganza de su hijo. Orestes tomó venganza del hijo de Tiestes con su espada, pero el crimen se mezcló con la justicia y la gloria de esta muerte es dudosa cuando se contrapone su mérito con el asesinato de su madre [19]. Augusto sació los Manes Julios con sangre aborrecida pero se apropió falsamente del elogio de piadoso porque, para dolor de su patria, vengó a su padre [20] con una matanza de ciudadanos. Pero la causa

[16] Isla cercana a la desembocadura del Danubio.

[17] Alarico atacó a Teodosio en el 391, cuando éste regresaba al Este. En numerosas ocasiones dio muestras de deslealtad desde su asentamiento en Mesia en el 382 (cf. *IV Cons.*, nota 28). El Hebro es un río de Tracia.

[18] Cf. *Gild.*, notas 38 y 54.

[19] Orestes, para vengar a su padre Agamenón, mató a su madre Clitemnestra y a Egisto, amante de ésta e hijo de Tiestes.

[20] Julio César, pues Octaviano (el futuro Augusto) era hijo adoptivo suyo. Aparte de las víctimas que causó la represión política del triunvirato de Octaviano-Antonio-Lépido surgido a raíz del asesinato de César, los partidarios de la república fueron derrotados en la batalla de Filipos (42 a. C.) por Marco Antonio y Octaviano.

de tu padre, unida como está a la salvación general, te duplica los laureles de la guerra; con el mismo triunfo conseguiste la libertad para el orbe y la venganza para tu padre.

Pero ya hace tiempo que mi lira del Parnaso [21] cantó con la inspiración pieria [22] la captura del mauro [23]. En presencia de tu suegro celebré poco ha la guerra de los getas con un poema reciente [24]. Ahora mi Musa desea cantar la gloria de tu entrada en Roma y, finalizadas las guerras, abordar un tema agradable.

Al enemigo, debilitado ya por el desastre de la llanura de Polentia [25], habiéndosele perdonado la vida (así lo aconsejó el interés general [26]), tras haber perdido tantos aliados y haber sufrido a la vez el saqueo de todas sus riquezas, se le ordenó salir del Lacio y, derribado de la cima de un desmesurado destino, desanduvo vergonzosamente sus pasos. Como una nave de piratas que, funesta por todo el mar, cargada con los despojos de sus crímenes y después de haber saqueado durante largo tiempo numerosos navíos, fue a dar con una poderosa trirreme de guerra mientras intenta conseguir una presa según su costumbre. Desprovista de sus remeros abatidos, debilitada por las rasgaduras de las alas de sus velas, privada de su timón, maltrecha por habérsele quebrado sus vergas, juguete del piélago la zarandean el viento y las olas hasta pagar al fin el castigo en el mar que ella había asolado. Así Alarico, al huir

[21] Monte de la Fócide, residencia de Apolo y de las Musas.

[22] Del monte Pierio, en los confines de Tesalia y Macedonia, consagrado a las Musas.

[23] Alusión al *De bello Gildonico*, recitado en Milán en abril del 398.

[24] El *De bello Getico*, recitado en Roma en mayo o junio del 402.

[25] Cf. *Get.*, nota 107.

[26] Cf. *Get.*, nota 16.

de Italia, dirigía inútiles amenazas de espaldas a la ciudad. Y la que antes fue fácil para su avance, ya se muestra difícil, ya penosa para su regreso. El temor se piensa todas las salidas cerradas y le horrorizaron al retirarse los ríos que, dejados atrás, despreciaba hacía poco.

Entonces por casualidad, en su húmeda morada, dentro de su gruta de cristal el padre Erídano [27], desconocedor todavía de los acontecimientos, revolvía ingentes preocupaciones en su espíritu: ¿qué resultado aguardaría a la guerra?, le agradarían a Júpiter el imperio, las leyes y la paz de la vida romana o, por el contrario, detestando el orden, condenaría a las generaciones a sus antiguas costumbres de bestias? Mientras considera preocupado tales cosas en su interior, una de las Náyades [28] corre volando con la cabellera suelta y abrazando a su padre le dice: «He aquí a Alarico, no como lo vimos recientemente cuando triunfaba. Padre, contemplarás admirado su rostro exangüe. Te agradará contar su ejército y haber computado exiguos restos de tan gran multitud. Deja ya de quejarte con tu frente entristecida y permite a mis hermanas las Ninfas tornar ya a sus coros».

Así habló y él sacó en alto su cabeza por la apacible corriente; los cuernos de oro resplandecieron en su rostro chorreante esparciendo su brillo por todas sus orillas. No le cubre la húmeda cabellera una corona vulgar de cañas; verdes ramas de las Helíades [29] sombrearon su cabeza y fluye ámbar de todos sus cabellos. Un manto cubre sus anchas espaldas y Faetón, bordado en el carro de su pa-

[27] El Po.

[28] Ninfas de las fuentes y arroyos de las montañas. Cf. *Prob.*, nota 46.

[29] Las hermanas de Faetón. Cf. *Prob.*, nota 56.

dre, hace resplandecer la glauca prenda. Apoyada bajo su pecho, una urna notoria por los astros en ella grabados evidencia un esplendor celeste. Pues el Titán [30] señaló en el cielo todos los motivos de su dolor: el viejo Cicno [31] transformado en cisne, a las hermanas de Faetón metamorfoseadas en árboles y al río que lavó las heridas de su hijo moribundo; el Auriga [32] se encuentra en sus heladas regiones; las hermanas Híades siguen las huellas del hermano [33] y la Vía Láctea [34] rocía las alas desplegadas del compañero Cicno; la constelación del Erídano [35], discurriendo con su curso tortuoso, riega las luminosas regiones del Noto y con

[30] El Sol.

[31] Rey de Liguria, amigo de Faetonte. Lloró la muerte de éste cuando Júpiter lo exterminó. Fue transformado en cisne. Cf. Ov., *Met.* II 367-380.

[32] El Auriga («Conductor» o «Cochero») es el catasterismo de Erictonio, el rey autóctono de Atenas, inventor de la cuadriga. Fue catasterizado por Júpiter, que lo admiraba por haber rivalizado con el Sol, el primer dios que hizo uso de la cuadriga. Es una constelación boreal.

[33] Las Híades (cf. *Gild.*, nota 91) tenían un hermano, Hías o Hiante, que murió devorado por una leona (un león, jabalí o serpiente en otras variantes). Las Híades murieron de pena por la muerte de su hermano (o se suicidaron) y fueron catasterizadas. En realidad, son varias las versiones sobre la genealogía y el catasterismo de las Híades (cf. A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, 2ª ed., Madrid, 1982, pág. 477).

[34] La Vía Láctea («Camino de Leche») es el catasterismo de la leche derramada del pecho de Juno cuando ésta daba de mamar a Hércules. Mercurio, sabiendo que los hijos de Júpiter no podían alcanzar honores celestes si no mamaban del pecho de Juno, consiguió poner al recién nacido Hércules al pecho de la diosa, hasta que ésta se dio cuenta y se quitó al niño del pecho. Pero éste ya había mamado la leche divina que lo haría inmortal. La leche que entonces se derramó del pecho de Juno fue catasterizada y pasó a ser la Vía Láctea.

[35] El Erídano era un río mítico del lejano Occidente, identificado generalmente con el Po. Después de la caída de Faetón en sus aguas, fue catasterizado.

su corriente estrellada baña por debajo a Orión [36], temible por su espada.

La divinidad, resplandeciente con este aspecto, vio delante de sí a los getas avanzando con sus cuellos bajados. Entonces profiere tales palabras: «¿Así, Alarico, te apresuras a regresar tras haber cambiado tus planes? ¿Te has cansado hasta tal punto ya de los parajes de Italia? ¿No apacientas ya tu caballo en la grama del Tíber, como era tu pensamiento, ni hundes tus arados en las colinas de Etruria? Oh, muy digno merecedor de todos los castigos del Érebo, ¿intentaste tú atacar la ciudad de los dioses con la furia de los Gigantes? ¿Y ni siquiera te asustó, insensato, con su ejemplo mi Faetón que, precipitado del cielo, extinguió sus llamas en mis aguas mientras pretendía regir con brazos humanos las riendas ardientes del cielo y esperaba difundir la luz con su condición mortal? Créeme, comete la misma locura todo aquel que aspira a los despojos de Roma o a las riendas del Sol».

Tras haber hablado así, irguiéndose aún más, convoca a grandes voces a los ríos ligures y vénetos. De las frondosas orillas levanta sus húmedas cabezas el bello Ticino [37], el Adua [38], de aspecto azulado, el rápido Átesis [39], el Mincio [40], lento por sus meandros, y el Timavo [41] alzándose con sus nueve bocas. Todos insultan al fugitivo y atraen a los alegres rebaños hacia las apaciguadas praderas. Ya

[36] Cf. *Prob.*, nota 6.

[37] Río de la Galia Cisalpina, el actual Tesino.

[38] El actual Adda, que desemboca en el Po cerca de Cremona.

[39] El moderno Adige, con desembocadura en el Adriático al sureste de Padua.

[40] Río de la Galia Transpadana que pasa junto a Mantua.

[41] Cf. *III Cons.*, nota 30.

hacen volver a Pan [42], el dios del Liceo, ya a las Dríades [43] y a los Faunos [44], divinidades campestres.

Tú también, Verona [45], añadiste una parte no pequeña al triunfo sobre los getas. Ni Polentia ni las murallas de la vengadora Asta [46] contribuyeron más a la salvación de Ausonia. Aquí, mientras rompe una vez más los tratados [47] y, empujado por su situación crítica, se dispone a cambiar con un riesgo supremo las circunstancias presentes, se dio cuenta de que de nada le servía su perjuro furor y que el destino no se cambia con el lugar. Con muchos de los suyos dio alimento a las aves siniestras y el Átesis, arrastrando los cuerpos enemigos, transformó en sangre las olas del Jónico.

Tras violar Alarico el tratado, Estilicón abraza con todos sus deseos la guerra provocada, donde Roma ya está *lejos del peligro y el Po avanzaba como árbitro por medio* de la contienda [48]. Y ya se alegra de que una traición oportuna haya estallado en rebelión y, dando ejemplo para el esfuerzo, soporta el sol abrasador con el polvo del verano.

---

[42] Es el dios pastoril de Arcadia. Tiene pezuñas, cuernos y orejas de macho cabrío.

[43] Cf. *Prob.*, nota 46.

[44] Cf. *Nupt.*, nota 7.

[45] La batalla de Verona se dio en julio o agosto del 402, es decir, unos tres o cuatro meses después de la batalla de Polentia.

[46] Cf. *Get.*, nota 107.

[47] Probablemente se refiera a un tratado entre Estilicón y Alarico, posterior a la batalla de Polentia, por el que Estilicón se comprometería a no atacar a Alarico si éste salía rápidamente de Italia. Pero parece ser que Alarico violó el acuerdo y se detuvo a saquear.

[48] Cf. *Get.*, nota 16. Ahora, en cambio, se nos presenta a Estilicón deseoso de entablar batalla con los getas, pues Roma está lejos y no corre peligro. La violación del tratado no es sino mera excusa para una guerra ansiada por el caudillo occidental.

Él mismo está presente, temible por su brazo, dispone inesperadamente sus tropas por todos los lugares y acude de todas partes a donde lo llama la necesidad. Si los soldados desfallecen en la línea de batalla, utiliza las tropas auxiliares, despreocupado de su pérdida; así debilita astutamente al salvaje Istro con fuerzas de su misma raza y, entablando el combate con un doble provecho, enfrenta contra sí mismos a los bárbaros, que sucumben por todas partes en interés nuestro. A ti mismo te hubiera capturado, Alarico, y te hubiese entregado a la muerte si el ardor desafortunadamente precipitado de un alano imprudente no hubiese perturbado el plan dispuesto. Casi prisionero ya, fustigas a golpes a tu jadeante caballo. Y no lamentamos que hayas escapado. Más bien, huye, resto de tu estirpe, superviviente de tantos pueblos del Danubio; huye, vive, trofeo de nuestra victoria.

Sin embargo, su condición violenta no se abatió con tan grandes desastres. Examinaba las montañas por ocultos senderos por si por algún lugar a través de los escollos pudiera encontrar un camino imprevisto hacia los retos y los galos [49]. Pero lo impidió la vigilancia más enérgica de nuestro caudillo. ¿Pues quién podría engañar su divina inteligencia y sus ojos vigilantes para la custodia del imperio? Nunca el enemigo logró descubrir un plan de Estilicón ni pudo ocultar los suyos. Él conoció antes los secretos de los getas y se opuso a sus astucias con su rápido pensamiento.

Alarico, fracasado en todos sus proyectos, acampó tembloroso en una sola colina. Y aunque los caballos, comiendo hojas amargas, muerden en las cortezas de los árboles,

[49] El mismo Claudiano parece darnos aquí muestras de la inefectividad de la batalla de Verona. Cf. «Introducción», págs. 52-53.

aunque muestra su furor una epidemia desencadenada por los repugnantes alimentos y aumentada por el calor de la estación, y los soldados profieren altaneros injurias contra los sitiados y les muestran a sus hijos prisioneros, sin embargo ni el contagio de la enfermedad, ni el hambre que enseña a soportar todos los peligros, ni el dolor por el botín arrebatado, ni la vergüenza o la ira por las palabras injuriosas lo impulsaron a que osara entregarse a una batalla cuerpo a cuerpo tantas veces intentada desafortunadamente. No hay mayor victoria que la que somete al enemigo reconociéndolo él a juicio propio. Y ya numerosos desertores habían comenzado a disminuir su escaso ejército y cada día decrecía el número de sus fuerzas. No preparaban ya la rendición unos pocos en secreto sino que desertaban abiertamente secciones y escuadrones enteros. Él los sigue, los intenta detener encolerizándose con inútiles gritos y entabla ya batalla con sus propias tropas. Luego pronuncia suplicante su nombre con ruegos, los llama con lágrimas, les hace recordar sus viejas fatigas, les ofrece inútilmente su cuello, sin que le hagan caso, y, hundido por sus desgracias, contempla que se le alejan sus miembros y sus manos: como un viejo del Hibla [50] que, batiendo a lo lejos el bronce de Cibeles, intenta hacer volver con el ruido a sus fugitivas abejas que se alejaron espontáneamente de los abandonados panales; cansado ya él del inútil estrépito, llora por los recursos de miel perdidos y por el pérfido enjambre que se olvidó de su escondrijo usual, permaneciendo vacías las celdillas.

Así pues, cuando el dolor le dejó sueltas las ataduras a su lengua obstruida, contempla los conocidos Alpes con sus ojos humedecidos de lágrimas y en la trama de sus

[50] Cf. *Fesc.*, nota 16.

destinos muy diferentes da vueltas a su regreso presente y a su afortunada entrada. Antes, finalizando las guerras sólo con un murmullo, derribaba las murallas con una lanza ligeramente extendida, burlándose de los escollos. Ahora, desolado y sin esperanza, les devuelve un justo espectáculo a los montes que había desdeñado. Entonces, mirando hacia atrás el cielo de Ausonia, dice así: «Ay, país funesto para los getas, ay, tierra pisada por mí con siniestros presagios, apacíguate con el desastre de los culpables y compadécete por fin de nuestros sufrimientos. Heme aquí, el que antes de entrar en ti avanzaba dichoso más grande que el mundo entero; ahora, como a un desterrado por las leyes y a un ser declarado culpable, me hostiga muy cerca por la espalda el aliento de los perseguidores. ¿De qué desastres, desgraciado de mí, me lamentaré primeramente, de cuáles en último lugar? Tú, Polentia, y vosotras, mis riquezas arrebatadas, no me atormentasteis tanto. Esto pudieron causarlo la rígida suerte del destino y las vicisitudes de la guerra. No había caído yo con mis armas completamente. Acompañado aún de tropas e intacto en los escuadrones de jinetes, me dirigí con el resto de mi ejército a los montes que llaman Apeninos (sus habitantes nos decían que es ésta una cordillera que, extendiéndose desde los confines de los ligures hasta el Peloro siciliano, abraza a todos los pueblos de Italia y sus dos vertientes separan con su ininterrumpida cadena los dos mares que las oprimen a lo lejos [51]). Si yo tras haber perdido la esperanza de gloria hubiera resuelto, como había sido la primera decisión de mi mente encolerizada, continuar sin interrupción mi marcha por esta cresta, ¿qué hubiera sucedido más adelante? Hubiera perecido con una fama

[51] El Tirreno y el Adriático.

mayor después de haberlo abrasado todo con el fuego. Y sin duda, Roma, te hubiera visto más cerca al morir y mi propia muerte hubiera sido más costosa para el vencedor que me perseguía por los campos cultivados. Pero los romanos tenían a nuestros hijos, nuestras queridas esposas y nuestro botín. ¡Con mayor presteza hubiera arrastrado yo a este ejército más desembarazado!

¡Ay, con qué engaños, con qué destreza me envolvió el siempre funesto Estilicón! Mientras finge perdonarme, contuvo mi ánimo belicoso y, cruzado de nuevo el Po, logró trasladar el escenario de la guerra a la otra orilla [52]. ¡Ah, tregua peor que la cruel esclavitud! Entonces se extinguió el vigor de los getas; entonces, entonces firmé mi muerte. La compasión, más violenta que todas las armas, triunfa sobre nuestro pueblo. Bajo las apariencias de paz se oculta una guerra más enérgica y yo mismo quedo a mi vez atrapado en mis propios engaños. ¿Quién me dará ya, cansado como estoy, alivio o consuelo? Mis aliados me son más sospechosos que mis enemigos. ¡Y ojalá hubiese podido perderlos a todos en la guerra! Pues todo el que cayó en la dura batalla, nunca deja de ser mío. Mejor que hubieran perecido por la espada. La derrota de las tropas me hubiese quitado a mis compañeros con un dolor menos amargo que la lealtad traicionada. ¿No queda ninguno de mis seguidores? ¿Me son hostiles mis compañeros? ¿Me odian mis amigos? ¿Por qué prolongo esta odiosa vida? ¿En qué lugar ocultaré los restos de mi naufragio? ¿O qué tierra buscaré en la que nunca resuene en mis oídos Estilicón y el nombre de la demasiado poderosa Italia?».

[52] Cf. nota 48.

Mientras recordaba estas cosas, continuó su huida de Estilicón que lo hostigaba, horrorizándose de las águilas ya experimentadas. Acompañan al fugitivo la Palidez, la negra Hambre, la lívida Amargura con su rostro desgarrado y las estridentes Enfermedades en columna infernal. Así un sacerdote instruido agita ritualmente en torno a un cuerpo enfermo la antorcha lustral, cuya olorosa llama humea con azulado azufre y negro betún, rociando sus miembros con agua sagrada y con las hierbas que ahuyentan a las divinidades siniestras y, suplicando a Júpiter purificador y a Trivia [53], con sus manos vueltas arroja al otro lado de la cabeza en dirección al Austro la antorcha que arrastrará consigo los mágicos hechizos [54].

Entretanto, un deseo más ardiente de ver a su emperador enardece a los senadores juntamente con el pueblo y pide con insistencia su venida muchas veces rehusada. Y, cuentan nuestros antepasados, los votos públicos no se avivaron por toda la ciudad con tal consenso cuando Ulpio [55], poderoso en la guerra, había abatido las armas dacias y había sometido a las rebeldes Osas de nuevo a nuestro poder, cuando nuestras fasces envolvieron el Hípanis [56] y la tierra meotia [57], maravillándose de las leyes, contempló estupefacta un tribunal romano. Y tú, benévolo Marco, no regresaste a los templos de la patria invocado con tan gran

[53] Diana. Cf. *Nupt.*, nota 56.

[54] Se trata del cuerpo enfermo de Italia que tiene que ser purificado después de haber sido contaminado por la presencia de Alarico. La purificación se hace *rore pio spargens* (cf. VIRGILIO, *Aen.* VI 230) y arrojando por encima de la cabeza el instrumento purificador (cf. VIRGILIO, *Ecl.* VIII 102).

[55] Trajano.

[56] Río de Sarmacia.

[57] De la laguna Meótide.

entusiasmo cuando Fortuna liberó de peligros semejantes a Hesperia por todas partes cercada por pueblos bárbaros. No hubo allí mérito alguno de los caudillos. Pues cayó sobre el enemigo una lluvia de fuego. A uno su abrasado caballo lo llevaba tembloroso en el lomo humeante; otro cayó consumido por el casco que se fundía; las lanzas resplandecieron derretidas por rayos y las espadas se desvanecieron de pronto en humo [58]. Entonces la batalla, restringida al cielo, desconoció las armas mortales, ya si las fórmulas caldeas armaron con sus ritos mágicos a los dioses, o si, como pienso yo, la vida intachable de Marco pudo merecer todo el apoyo del Tonante. Ahora tampoco le faltaría al Lacio la ayuda del Olimpo si desfallecieran nuestras fuerzas; pero el providente cielo no quiso arrebatarle los honores a la empresa humana, para que los rayos no se ciñeran el laurel que, preparado ya, oh príncipe, por el esfuerzo de tu suegro, mereció tu valor.

Ya los próceres enviados a ti habían traído otras tantas veces tus respuestas de retraso, hasta que la misma Roma, no soportando prolongar por más tiempo la súplica general de su ciudad, salió de lo profundo de su santuario y, mostrando abiertamente el resplandor de su rostro, con sus quejas te incitó a ti vacilante: «Augusto, durante largo tiempo yo, tu madre, he lamentado en silencio tus negativas, amargas en mi amor hacia ti. ¿Hasta cuándo la preferencia por el ligur retendrá el objeto de mi deseo, y el Rubicón [59], manteniendo apartada la alegría a reducida distancia,

[58] Se alude aquí a la célebre leyenda según la cual una legión fue salvada de la muerte por una milagrosa tempestad durante la guerra de Marco Aurelio contra los marcomanos *(c.* 175).

[59] El famoso riachuelo que formaba el límite entre la Galia Cisalpina e Italia.

atormentará con la cercanía de la divinidad al Tíber impedido de gozar de la luz vecina? ¿Acaso no es suficiente haberme despreciado una vez cuando África, reconquistada mediante la guerra, se burló de la ciudad con la esperanza de la venida del príncipe y nosotros no pudimos conmover tus duros oídos con tantas súplicas? Por mi parte, yo le ponía ya el freno a dos caballos de exquisita blancura, con los cuales avanzarías más resplandeciente. Ya había construido un arco con tu nombre por el que pasarías engalanado con una toga deslumbrante; te lo dedicaba como un recuerdo de la guerra que, con una inscripción imperecedera, atestiguara la salvación de Libia [60]. Y ya se preparaban para la inmediata ceremonia triunfal las estatuas que se debían contemplar en el templo de Júpiter Tarpeyo [61]: una flota labrada en el metal surcaba con sus remeros las olas de oro, las ciudades masilias iban delante de tu carro, Tritón [62] avanzaba por sus aguas sometidas con los cabellos coronados con cañas de Palas [63] y multitud de esclavos con las ropas recogidas llevaban en bronce un Atlas tembloroso; el mismo Gildón, destinado a sufrir en la cárcel el castigo de Yugurta, ofrecía su fiero cuello al yugo, Gildón, hecho prisionero por la fuerza y las armas, no mediante los engaños de Boco y Sila [64].

[60] Alusión a la derrota de Gildón.

[61] Cf. *Gild.*, nota 5.

[62] Pienso que Claudiano se refiere aquí al río Tritón, en el norte de África (cf. *IV Cons.*, nota 17), aunque también puede tratarse del famoso Tritón, hijo de Neptuno y Anfitrite (cf. *Nupt.*, nota 32), ya que éste se consideró a veces, en las leyendas tardías, como el dios de la laguna Tritónide, también situada en el norte de África.

[63] Pues con cañas fabricó Minerva la flauta, después arrojada lejos de sí. Cf. *Eutr.* II, nota 47.

[64] Cf. *IV Cons.*, nota 21.

Pero dejo el pasado. ¿Acaso puede también rehuirme el presente triunfo de la guerra con los getas? ¿Habrá algún lugar más apropiado para tan gran victoria? Tus propias hazañas denuncian tu retraso y, obligado por sus méritos, tu valor ama a los que ha salvado. Ya durante cien veranos han cortado las hoces las amarillentas cosechas del Gárgaro [65] y el centésimo cónsul trae consigo los juegos que se celebran transcurrido un siglo [66] y que nadie contempla por segunda vez. Durante estos años, que me suman dos veces diez lustros, vi tres veces a un emperador dentro de mis murallas; en momentos diferentes, pero la causa del triunfo era la misma: la guerra civil [67]. Llegaron ellos arrogantes, es claro que para que yo contemplara los carros manchados con sangre latina. ¿Acaso puede alguien pensar que los lamentos de sus hijos alegrarán a una madre piadosa? Apoyaron a los tiranos, pero se me murieron a mí. César, aunque se jactaba públicamente de su guerra en la Galia, guardó silencio sobre Farsalia [68]. Pues entre ejércitos compañeros y estandartes emparentados, del mismo modo que la derrota es una desgracia, la victoria nunca es hermosa. Que ahora una gloria más verdadera restaure por medio de ti la antigua costumbre, devuélveme ya la infrecuente alegría de una victoria pura sobre un enemigo y libra de culpa a los triunfos criminales mediante los legítimos despojos de una locura extranjera.

¿Hasta cuándo, dime, el poder se mantendrá en el destierro apartado de su hogar y el imperio andará errante

[65] Una de las cimas del monte Ida.

[66] Los *ludi saeculares*, fiestas que se celebran cada cien años.

[67] Constantino entró triunfante en Roma tras su victoria sobre Majencio (312). Las otras dos veces pudo haber sido Teodosio para celebrar los ya muchas veces referidos triunfos suyos sobre Máximo y Eugenio.

[68] La ciudad de Tesalia donde César derrotó a Pompeyo (48 a. C.).

lejos de su legítimo trono? ¿Por qué mi palacio, que dio su nombre a todos los demás [69], se encuentra abandonado en una negligente decrepitud? ¿Por qué no se cree que se puede gobernar el orbe desde aquí? Nunca abandona Febo la ruta central del cielo y sin embargo lo alumbra todo con sus rayos. ¿O los antiguos emperadores que residieron en mi morada gobernaban el Istro y el Rin con más indolencia? ¿Acaso el Tigris y el Éufrates temían menos cuando el medo y el indo pedían desde aquí la alianza y esperaban la paz de mi ciudadela? Aquí residieron aquellos varones a los que el mérito eligió uno tras otro y, adoptándolos con su nombre para beneficio del estado romano, produjo un hermoso linaje mediante la reflexión, no por la sangre. Aquí vivió la familia Elia [70] que se remontaba a su antepasado Nerva, los pacíficos Píos [71] y los belicosos Severos [72]. Tú, un ciudadano, no desdeñes a esta multitud y muéstranos de nuevo tu rostro contemplado hace tiempo, para que el Tíber, recordando en su espíritu la solemne comitiva anterior, pueda adorarte como joven junto con tu suegro, nuestro caudillo; a ti que en tu tierna edad te había acogido como acompañante de tu padre».

---

[69] *Palatium* era el nombre del Palatino, la famosa colina de Roma. En época imperial, el nombre fue utilizado primeramente en poesía y después en prosa con el significado de «palacio», porque era en el Palatino donde se encontraba la residencia imperial.

[70] Elio es el *nomen* del emperador Adriano transmitido a sus sucesores. Adriano fue adoptado por Trajano, que a su vez había sido adoptado por Nerva.

[71] Pío fue el *cognomen* dado al emperador Antonino en el 138 d. C.; después se lo atribuyeron rutinariamente Cómodo y emperadores posteriores.

[72] La dinastía que, comenzada con Septimio Severo y finalizada con Alejandro Severo, gobernó el Imperio desde el 193 al 235.

El emperador tranquilizó a la suplicante en medio de su discurso: «Nunca podrás quejarte, oh diosa, de haber deseado inútilmente algo de mí y no es lícito oponerse a la madre de las leyes. Pero después de la guerra en Libia (no persistas en acusar a tus hijos con falsas quejas) no desprecié los mensajes de mi patria reclamándome. La silla curul transportó a Estilicón [73] al que yo había enviado para que te hiciera mis veces, Roma, el cónsul en lugar del emperador, el suegro en lugar del yerno. En él me visteis también a mí mismo. Así lo cree mi amor, que tiene en él a un padre, no sólo por la sangre, sino más aún por sus ilustres hazañas. Ni siquiera con cien lenguas podría contar todo lo que ha llevado a cabo por mí y por el mundo. Pero de todas sus hazañas, oh Roma, te referiré sólo una, si aún no la ha difundido la fama; hazaña que ocurrió ante mis ojos y de cuyo desarrollo fui espectador o (incluso) causa.

Alarico, el saqueador de las regiones de Grecia y Bistonia, enloquecido por sus numerosos éxitos y enorgulleciéndose en su espíritu arrogante de haber cruzado los Alpes, había trasladado ya sus hordas a las temblorosas ciudades de los ligures, más seguro por la ayuda del invierno (estación en la que favorece a esos pueblos la inclemencia del clima al que están acostumbrados). Y me amenazaba ya con sitiarme tras haber destruido mis protecciones, alimentando con un inútil terror la esperanza de que, si acaso me mantenía con la ayuda alejada y con el miedo apremiándome, llegaría yo a un acuerdo con él en las condiciones que él quisiera. Y no me empujó temor alguno, confiado en la llegada de Estilicón y acordándome, oh Roma, de tus caudillos, en los que nunca, ni siquiera cuando su

[73] Alusión al consulado de Estilicón en el 400.

muerte estaba dispuesta, un vergonzoso amor a la vida estableció acuerdos en perjuicio de su honor. Era de noche y yo veía resplandecer en una gran extensión las hogueras de los bárbaros a manera de estrellas. Ya la trompeta había llamado a los centinelas de la primera guardia, cuando el glorioso Estilicón llega de las heladas Osas. Pero el enemigo, interpuesto entre mi suegro y yo, había cerrado el paso y tenía en su poder el camino y el puente en el que el Adua [74] agita más espumeante sus olas rotas contra los pilares. ¿Qué hacer? ¿Retrasar el avance? Mi peligro inmediato no permitía el mínimo retraso. ¿Irrumpir por medio del enemigo? Pero lo acompañaban pocos; pues mientras se apresura por socorrerme, había dejado atrás a muchísimas tropas auxiliares e incluso a nuestras propias legiones. Encontrándose él en este dilema, pensó que era mucho tiempo y demasiado lento esperar las tropas de refuerzo y, tras haber pospuesto sus peligros, se empeña en alejar los míos; excitado por un piadoso amor, no acordándose de su propia salvación y abatiendo con su espada desenvainada lo que le salía al encuentro, destrozó las tiendas de los bárbaros en su fulminante carrera por medio del enemigo.

Que los cantos de los poetas me elogien ahora al Tidida [75] porque, confiado en la compañía del héroe de Ítaca

[74] Cf. nota 38.

[75] Diomedes, hijo de Tideo, fue enviado por los griegos junto con Ulises a inspeccionar de noche el ejército troyano. Ambos capturan a Dolón, hijo de Eumelo, enviado a su vez por Héctor como espía al campamento griego; le obligan a declarar los preparativos de guerra de los troyanos y lo matan a continuación. Prosiguen su marcha y llegan hasta las tropas de Reso, rey de Tracia que había llegado la víspera como aliado de los troyanos. Luego matan a Reso y a doce hombres que dormían junto a él, llevándose sus caballos a las naves. Cf. *Il.* X.

y abierto el camino por las indicaciones de Dolón, penetró en el campamento tracio del adormecido Reso, campamento sumergido al mismo tiempo en el festín y el sueño, y llevó de vuelta a las filas de los griegos los corceles capturados, cuya rapidez, si se le da algún crédito a las Musas que todo lo aumentan, superó a los Zéfiros y su blancura a las nieves. He aquí a un hombre que, sin engaño alguno durante el silencioso sueño, a la vista de todos se abre camino con la espada y llega ensangrentado, tanto más ilustre que las hazañas de Diomedes cuanto la luz con respecto a las tinieblas o un combate manifiesto comparado con una emboscada. Añade además el hecho de que el enemigo se había dispuesto más fortalecido en la orilla del río y que con él no se puede comparar, ni aun despierto, a Reso. Éste era un tracio, aquél el vencedor de Tracia. No lo frenaron los dardos, no se detuvo ante el obstáculo del río. Así el glorioso Cocles [76], rechazando a las amenazadoras huestes tirrenas en la cabeza del puente que se derrumbaba, cruzó a nado, ante el asombro de Tarquinio, el Tíber, llevando el escudo con el que había defendido a la ciudad y desde el medio del agua miró orgulloso hacia atrás a Porsena. Mi suegro cruzó el rápido Adua. Pero Cocles daba las espaldas a los etruscos cuando cruzaba el río; Estilicón ofrecía su pecho a las armas de los getas.

Ahora, oh Roma, saca los coros instruidos en cantar una contienda de tan gran gloria y toda la elocuencia que se encuentra vigorosa en tus genios celebre a mi padre con dignos elogios».

Así habló y, saliendo de las murallas de la antigua Rávena [77], hace avanzar sus estandartes. Y ya deja atrás las

[76] Cf. *IV Cons.*, nota 73.

[77] Tras expulsar a Alarico de Italia en el 402, Honorio eligió Rávena

bocas del Po y el puerto del río, donde el advenedizo mar se agita en una sucesión fija y arrastra las inclinadas naves ora con una marea progresiva, ora con otra regresiva, y deja la ribera desprovista de olas, a imitación del Océano con sus flujos y reflujos originados por las fases de la luna. Luego lo acoge con más alegría Fortuna en su vieja Fano [78] y contempla al Metauro discurriendo por el escarpado valle, por donde la montaña, abriéndose mediante la mano del hombre, se perfora con un túnel en la roca viva y ofrece una senda por el corazón de la piedra horadada, apareciendo por encima del santuario de Júpiter y de los vertiginosos altares sobre las rocas adorados por los pastores del Apenino. Y también se cuidó de visitar las aguas del Clitumno [79] sagradas para los vencedores, las que ofrecen blancas reses a los triunfos del Lacio. Y no te pasaron inadvertidas las curiosas propiedades de esta corriente, que es lenta si alguien se acerca a ella con paso silencioso, pero que se agita con arremolinadas aguas si se apresura la marcha junto con una voz más elevada. Y aunque todas las aguas tienen la misma propiedad de reflejar las imágenes exactas de los cuerpos, solo esta corriente, jactándose de su extraño poder, se apresura en reproducir el carácter humano. Después recorre en su caballo imperial

---

como residencia de la corte a causa de la seguridad que le brindaba (cf. «Introducción», nota 12). Posteriormente, con las invasiones germánicas, siguió siendo la capital bajo Odoacro y Teodorico.

[78] Ciudad marítima de Umbría donde tenía un templo la diosa Fortuna. Estaba situada junto a la desembocadura del Metauro, río célebre por la victoria de los romanos sobre Asdrúbal (207 a. C.).

[79] Río de Umbría, afluente del Tíber. Era famoso por la blancura de las víctimas que proporcionaba para los sacrificios. Cf. VIRGILIO, *Georg.* II 146.

la elevada Narnia [80] que contempla delante una extensa llanura. Y no lejos se encuentra el río de extraño color que da su nombre a la ciudad: cubierto de un oscuro bosque de densas encinas, blanquea en tortuosos meandros entre dos cimas. Luego, tras saludar al Tíber habiendo hecho una libación con sus aguas, lo acogen los arcos, las calzadas repletas de grandes moles y todo lo que se encuentra en los alrededores de tan gran ciudad.

Y como una madre, cuando llega el pretendiente de su hija, adorna el rostro de ésta con especial habilidad y apresurada diligencia en la esperanza de un matrimonio más próximo, le retoca muchas veces con su mano el vestido y el ceñidor, le estrecha el pecho con verdes cintas de jaspe, recoge su cabello con piedras preciosas, rodea su cuello con un collar y llena sus oídos de resplandecientes perlas, así Roma, para que la vieras, se mostró más gloriosa con sus colinas acrecentadas y mayor que la que tú habías conocido, con el fin de deleitar tu mirada. Le proporcionaban además un hermoso aspecto las nuevas murallas concluidas recientemente tras haberse oído la noticia del avance de los getas. El miedo fue útil como artífice de esta obra hermosa y, por un singular capricho del destino, el envejecimiento que la paz había producido, eliminado por causa de las guerras, erigió torres imprevistas y obligó a los siete montes a rejuvenecerse rodeados por una muralla continua. El mismo aire fue favorable a nuestras súplicas y más agradable de lo habitual; aunque había estropeado la noche con una lluvia ininterrumpida, alejó las nubes disipadas por los rayos del emperador y el sol. Pues el Austro había perturbado con las lluvias todos los días anteriores y había mojado

[80] Ciudad de Umbría, la actual Narni. El río que le da su nombre es el Nar, el actual Nera.

la luna nueva para que supieran los cielos que el tiempo sereno se había conservado para ti.

Un solo rostro de la multitud llena todo el espacio que separa el puente Mulvio [81] del monte Palatino y cuanto fue posible alzarse a los tejados. Hubieras visto que el suelo hervía en oleadas de hombres, que las partes altas de los edificios resplandecían de mujeres. Se regocijan los jóvenes por la edad de su emperador, igual a la suya. Los ancianos desprecian el pasado, se alegran de que las circunstancias del destino les hayan prolongado la vida hasta este día y elogian estos tiempos benévolos porque el emperador, apacible en el trato, único en bondad, prohibió a los senadores romanos ir delante de su carro, aunque sin embargo Euquerio, que tiene sangre real por ambos progenitores, y su augusta hermana le tributaban a su triunfante hermano honores como simples soldados. La severa ternura de su padre estableció así ser parco para sí mismo y para las prendas de su amor y le niega a su hijo lo que le otorga al honor de los próceres. La preocupación de la vejez y la edad madura reconocen estas cosas y, comparando entre el aspecto de la antigua corte y la actual, estiman que Honorio ha venido como un ciudadano, sus predecesores como dueños.

Las mujeres admiraban sin descanso las mejillas brillantes entonces en su flor, su cabello con la diadema, su cuerpo que emite verdes resplandores por la trábea adornada con piedras preciosas, sus vigorosos hombros y su cuello que se alza entre esmeraldas eritreas para competir con Lieo. Y la doncella inocente, a la que el sencillo pudor le enciende la cara, contemplándolo todo con sus ojos, le pregunta a su vieja nodriza qué significan aquellos rostros

[81] El puente Mulvio o Milvio, hoy Ponte Molle, sobre el Tíber.

bordados de dragones, si flotan en el viento o amenazan con silbidos reales para arrebatar al enemigo suspendido en sus fauces. Cuando vio a los jinetes revestidos de acero y a los caballos cubiertos de bronce, preguntaba: «¿De qué pueblo vino esta raza de hierro? ¿Qué tierra moldea en metal los caballos que nacen? ¿Acaso el dios de Lemnos [82] introdujo el relincho en el hierro y forjó vívidas estatuas de guerra?». Goza temerosa y señala con su dedo cómo el ave de Juno [83] adorna los vistosos penachos de los cascos, cómo la roja seda, agitada por los rígidos flancos del caballo, se riza bajo su lomo adornado de oro.

Entonces, Estilicón, te pagó la Fortuna el precio de tus grandes esfuerzos, cuando, arrastrado en su mismo carro, contemplaste en su triunfo a través de la ciudad a tu yerno de floreciente juventud y recordaste dentro de tu corazón aquel día que en una situación dudosa en medio de un confuso miedo su padre te confió al morir a su hijo para que lo cuidaras [84]. Tus numerosas virtudes sintieron recogidos sus frutos: la Lealtad el haber conservado la prenda confiada; la Constancia el haber puesto al pequeño a la cabeza del mundo; el Amor el haber dado calor a un hijo adoptivo. Éste es aquel muchacho, el que ahora convoca a los quirites al foro y, apoyado en el trono de marfil de su padre, les cuenta en orden a los senadores las causas y los resultados de sus actos y, siguiendo el ejemplo de los antiguos, dirige las acciones del imperio con el criterio

[82] Vulcano. Cf. *Nupt.*, nota 25.

[83] El pavo real.

[84] Resulta curioso el hecho de que aquí Claudiano se refiera únicamente a la tutela de Estilicón sobre Honorio. Parece que por esta época el caudillo occidental había desechado toda esperanza de establecer su regencia sobre Arcadio. Cf. «Introducción», págs. 69-70.

del senado. Nada añade, nada oculta con las palabras su confianza. Su mente, conocedora de la gloria, rechaza la ayuda del discurso artificial. Lo aprueban los próceres; con la vestimenta gabina [85] del emperador y rodeada por un gran número de generales togados, ya la curia milita bajo el poder de esta corte belicosa. La misma Victoria alada estuvo presente en sus templos, guardiana de la toga romana, la que con sus ricas alas protege el venerable santuario de la asamblea patricia [86]. Ella misma, compañera infatigable de tus armas, ahora por fin goza al verlos reunidos y para todo el tiempo futuro te promete a ti guardián de Roma y a ella misma guardiana tuya.

Luego la vía Sacra (con nombre verdadero ahora) te lleva de nuevo al hogar patrio. Con el entusiasmo del pueblo se enciende la unanimidad, que tú no te procuras con los atractivos del dinero repartido. Y no te busca con afán venales aplausos el tesoro público intentando corromper la honradez: con espíritu puro se te ofrece por tus méritos un favor no comprado. Pues a cada uno lo obliga su propia salvación, don más querido que todos. Apártese lejos el soborno. No busca pago para amar quien debe su vida.

¡Oh, qué misterioso poder infunde al pueblo la presencia del genio del imperio! ¡A qué gran dignidad corresponde alternativamente en su turno tu majestad, cuando la púrpura imperial devuelve los saludos al pueblo reunido en las gradas del circo, cuando resuena, elevado al cielo con el apoyo del cóncavo recinto, el estrépito de la plebe tras haber sido saludada y el eco repite al unísono por to-

---

[85] Cf. *III Cons.*, nota 3.

[86] Referencia a la estatua de la Victoria en el senado. Graciano la había retirado convencido por Ambrosio, pero Honorio la había vuelto a colocar en su lugar.

das las siete colinas el nombre de Augusto! Y no solo hay aquí carreras de caballos; una empalizada rodea el espacio usual para las cuadrigas y la forma de este improvisado anfiteatro derrama la sangre de Libia en un valle extraño para ella. Este lugar ofreció también representaciones guerreras. Contemplamos aquí a menudo grupos armados, huidas realizadas conforme a un plan fijo de movimientos y ordenados regresos, las hermosas habilidades de las vueltas y lo agradable de Marte. Cuando el jefe ha hecho crujir la señal con su látigo, tan gran número de cuerpos ejecutan al mismo tiempo sus cambios de movimiento, con los escudos golpeados en su costado o blandidos de nuevo en alto. Graves suenan los broqueles, agudo es el ruido de las espadas, y el rítmico sonido del hierro, que resuena con el choque de aquéllos marcando el compás, es aplaudido en su turno por éstas. La formación entera se postró al unísono y tan gran número de cascos se inclinan, oh príncipe, para saludarte. Luego, tras haberse escindido la comparsa, se extiende según el orden establecido en variados giros, a los que no superan ni el laberinto gortinio del Minotauro ni la corriente del Meandro con sus numerosas curvas. La formación desplegada se agrupa en círculos mediante marchas en diferentes direcciones y Jano [87], aprisionando a la guerra para siempre con sus puertas de inmovibles goznes, bajo el alegre simulacro de la lucha ofrece a la paz inofensivos honores de armas.

Y ya el dios, coronado en su doble cabeza, abre el nuevo año con un calendario propicio. El Tíber contempla ahora en una sola persona la trábea de Bruto y el cetro de Quirino. Después de muchísimo tiempo el monte Pala-

[87] Cf. *Stil.* II, nota 25. Aquí está mencionado sin duda como símbolo del nuevo año.

tino se alegra de haber contemplado al cónsul. Reconoce el foro la silla curul que había oído en otro tiempo de sus antepasados y, perdido ya el hábito, los lictores imperiales rodean con sus fasces doradas el foro de Trajano. Honorio, cubriendo las segures de su sexto consulado con el laurel de los getas, aplasta con su pie el cuello del Istro dominado. Nacido en su propia fuente, salga este año hacia los pueblos más ilustre que todos. No lo inauguró a él un honor extranjero en una tierra extraña, la curia abrigó su cuna, a él por fin lo vieron los primeros los quirites, a él lo dio a luz la Victoria de buenos augurios tras haber subyugado a las guerras. Que todos los años lo adoren como si fuera un dios, tanto los años sencillos con sus nombres vulgares como aquellos que patrocinaron en diferentes lugares tu belicoso padre y sus predecesores. Venérenlo también, oh Augusto, tus cinco consulados anteriores y los que desempeñarás en la ciudad después de otros. Aunque los afrontas todos siendo el mismo cónsul, sin embargo este sexto brilla con un gran nombre, mejor que los pasados, modelo para los futuros.

RAPTO DE PROSÉRPINA

PREFACIO AL LIBRO I

Quien surcó el primero el mar profundo con un navío de su invención y agitó las aguas con toscos remos, quien se atrevió a confiar su embarcación a los inciertos soplos de los vientos, abrió mediante su ingenio caminos que niega la naturaleza. Primeramente se confió tembloroso a las apacibles olas, recorriendo el borde de los litorales por una ruta sin peligros. Pronto comenzó a afrontar extensas bahías, a alejarse de tierra y a desplegar sus velas a la brisa suave del Noto. Pero cuando poco a poco fue creciendo impetuosa su audacia y el corazón olvidó su temor pusilánime, ya se lanza vagabundo al piélago y, siguiendo las señales del cielo, triunfa sobre las tempestades del Egeo y sobre el Mar Jónico [1].

[1] Para la significación de este prefacio y las deducciones sacadas de él por Birt y Cameron, cf. «Introducción», págs. 53 ss.

LIBRO I

Transportado, mi espíritu me fuerza a revelar con canto audaz los caballos del raptor infernal [2], los astros que reciben el soplo de su carro del Ténaro [3] y el tálamo tenebroso de la Juno subterránea. Profanos, alejad vuestros pasos. Ya el delirio ha expulsado de mi pecho los sentimientos humanos y mis entrañas exhalan en su totalidad a Febo. Ya veo yo a los santuarios conmoverse en sus temblorosos cimientos y a sus umbrales, atestiguando la llegada del dios, esparcir una luz resplandeciente. Ya se oye un gran estruendo desde las entrañas de la tierra, retumba el templo de Cécrope y alza Eleusis sus antorchas sagradas [4]. Las serpientes de Triptólemo [5] lanzan agudos silbidos, levantan sus escamosos cuellos encallecidos por los curvos yugos y deslizándose serenamente se dirigen a mi canto con sus rosadas crestas erguidas. Mira, a lo lejos surge Hécate [6] con sus tres variadas figuras y juntamente

[2] Plutón, raptor de Prosérpina.

[3] Promontorio de Laconia con una caverna por donde, según el mito, se bajaba a los Infiernos. Hoy cabo Màtapán.

[4] Cécrope fue el primer rey del Ática (cf. *Theod.*, nota 10), región donde se encontraba Eleusis, sede de los misterios de Ceres y Prosérpina.

[5] Triptólemo es hijo de Céleo, rey de Eleusis, y de su esposa Metanira. Cuando Plutón raptó a Prosérpina, Ceres recorrió la tierra en busca de su hija y llegó a Eleusis, donde fue acogida cordialmente. En recompensa por la hospitalidad que recibió de los padres de Triptólemo, la diosa se valió de éste para proporcionarles a los mortales el trigo. Ceres le entregó trigo y un carro tirado por dragones alados, en el que Triptólemo viajó por los aires sobrevolando toda la tierra y sembrando el cereal.

[6] Cf. *Ruf.* I, nota 43.

con ella avanza el lampiño Yaco [7], floreciente con la hiedra de sus cabellos, al que cubre la piel de una tigresa de Partia cuyas doradas garras recoge en un nudo; el tirso de Meonia asegura sus ebrios pasos.

Dioses a quienes sirve la innumerable muchedumbre inerte del espacioso Averno [8], dioses avaros a cuyas riquezas se les añade todo lo que perece en la tierra, a los que rodea la Estige interpuesta con sus lívidas aguas y contempla el Flegetonte [9] haciendo girar su humeante caudal en agitados remolinos, reveladme vosotros los misterios de vuestros sagrados sucesos y los secretos de vuestro mundo: con qué llama subyugó Amor a Dite, arrastrada mediante qué rapto poseyó la soberbia Prosérpina el Caos como dote, por cuántas regiones su angustiada madre anduvo errante en ansiosa carrera, de dónde se les dieron los cereales a los pueblos y cómo, abandonadas las bellotas, la encina de Dodona [10] les cedió su puesto a las espigas recién descubiertas.

Un día el soberano del Érebo [11] se encendió en soberbias iras, dispuesto a promover la guerra contra los dioses del cielo, porque solo él estaba privado del matrimonio y desde hacía largo tiempo consumía estériles sus años, no soportando no saber nada del lecho nupcial y de ningu-

---

[7] Yaco tiene gran importancia en el culto, pero muy poca en la mitología. Junto con Ceres y Prosérpina constituía la tríada de divinidades invocadas en el ritual de Eleusis. Poco se sabe de él, salvo el hecho de que fue equiparado a Baco (parece que sólo por la semejanza de sus nombres). Se le designa diversamente como hijo o esposo de Ceres, hijo de Prosérpina e hijo de Baco.

[8] Cf. *Ruf.* II, nota 56.

[9] Cf. *Ruf.* I, nota 32.

[10] Ciudad del Epiro. Cf. *III Cons.*, nota 29.

[11] Plutón. Para Érebo, cf. *Ruf.* I, nota 12.

na alegría del esposo ni desconocer el dulce nombre de padre. Ya todos los monstruos que se ocultan en el funesto báratro se disponen precipitadamente en sus batallones y en orden de combate y las Furias [12] se conjuran contra el Tonante; Tisífone, con su cabeza poblada de nocivas serpientes, agitando una antorcha de siniestro resplandor, convoca a los armados Manes al pálido campamento. Los elementos, luchando nuevamente con la naturaleza que se les resiste, casi habían roto sus lazos de lealtad; arrancada de cuajo su prisión, desatadas sus cadenas, la estirpe de los Titanes casi había visto la luz del cielo [13] y de nuevo el sangriento Egeón [14], después de haber quitado las ataduras de su exagerado cuerpo, había estado a punto de rechazar con el movimiento de sus cien brazos los dardos disparados contra él.

Pero las Parcas [15] se opusieron a las amenazas y, temiendo por el orbe, esparcieron su respetuosa cabellera blanca ante los pies y el trono de su soberano; con lágrimas suplicantes llevaron a las rodillas de éste sus manos, bajo cuyo poder se gobiernan todas las cosas, las que hilan con sus dedos la trama de los destinos y hacen girar en husos de hierro la larga sucesión de los siglos. En primer lugar Láquesis, sus cabellos esparcidos en desorden, gritaba así al fiero rey: «Oh jefe supremo de la noche, señor de las sombras, para quien trabajan nuestros hilos, que a todos los seres concedes su fin y su principio y compensas el turno del nacimiento con el de la muerte; tú, que riges la vida y la muerte —pues todo lo que engendra la

[12] Cf. *Ruf.* I, nota 11.
[13] Cf. *Prob.*, nota 9.
[14] Cf. *Stil.* I, nota 61.
[15] Cf. *Ruf.* I, nota 44.

materia por doquier, ello se produce porque tú lo otorgas, y a ti se te debe, y en fijos períodos de tiempo envías de nuevo las almas a miembros corpóreos—: no intentes romper las sólidas leyes de la paz, leyes que hemos dispensado nosotras y que hiló nuestra rueca, ni perturbes las alianzas fraternas con la guerra civil. ¿Por qué levantas impíos estandartes? ¿Por qué ofreces las brisas a los inmundos Titanes? Pídeselo a Júpiter; te concederá una esposa». Apenas había terminado ella, el dios se abstuvo de sus planes, enrojeció ante las súplicas y su implacable espíritu se apaciguó aunque es reacio a ceder: como cuando el poderoso Bóreas se arma con un ronco torbellino y, erizado de témpanos de hielo y con sus alas compactas con granizo de los getas, ansía soplar dispuesto a arrastrar piélago, bosques y campos con su vendaval resonante; pero si por casualidad Eolo le opuso enfrente sus broncíneas puertas, se desvanece inconsistente su ímpetu y quebrantados regresan a su prisión los huracanes.

Manda entonces que se haga venir al hijo de Maya [16] para que lleve sus ardientes palabras. Se presentó el dios alado de Cilene, sacudiendo el somnífero caduceo y cubierta su cabeza con el pétaso. El dios en persona se sienta apoyado en su tosco trono, temible por su tenebrosa majestad: su poderoso cetro está cubierto de una abominable herrumbre; una tristísima nube irrita su elevada cabeza y el rigor de su funesta figura lo hace mantenerse impasible; su cólera aumentaba el terror de su aspecto. Entonces deja caer como un trueno tales palabras de su elevada boca —amedrentados guardan silencio los abismos cuando habla

[16] Mercurio, el mensajero de los dioses. Maya, hija de Atlante y Pleíone, fue madre, por Júpiter, de Mercurio, que nació en una cueva del monte Cilene de Arcadia.

el monarca; contuvo su triple ladrido el monstruoso portero [17], el Cocito se detuvo con la fuente de sus lágrimas cerrada, enmudeció el Aqueronte con silenciosas olas y las riberas del Flegetonte hicieron descansar su estrépito—:

«Nieto tegeo [18] de Atlante, divinidad común al mundo subterráneo y al celeste; tú, el único que tienes derecho a cruzar uno y otro umbral, que llevas a cabo las relaciones de ambos mundos, ve rápido, hiende los vientos y lleva estas órdenes al soberbio Júpiter: "¿Tendrás tú, oh el más cruel de los hermanos, tan gran autoridad sobre mí? ¿De este modo la hostil fortuna me quitó el poder juntamente con el cielo? ¿Perdí acaso mi vigor y mis armas cuando me fue arrebatado el día? ¿O tal vez me crees cobarde y sin energía porque no empuño los rayos de los Ciclopes [19] ni me burlo con el trueno de los oídos libres de cuidado? ¿Acaso no te pareció bastante que, privado de la dulce luz, soporte yo el tercer lote de la repartición divina [20], horrorosas regiones, cuando a ti te realza el agradabilísimo Zodiaco y te rodean las Osas con su brillo diverso? ¿Pero además me prohíbes el matrimonio? La hija de Nereo, Anfitrite [21], en su glauco regazo estrecha a Neptuno con sus brazos; a ti, fatigado después de lanzar los rayos, te recibe Juno en su seno de tu misma sangre; ¿para qué voy a contar tus amores furtivos con Latona [22]?, ¿para qué las relaciones amorosas con Ceres y la gran Te-

[17] Cérbero, portero de los Infiernos. Cf. *Ruf.* I, nota 82.

[18] Tegea es una ciudad de Arcadia.

[19] Cf. *III Cons.*, nota 45.

[20] Plutón se refiere aquí a la repartición del mundo por sorteo entre los tres hijos de Saturno. A Júpiter le tocó el cielo, a Neptuno el mar y a Plutón el mundo subterráneo.

[21] Cf. *Nupt.*, nota 40.

[22] Cf. *Prob.*, nota 41.

mis [23]? ¡Tienes tú tantas posibilidades de procrear! Te rodea una multitud dichosa de descendientes. En cambio yo, triste y sin gloria en mi palacio solitario, ¿no voy a consolar las desagradables preocupaciones con ningún hijo? No toleraré un sosiego de tal naturaleza. Pongo por testigos a los comienzos de la noche, a las nunca profanadas aguas de la laguna infernal [24]: si te niegas a obedecer mis ruegos, incitaré al Tártaro a las armas después de abrirlo de par en par, desataré las viejas cadenas de Saturno [25], envolveré el sol de tinieblas; una vez deshecha la armazón del mundo, el cielo resplandeciente se confundirá con el sombrío Averno"».

Apenas había hablado así, ya el mensajero alcanzaba los astros. Había oído el encargo el Padre y, barajando diversos pensamientos, reflexiona consigo mismo quién consentiría en tal matrimonio y querría cambiar el sol por las tinieblas estigias. Una firme decisión puso al fin término a su incertidumbre.

Tenía Ceres, la diosa del Etna [26], una hija que estaba en todo su vigor, hija única y anhelada; no le concedió

[23] De la unión de Júpiter y Ceres nació precisamente Prosérpina. Júpiter también se unió con Temis, llegando a ser así padre de las Parcas y las Horas.

[24] Cuando la lucha entre Júpiter y los Titanes era inminente, el primero estaba buscando aliados. Estige puso a sus hijos a su disposición. El dios le concedió a Estige el privilegio de suministrar el único juramento inviolable de los dioses. Si algún dios se atreve a jurar en falso por las terribles aguas de la Estige, el castigo es de un año de inconsciencia seguido de nueve años de destierro del cielo.

[25] Según una de las leyendas, Saturno fue aprisionado en el Tártaro junto con los Titanes (cf. *Prob.*, nota 9).

[26] Hall prefiere la lectura *Aetnaeae* a la de *Hennaeae*. Aunque la asociación de Ceres con Henna, ciudad en el centro de Sicilia, está bien atestiguada (cf. Cic., *Verr.* 2 IV, 48 ss.), una serie de pasajes en *Rapt.*

Lucina [27] un segundo descendiente, y es que tras el primer parto quedaron exhaustas sus entrañas; cierto es que quedó estéril, pero se muestra ella más orgullosa que todas las madres y le compensa Prosérpina el percance del número de hijos. La mima, va tras ella; no con más ternura anda su arisca madre alrededor de la becerra que aún no huella con sus pezuñas los campos ni ha curvado los incipientes pitones de su testuz semejante a la luna. Ya con el transcurso de los años la doncella había crecido encontrándose cercana al matrimonio, ya la antorcha nupcial inquieta su tímido pudor y la estremece el deseo mezclado con el temor. Resuena el palacio con los pretendientes. Disputan a la vez por la doncella Marte, más diestro con el escudo, y Febo, más poderoso con el arco. El Ródope le ofrece Marte, Febo le brinda con prodigalidad Amiclas, Delos y sus moradas de Claros [28]. De un lado Juno, de otro Latona la pretenden en rivalidad como nuera. A ambos los desdeñó la rubia Ceres y, temiendo que se la raptaran —¡ay, ignorante del futuro!—, [encomienda en secreto a su hija a la tierra de Sicilia, confió su crecimiento a pérfidos Lares [29]], abandonó el cielo y la relega a las costas sicilianas confiando en la naturaleza del lugar.

---

parecen sugerir que Claudiano la relacionaba con el Etna y por ello le aplicó el epíteto de *Aetnaea*, igual que en ESTACIO, *Silv.* V 3, 277, se llama a su hija *Aetnaea Iuno*. La confusión de *Hennaeus* y *Aetnaeus* es muy común: LUCANO, VI 293, 740; SILIO, I 93, 214, XIII 430-431, XIV 245; COLUMELA, *Rust.* X 270; ESTACIO, *Theb.* IV 124. Para este asunto, cf. J. B. HALL, *Claudian. De raptu Proserpinae*, Cambridge, 1969, págs. 200-201.

[27] Cf. *Prob.*, nota 33.

[28] Lugares consagrados a Apolo. Para Amiclas, cf. *Get.*, nota 46.; para Delos, cf. *Prob.*, nota 41; Claros es una ciudad de Jonia.

[29] Versos de autenticidad discutida.

Antiguamente Trinacria fue sólo una parte de Italia, pero el mar y el tiempo cambiaron su posición. Nereo rompió victorioso su adhesión y bañó con sus aguas los montes que él separó; un pequeño estrecho separa las tierras que estuvieron enlazadas. Ahora la naturaleza opone a un mar de tres puntas la isla arrancada de la tierra a la que estuvo unida: de un lado el promontorio de Paquino [30] repele con su barrera de rocas las iras del Mar Jónico; de otro lado ruge la Tetis getula, que alzándose golpea los brazos del Lilibeo [31]; de otro la furia del Tirreno, indignándose por ser retenida, bate el obstáculo del Peloro [32]. En medio de la isla se levanta el Etna con rocas calcinadas, el Etna, que nunca va a silenciar el triunfo sobre los Gigantes, la tumba de Encélado [33], quien, encadenadas sus maltrechas espaldas, exhala de su ardiente herida un azufre inagotable; y cuantas veces intenta con su indócil cuello eludir hacia el lado derecho o hacia el izquierdo la pesada carga, entonces la isla se conmueve en sus cimientos e inseguras se bambolean las ciudades junto con sus murallas.

A las cumbres del Etna sólo puede llegarse mediante la vista, no es posible alcanzarlas mediante una ascensión. La parte restante está cubierta de árboles, pero ningún labrador cultiva su cima. Ora arroja los vapores que produce en sus entrañas y mancha con una nube de pez el abrumado día, ora golpea los astros con espantosas moles y alimenta sus llamas con sus propias ruinas. Pero aunque

[30] Cf. *Gild.*, nota 36.

[31] El promontorio más occidental de Sicilia.

[32] Cf. *Get.*, nota 53.

[33] Para la Gigantomaquia y la tumba de Encélado, cf. *III Cons.*, nota 38.

hirviendo se desborde con un flujo excesivo, es capaz de guardar fidelidad a sus nieves y a sus cenizas a la vez: se endurece el hielo, indiferente a un calor tan grande, protegido por un frío misterioso, e inofensiva lame la llama con humo seguro los hielos contiguos. ¿Qué máquinas hacen rodar estos escollos? ¿Qué fuerza tan grande acumula las rocas formando cavernas? ¿De qué fuente se precipita este torrente de fuego? Bien puede ser que el viento, agitándose en sus prisiones cerradas, se enfurece por entre las grietas de las rocas porque le es impedido el paso mientras busca una salida y, pretendiendo conseguir la libertad, devasta con sus errantes soplos las desmenuzables cavernas; bien puede ser que el mar, filtrado por las entrañas de este monte de azufre, se enciende porque le son oprimidas sus aguas y arroja fuera estos bloques.

Cuando excesivamente confiada ocultó aquí la madre a su hija para mantenerla a salvo, se dirige sin preocupaciones a sus moradas de Frigia y va a ver a Cibeles, la que lleva corona almenada [34], rigiendo los sinuosos cuerpos de los dragones, que en rápido vuelo surcan las nubes transitables y humedecen sus frenos con un veneno inofensivo. Una cresta cubre su frente; verdes manchas adornan su moteado lomo; entre sus escamas brilla rutilante el oro. Ora hienden con espirales los Céfiros, ora rozan los campos con un vuelo más bajo. Deslizándose por el blanco polvo, fecunda la rueda la tierra surcada: enmarillece de espigas su ruta, al crecer ocultan los tallos sus huellas; acompañándola recubren las mieses su camino.

Ya queda atrás el Etna y Trinacria entera decrece a la mirada de la diosa que se aleja. Ay, cuántas veces, pre-

[34] Para Cibeles, cf. *Gild.*, nota 27; para su corona de torres, cf. *Eutr.* II, nota 53.

sintiendo su desgracia, roció sus mejillas con las lágrimas brotadas, cuántas veces volvió sus ojos hacia el palacio pronunciando tales palabras: «Salud, tierra queridísima que he preferido al cielo, a ti te encomiendo la alegría de mi sangre y el amado fruto de mi vientre. Te aguarda una recompensa digna. No tendrás que soportar azadón alguno ni te removerá ninguna herida de dura reja. Espontáneamente florecerá tu campo; dejando a los toros en reposo, más ricos se maravillarán tus habitantes de las cosechas obtenidas». Así dice, y alcanzó el monte Ida con sus rojizos dragones.

Aquí está la sede augusta de la diosa y la piedra sagrada del templo venerable, piedra a la que sombrea con sus densas frondas un pino que, sin que ninguna tempestad agite al bosque, deja oír agudos cantos con sus ramas productoras de piñas. Dentro hay espantosas danzas y furioso gime el santuario con los cantos mezclados; el Ida se desenfrena en alaridos; el Gárgaro inclina sus orgullosos bosques. Después que apareció Ceres, dejan de mugir los tímpanos; callaron los coros; no agitaron los Coribantes sus espadas; no resuenan la flauta ni los címbalos [35] y los leones sometieron mansamente su melena. Regocijándose sale Cibeles de su santuario e inclina hacia adelante las torres de su corona para besar a su hija.

Júpiter, oteando hacía tiempo desde su elevada ciudadela, había visto esto y descubre a Venus los misterios de su pensamiento: «Citerea [36], voy a confesarte los secretos de mis preocupaciones. Ya hace tiempo que decidí que se otorgase a la hermosa Prosérpina en casamiento al rey del

[35] Para los Coribantes y el culto orgiástico a Cibeles, cf. *IV Cons.*, nota 41 y *Eutr.* I, nota 36.

[36] Venus. Cf. *Nupt.*, nota 31.

Tártaro; así lo ordena Átropo [37], así lo vaticinó la longeva Temis [38]. Ahora, puesto que se ha retirado su madre, es el momento de llevar a cabo la empresa. Marcha a la tierra sicana [39] y, cuando la luz de mañana haya mostrado empurpurado el horizonte, haz que la hija de Ceres se solace en las anchas campiñas; oblígala armada de tus engaños, con los que sueles abrasarlo todo, muchas veces incluso a mí mismo. ¿Por qué permanecen en reposo los reinos inferiores? Ninguna región esté libre de tus dardos y que todos los pechos sean abrasados por Venus en los dominios de la sombra. Sienta ya tus ardores la funesta Erinia [40]; que Aqueronte y el férreo corazón del inflexible Dite se ablanden con tus lascivas flechas».

Se apresura Venus a ejecutar las instrucciones y por mandato de su padre se unen como compañeras Palas y la diosa que aterra al Ménalo con su arco encorvado [41]. Se iluminó el sendero al paso de las diosas, como el cometa que, mensajero de un siniestro presagio, enrojeciendo prodigiosamente se desliza rápido con un fuego sanguíneo; no lo contempla sin peligro el marinero ni lo ven impunemente los pueblos, sino que con su cabellera amenazadora anuncia o tempestades para las naves o enemigos para las ciudades. Llegaron al lugar donde resplandecía el palacio de Ceres, sólidamente construido por la mano de los Cíclopes [42]. Altas se alzan sus murallas de hierro, de hierro son sus puertas, y el acero une sus inmensas cerraduras.

---

[37] Una de las Parcas. Cf. *Ruf.* I, nota 44.

[38] Cf. *Ruf.* I, nota 6.

[39] Sicilia. Cf. *Theod.*, nota 29.

[40] Las Furias. Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[41] Diana.

[42] Cf. *III Cons.*, nota 45. A continuación se menciona a dos de ellos: Piragmón y Estéropes.

Piragmón y Estéropes no erigieron ninguna construcción con tanto sudor; nunca los fuelles soplaron con tales vientos, ni fluyó en tan gran corriente el metal fundido por el horno fatigado. El atrio está revestido de marfil; en vigas de bronce se apoya el techo y el electro se yergue formando elevadas columnas.

La misma Prosérpina, dulcificando la mansión con su tierno canto, inútilmente bordaba un presente para cuando volviera su madre. Aquí recamaba con su aguja la sucesión de los elementos y la morada de su padre, las leyes con las que la madre naturaleza ordenó el caos inicial y con las que los principios de las cosas se dirigieron a los lugares asignados: todo lo que era ligero se eleva a lo alto; los cuerpos más pesados caen al centro; se abrasó el éter, la llama se situó en el cielo; fluyó el mar; la tierra quedó suspendida. No había un solo color: a las estrellas las enciende en oro, en púrpura derrama las aguas; realza los litorales con piedras preciosas, y los hilos que bordan las olas fingidas, con su arte ya casi se encrespan. Hubieras creído que las algas estaban pegadas a las rocas y que un sordo murmullo se desliza por las absorbentes arenas. Añade también las cinco zonas; con hilo rojo distingue la del centro, agobiada por un fuego ardiente; era árido el espacio abrasado y estaba sediento el tejido por el continuo calor. A ambos lados colocó las dos zonas donde se desarrolla la vida; habitables por el hombre, las domina un clima templado. Luego desplegó en los límites exteriores las dos regiones ateridas, les da el aspecto de un invierno perenne y entristece la tela con un frío eterno. Y también representó las moradas sagradas de su tío Dite, y los Manes, concedidos a ella por el destino. Y no faltó un augurio, pues su présago rostro empezó a humedecerse con súbitas lágrimas.

Y había comenzado ya a labrar en el borde superior del tejido las sinuosidades del Océano con sus aguas transparentes, pero se dio cuenta de que se presentaban las diosas tras girar los goznes de la puerta; deja su labor sin terminar, y tiñó de púrpura su nívea cara, encendida en sus límpidas mejillas; la iluminaron los castos fuegos del pudor: no brilla así el esplendor del marfil que una mujer de Lidia ha teñido con púrpura de Sidón.

Habían ocultado las olas el día; la noche húmeda, esparcido el sueño, había traído en su azulada biga el lánguido reposo; y ya Plutón, por mandato de su hermano, emprende el camino hacia las brisas superiores. La odiosa Alecto [43] engancha en la lanza del carro los fieros caballos que comen los pastos del Cocito, andan errantes por las negras praderas del Érebo y, bebiendo las podridas aguas de la apacible Lete, espumean por sus lenguas adormecidas oscuros olvidos: Orpneo, que centellea terriblemente, Ectonio, más rápido que una flecha, Nicteo, gloria sublime de los rebaños de la Estige, y Alástor, señalado con la marca de Plutón [44]. Estaban uncidos delante de la puerta y relinchaban horriblemente esperando la alegría de la presa que les va a deparar el día siguiente.

---

[43] Una de las Furias. Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[44] A los caballos de Plutón (los *atri equi* de Ov., *Met.* V 360), Claudiano les da nombres simbólicos de derivación griega. En orden: el Sombrío, el Subterráneo, el Nocturno y el Perseguidor.

RAPTO DE PROSÉRPINA

PREFACIO AL LIBRO II

Cuando Orfeo, adormecidos sus cantos, prolongaba su descanso y durante largo tiempo había dejado a un lado descuidada su lira, lloraban las Ninfas el consuelo que se les había quitado, reclamaban afligidos los ríos los dulces acordes. Vuelve a las fieras su naturaleza salvaje y la novilla, temerosa del león, implora el auxilio de la lira que permanece callada. Incluso los insensibles montes lloraron su silencio y los bosques que a menudo fueron tras la tortuga de Bistonia [1].

Pero después que el Alcida, venido desde la inaquia Argos [2], tocó el suelo de Tracia con su pie portador de la paz, derribó los crueles establos del sanguinario rey y alimentó con hierba a los caballos de Diomedes [3], entonces, alegrándose el poeta en el tiempo festivo de su patria, volvió a tocar los melodiosos acordes de su desacostum-

[1] Tracia, patria de Orfeo. Cf. *III Cons.*, nota 26.

[2] Cf. *Prob.*, nota 44.

[3] Cf. *Ruf.* I, nota 69.

brada lira y, modulando con su pulido plectro las cuerdas adormecidas, extrajo con festivos dedos una célebre melodía. Apenas se le había oído, se calman los vientos y las olas, el Hebro corrió más lento con sus heladas aguas, aproximó el Ródope sus rocas sedientas de canto, el Osa, inclinándose demasiado, se sacudió las heladas nieves; el alto álamo desciende del Hemo que quedó desnudo y amigablemente arrastra el pino como compañera a la encina; el laurel, aunque despreció las artes cirreas del dios [4], viene atraído por los acentos de Orfeo. Los molosos acariciaron dulcemente a la liebre sin que ésta corriese peligro, puso la cordera su costado próximo al lobo. En concordia juegan los gamos con los rayados tigres, no temieron los ciervos la melena del león de Masilia.

Cantaba él a Hércules [5], la persecución de su madrastra, sus trabajos y los monstruos sometidos con su brazo

[4] Dafne, transformada en laurel, había rechazado a Apolo. Para Cirra, cf. *Ruf.* I, nota 2.

[5] Nos enumera a continuación Claudiano las leyendas acerca de Hércules y sus trabajos: la encarnizada persecución de su madrastra; la matanza de las dos serpientes descomunales que Juno le envió a la cuna; la captura del toro cretense —el Dicte es un monte de Creta— (cf. *Ruf.* I, nota 79); la sumisión de Cérbero, al que Hércules logró llevar a presencia de Euristeo, aunque enseguida volvió a llevarlo al Infierno, donde lo dejó definitivamente; la consecución de la piel del león de Nemea, catasterizado después por Júpiter (cf. *Prob.*, nota 6); la captura del jabalí de Erimanto; la adquisición del cinturón de la Amazona Hipólita (cf. *Fesc.*, nota 8); la matanza de las aves del Estinfalo, lago de Arcadia donde se refugiaban innumerables aves huyendo de los lobos y a las que Hércules logró abatir a flechazos en su sexto trabajo; la conducción desde los confines del Océano hasta Micenas de las vacas del monstruoso Gerión (cf. *Ruf.* I, nota 81); la lucha con el monstruo Anteo (cf. *Ruf.* I, nota 78); la matanza de la Hidra de Lerna (cf. *Ruf.* I, nota 80); la persecución y captura de la cierva de Cerinía, comúnmente llamada la

poderoso; cómo mostró las serpientes estranguladas a su temerosa madre y, niño intrépido, sonrió con un semblante fiero: «No te asustó a ti el toro que espantaba con sus mugidos a las ciudades dicteas, ni el furor del can infernal, ni el león que habría de llegar a la bóveda estrellada del cielo, ni el jabalí gloria del monte Erimanto. Tú desataste los ceñidores de las Amazonas, acometiste con tu arco a las aves del lago Estinfalo, condujiste los rebaños desde el occidente del mundo, abatiste los numerosos miembros de su pastor de tres cuerpos y otras tantas veces tornaste vencedor de un solo enemigo. De nada le sirvió a Anteo tocar la tierra, de nada le sirvió a la Hidra renacer, ni sus rápidos pies pudieron substraer a la cierva. Se apagó la llama de Caco, enrojeció el Nilo con la sangre de Busiris, se empapó el Fóloe con la matanza de los Centauros, nacidos de las nubes. A ti te contemplaron con estupor los golfos de Libia, se horrorizó ante ti la inmensa Tetis cuando soportaste el cielo colocado encima. Con más solidez aún estuvo suspendido el mundo sobre el cuello de Hércules; Febo y los astros recorrieron tus hombros».

Así cantaba el poeta de Tracia. Pero tú, Florentino [6], eres para mí un segundo Hércules: tú avivas mi plectro, despiertas los antros de las Musas adormecidos por un largo sueño y guías sus apacibles danzas en círculo.

---

cierva de los cuernos de oro; la destrucción de Caco, ser monstruoso que respiraba llamas y humo y que le robó a Hércules las vacas del ya mencionado Gerión; la muerte de Busiris (cf. *Ruf.* I, nota 70); la matanza de los Centauros en el Fóloe, monte de Arcadia, cuando Hércules se dirigía a capturar al jabalí del Erimanto; cómo el héroe soportó el cielo sobre su cuello en sustitución de Atlas (cf. *Stil.* I, nota 25).

[6] Para Florentino y otras cuestiones de este prefacio, cf. «Introducción», págs. 54 ss.

LIBRO II

El día, a pesar de que había dejado entrever su luz, aún no había tocado puro las olas jónicas; rieló su resplandor en las temblorosas aguas y centellearon por el azulado mar errantes fuegos. Y ya Prosérpina, con ánimo atrevido y olvidada de su fiel madre, por la astucia de Venus se dirige a los prados bañados de rocío (así lo quisieron las Parcas). Tres veces las puertas, al haber girado sus goznes, emitieron un ruido premonitorio; tres veces el Etna, conocedor del destino, gimió tristemente con terribles mugidos. Sin embargo ninguna señal espantosa, ningún prodigio la retiene. Las tres diosas, hermanas suyas, se unieron como compañeras a su marcha.

Marcha la primera Venus, sintiendo alegría por su engaño y excitada por tan gran proyecto, y se representa en su espíritu el rapto inminente, ella, que va a doblegar ya al inflexible Caos, que, sometido Dite, en un ingente triunfo va a llevar ya como esclavos a los Manes. Su cabellera, dividida por una aguja idalia [7], se riza en numerosos bucles; un broche que su marido trabajó con sudor deja suspendido su manto purpúreo adornado con piedras preciosas.

Tras ella se apresuran la deslumbrante reina del parrasio Liceo [8] y la que protege con su lanza la ciudadela de Pandíon [9], vírgenes ambas; fiera ésta en las funestas gue-

[7] Idalia es una ciudad de Chipre consagrada a Venus.

[8] Diana tenía en gran estima a Arcadia, región a la que pertenecen el monte Liceo y la ciudad de Parrasia.

[9] Palas, la diosa protectora de Atenas. Para Pandíon, cf. *IV Cons.*, nota 101.

rras, temible aquélla para las bestias salvajes. La Tritonia [10] lleva cincelado en su amarillento casco a Tifón [11] que, extinguido en sus miembros superiores, aún tiene vigor en los inferiores, en parte muerto y en parte superviviente. Su lanza, que se alza con su terrible punta de hierro por las nubes, parece un árbol; sólo encubre el estridente cuello de la Gorgona [12] con la anteposición de su resplandeciente manto. Pero el aspecto de Trivia [13] es dulce y mucho se parece a su hermano en el rostro. Hubieras pensado que eran las mejillas de Febo, los ojos de Febo y solo el sexo establecía la distinción. Resplandecen sus brazos desnudos; había dejado flotar en las ligeras brisas sus esparcidos cabellos; está en reposo la cuerda en su arco aflojado; en su espalda cuelgan las flechas. Dos ceñidores pliegan su túnica de Gortina que cae hasta sus rodillas; en el movimiento de la tela va errante Delos y rodeada de agua la arrastra un mar dorado.

Entre ellas avanza al mismo paso por la hierba la hija de Ceres, ahora orgullo de su madre, pronto desesperación suya; y no inferior en su belleza ni en su majestad, habría podido parecer Palas si hubiera llevado un escudo, Febe [14] si flechas. Un jaspe pulido anuda sus vestiduras recogidas.

---

[10] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[11] Para Tifeo o Tifón, cf. *III Cons.*, nota 38. Las erupciones o sacudidas del Etna se explicaban a veces como convulsiones de Tifeo, aprisionado pero no muerto.

[12] Para la Gorgona, cf. *Ruf.* I, nota 75. Dado que Minerva tenía en su escudo una cabeza de Gorgona, se afirmaba que esta diosa había dado muerte a la Gorgona en la batalla contra los Gigantes. Las dos tradiciones fueron conciliadas al hacer que Perseo matase a la Gorgona por mandato de Minerva y diera a ésta la cabeza.

[13] Diana. Cf. *Ruf.* I, nota 43.

[14] Diana. Cf. *Ruf.* I, nota 8.

Nunca se obtuvo un resultado más afortunado del arte con la destreza del peine de tejer; jamás los hilos fueron tan concordes con ninguna tela ni bordaron figuras hasta tal punto de realidad. Aquí había hecho ella nacer al Sol del semen de Hiperíon [15], y del mismo modo, pero con forma diferente, a la Luna, los guías de la aurora y de la noche. Tetis les ofrece una cuna y reconforta en su regazo a los niños jadeantes; su azulado seno resplandece con los rosados pupilos. Lleva en su brazo derecho al Titán, sin fuerzas todavía, aún no poderoso por su luz ni coronado en lo alto con crecidos rayos; está representado más dulce en su primera edad y exhala con sus vagidos un delicado fuego. En el lado izquierdo la hermana bebe los jugos del pecho cristalino y está señalada en sus sienes con un pequeño cuerno.

Está exuberante con tales vestimentas. En su marcha la acompañan las Náyades [16] y por una y otra parte la rodean en amigable multitud las que frecuentan tus fuentes, oh Criniso, y el Pantagias, que hace rodar a las rocas, y el Gela, que dio su nombre a la ciudad; se encuentran también las que alimenta en sus pantanosas aguas la perezosa Camerina, aquellas a las que mantienen las linfas de Aretusa y las que nutre el extranjero Alfeo —sobre todo este enjambre sobresale Cíane—: así salta con sus encorva-

---

[15] Del Titán Hiperíon y de su hermana la Titánide Tea nacieron el Sol, la Luna y la Aurora.

[16] Las Ninfas de las fuentes y arroyos de las montañas (cf. *Prob.*, nota 46). Las Náyades que acompañan a Prosérpina son Ninfas de las aguas sicilianas: el Criniso, el actual Belice; el Pantagias, un pequeño río del este de Sicilia; el Gela, cercano a la ciudad del mismo nombre; la laguna de Camerina, cerca de la ciudad del mismo nombre, en la costa meridional de Sicilia; Aretusa (cf. *Ruf.* II, nota 5), fuente de Ortigia, isla próxima a Siracusa; Cíane, fuente cercana también a Siracusa.

dos escudos la hermosa cohorte de las Amazonas [17], cuantas veces la varonil Hipólita, habiendo devastado las regiones de la Osa, lleva de regreso tras el combate a su níveo batallón, ya si abatieron a los rubios getas, ya si por casualidad hicieron añicos con sus hachas del Termodonte [18] al helado Tánais; o así celebran las solemnes festividades de Baco las Ninfas de Meonia, que nutre el Hermo, y recorren empapadas de oro las riberas de su padre; se alegra el río en su gruta e inclina pródigo la urna que hace rodar las aguas.

Desde su cima cubierta de hierba había visto al grupo de divinidades el Etna, padre de las flores, y llama al Zéfiro que estaba sentado en la hondonada de un valle: «Oh padre gratísimo de la primavera, que gobiernas siempre sobre mis prados con tu vuelo alegre y los humedeces durante todo el año con soplos continuos, mira el cortejo de Ninfas y las altivas hijas de Júpiter que consienten en solazarse por mis campiñas. Acude ahora y ayúdame, te lo suplico. Haz que todos los tallos se cubran hoy de flores, que me envidie el fértil Hibla [19] y que reconozca que sus jardines son inferiores. Todos los aromas que exhala Pancaya [20] en sus bosques productores de incienso, todos los perfumes con los que de lejos hechiza el oloroso Hidaspes y todos los que recoge el ave inmortal de los confines de Saba cuando va a buscar un nuevo nacimiento en la anhelada hoguera [21], espárcelos en mis venas y acaricia mis

---

[17] Cf. *Fesc.*, nota 8.

[18] Río de Capadocia, próximo al lugar en que habitaban las Amazonas.

[19] Cf. *Fesc.*, nota 16.

[20] Cf. *III Cons.*, nota 47.

[21] El ave inmortal es el ave Fénix (cf. *Stil.* II, nota 49). Saba es una ciudad de la Arabia Feliz. Gozó de fama el incienso y también la mirra que se producían en su territorio.

campos con abundantes soplos. Que sea yo digno de ser cogido por dedos divinos, que deseen las diosas ornarse con mis guirnaldas».

Había hablado así, y Zéfiro sacude sus alas empapadas de un fresco néctar y fecunda el suelo con un fértil rocío. Por donde vuela, lo sigue el rubor de la primavera; toda la tierra brota con plantas y la bóveda del cielo se hace visible en medio de un tiempo sereno. Baña las rosas de un esplendor sanguíneo, los arándanos de negro y tiñe las violetas de un dulce púrpura oscuro. ¿Qué ceñidores partos, que habrán de ajustar los pechos de los reyes, están adornados con tanta pedrería? ¿Qué vellones se tiñen tanto en las ricas espumas de las calderas asirias? No despliega tales alas el ave de Juno ni cambiando en tantísimos colores rodea el arco iris la incipiente tempestad, cuando con un recorrido curvo aparece verde entre las separadas nubes un húmedo sendero.

La belleza del lugar supera a la de las flores; era una llanura curvada con una pequeña elevación y, alzándose con una suave pendiente, crecía hasta formar una colina. Desde los huecos de la roca viva lamían las fuentes con rápidos arroyuelos el césped cubierto de rocío; un bosque mitiga el sol ardiente con la frescura de sus ramas y en medio del verano se apropia para sí mismo del invierno: el abeto, apropiado para la navegación, el cornejo, adecuado para las guerras, la encina, amada por Júpiter, el ciprés, para proteger las tumbas, el acebo, lleno de panales, el laurel, conocedor del futuro; aquí, agitado en su espesa copa, se bambolea el boj, allí serpentea la hiedra, aquí los pámpanos recubren a los olmos. No lejos de allí se extiende un lago —Pergo [22] lo han llamado los sicanos—

[22] Lago próximo a la ciudad de Henna, llamado en la actualidad Pergusa. Para los sicanos, cf. *Theod.*, nota 29.

y, ceñido por un borde frondoso de bosques, empalidece en las aguas próximas a las orillas; deja traspasar hasta el fondo los ojos que lo contemplan; el agua, transparente en una gran extensión, conduce sin obstáculo las miradas bajo las límpidas linfas y revela los hondos secretos de la diáfana profundidad. [Encaminándose hacia allí, la cohorte se regocija a través de los campos floridos [23]].

Citerea las exhorta a que cojan las flores: «Venga, hermanas, ahora mientras es muy húmedo el aire con el sol de la mañana, mientras mi querido Lucífero humedece los amarillentos campos lanzándose en su caballo que esparce rocío». Habiendo hablado así, coge el símbolo de su dolor [24]. Entonces el resto del grupo invadió las variopintas praderas. Hubieras creído que un enjambre se esparcía para conseguir el tomillo del Hibla, cuando sus reyes levantan el campamento de cera y el ejército que produce la miel, tras ser enviado desde el hueco vientre de un haya, zumba en sus flores preferidas. Las praderas son despojadas de su adorno; una mezcla los lirios con las sombrías violetas; a otra la adorna la flexible mejorana; avanza una florecida de rosas, blanca de alheñas otra. También te cortan a ti, Jacinto [25], que te afliges en tu lamentable figura,

---

[23] El verso es probablemente interpolado.

[24] La rosa o la anémona, flores nacidas de la sangre de Adonis cuando fue matado por el jabalí. También se dice que la anémona brotó de las lágrimas que Venus derramó por la muerte de su amado y que las rosas, que en otro tiempo eran todas blancas, se tiñeron de rojo con la sangre de Venus, que se pinchó con una espina cuando corría en ayuda del moribundo Adonis. En cuanto a los reyes del enjambre, a los que se alude a continuación, debemos decir que la mayoría de los escritores antiguos consideraron que la reina de la colmena era un macho y no una hembra.

[25] Jacinto, joven de la ciudad laconia de Amiclas, era amado por Zéfiro y Apolo. El joven prefirió a este último y Zéfiro se vengó soplan-

y a ti, Narciso [26], ambos ahora señeras flores de la primavera, en otro tiempo resplandecientes efebos; tú, Jacinto, naciste en Amiclas, a éste lo engendró el Helicón; te mató a ti el viraje del disco, a éste lo engañó el amor de la fuente; te llora a ti el dios de Delos con su frente bajada, a éste Cefiso con sus cañas rotas.

Se agita más que las otras por un ardiente deseo de coger flores la que es esperanza única de la diosa frugífera; ora llena con los despojos de la campiña sus sonrientes canastillos de mimbre trenzado, ora reúne las flores, y ella misma, ignorante, se corona, fatídico presagio de su casamiento. Incluso la misma soberana de trompetas y armas relaja en apacibles distracciones su diestra, con la que perturba a los esforzados ejércitos, con la que arranca las sólidas puertas y las murallas; deja a un lado su lanza, y enseña a su escudo a serenarse con desacostumbradas guirnaldas. La cimera de hierro perdió su fiero aspecto, desapareció el horror marcial y su penacho floreció con un resplandor pacífico. Y la diosa que rastrea con sus perros la caza del Partenio [27], no desdeñó la compañía, y la liber-

---

do de pronto en el mismo instante en que Apolo, jugando con su favorito, lanzaba el disco. Éste, llevado por la ráfaga, fue a dar en la cabeza de Jacinto y le causó la muerte. Apolo sufrió amargamente por ello. De la sangre del joven brotó la flor que lleva su nombre, marcada en sus pétalos con la exclamación de dolor *aiaî,* interjección griega de lamento.

[26] Narciso, hijo del río Cefiso de Beocia y de la ninfa Liríope, era un joven bellísimo pero desdeñoso. Después de haber despreciado a muchas amantes, entre ellas a la ninfa Eco, Némesis lo castiga haciendo que se enamore de sí mismo al verse en el espejo de las aguas de una fuente cuando se inclinó para beber. Incapaz de alejarse de allí, permaneció junto a la fuente hasta que murió de inanición y de anhelo insatisfecho, convirtiéndose en la flor que lleva su nombre.

[27] Diana. El Partenio es un monte de Arcadia.

tad de sus cabellos quiso solo frenarla con la imposición de una corona de flores.

Mientras, a la manera de doncellas, se entregan por todas partes a tales goces, he aquí que de repente resonó un ruido, chocaron las torres y las ciudades se derrumbaron inclinándose tras ser sacudidos sus cimientos. No se sabe el motivo. Solo la diosa de Pafos [28] reconoce el extraño estrépito y estremecida se alegra con una mezcla de temor. Y ya el soberano de las almas a través de tenebrosos rodeos trataba de encontrar un camino bajo la tierra y con sus poderosos caballos pisaba al gimiente Encélado [29]; las ruedas hienden sus inmensos miembros; el gigante, oprimido su cuello, se esfuerza soportando a Sicania juntamente con Dite, intenta débilmente moverse y obstaculiza al carro con sus serpientes fatigadas; rápido se desliza por su espalda sulfurosa un carril humeante. Y como ocultamente se dirige el soldado contra el enemigo desprevenido, por las galerías de una superficie excavada franquea los muros eludidos mediante un sendero secreto y, pareciendo hombres nacidos de la tierra, irrumpe vencedora la multitud en la ciudadela cogida por sorpresa, así el tercer heredero de Saturno explora con sus riendas errantes secretas regiones, deseando salir bajo el cielo de su hermano. No aparece ninguna puerta; por todas partes se lo impedían las rocas colocadas delante y retenían al dios con una sólida barrera. No soportó él estos retrasos e indignándose golpea los peñascos con su desmesurado cetro. Resonaron como un trueno las cavernas de Sicilia; se turba Lípara [30]; tras abandonar la forja, quedó estupefacto Múlciber [31] y tem-

[28] Venus. Para Pafos, cf. *Nupt.*, nota 35.

[29] Cf. *III Cons.*, nota 38.

[30] Lípari. Cf. *III Cons.*, nota 45.

[31] Vulcano. Cf. *Prob.*, nota 17.

blorosos dejaron los Ciclopes caer de sus manos los rayos. Todos lo oyeron, tanto si a alguno lo retiene el hielo de los Alpes, como el que te surca a nado a ti, Tíber no ceñido aún con los trofeos latinos, y el que hace navegar con los remos un álamo lanzado al Po.

Así, cuando la laguna de las aguas estancadas del Peneo cubría rodeada de escollos a Tesalia [32] y no permitía que se cultivasen los sumergidos campos, Neptuno empujó con su tridente los montes que se le oponían; entonces la cima del Osa, quebrada por el formidable golpe, se desprendió del helado Olimpo; se escapan de su prisión las aguas y el camino abierto entrega el río a la mar y la tierra a los labradores.

Después que, rendida a su brazo, aflojó Trinacria su sólida ligazón y en una ancha extensión se abrió con una grieta inmensa, un súbito terror aparece en el cielo: cambiaron los astros las leyes de su curso; se bañó la Osa en las aguas prohibidas para ella; apresura el miedo al perezoso Boyero [33]; Orión [34] se estremeció de horror; empalideció Atlas tras oír los relinchos; el sombrío aliento obscurece al cielo resplandeciente; el orbe aterró a los corceles acostumbrados a pacer en las eternas tinieblas. Espantados por un cielo más luminoso, quedaron inmóviles mordiendo sus frenos, e intentan volver de nuevo, girada la lanza, al terrible Caos. Luego, cuando sintieron los azotes del látigo en su grupa golpeada y aprendieron a soportar la

---

[32] Se nos describe aquí la situación originaria de Tesalia, cubierta por las aguas estancadas del Peneo a causa de la barrera formada por la contigüidad del Olimpo y el Osa. Fue Neptuno quien separó los dos montes, ofreciéndole camino así al río. Para esta leyenda, cf. HERÓDOTO, VIII 129.

[33] Cf. *III Cons.*, nota 41.

[34] Cf. *Prob.*, nota 6.

luz del día, se lanzan con más vehemencia que un torrente en invierno, con más rapidez que una lanza arrojada, como no se precipita el dardo del parto ni el soplo impetuoso del Austro ni la sutil agudeza de una mente despierta. Se calientan los frenos con la sangre; su aliento mortífero inficiona las brisas; su espuma emponzoña las arenas manchadas.

Se dispersan en su huida las Ninfas. Prosérpina es raptada en el carro e implora a las diosas. Ya descubre Palas el rostro de la Gorgona y se apresura la diosa de Delos con su flecha tendida; no ceden ante su tío: las incita a las armas su común virginidad y las encoleriza el delito del fiero raptor. El dios es como un león que, cuando se ha apoderado de una novilla, orgullo del establo y del rebaño, ha socavado con sus garras las entrañas descubiertas y ha saciado su furor en todos los miembros, se yergue manchado de espesa sangraza, sacude las greñas de su melena y desprecia la vil ira de los pastores.

«Tirano de la multitud inerte, el peor de tus hermanos», —dice Palas— «¿cuáles de tus Euménides [35] te han excitado con sus látigos y sus impías antorchas? ¿Por qué, tras abandonar tu morada, te atreves a profanar el cielo con tu cuadriga infernal? Tienes tú las monstruosas Furias, tienes otras divinidades de la Lete. Las sombrías Furias son dignas de tenerte como esposo. Deja los dominios de tu hermano, abandona el lote que no te pertenece [36] y vete contento con tu tiniebla. ¿Por qué mezclas la vida con la muerte? ¿Por qué huellas nuestro mundo tú que eres un extranjero?».

[35] Las Furias. Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[36] Cf. *Rapt.* I, nota 20.

Mientras gritaba tales cosas, con el centro de su escudo amenazador golpea a los corceles, ansiosos de cruzar al otro lado, y con la barrera de su égida los retiene; al empujarlos silba cerca de ellos con las serpientes de la Gorgona y les cierra el paso con su penacho desplegado. Blande para el golpe su lanza de fresno que, opuesta delante, ilumina el sombrío carro; y la hubiera lanzado, si Júpiter no hubiese disparado pacíficamente desde lo alto del cielo las alas de un rayo encendido, reconociéndose suegro. Truena el himeneo desde las nubes hendidas y las llamas confirman como testigos el casamiento.

De mala gana cedieron las diosas. Con un gemido apaciguó su arco la hija de Latona y emitió tales palabras: «Oh, acuérdate de nosotros y adiós por largo tiempo. El respeto debido a tu padre ha impedido nuestro auxilio; y no podemos nosotras defenderte contra su voluntad; nos confesamos vencidas por un poder mayor que el nuestro. Tu padre conspira contra ti y te entrega a la muchedumbre silenciosa, ¡ay!, a ti, que no verás a tus hermanas deseosas de tenerte a su lado ni al cortejo de tu misma edad. ¿Qué fatalidad te arrebató de la tierra y condenó con tan gran dolor a los astros? Ya no me apetece ni enlazar mis redes en las espesuras del Partenio ni llevar puesto el carcaj. Sin nada que temer esparza por doquier su espuma el jabalí e impunemente rujan los fieros leones. Te llorarán a ti las cimas del Taigeto, a ti el Ménalo tras ser dejada a un lado la caza y durante largo tiempo te derramará desolado lágrimas el Cinto. Más aún, guardará silencio el templo de mi hermano en Delfos».

Entretanto es llevada en el carro alado Prosérpina con su cabellera esparcida al viento, golpea sus brazos en medio del llanto y prorrumpe en inútiles lamentos a las nubes: «¿Padre, por qué no disparaste contra mí los dardos

forjados por las manos de los Ciclopes? ¿Así te complació entregarme a las crueles sombras, así apartarme del universo entero? ¿No te doblega amor alguno?, ¿no hay en ti nada del sentimiento de un padre? ¿Con qué delito provoqué tan grandes iras? No llevé yo estandartes contrarios a los dioses cuando se ensañaba Flegra con impetuosa revuelta; ni por mi fuerza soportó el helado Osa al Olimpo cubierto de nieve [37]. ¿Por haber intentado qué crimen o cómplice de qué delito se me precipita desterrada a los inmensos abismos del Érebo [38]? ¡Oh, afortunadas todas aquellas a las que se llevaron otros raptores! Al menos gozan del sol común. Pero a mí se me niega al mismo tiempo la virginidad y el cielo, se me arrebata el pudor juntamente con la luz y, tras abandonar la tierra, soy llevada cautiva a servir al rey infernal. ¡Oh flores funestamente deseadas y despreciados consejos de mi madre! ¡Oh artimañas de Venus, descubiertas demasiado tarde! Madre, ¡ay!, ya si con un canto migdonio resuena espantosa a tu alrededor la flauta en los frigios valles del Ida, ya si habitas el Díndimo, que ulula con los mutilados galos, y contemplas las espadas desenvainadas de los Curetes [39], socórreme en mi desgracia, haz detenerse a este loco, retén las fúnebres riendas de este fiero raptor».

---

[37] Para Flegra, cf. *VI Cons.*, nota 2. Por otra parte, el acumular montes con el propósito de llegar al cielo es algo que se atribuye normalmente a los Alóadas, quienes colocaron el Osa sobre el Olimpo y el Pelio sobre el Osa (cf. *Get.*, nota 13). Pero a veces esta acción, en orden inverso, también se atribuye a los Gigantes en la Gigantomaquia. Cf. ANTONIO RUIZ DE ELVIRA, *Mitología clásica*, 2ª ed., Madrid, 1982, págs. 57-58.

[38] Cf. *Ruf.* I, nota 12.

[39] Para el Ida, el Díndimo, los galos y los Curetes, cf. *Gild.*, nota 27, *Eutr.* I, nota 36, y *IV Cons.*, nota 41.

Tales palabras y el llanto hermoso ablandan al cruel dios y siente los suspiros del primer amor. Entonces le enjuga las lágrimas con su manto sombrío y con voz apacible intenta consolar su afligido dolor: «Prosérpina, deja de atormentar tu espíritu con funestas preocupaciones y con un miedo infundado. Recibirás un cetro poderoso y no tendrás que soportar el matrimonio de un marido indigno. Yo soy el famoso hijo de Saturno a quien está sometido el universo y mi poder se extiende por la inmensidad del vacío. No creas perdida la luz; tenemos otros astros; hay otro mundo, verás una luz más pura y admirarás más el sol del Elisio [40] y sus piadosos habitantes; hay allí una edad más valiosa, habita la raza de oro; nosotros poseemos eternamente lo que la tierra mereció una sola vez; y no te faltarán delicadas praderas; allí, en Zéfiros más dulces exhalan su aroma flores inmortales que no te ofreció tu Etna. En nuestros densos bosques hay también un árbol muy rico con sus resplandecientes ramas curvadas por el verde metal [41]. Este árbol te será consagrado a ti; serás señora del dichoso otoño y siempre te enriquecerás con amarillentos frutos. Pero he dicho poco: todo lo que abraza el fluido aire, todo lo que alimenta la tierra, todo lo que arrastran las aguas del mar, lo que hacen rodar los ríos, lo que han nutrido las lagunas, todos los seres vivientes colocados bajo el orbe de la luna, que ciñe las brisas en el séptimo lugar y separa el mundo mortal de los astros eternos [42], todos se someterán igualmente a tu poder. A tus

---

[40] Cf. *Nupt.*, nota 68.

[41] Poco se sabe de este árbol consagrado a Prosérpina. Debe de ser el mismo del que Eneas debía coger la rama para entrar al mundo subterráneo (cf. VIRGILIO, *Aen.* VI 141).

[42] El «orbe de la luna» es el cielo lunar. En la cosmografía antigua es el último, el más bajo de los cielos concéntricos antes de la tierra

pies vendrán los empurpurados reyes, tras haber dejado a un lado su fasto, mezclados con la multitud de los pobres —la muerte lo iguala todo—. Tú serás la que condene a los culpables, tú la que concedas descanso a los piadosos. Siendo tú el juez, los reos serán forzados a confesar los perversos delitos de su vida. Recibe como siervas a las Parcas junto con la corriente del Leteo. Sea el destino tu voluntad».

Tras haber hablado así, excita a sus caballos triunfantes y penetra con semblante más dulce en el Tártaro. Las almas acuden tan numerosas como las hojas que hace caer de los árboles el Austro demasiado impetuoso, o como las lluvias que acumula en las nubes, o como las olas que rompe, o como las arenas que hace girar en torbellinos. En precipitada carrera se apiñan todas las generaciones de muertos para ver a la insigne esposa. Luego el dios en persona avanza sereno, permitiéndole a su rostro suavizarse con una ligera sonrisa y diferente a como es él. A la entrada de los soberanos se yergue gigantesco el Flegetonte; su erizada barba chorrea con ríos de fuego y por todo su rostro fluyen llamas.

Se les ofrecen con diligencia siervos escogidos de entre la multitud; unos retiran el alto carro y, después de quitarles los frenos, conducen a los corceles, que lo han merecido, a los habituales pastos; otros se ocupan de los tapices; otros cubrían los umbrales con frondas y alzaban para el

---

y separa lo mortal de lo inmortal. Cf. Cic., *Rep.* VI 17: *Infra autem iam nihil est nisi mortale et caducum praeter animos munere deorum hominum generi datos; supra Lunam sunt aeterna omnia* («Pero por debajo ya todo es mortal y caduco, a excepción de las almas, otorgadas al linaje de los hombres como regalo de los dioses; por encima de la Luna todo es eterno»).

lecho nupcial labradas telas. Las virtuosas matronas del Elisio rodearon en multitud a la reina, calman su temor con tiernas palabras, le sujetan sus esparcidos cabellos y le ponen en su rostro el velo nupcial que cubrirá su acongojado pudor.

Se alegra la pálida morada de los muertos, las razas sepultas se muestran radiantes y las sombras se entregan al festín nupcial. Los Manes celebran coronados los gratos banquetes. Desacostumbrados cantos rompen el tenebroso silencio; se calman los gemidos; la oscuridad del Érebo se atenúa espontáneamente y soporta que se aclare su noche eterna. Y la urna de Minos [43] no agita las inciertas suertes; no resuena látigo alguno y, aplazados los suplicios, respira el impío Tártaro sin gemir por dolor alguno. La rápida rueda no da vueltas a Ixión [44] colocado en ella; no se retira de los labios de Tántalo el agua enemiga; [Ixión es desatado, Tántalo logra alcanzar la ola [45]]. Y por fin Titio yergue sus enormes miembros y dejó al descubierto nueve yugadas de árida superficie —¡tan gigantesco era!—; el buitre que surca lentamente su oscuro costado es arrastrado del extenuado pecho a la fuerza y se queja de que ya no crecen para alimento suyo las entrañas consumidas.

Las Euménides, olvidándose de los crímenes y de su temible furor, preparan las crateras y beben el vino por su monstruosa cabellera; interrumpidas sus amenazas, cantando ya dulcemente hacen llegar hasta las copas llenas a sus compañeras las serpientes y con llama diferente encienden festivas sus antorchas. Entonces también, aves, sobrevolasteis ilesas las apaciguadas aguas del pestífero Aver-

[43] Cf. *Ruf.* II, nota 52.

[44] Para los castigos de Ixión, Tántalo y Titio, cf. *Ruf.* II, nota 58.

[45] Verso posiblemente espurio.

no[46]; contuvo el Amsancto[47] su exhalación: se calló su remolino en la inmóvil corriente. Dicen que, cambiado su flujo, las fuentes del Aqueronte manaron entonces con desconocida leche y cuentan que el Cocito, verdegueante de hiedra, agitó olas de dulce Lieo[48]. Y no cortó hilos Láquesis[49] ni luctuosos lamentos importunan a los sagrados coros. La muerte no anda errante en la tierra, ningún padre cubrió de lágrimas una pira funeraria. No muere el navegante en el mar, ni el soldado por la herida de la lanza; las ciudades prosperan libres de la siniestra muerte. El viejo barquero coronó de cañas su cabello desgreñado y cantando condujo su barca vacía.

Ya le había aparecido su Héspero[50] al mundo infernal. La virgen es conducida al lecho nupcial. A su lado, presidiendo el himeneo, se yergue la Noche embellecida con un vestido tachonado de estrellas y tocando el lecho sanciona los presagios de himeneo con una unión eterna. Los piadosos gritan exultantes y en el palacio de Dite comienzan así entre aplausos que se prolongan durante toda la noche: «Poderosa Juno nuestra, y tú, oh hermano y yerno de Júpiter, conoced la alianza del sueño unánime y con vuestros recíprocos abrazos entrelazad mutuamente vuestros deseos. Ya nace una prole dichosa; ya espera contenta la naturaleza los dioses que se aproximan. Dadle nuevas divinidades al orbe y engendrad para Ceres sus deseados nietos».

[46] Cf. *Ruf.* II, nota 56. Aquí Claudiano alude a la etimología corriente de Averno, del griego *áornos* («que carece de pájaros»).

[47] Pequeño lago del Samnio, en el país de los hirpinos, perjudicial para la salud a causa de sus emanaciones mefíticas. Era considerado como una de las entradas al Infierno.

[48] Sobrenombre de Baco que significa «El que relaja».

[49] Una de las Parcas. Cf. *Ruf.* I, nota 44.

[50] Cf. *Nupt.*, nota 9.

RAPTO DE PROSÉRPINA

LIBRO III

Júpiter entretanto ordena a la Taumántide [1], rodeada de nubes, ir y convocar a los dioses del universo entero. Ella, deslizándose por los Zéfiros con su vuelo de colores, llama a gritos a las divinidades del mar, reprende a las Ninfas remolonas y hace salir a los ríos de sus húmedas grutas. Todos se precipitan vacilantes y alarmados, preguntándose qué motivo los saca de su tranquilidad, qué asunto debe ser tratado con tan gran agitación. Cuando estuvo abierta la mansión estrellada, se les ordenó que se sentaran. No se mezclaron los rangos: las divinidades celestes obtuvieron por orden los primeros asientos; el segundo lugar lo ocuparon los soberanos del mar, el apacible Nereo [2] y la venerable cabellera blanca de Forco [3]; la

[1] Iris, hija de la Oceánide Electra y del Póntida Taumante. Es la personificación del arco iris, pero su papel principal es el de ser mensajera de los dioses. A partir de Eurípides tiende cada vez más a ser específicamente la sirvienta de Juno.

[2] Cf. *Ruf.* I, nota 51.

[3] Forco, Forcis o Forcín es uno de los hijos del Ponto y la Tierra.

última fila acogió a Glauco [4], el de doble forma, y a Proteo [5], que permanecería con un rostro invariable. Y también a los viejos ríos se les concedió el honor de sentarse; la restante juventud, un millar de corrientes, permanece de pie según la costumbre de la plebe; las húmedas Náyades [6] se apoyan en sus líquidos padres y los Faunos [7] admiran silenciosos los astros.

Entonces comenzó a hablar así solemnemente el padre desde lo alto del Olimpo: «De nuevo han requerido mi atención los asuntos de los humanos, asuntos descuidados por mí hace ya tiempo, desde que conocí la molicie de los tiempos de Saturno y la indolencia de su perezosa edad y me complació excitar con los estímulos de una vida agitada a los pueblos, largo tiempo adormecidos por la inacción reinante bajo mi padre, para que la mies no creciera espontáneamente en los campos sin cultivar ni el bosque abundara en panales ni los vinos brotaran en las fuentes ni resonasen todas las corrientes llenando las copas. Ciertamente no lo hice por envidia —pues no les cabe a los dioses sentir envidia ni hacer mal—, sino porque el lujo aparta de la vida honrada y la abundancia trastorna las mentes humanas. Que la ingeniosa necesidad excite a los espíritus indolentes y vaya explorando poco a poco los caminos desconocidos del universo. Que la destreza haga nacer las artes y la práctica las sustente.

Es una de las divinidades marinas que pertenecen a la primera generación de dioses. Casado con su hermana Ceto, es padre de seis hijas monstruosas, las llamadas Fórcides o Forcínides, que se distribuyen en dos grupos ternarios: las Greas y las Gorgonas.

[4] Cf. *Nupt.*, nota 37.

[5] Cf. *Nupt.*, nota 20.

[6] Cf. *Prob.*, nota 46.

[7] Cf. *Nupt.*, nota 7.

Ahora, con grandes quejas me pide insistentemente Naturaleza que alivie al género humano, me dice tirano cruel e implacable, me recuerda los siglos en que reinó mi padre y llama a Júpiter avaro de las riquezas que ella posee, porque quiero que las llanuras se conviertan en selva por su estado de abandono, que los campos se llenen de zarzas y porque no adorno el año con fruto alguno; dice que ella, que había sido antes madre para los mortales, ha pasado de pronto a tener las costumbres de cruel madrastra: "¿De qué les sirvió haber conseguido su inteligencia del cielo, de qué haberles colocado su cabeza en alto, si a la manera de las bestias andan errantes por los lugares apartados, si mastican bellotas, alimento compartido con ellas? ¿Acaso puede agradarles esta vida que transcurre escondida en las espesuras de los bosques, indiferenciable de la de las fieras salvajes?". Como soporté a menudo tales quejas de la madre Naturaleza, he decidido por fin, más benévolo para el mundo, apartar al género humano del alimento de Caonia [8]; y por ello he determinado que Ceres, que ahora, desconocedora todavía de su desgracia, fustiga junto con su terrible madre a los leones del Ida, corra en su angustiosa aflicción por el mar, por la tierra, hasta que, contenta por las señales del hallazgo de su hija, les conceda los cereales a los hombres, vaya su carro por las nubes para esparcir a los pueblos las espigas, desconocidas ahora, y sus azulados dragones soporten los yugos del Ática [9]. Y si alguno de los dioses se atreve a revelar a Ceres el nombre del raptor, juro por la grandeza de mi imperio y la sólida paz del mundo que, aunque sea él mi hijo, mi hermana, mi esposa o una de la multitud de mis hijas, aunque

[8] La bellota. Cf. *III Cons.*, nota 29.

[9] Cf. *Rapt.* I, nota 5.

se jacte ella de haber nacido de mi cabeza, sentirá de lejos la cólera de mi égida, sentirá el golpe del rayo, se lamentará de haber nacido con naturaleza divina y deseará la muerte. Entonces a él, debilitado por la herida, lo entregaré yo a mi yerno en mano para que soporte la soberanía que traicionó y sabrá si el Tártaro se une para defender su propia causa. Esto es lo que he decidido; que irrevocable siga en este orden su curso el destino». Dijo, y con el terrible movimiento de su cabeza sacudió los astros.

Pero lejos de allí, a Ceres, despreocupada y tranquila bajo las rocas de una gruta en la que resonaban las armas, durante el día ya la espantaban visiones evidentes de su desgracia consumada; las noches aumentan su temor y en todos los sueños desaparece Prosérpina. Pues ora se horroriza de que sus propias entrañas sean desgarradas por dardos enemigos, ora de que sus vestidos, transformados, se vuelvan negros, ora de que en medio de su morada se cubran de follaje los estériles fresnos. Se alzaba además un laurel, más querido para ella que todo el bosque, que durante un tiempo sombreaba con su casta fronda el lecho de su hija; a éste lo vio Ceres cortado en lo profundo de su raíz y a sus enmarañadas ramas mancharse de polvo; al preguntar ella por el sacrilegio, gimiendo le dijeron las Dríades [10] que las Furias lo habían destruido con su hacha infernal.

Pero entonces la figura misma de la víctima, mensajera de sí misma, ya sin rodeo alguno, se apareció en sueños a su madre. Y en verdad se veía a Prosérpina encerrada en el fondo tenebroso de una prisión y atada con crueles cadenas, no como en otro tiempo su madre la había confiado a los campos de Sicilia ni como las diosas la admira-

[10] Cf. *Prob.*, nota 46.

ron recientemente en los valles llenos de rosas del Etna; su cabellera, antes más hermosa que el oro, estaba sucia y la noche había apagado los resplandores de sus ojos; absorbido por el hielo empalidece aquel rubor suyo, flamante esplendor de su soberbio rostro; y sus miembros, que no serían inferiores en blancura a la nieve, toman los colores de la tiniebla del sombrío reino. Así pues, cuando a duras penas pudo al fin reconocerla con miradas de dudas, dijo: «¿De qué delito son tantos castigos? ¿De dónde procede esta horrorosa escualidez? ¿Quién tiene tanto poder para ensañarse cruelmente contra mí? ¿Por qué merecieron tus delicados brazos cadenas de duro hierro apenas adaptables a las fieras? ¿Tú, eres tú mi hija? ¿O me engaña una vana sombra?».

Ella responde: «¡Ay, madre cruel, olvidada de tu desaparecida hija! ¡Ay, tú, que superas en crueldad a las amarillentas leonas! ¿Ha podido poseerte un olvido tan grande de mí? ¿Tanto soy despreciada yo, tu hija única? Ciertamente era dulce para ti el nombre de Prosérpina, que ahora soy ultrajada con suplicios encerrada, como ves, en un abismo de tal naturaleza; tú, despiadada, te entregas a las danzas en coro y todavía te diviertes ruidosamente en las ciudades de Frigia. Mas si no has desterrado del corazón todo tu amor de madre, si yo soy tu hija, Ceres, y no me dio a luz una tigresa del Caspio, te lo suplico, sálvame a mí desgraciada de estas cavernas y llévame de nuevo a la tierra; o al menos, ven a verme si los destinos me prohíben regresar».

Habiendo hablado así, intenta extender sus temblorosas manos; la implacable fuerza del hierro se lo impide y el movimiento de las cadenas interrumpió el sueño de Ceres. Quedó helada por esta visión; se alegra de que no haya sido real, se lamenta de no haber abrazado a su hija,

se lanza enloquecida de lo profundo de su morada y con tales palabras se dirige a Cibeles:

«Madre venerable, ya no me detendré más tiempo en la tierra de Frigia; me reclama al fin la custodia de mi hija querida y de su edad expuesta a todos los engaños. Y no me resulta bastante fiable mi palacio, aunque fue construido en las fraguas de los Ciclopes [11]. Temo que la fama haya revelado el escondite y Trinacria oculte demasiado a la ligera el depósito que le confié; me aterra la celebridad demasiado conocida de los lugares; debo buscar una morada más desconocida en otra región. Con los gemidos y las llamas vecinas de Encélado [12] no puede pasar desapercibido mi retiro. Más aún, siniestros sueños me advierten a menudo con diversas visiones y no hay día que no me muestre un triste presagio amenazándome. ¡Cuántas veces cae por sí sola la amarillenta corona de mis cabellos! ¡Cuántas veces fluye sangre de mis senos! Incluso en contra de mi voluntad se precipitan por mi rostro caudalosos ríos de lágrimas y mis manos golpean involuntariamente mi pecho, que se asombra de ello. Si quiero tocar la flauta, gime lúgubremente; si bato el tímpano, lamentos me devuelve el tímpano. ¡Ay, temo que estos presagios me anuncien alguna verdad! ¡Ay, la larga detención me ha causado daño!»

Cibeles añade: «Llévense lejos los vientos tus vanas palabras. Y no es tan grande la indolencia de Júpiter como para no lanzar el rayo en favor de tu hija. Ve sin embargo y regresa sin que ninguna desgracia te haya afligido».

Cuando oye esto, sale del templo. Ninguna rapidez es suficiente para su carrera; se queja de que no avanzan sus

[11] Cf. *III Cons.*, nota 45.

[12] Cf. *III Cons.*, nota 38.

lentos dragones y, aguijando con alternos latigazos sus inocentes alas, ya intenta alcanzar Sicilia cuando aún no ha perdido de vista el Ida. Todo lo teme y no espera nada. Así se atormenta un pájaro que ha confiado sus tiernas crías a un olmo bajo para ir a buscar alimento y revuelve en su ausencia muchísimas cosas: que el viento no derribe del árbol el frágil nido, que no se expongan como objeto de robo para el hombre ni como presa para las culebras.

Cuando apareció el palacio sin custodia tras haberse retirado los guardianes, las puertas tumbadas sin haberse usado los goznes y el lamentable aspecto del patio silencioso, sin haber esperado a la consideración detallada del desastre, rasgó sus vestiduras y juntamente con sus cabellos arrancó las espigas destrozadas de su corona. Detuviéronse sus lágrimas. Ni voz ni aliento sale de su boca y un escalofrío agita sus huesos en lo profundo de las medulas. Inseguros vacilan sus pasos; franqueadas las puertas, mientras recorre el palacio vacío y los atrios desolados, reconoce las telas medio arruinadas con los hilos embrollados y la labor interrumpida del peine del telar. Aquel trabajo divino se va destruyendo y la audaz araña llenaba los espacios abandonados con su sacrílega tela.

Ella no llora ni lamenta su desgracia; solo imprime sus besos en la tela y ahoga silenciosamente sus lamentos en los hilos. Los husos tocados por su mano, los ovillos diseminados, todas las distracciones esparcidas en su diversión de doncella, los aprieta en su regazo como si abrazara a su hija. Contempla la casta alcoba, el lecho abandonado y los asientos donde había estado sentada en otro tiempo Prosérpina: como queda atónito en el establo vacío el pastor al que, o bien el furor inesperado de unos leones africanos, o bien una banda de saqueadores hicieron grandes

estragos en su rebaño; pero él vuelve tarde y, recorriendo los devastados pastos, llama e implora a sus novillos que no le responderán.

Y allí, en un apartado lugar del palacio, ve tendida en el suelo a Electra [13] que, diligente nodriza de su hija, fue la más célebre entre las Ninfas ancianas del Océano. Su amor era igual que el de Ceres: ella estaba acostumbrada a coger a la pequeña dulcemente en su seno después del tiempo de la cuna, a llevarla al supremo Júpiter y a colocarla juguetona en las rodillas de su padre; se la consideraba su compañera, su guardiana, su segunda madre. Entonces, esparcidos sus cabellos desgarrados y manchados de polvo en su blancura, lloraba el rapto de su divina niña.

Dirigiéndose a ella Ceres, después que su dolor calmó por fin los suspiros y sollozos, dijo: «¿Qué desastre veo? ¿Presa de quién soy llevada? ¿Reina mi marido o son los Titanes los dueños del cielo? ¿Qué mano se atrevió a tales cosas estando vivo Júpiter? ¿Rompió el cuello de Tifeo a Inárime [14]? ¿Acaso Alcioneo [15], tras haber quebrantado la trabazón del yugo del Vesubio, corrió a pie por las aguas del Tirreno? ¿O, sacudido violentamente su cráter, dejó salir a Encélado mi vecino el Etna? ¿O tal vez asaltó nuestra morada el tumultuoso Briáreo [16] con sus cien brazos? Ay, ¿dónde estás ahora, dónde hija mía? ¿Adónde huyeron las mil sirvientas? ¿Adónde Cíane [17]? ¿Qué violencia

[13] Es la Oceánide Electra, hija de Océano y Tetis. Ella es a su vez la madre, por su primo el Póntida Taumante, de Iris (cf. nota 1) y de las Harpías (cf. *Eutr.* II, nota 63, y *Get.*, nota 5).

[14] Cf. *VI Cons.*, nota 1.

[15] Otro de los Gigantes que participó en la Gigantomaquia.

[16] Cf. *Stil.* I, nota 61.

[17] Cf. *Rapt.* II, nota 16.

ahuyentó a las aladas Sirenas [18]? ¿Ésta es vuestra lealtad? ¿Es justo que guardéis así un tesoro ajeno?».

Comenzó a temblar la nodriza, la tristeza cedió su lugar a la vergüenza y quisiera ella haber comprado con la muerte el no soportar el aspecto de esta mísera madre; inmóvil durante largo tiempo, vacila en exponer la duda sobre el autor y la certidumbre de la desgracia. Sin embargo, dijo ella con dificultad: «¡Ojalá el furioso ejército de los Gigantes hubiese causado este infortunio! Los desastres que atañen a todos nos afectan menos. Pero han sido diosas y, lo que creerás mucho menos, hermanas, quienes se han coaligado extraordinariamente para nuestra ruina. Ves engaños de divinidades, heridas de una envidia de parientes. El cielo nos es más hostil que Flegra [19].

Estaba tranquila tu morada, no se atrevía la joven a franquear el umbral ni a visitar las verdes praderas reteni-

[18] El padre de las Sirenas es el río Aqueloo y su madre es bien la Musa Melpómene, bien Estérope, hija de Portaon y Éurite. Son seres femeninos híbridos con cabeza y busto de mujer y cuerpo, alas y patas de pájaro. Sólo en el siglo VI comienza a mencionarse la cola de pez, que se divulgó en la Edad Media y acabó casi haciendo olvidar la forma antigua. Su número oscila entre dos y cuatro. Los nombres más comunes son los de Pisínoe, Agláope y Telxiepía, o bien Parténope, Leucosia y Ligía. Desde la Antigüedad se ha especulado sobre el origen y la doble forma de las Sirenas. Ovidio (*Met.*, V 551-563) nos dice que no siempre habían poseído alas de ave. Antes eran muchachas de aspecto normal, compañeras de Prosérpina. Cuando ésta fue raptada por Plutón, las Sirenas la buscaron en vano por el mundo entero y, para que también los mares conocieran su dolor, pidieron a los dioses poder posarse sobre las olas apoyadas en los remos de unas alas. Otros autores aseguraban que esta transformación era un castigo que les había infligido Ceres porque no se habían opuesto al rapto de su hija. También se decía que Venus les había arrebatado su belleza porque despreciaban los placeres del amor.

[19] Cf. *VI Cons.*, nota 2.

da por tus mandatos. Las telas eran su trabajo, las Sirenas su recreo. Conmigo compartía el encanto de la conversación, conmigo dormía y prudentes eran sus diversiones por los atrios, cuando de pronto —es dudoso mediante qué delator llegó a saber nuestro escondite— llegó Citerea y, para no sernos sospechosa, se acompañó por un lado de Febe [20], por otro de Palas. Inmediatamente se fingió alegre con una risa desenfrenada, no abrazó a tu hija una vez solamente, repetía el nombre de hermana y se quejaba de la crueldad de una madre que había preferido condenar tal hermosura en un lugar retirado y la había apartado lejos de los astros de su padre habiéndole impedido el trato con las diosas. Nuestra ingenua niña se alegraba con esta desgracia y mandaba preparar un manjar con abundancia de néctar. Ora se coloca las armas y las vestiduras de Diana y toca el arco con sus delicados dedos, ora, entre los elogios de Minerva, se pone su casco coronada con el penacho e intenta levantar su enorme escudo.

Venus la primera menciona en su pérfida conversación las llanuras y los campos del Etna. Con astucia insiste reiteradamente en las flores del entorno y, como si no lo supiera, intenta informarse de los méritos de este lugar. Y no puede creer que el invierno conserve aquí incólumes las rosas, que los meses gélidos enrojezcan con flores de otra estación, que los retoños primaverales no teman los rigores del Boyero [21]. Mientras admira el lugar, mientras arde en deseos de salir, convence a Prosérpina. ¡Ay, edad inconstante por su débil carácter! ¡Qué llantos derramé yo en vano!, ¡qué súplicas hice salir inútilmente de mi boca! Sin embargo ella se lanza confiada en la protección

[20] Diana. Cf. *Ruf.* I, nota 8.

[21] Cf. *III Cons.*, nota 41.

de sus hermanas. Sus sirvientas las Ninfas van detrás en larga fila.

Marchan a las colinas cubiertas de césped eterno y cogen flores con la primera luz del día, cuando el campo blanquea sereno por el rocío y beben las violetas el jugo esparcido. Pero después que el sol estuvo más alto en medio de la bóveda celeste, he aquí que una noche espantosa nos arrebata la luz y la isla vacila sacudida por batir de corceles y estrépito de ruedas. No fue posible conocer al auriga, ya si fue un mensajero de la muerte, ya si la muerte en persona. La lividez se extiende hasta las plantas; se secan los arroyos; las praderas se muestran sombrías con la roya y nada de lo que tocó aquel soplo sobrevive; yo vi las alheñas palidecer, secarse las rosas, marchitarse los lirios. Cuando en su ronca carrera torció las riendas para regresar, al carro lo sigue detrás su propia noche, es devuelta la luz al orbe: Perséfone [22] no está en parte alguna. Cumplido su deseo, las diosas se retiraron y no esperaron. En medio del campo encontramos exánime a Cíane; yacía en el suelo con su cuello ceñido por una guirnalda y sombría se marchitaba una corona en su frente. Nos dirigimos a ella rápidamente y le preguntamos por la suerte de su dueña —pues ella había estado más próxima al desastre—: ¿cuál era el aspecto de los caballos? ¿Quién los conducía? Nada respondió ella, sino que, afectada por un veneno secreto, se transforma en agua; se funde el líquido que se desliza de sus cabellos, pies y brazos manan rocío y pronto una fuente transparente lame nuestros pies. Las otras Ninfas se alejan. Las hijas de Aqueloo [23], elevadas por sus rápidas alas, ocuparon la costa del Peloro siciliano; furio-

[22] Nombre griego de Prosérpina.

[23] Las Sirenas. Cf. nota 18.

sas por la desgracia, transformaron en instrumento de muerte sus liras, ya no melodiosas sin causar daño: su voz encantadora detiene los navíos; se paralizan los remos tras haber oído su canto. Yo me quedé sola en este palacio para arrastrar mi vejez entre lágrimas».

Todavía se queda en suspenso Ceres y enloquecida teme todas estas desgracias como si aún no se hubieran cumplido; luego, girando los ojos, se dirige espontáneamente a los dioses del cielo con su pecho enfurecido. Así son sacudidas las alturas del Nifates por los rugidos de una tigresa de Hircania, a quien un jinete tembloroso le ha arrebatado sus cachorros, capricho de un monarca persa. Ella lo persigue más veloz que el viento, su esposo, esparce toda su cólera por las brillantes manchas de su piel y, dispuesta ya a engullir con sus inmensas fauces al ladrón, la detiene la imagen de su figura reflejada en un espejo [24].

No de otro modo corre delirante por todo el Olimpo la madre de Prosérpina gritando: «Devolvedme a mi hija; no me dio a luz un río vagabundo, ni soy de la multitud de las Dríades. También a mí Cibeles, la que lleva corona almenada [25], me dio a luz para Saturno. ¿Adónde han caído los derechos de los dioses?, ¿adónde las leyes del cielo? ¿De qué me servirá vivir rectamente? Mirad, ¿se atreve

[24] Se incluyen en el episodio dos leyendas sobre la tigresa: la de su fecundación por el viento y la del espejo que la detiene. La teoría de fecundación por el viento fue aceptada comúnmente por los antiguos (cf. ARISTÓTELES, *Hist. An.* VI 19; VIRGILIO, *Georg.* III 275; etc.). En cuanto a la segunda leyenda, se suponía que la tigresa robada creía, al reflejarse en un espejo convexo, que aquella figura reducida era su cachorro. Otra historia hacía a la tigresa descargar su cólera sobre un espejo normal, no convexo.

[25] Cf. *Eutr.* II, nota 53.

Citerea, después de la red de Lemnos [26], a mostrar su rostro de conocido pudor? ¿Le otorgaron este atrevimiento aquel sueño honrado y la castidad de su lecho? ¿Sus púdicos abrazos le granjearon esto como premio? Y no es sorprendente si, después de tales impudores, no considera nada vergonzoso. Pero, ¿qué me decís vosotras, las que no habéis conocido el lecho? ¿Tanto habéis despreciado el honor de la virginidad? ¿Tanto cambiaron vuestros sentimientos? ¿Vais ya unidas a Venus con los raptores como compañeros? ¡Oh, dignas ambas de recibir culto en los templos de Escitia y en los altares sedientos de sangre humana! ¿Cuál fue la causa de tan gran furor? ¿A quién de vosotras hirió mi querida Prosérpina con una débil palabra siquiera? ¡Vamos, que te expulsó a ti, Delia [27], de tus bosques queridos! ¡O te privó, Tritonia [28], de las luchas a ti confiadas! ¿Es que fue molesta con sus palabras? ¿O tal vez se dirigía inoportuna a vuestros coros? Ciertamente ella habitaba lejos las soledades de Sicilia para no ser una carga para vosotras. ¿De qué sirvió haberla escondido? Ningún retiro puede apaciguar la rabia de la envidia implacable».

Con estos reproches increpa a todas las diosas. Pero ellas —se lo prohíbe la decisión del padre— callan o dicen que no saben y derraman lágrimas como respuesta a la madre. ¿Qué puede hacer ella? De nuevo se modera venci-

---

[26] Alusión a la leyenda según la cual Vulcano, dios al que está consagrada Lemnos (cf. *Nupt.*, nota 25), fabricó una red sutil de malla invisible pero muy resistente, que dejó caer sobre su esposa Venus y Marte cuando cometían adulterio. La historia nos la cuenta ya Homero *(Od.* VIII 266 ss.). Estacio *(Silv.* I 2, 60) usa la misma frase que Claudiano: *Lemnia vincula.*

[27] Diana, por haber nacido en Delos (cf. *Prob.*, nota 41).

[28] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

da y rebajándose a humildes súplicas: «Perdonadme si en algo se encolerizó mi amor de madre, si hice algo con más ardor del que conviene a los desdichados. Suplicante y prosternada me echo a vuestras rodillas. Séame posible conocer su suerte, solamente esto, séame posible saber con seguridad la causa de mi dolor. Pido saber cuál es la índole de mi desgracia. Cualquiera que sea la suerte que le habéis dado, séame conocida; la soportaré y la consideraré como obra del destino, no como un crimen. Permitid a una madre, os lo suplico, el poder ver a su hija. No la reclamaré. Ten sin temor lo adquirido por tu brazo, quienquiera que seas; confirmo tu presa; deja de temer. Pero si se me adelantó el raptor haciendo algún tratado con vosotras, cuéntamelo tú, Latona; tal vez te lo haya confesado a ti Diana. Sabes qué es Lucina [29], qué miedo se siente por los hijos, cuán grande es su amor y tú soportaste dos partos; ella era mi única hija. ¡Ojalá goces siempre de la cabellera de Apolo!, ¡ojalá vivas siendo una madre más feliz que yo! Ahora tu rostro se empapa de abundantes lágrimas. ¿Qué es tan digno de llanto, tan digno de silencio?

Ay de mí, todas se alejan. ¿Por qué te detienes inútilmente por más tiempo? ¿No te das cuenta de la guerra abierta con el cielo? ¿Por qué no más bien buscas a tu hija por tierra y mar? Me dispondré a recorrer la luz, iré infatigable por los rincones del mundo. No pararé un instante, no habrá descanso ni sueño hasta que encuentre a mi hija raptada, aunque esté sumergida en el seno del mar de Iberia o se halle retenida en las profundidades del Mar Rojo. No me van a contener los hielos del Rin, ni los fríos de los montes Rifeos, no me detendrán las Sirtes [30] con

[29] Cf. *Prob.*, nota 33.

[30] Cf. *IV Cons.*, nota 84.

su incierta marea. Estoy decidida a penetrar en los territorios del Noto, a escudriñar la morada nevada del Bóreas; hollaré el Atlas en el borde del ocaso y resplandecerá con mis antorchas el Hidaspes. Que el despiadado Júpiter me vea errante por los campos, por las ciudades; que Juno se sacie con la muerte de su rival. Ultrajadme, reinad soberbiamente en el cielo, celebrad vuestro glorioso triunfo sobre la hija de Ceres». Esto dice, y se desliza a las cimas de su conocido Etna a preparar las antorchas para su trabajo errante en la noche.

Cerca del rubio Acis [31], que la hermosa Galatea prefiere a menudo al mar y lo surca elegantemente a nado, había un bosque sagrado, espeso y que por donde es posible sombrea continuamente las cumbres del Etna con sus ramas enlazadas. Se dice que allí depositó el padre Júpiter su égida ensangrentada y que después del combate llevó a aquel lugar el botín capturado. Se enorgullece el bosque con los despojos de Flegra [32] y cubre la victoria toda la espesura. Aquí cuelgan las fauces abiertas de los Gigantes, aquí sus prodigiosas pieles, y todavía amenazan cruelmente sus rostros clavados en los troncos de los árboles; inmensos huesos de serpientes blanquean por todas partes en pálidos montones y sus rígidas pieles humean todavía por las numerosas heridas de los rayos; no hay ningún árbol que no se jacte de un nombre ilustre. Uno apenas puede soportar en sus curvadas ramas las espadas desenvaina-

---

[31] Acis, hijo de Fauno y de una ninfa hija del río Simeto de Sicilia, era un joven amado por la Nereida Galatea, a cuyo amor le correspondía. Pero de Galatea estaba también enamorado Polifemo, el mostruoso Ciclope, quien acabó aplastando a Acis con un enorme peñasco. El joven fue convertido entonces en río por Galatea.

[32] Cf. *VI Cons.*, nota 2.

das del céntuplo Egeón [33]; aquél se engríe con los lívidos despojos de Ceo; éste sostiene las armas de Mimante; despojado descarga Ofíon su peso sobre las ramas de otro. Pero un abeto, más alto que todos y que proyecta su sombra en una gran extensión, tiene encima los opimos despojos, aún humeantes, del mismo Encélado, soberano supremo de los hijos de la Tierra; y caería agobiado por su peso, si una encina próxima no lo sostuviera abrumado. Por ello se respira en el lugar espanto y poder divino; se respeta la vejez del bosque y es un sacrilegio dañar estos trofeos celestes. Ningún Ciclope se atreve a apacentar allí sus ovejas ni a talar estos árboles y el mismo Polifemo se aleja de su sombra sagrada [34].

No se detuvo sin embargo por ello Ceres. Al contrario, aviva su cólera la santidad del lugar y agita hostilmente su hacha —su ira ataca incluso al mismo Júpiter—; duda si cortar los pinos o mejor derribar los cedros sin nudos; examina los troncos apropiados y la continuidad del madero derecho, y tantea las ramas con vigorosos esfuerzos. Así el que construye en tierra un navío para transportar mercancías por mares lejanos y se prepara para exponer su vida a las tempestades, mide las hayas y los alisos y va dando a la madera en bruto la forma de las diversas

[33] Aparecen mezclados en este bosque del Etna los despojos de la Titanomaquia y de la Gigantomaquia. Mimante, Ofíon y Encélado son Gigantes, pero Ceo es un Titán. Es extraña la aparición aquí de Egeón (cf. *Stil* I, nota 61) ya que en la versión más corriente los Hecatonquires lucharon al lado de Júpiter en la Titanomaquia y su ayuda fue decisiva para el triunfo final sobre Saturno.

[34] Homero *(Od.* IX 116 ss.) nos presenta a los Ciclopes (cf. *III Cons.*, nota 45) como un linaje de gigantes salvajes, que viven en una isla (probablemente Sicilia, y es seguro que en épocas posteriores se creyó que era Sicilia), dedicados al pastoreo.

necesidades: el que es largo proporcionará las vergas para las hinchadas velas; el sólido será mejor para el mástil, el que es flexible será apropiado para los remos; el que soporta el agua debe ser preparado para la quilla.

En el césped colindante levantaban intactas sus copas dos cipreses, como no los admira el Símois en los peñascos del Ida, como no los baña en sus fértiles riberas el Orontes [35], que alimenta al bosque de Apolo. Los hubieras creído en verdad hermanos, de tal modo sobresalen con sus copas iguales y dominan el bosque sagrado con sus cimas semejantes. Éstos le gustaron como antorchas a Ceres. Rápidamente, con sus vestiduras recogidas, sus brazos descubiertos, armada con el hacha, se lanza sobre ambos. Los golpea alternativamente y, sirviéndose de todas sus fuerzas, los empuja tambaleantes. Se derrumbaron al mismo tiempo, al mismo tiempo dieron con sus copas en tierra y se extienden por el suelo, dolor de Faunos [36] y Dríades [37]. Los abraza a ambos, tal como eran, los levanta en alto y con sus frondas echadas hacia atrás asciende la cima del monte jadeante, sobrepasa los ardores del volcán y las rocas inaccesibles para todos y huella las arenas que se indignan con los pasos. Así se lanza la horrible Megera [38] a encender para sus crímenes los mortíferos tejos, ya si busca las murallas de Cadmo, ya si se apresura a ensañarse contra la Micenas de Tiestes [39]. Las tinieblas y los

---

[35] Río de Siria que bañaba el santuario y el bosque de Apolo cerca de Antioquía.

[36] Cf. *Nupt.*, nota 7.

[37] Cf. *Prob.*, nota 46.

[38] Una de las Furias. Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[39] En Tebas, fundada por Cadmo, se desarrollaron los sucesos de la leyenda de Edipo y de su estirpe; en Micenas los de la de Tiestes, Atreo , Agamenón, Orestes. Así pues, Tebas y Micenas eran lugares fa-

Manes le ceden el paso y resuena el Tártaro bajo sus pies de hierro, hasta que se ha detenido junto a la corriente del Flegetonte [40] y ha sacado en su antorcha olas enteras de fuego.

Después que llegó a la boca del escollo ardiente, inmediatamente, tras haberle dado la vuelta a sus copas, arrojó los cipreses al medio del cráter para que se encendieran, cubrió el hueco en una gran extensión y taponó la hirviente salida de las llamas. Truena la montaña al habérsele reprimido su fuego y se inquieta Múlciber aprisionado. No pueden salir los vapores encerrados. Centellearon las cimas coníferas y creció con nuevos rescoldos el Etna; crujen estridentemente las ramas con el azufre recibido. Entonces, para que no le faltara el fuego en tan gran recorrido, le ordenó permanecer siempre inextinguible y avivado y roció los árboles con el jugo misterioso con el que Faetón rocía sus caballos [41], con el que la Luna sus novillos.

Y ya el silencio de la noche había desplegado sobre la tierra el turno del sueño; con el pecho desgarrado comienza ella su largo camino y al emprenderlo habla así: «Prosérpina, no esperaba yo llevar tales antorchas para ti, sino que eran mis deseos los propios de las madres y tenía ante mis ojos el lecho nupcial y las antorchas festivas y el canto de himeneo que iba a resonar en el cielo. ¡Así somos zarandeadas por el destino las divinidades! ¡Láquesis se ensaña sin distinción alguna! ¡Qué alta estaba yo hace poco!

---

mosos por los asesinatos, hechos monstruosos y venganzas que tuvieron lugar en ellos; por ello eran ciudades visitadas por las Furias. Para Tiestes, cf. *Prob.*, nota 39.

[40] Cf. *Ruf.* I, nota 32.

[41] Para Faetón o Faetonte, cf. *Prob.*, nota 56. Se alude aquí al jugo mágico con el que el Sol rocía a sus caballos para hacerlos ininflamables. Algo similar hizo también con su hijo Faetón (cf. Ov., *Met.* II 122-123).

¡Cuántos pretendientes me rodeaban con sus atenciones! ¿Qué prolífica madre no se inclinaba ante mí por mi única hija? Tú fuiste mi primera alegría, tú la última. Por ti era yo considerada fecunda. ¡Oh gloria, oh reposo, oh dulce orgullo de tu madre! Mientras tú florecías, llevé yo el rango de diosa; mientras tú estabas a salvo, nunca fui inferior a Juno. Ahora estoy escuálida, soy despreciable. Así le complació a tu padre. ¿Pero por qué lo hacemos a él responsable de estas lágrimas? Yo despiadada, lo confieso, te perdí, soy yo la que te abandoné, la que voluntariamente te expuse sola a los enemigos que te amenazaban. Libre de cuidados gozaba yo enormemente de las roncas danzas y, alegre por las armas resonantes, uncía los leones de Frigia, mientras tú eras raptada. Recibe tú los castigos que he merecido. Mira, mi rostro se abre con heridas y en mi pecho enrojecen grandes llagas. Mira, olvidado de ti, mi vientre está magullado por numerosos golpes. ¿En qué parte del cielo te buscaré? ¿Bajo qué punto cardinal? ¿Quién será mi guía? ¿Qué huellas me conducirán? ¿Cuál es el carro? ¿Quién es aquel cruel? ¿Habitante de la tierra o del mar? ¿Qué rastro de veloces ruedas descubriré? Iré, iré a donde me lleven los pies, a donde mande el azar. Que Dione [42] abandonada busque así a su hija Venus. ¿Será útil mi esfuerzo? ¿Me será posible abrazarte de nuevo, hija mía? ¿Tienes todavía aquella hermosura? ¿Todavía tienes aquel resplandor de tus mejillas? ¿O tal vez, desdichada de mí, te veré tal como te presentas de noche, tal como te contemplé en sueños?».

---

[42] La Oceánide Dione es en Homero la madre de Venus, versión irreconciliable con la más conocida que nos da Hesíodo. Varía su genealogía: aparte de Oceánide, a veces se la considera una Titánide y otras una Atlántide.

Así dice, y emprende en el comienzo su marcha desde el Etna; maldiciendo a las flores, culpables de su desgracia, y al mismo escenario del rapto, sigue las huellas dispersas del camino, registra a plena luz las campiñas e inclina las antorchas. Todo el carril está húmedo de su llanto; adondequiera que se dirige en la llanura, gime en todos los surcos. Su sombra nada en las aguas y los últimos resplandores de su luz alcanzan Italia y Libia: brilla el litoral etrusco y resplandecen las Sirtes [43] con sus aguas iluminadas; se dirige a los lejanos antros de Escila [44] y, tras haber retrocedido los perros, unos guardan silencio estupefactos, otros ladran no aterrados todavía.

---

[43] Cf. *IV Cons.*, nota 84.

[44] Cf. *Ruf.* I, nota 83, y *Eutr.* I, nota 41.

POEMAS MENORES

1

A ESTILICÓN [1]

Estilicón, ciñe con una corona flexible
tu cabellera acostumbrada a resplandecer con el casco.
Que dejen de sonar los clarines y al fiero
Marte póngalo lejos la dichosa antorcha nupcial.
Que la sangre salida de palacio vuelva de nuevo
al palacio. En tu función de padre,
une a tus hijos con tu diestra poderosa.

---

[1] Este primer poema no es otro que *Fesc.* III. Así apareció en la edición originaria de los *c. m.* Ello es una prueba más de que la colección no fue editada por Claudiano. Los poetas antiguos solían dedicar las colecciones de sus versos con un poema o una carta colocados como introducción. Pero si Claudiano hubiese deseado dedicar sus *c. m.* a Estilicón, hubiese escrito un nuevo poema más adecuado. La explicación de que figure aquí *Fesc.* III puede ser solo una: los *c. m.* fueron publicados no por Claudiano mismo, sino por alguien que lo hizo por encargo de Estilicón tras la muerte del poeta; este editor puso en el inicio un poema corto que mencionaba al caudillo occidental.

Antes habías sido yerno de un emperador,
suegro de un emperador serás ahora, por contra.
¿Cuál será ya la locura de los celos?
¿O qué excusa se dará para la envidia?
Estilicón es el suegro, el padre es Estilicón.

2

DESCRIPCIÓN DEL PUERTO DE ESMIRNA

A nuestros ojos la ciudad cubre la cima de una montaña situada delante del mar tranquilo. Los dos cuernos de tierra que forman el puerto protegen de los Aquilones las sosegadas aguas. Aquí el mar está cerrado, desprovisto de sus armas por la tierra que lo rodea y aprende a conservar una apacible quietud.

3

A ETERNAL [2]

Todo lo que exhala Apolo desde la fuente Castalia, todo lo que su trípode hace resonar en el profético santuario, todo eso son poemas, y las Musas desechan el lenguaje vulgar. Yo sólo hablo en verso: así me inspira mi señor Apolo.

---

[2] Eternal fue procónsul de Asia en el 396 (cf. *Cod. Theod.* IV 4, 3, y XI 39, 12).

4

DESCRIPCIÓN DE UN REBAÑO

Rebaños de tal esplendor no produjo la tierra en otro tiempo cuando estuvo sometida al triple Gerión [3]. No son tales, oh Clitumno [4], los toros que bañas en tu corriente, los que votos piadosos ofrecen a Júpiter Tarpeyo [5]. Se dice que no era de tal hermosura el novillo que esparció las arenas tirias cuando transportó la anhelada carga [6]. Ni los campos de Creta, ni Cnosos, conocedora de un toro amado [7], ni el Ida alimentaron animales semejantes. Incluso el mismo muchacho cretense que, unido prodigiosamente a unos miembros diferentes, reveló con su extraña figura el delito de su madre, no hubiese podido mostrar una belleza tal aunque sus fieros miembros hubiesen reproducido totalmente a su padre.

5

HAY EN UN LEJANO PARAJE APARTADO UN LUGAR

Hay a lo lejos en un inmenso paraje retirado un lugar apartado en el que una isla, con su flanco extendido a lo

---

[3] Cf. *Ruf.* I, nota 81.

[4] Cf. *VI Cons.*, nota 79.

[5] Cf. *Gild.*, nota 5.

[6] Se hace referencia al rapto de Europa por parte de Júpiter transformado en toro. Cf. *Nupt.*, nota 28.

[7] El toro amado por Pasífae. Ésta logró consumar la unión amorosa con el animal y dio a luz una criatura monstruosa, mixta de hombre y toro, el famoso Minotauro, al que se alude a continuación.

largo, fuerza a las aguas a sosegarse tranquilas y a través de las olas rotas sus escarpados brazos se curvan formando un puerto apacible.

6

LA CÓLERA PROPORCIONA ARMAS A QUIEN LAS BUSCA

La insensatez convierte en arma arrojadiza todo lo que alcanza. La rabia se arma con todo. Todo vuela en calidad de dardo de hierro mientras una mano enojada se encoleriza para herir. Se tiene por dardo todo lo que la ira proporciona.

7

ACERCA DE UNA CUADRIGA DE MÁRMOL

¿Quién labró de un solo bloque de mármol estas innumerables figuras? El tiro se levanta hacia el auriga y concordes son refrenados los caballos con los mismos frenos. Sus figuras los han separado, pero un material común los une sin distinción alguna. El auriga es de una pieza con el carro; del eje salen los caballos; cada uno surge a partir del otro. ¿Qué poder fue tan grande? Un solo bloque agrupa tantos cuerpos y obedeciendo al cincel el mármol se transforma, modelado con arte, en variadas figuras.

8

SOBRE POLICASTE Y PERDIZ [8]

¿A qué no empuja el cruel Amor con el poder de sus llamas? Esta madre teme amar por el sentimiento de los lazos de sangre. Mientras como nodriza solícita sostiene al desdichado niño en su níveo pecho, su madre misma acaricia una pasión ilícita. Deja por fin, Cupido, a un lado tu carcaj vengador. Consulta ya a Venus: tal vez también ella misma sienta una aflicción semejante.

9

EL PUERCO ESPÍN

Había oído yo, memorable Estinfalo [9], que tus aves habían arrojado antaño dardos en su mortífero vuelo; y durante largo tiempo no me pareció creíble esta historia de alas provistas de hierro. Pero he aquí que se me da fe de ello y el conocido puerco espín confirma la existencia de las aves de Hércules.

Su hocico bastante alargado lo asemeja al puerco. En lo alto de su testuz se erizan cerdas que semejan cuernos. Un ardor ígneo enrojece en sus ojos. Bajo su lomo encrespado tiene pequeñas patas de perrezno. Sin embargo la

[8] Claudiano invierte aquí la historia de Perdiz, el joven cazador que se enamoró de su madre Policaste (cf. FULGENCIO, *Myth.* III 2).

[9] Cf. *Rapt.* II, nota 5.

naturaleza juzgó conveniente proteger a esta pequeña fiera con admirables defensas. Por todo su cuerpo se levanta una selva amenazadora y, erizándose para el combate, le crece matizada de colores una mies de dardos. Su raíz, clavada en la dura piel, se hunde blanca en ella; teñida de una serie alternante de colores con espacios negros entre los blancos, sale a manera de una sólida flecha y, adelgazada imperceptiblemente, se prolonga lisa hasta la punta final.

Pero esta armadura no permanece fija como la del erizo silvestre. Lucha en su defensa con numerosos lanzamientos de sus púas lejos de sí, protege a larga distancia su cuerpo y desde su espalda sacudida vuelan sus dardos naturales lanzados a través de los aires. Unas veces, a la manera de los partos, hiere en su huida al enemigo que lo persigue [10]; otras, como si estuviera en un campamento dispuesto en orden, sacude sus espantosas puntas en densas oleadas y eriza sus flancos con los dardos que él mismo produce. Combate todo el cuerpo de la fiera y sus espaldas, tras ser sacudidas, resuenan con un ronco fragor. Creerías que ejércitos excitados por la señal de las trompetas entrechocan con sus estandartes opuestos: tan gran estrépito se enfurece en este pequeño animal. Se añade a estas armas la astucia, la moderación de su furor y la ira, que nunca prodiga los dardos, contenta prudentemente con amenazar y con no consumir lanzamientos, a no ser para salvar su vida. No hay error; su destreza dirige el golpe certero, sin que el espacio lo engañe nada en las distancias; el movimiento de su piel conserva la velocidad continua y regula los esfuerzos de sus sabias acometidas.

[10] Era legendaria la habilidad de los partos para disparar en la retirada.

¿Qué cosa tan grande obtiene el esfuerzo humano con su sagaz razón? Le quita el hombre los cuernos a las cabras salvajes de Gortina [11]; los fuerza a ablandarse tras haberlos colocado al fuego; con las entrañas de los toros les tiende la cuerda a los arcos; dispone una caña con plumas y la provee de hierro. Pero he aquí una pequeña bestia que se protege con sus propios dardos y que no busca medios fuera de sí. Todo lo lleva consigo; él se utiliza a sí mismo como carcaj, como flecha, como arco. Un animal solo posee todos los recursos de la guerra.

Pero si todas las habilidades de nuestra vida han dimanado poco a poco de los ejemplos, pienso que de esta fiera fue adquirido todo lo que alcanza de lejos al enemigo, que de aquí sacaron los cidones [12] su manera de guerrear y los partos aprendieron a herir en su huida, siguiendo el modelo primero de este animal armado de dardos.

10

SOBRE UN CAPOTE DE CASTOR

Sólo queda la sombra de su antiguo nombre. Pues, aunque Cástor [13] lo jure, no puedo llamarlo capote de castor. ¡Lo compré por seis monedas! Ya podéis saber qué es. Si no me creéis, creed al menos al precio.

---

[11] Ciudad de Creta.

[12] Pueblo del oeste de Creta.

[13] Cf. *Prob.*, nota 51. El poeta juega aquí con las palabras *Castor* (el héroe hijo de Júpiter) y *castor* (el mamífero roedor).

11

A LA TUMBA DE UNA HERMOSA

La ley de las Parcas no permite a la belleza durar largo tiempo. Lo grande se derrumba de repente; lo sublime cae súbitamente. Aquí yace una hermosa que obtuvo la figura de Venus por la suerte del destino y su insigne hermosura le granjeó el odio.

12

SOBRE LOS BAÑOS DE QUINCIO, SITUADOS EN MEDIO DEL CAMINO

Viajero, descansa un poco en estas límpidas fuentes y, tras reparar tus fuerzas, prosigue tu marcha. Admirarás muchísimo, oh extranjero, al propietario de las aguas, que colocó estos baños en medio de las durezas del camino.

13

CONTRA UN GOTOSO QUE DECÍA QUE LOS VERSOS DEL POETA NO SE SOSTENÍAN DE PIE

¿Qué sabes tú de pies? ¿Por qué censuras mis poemas? ¿Tú, que no sabes medirlos, criticas mis versillos? «Este verso cojea,» dices, «esta sílaba es dudosa». Y piensas, gotoso, que nada puede estar completamente de pie.

14

A MÁXIMO

Tú, Máximo, siempre me envías dulces regalos y todo lo que me envías conviene considerarlo miel.

15

SOBRE UN AMANTE POBRE

Me dominan la cruel pobreza y el temible Cupido: pero puedo soportar el hambre, no puedo soportar el amor.

16

SOBRE LO MISMO

A mí, pobre hambriento, me abrasan los dardos del amor. Entre ambos males, prefiero la pobreza.

17

SOBRE LAS ESTATUAS DE DOS PIADOSOS HERMANOS EN CATINA [14]

Mira a estos dos hermanos sudando bajo su carga venerable, merecedores de ser honrados siempre con honores

[14] Son numerosos los autores que nos hablan de estos dos hermanos: SÉNECA, *Ben.* III 37, 2; MARCIAL, VII 24, 5; SILIO, XIV 197; etc. Catina es una ciudad de la costa centrooriental de la isla de Sicilia, la actual Catania.

divinos; a ellos les cedió el paso el justo respeto de las llamas impetuosas y el Etna retuvo admirándose su errante lava. Abrazando con sus manos a los padres apoyados en sus cuellos, levantan los rostros y apresuran sus pasos. Los ancianos son llevados en alto por sus dos muchachos y embarazaron la huida a sus hijos con un retraso querido por éstos. ¿No ves cómo el anciano señala las crueles llamas, cómo la madre invoca a los dioses con boca temblorosa? El espanto erizó sus cabelleras y en el atónito bronce palideció un estremecimiento derramado por todo el metal. En el cuerpo de los jóvenes se contempla un vívido horror, igualmente temeroso por la carga que sin miedo alguno por sí mismos. El viento echó hacia atrás sus clámides. Uno muestra su mano derecha, bastándose con la izquierda para tener sostenido al padre; pero al otro, un esfuerzo más previsor con el sexo más débil, le recoge los dos antebrazos en un nudo. No vayas a descuidar tampoco, pasando por alto con tu mirada, lo que lograron las silenciosas manos del artista; pues, aunque figuras semejantes representan a los dos hermanos, sin embargo uno es modelado más semejante a la madre, el otro al padre. La habilidad de su arte marca convenientemente la diferencia de edad. Cada uno de los padres se reproduce en el rostro de uno de los hijos y, dándole nuevas diferencias al parecido de los hermanos, el artista varió los rostros con la expresión de la ternura.

Oh muchachos felizmente recordadores de las leyes de la naturaleza, ejemplos de la justicia celeste, luz de los jóvenes, esperanza de los ancianos; despreciadas las riquezas, os apresurasteis al medio del fuego a no sacar nada excepto la sagrada vejez. Desde luego creo que no sin razón, retenidas por tan gran virtud, quedaron yertas las fau-

ces de Encélado [15]. El mismo Vulcano [16] retuvo la erupción del Etna, para no dañar los testimonios de un piadoso ejemplo. Los elementos fueron sensibles a vuestra lealtad; el aire os asistió en la carga de vuestro padre, la tierra os ayudó diligente en la de vuestra madre.

Y si a los jóvenes de Laconia [17] los elevó a los astros un amor insigne, si a Eneas su padre arrebatado del fuego frigio, si una antigua fama hace célebres a los hermanos argivos [18], que ofrecieron sus cuellos al yugo de su madre, ¿por qué la estima de Sicilia no le ha dedicado eternamente templos a Anfínomo, por qué no a ti, valeroso Anapis? Aunque Trinacria ha producido muchas cosas dignas de las más grandes alabanzas, sepa que ella no ha engendrado nada mayor que esto; que no llore por los daños que le causó la propagación del fuego ni se aflija por las casas que le quemó el furor de las llamas. Si el incendio hubiese cesado, no hubiese podido probarse esta piedad filial; a cambio de un ingente desastre adquirió una gloria eterna.

18

SOBRE LAS MULAS DE LA GALIA

Mira estas dóciles hijas del impetuoso Ródano uncidas a una orden y a una orden dispersas; mira cómo cambian variadamente de dirección según los gritos diferentes del mulero y, dirigiéndolas su voz, toman el camino preciso.

---

[15] Cf. *III Cons.*, nota 38.

[16] Cf. *Nupt.*, nota 25.

[17] Cástor y Pólux. Cf. *Prob.*, nota 51.

[18] Cléobis y Bitón. La historia puede leerse en Heródoto, I 31.

Aunque cualquiera de ellas corra de un lado a otro sin rienda alguna y su cuello se muestre libre del duro yugo, sin embargo obedece como si estuviera sujeta y, soportando la fatiga, escucha con oído atento las voces bárbaras del mulero. Tienen poder las órdenes distantes del dueño cuando está retirado y la lengua del hombre hace las veces de frenos. Ella las junta desde lejos si están esparcidas y las esparce cuando están reunidas; ella las retiene si van rápidas, ella las hace apresurarse. ¿Les ordena «izquierda»? Apartan su marcha por el camino de la izquierda. ¿Cambió sus órdenes? Se dirigen hacia la parte de la derecha. No esclavas por las cadenas ni rebeldes por su libertad, desprovistas de trabas siguen sin embargo bajo la autoridad de su dueño. Iguales en su marcha y con su pelo pardo erizado, arrastran concordes los ruidosos carros. ¿Te sorprendes de que Orfeo amansase con su canto a las fieras, cuando unas palabras galas rigen fácilmente a estas mulas?

19

CARTA A GENADIO [19], EX-PROCÓNSUL

Honra de toda Italia, habitante del delicioso Rubicón, segunda gloria de la tribuna romana [20], tú, conocido por los pueblos de Grecia y por el Nilo, mi país —ambas naciones temen y aman tus fasces—, ¿me pides versos que

[19] Prefecto del pretorio en el 396, era de origen sirio. Debió de vivir en Rávena, según podemos deducir de los vv. 1-2 (*Rubiconis incola*).

[20] La primera podría ser aquí Símaco. Así lo piensa Birt *(op. cit.*, pág. XVIII).

apacigüen tu hambrienta garganta? Pongo por testigo a nuestra amistad de que no hay ninguno en casa. Pues, confiándose a sus alas, pronto me abandonan el nido y vuelan del hogar despreciado para no volver más.

20

SOBRE UN VIEJO DE VERONA QUE NUNCA DEJÓ SU HOGAR

Feliz aquel que pasó la vida en el campo de su propiedad, al que la casa que lo vio niño, esa misma lo ve viejo, y que, apoyándose con un bastón en el suelo en el que anduvo a gatas, cuenta sus abundantes años en una misma cabaña. No lo arrastró a él la fortuna con su mudable torbellino ni bebió como extranjero errante desconocidas aguas; no temió como comerciante el mar, ni como soldado los sones de la trompeta, ni soportó él los procesos del ruidoso foro. Ignorante de los acontecimientos, desconocedor de la ciudad vecina, goza de una vista más libre del cielo. Cuenta los años por las sucesivas cosechas, no por los cónsules; se marca su otoño por los frutos, su primavera por las flores. El mismo campo le esconde los soles y se los vuelve a traer; campesino, mide el día con sus propios períodos. Recuerda a la encina ingente como un pequeño arbusto y ve que el bosque de su misma edad ha envejecido con él; a pesar de su vecindad, Verona está para él más lejana que los negros indos y considera el lago Benaco [21] como el litoral del Mar Rojo. Pero sin embargo

[21] Lago cercano a Verona, el actual Garda.

sus fuerzas son indómitas y la tercera generación ve al abuelo robusto con brazos vigorosos. Que otro ande errante y explore los confines de los iberos; él tiene más de camino, nuestro anciano tiene más de vida.

21

SOBRE TEODORO Y ADRIANO [22]

Manlio se entrega día y noche al sueño; el egipcio, insomne, roba lo sagrado y lo profano. Pueblos de Italia, pedid en todos vuestros votos esto: que esté en vela Manlio, que duerma el egipcio.

22

SÚPLICA DE PERDÓN A ADRIANO

¿Hasta tal punto se prolonga el ímpetu de tu cólera? ¿No habrá ningún límite para mis lágrimas? ¿Y cambias de repente el favor en odio? ¿Adónde fue a parar tu corazón incapaz de hacer daño, adónde tus benévolos sentimientos? ¿Tanto le será permitido a la envidia? ¿Tanta fuerza tuvieron los rumores malignos?

[22] Esta pequeña composición es una sátira contra Manlio Teodoro, cuya distinguida carrera fue coronada con el consulado del 399 (cf. *Theod.*), y Adriano, *comes sacrarum largitionum* desde el 395 al 396/397, *magister officiorum* desde el 397 al 399 y prefecto del pretorio de Italia desde el 401 al 405 (y posteriormente desde el 413 al 414). Para la interpretación y fecha de composición del poema, cf. CAMERON, págs. 394 ss.

Me condujo la cólera imprudente, la tornadiza juventud, me empujó el orgullo, me guió la descarriada pasión. Sin embargo, no fue honroso que tú te precipitaras con las mismas armas. Nunca rozaron a los dioses las querellas de los hombres ni sus errantes alborotos turban la paz del cielo. Ya sobrepasó mi castigo la medida. Perdona al que está abatido. Heme aquí; confesando mi culpa, pido mi perdón.

El fiero Aquiles perdonó al alma de Héctor [23]; aplacó Orestes las Furias vengadoras de su madre [24]; el Alcida devolvió a Príamo la ciudadela que había tomado [25]. La caída de los reyes enterneció al joven de Pela [26]; se dice que se afligió por Darío muerto a manos de esclavos y

[23] El cadáver de Héctor quedó abandonado a los perros y a las aves. Príamo se presentó ante Aquiles y logró la restitución del cadáver de su hijo.

[24] Tras haber matado a Egisto y a su madre Clitemnestra, Orestes se volvió loco y las Furias comenzaron a perseguirlo. Su liberación de estas terribles diosas exigía un juicio, juicio que se celebró en el Areópago. La mitad de los jueces se pronunció por la condena y la otra mitad por la absolución. Así pues, fue absuelto, pues Minerva, que presidía el tribunal, unió su voto a los segundos.

[25] Laomedonte, rey de Troya, se negó a darle a Hércules (llamado también el Alcida por ser nieto de Alceo) los caballos divinos que le había prometido como pago por la liberación de su hija Hesíone que, atada a una roca, iba a ser devorada por un monstruo marino enviado por Neptuno. Hércules emprendió una expedición de castigo contra Troya, conquistó la ciudad y dio muerte a Laomedonte y a todos sus hijos varones, menos a uno, llamado Podarces. El Alcida dio a Hesíone en matrimonio a su amigo Telamón y le ofreció el regalo de boda que ella quisiera. La joven reclamó entonces a su hermano, a quien rescató de una manera simbólica entregando por él su velo. Desde entonces Podarces recibió el nombre de Príamo, nombre que parece sugerir la idea de «Comprado» por la semejanza con el verbo *príamai* («comprar»). Hércules le otorgó a este Podarces-Príamo el reino de Troya.

[26] Alejandro Magno.

que consoló su muerte con una magnífica tumba; a su prisionero Poro le devolvió una India más grande. Fue éste el fundador de nuestra patria[27]; así perdonó él a sus enemigos. Tu virtud es digna de emularlo. Cualquiera de los dioses que yo haya ofendido, salte sobre mi cuello y sacie su cólera.

Desapareció tu favor, me acompaña la funesta pobreza; mi casa está desolada, se me priva de mis amigos queridos; a uno lo matan las torturas, a otro se le expulsa exiliado de todas partes. ¿Qué pérdidas me faltan? ¿Qué crueles peligros me quedan?

El poder de despojar y matar apacigua la cólera. Las fieras desdeñan la presa sometida, los feroces leones abandonan derribada en tierra a la misma víctima que ansían tener abatida y no se complace su hambre a no ser con el cuello de un novillo de excelente raza que lucha contra ellos. Truncó la envidia mis incipientes deseos y perturbó mi alegría mezclando con ella el dolor. Mira serenamente al ya agotado por los suplicios y humilde. ¿Por qué juzgas a un cliente digno de tan gran despliegue de cólera? Nunca muestra su poder Eolo en exiguas cavernas ni recibe una diminuta colina las acometidas del Bóreas; bate él los Alpes, sacude las cimas del Ródope. Nunca cayó el fuego celeste sobre los sauces ni los arbustos pequeños merecieron la ira del Tonante; fulmina él las encinas ingentes, los fresnos añosos.

Te ofrezco este poema en lugar de una rama suplicante, en lugar del olivo de Minerva, este poema en lugar de incienso. Compadécete de tus clientes. Devuélveme, te lo suplico, ¡ay!, devuélveme a mi anterior estado, cúrame las graves heridas y haz que retornen a mí la vida y el honor.

[27] Alejandría. Cf. «Introducción», pág. 16.

La fortuna que por ti cayó, resurja por ti. Télefo [28] volvió a estar sano mediante los remedios de Aquiles, del que había sufrido su violencia, y pudo percibir en una misma persona una mano mortífera y apacible; lo tocó la medicina ofrecida por el enemigo y pudo éste alejar los dolores que él mismo había causado.

Pero si ni súplicas ni llanto alguno te ablandan, arrebátame mi funesto cinto tras pisotear a las Musas, arrebátame los honores de la milicia [29]; apártame de compañero para el que fue mi amigo. Vamos, ¡qué insigne triunfo sobre un pobre poeta! Vamos, ¡qué espléndidos despojos te ornarán como vencedor! Que el poder de un compatriota se precipite contra un miserable ciudadano. Que oigan esto nuestra patria común y la lejana Faros [30], célebre para los navíos, y que el Nilo, levantando de su corriente el rostro bañado de lágrimas, llore mi ruina en sus numerosas riberas.

[28] Télefo, rey de Misia, región de Asia Menor, había sido herido por Aquiles en un muslo. La herida no se cerraba y Télefo consultó al dios Apolo, quien le dijo que sólo podría sanarlo aquello que le había producido el mal. Aquiles accedió a la súplica de Télefo y el óxido de su lanza le cerró la herida.

[29] Con estos términos de «cinto» (v. 51) y «milicia» (v. 52), Claudiano debe de referirse a su puesto como tribuno y notario. Claudiano obtendría el cargo tan pronto como entró al servicio de Estilicón, en el 395-396. Este poema se puede fechar a comienzos del 397. Cf. CAMERON, pág. 390.

[30] Isla egipcia próxima a Alejandría.

23

SÚPLICA DE PERDÓN AL CUESTOR ALETIO [31]

Ojalá no ande errante yo en verano por las campiñas de los etíopes ni pase desnudo el invierno bajo el cielo de Escitia; ojalá no confíe yo mis velas hinchadas por el viento al Mar Jónico cuando los Cabritos [32] traen las noches lluviosas; ojalá no relea, empujado por el látigo infernal de las Furias [33], los versos de un gramático encolerizado. No arrastró a mi entendimiento ninguna osadía insolente ni mi lengua fue más libre de lo permitido. Con palabras imprudentes, lo confieso, critiqué unos versillos, ¡ay, desgraciado de mí!, ignorando cuán grave era mi delito. Atacan otros impunemente las obras de Orfeo y tu fama, Marón [34], no te mantiene a ti protegido. El mismo padre de los poetas, Homero, el rey del Helicón, recibió los severos dardos de la censura de los críticos. Pero ni Virgilio ni Homero protestarían; pues ninguno de los dos fue cuestor y ambos fueron pobres. Mira cómo aplaudo; mira, pálido de espanto lo alabo todo y tres y cuatro veces repito claramente: «¡Bravo!». Que apaciguándose, me perdone al fin y calme su cólera; que él recite a boca llena lo que quiera: es de mi agrado.

---

[31] Nada sabemos acerca de este Aletio.

[32] Cf. *Gild.*, nota 90.

[33] Cf. *Ruf.* I, nota 11.

[34] Virgilio.

24

SOBRE LA LANGOSTA

La cima de su cabeza está erizada; en medio de ella resaltan fieros ojos; un caparazón natural endurece su dorso. La naturaleza armó su piel y sus rojizas espinas han provocado muchas irritaciones con sus pequeñas puntas.

25

EPITALAMIO EN HONOR DE PALADIO Y CELERINA [35]

Prefacio

Ni quise decirle que no al yerno, ni pude negarle al suegro un canto, aunque improvisado, por el matrimonio. El primero es camarada mío, el segundo mi jefe; en la corte uno es compañero de mi rango, el otro sobresale superior. Al primero lo une a mí con afanes comunes la edad; al segundo lo ponen delante de mí bien la vejez, bien la dignidad. El amor al yerno, el respeto al suegro exigen este canto a mi profesión de poeta, a mi obediencia de soldado.

[35] Paladio fue amigo y compañero (*tribunus et notarius*) de Claudiano. El padre de Celerina era *primicerius notariorum*.

EPITALAMIO

Por casualidad Venus había penetrado en el seno de una gruta cubierta de ramales de vides para buscar el sueño en su apacible frescura y había extendido sus divinos miembros por el espeso césped recostada en un lecho de flores. El tupido pámpano se agita y remueve los racimos rebosantes de zumo. El sueño le sienta bien a su rostro descuidado; el calor desdeña los vestidos y las frondas se reflejan en su pecho desnudo. Al lado sus siervas de Idalia y las tres Gracias [36] enlazadas descansan a su vez bajo una ingente encina. Yacen niños alados por todas partes adonde la sombra ha atraído a cada uno. Se balancean sus arcos y sus aljabas suspiran con un apacible fuego suspendidas de las ramas próximas. Unos juegan despiertos o andan errantes por la espesura, buscan nidos de pájaros o cogen contentos manzanas llenas de rocío, regalo para Venus, siguen las curvas de los sarmientos y se elevan con sus alas a las cimas de los olmos; otros guardan el bosque, alejan a las desvergonzadas Dríades, deseosas de mirar, a las divinidades campestres y a los dioses del bosque y disparan sus ardientes dardos a los lascivos Faunos [37], que contemplan de lejos la gruta, cuando de pronto se oye un variado clamor desde la ciudad vecina, alegres aplausos de jóvenes y los sones de la lira mezclados con las danzas por los campos. Por todos los montes de Italia se entona el nombre de Celerina y toda la campiña hacía resonar el de su esposo Paladio.

[36] Para Idalia y las Gracias, cf. *Nupt.*, nota 27.
[37] Cf. *Nupt.*, nota 7.

Llegó a los oídos de la diosa el agradable bullicio, se sentó despertada por el estrépito y con sus resplandecientes dedos disipó los restos del sueño; como estaba, el cabello desordenado, sus pechos descubiertos, se levanta del mullido lecho y entre la multitud de sus siervas y los innumerables Amores busca a Himeneo [38] —a éste, hijo de una Musa, lo escogió Citerea y lo puso al frente del matrimonio como jefe; sin él no es posible pactar ningún casamiento ni levantar las primeras antorchas nupciales—. Lo descubre al fin. Pues, extendido bajo un alto plátano, unía con cera caramillos desiguales; recorriéndolos con sus labios, intentaba obtener ritmos del Ménalo y melodías pastoriles y en los retornos de su boca variaba diversamente los soplos en las finas cañas.

Se detuvo cuando vio a Venus y, aflojados sus dedos, la flauta resbaló a tierra en silenciosa caída. Brillan sus ojos dulcemente. El sol y el pudor habían teñido de fuego sus níveas mejillas. Su intonsa cabellera cubre la dudosa sombra de su bozo. La diosa misma se dirige en primer lugar a él, que guarda silencio: «¿Nunca, muchacho, dejarás tus cantos favoritos? ¿Nunca te saciarás de los dones maternos, dedicado al trabajo de las Musas y rival en exceso de tu madre? ¿Qué cantas solo en medio del calor? ¿Ya te es despreciable la cítara? ¿Ya te placen grandemente las espesuras del Liceo, los rebaños y el eco que va a volver de las rocas? Acércate aquí y exponme las causas de tan gran regocijo, para qué esposo resuena tan sonoro cortejo, qué joven novia recibe la dote. Muéstrame su patria y su estirpe, en qué tierra nacieron, de qué linaje provienen.

[38] Cf. *Nupt.*, nota 45. Las tradiciones sobre sus orígenes varían: bien se le presenta como hijo de Baco y Venus, o de Apolo y Calíope, o de otra Musa como Terpsícore, Urania, etc.

Pues tú no eres desconocedor de ello y no se te escapa matrimonio alguno. Las primeras noches se degustan por tu pacto».

Él responde: «Ciertamente, diosa, ya hace tiempo que me admiraba de tu retraso, de que permanecieras todavía despreocupada de tan gran casamiento. No se ha sometido a tus leyes un linaje humilde. Se han unido familias ilustres por las fasces y levantadas en la cima de las magistraturas y la sangre que era la más noble del orbe. ¿Qué isla resuena con las olas rojas, qué zona de los etíopes, qué región estuvo apartada tan inaccesible para la fama, adonde no haya penetrado con reputación favorable el amor a Paladio [39], la benévola moderación de su espíritu, su docta agudeza y su encantadora vejez? Él pasó por todos los escalafones y, habiendo desempeñado tareas en la corte, alcanzó la cima del supremo poder dirigiendo con firme autoridad el senado oriental. Éste es el esplendor del joven. Para la novia su primera cuna fue el Danubio y la vieja Tomis [40]. La nobleza guerrera de su madre se enorgullece con los despojos y las armas de sus antepasados y hereda una gloria inmensa del valor del Celerino [41] que, encargado en otro tiempo de defender a Méroe [42] y al Nilo, cuando los soldados le daban el cetro y querían ponerlo en el trono tras la muerte de Caro [43] y el rayo parto, despreció

[39] El padre del novio. Probablemente fue prefecto de Egipto en el 382.

[40] Ciudad de Mesia, en la costa del Ponto Euxino, célebre porque en ella vivió desterrado y murió el poeta Ovidio.

[41] El abuelo de la novia. Ocupó también el cargo de prefecto de Egipto.

[42] Isla del Nilo, en Etiopía.

[43] El emperador Marco Aurelio Caro murió durante su campaña contra Persia (284). Según algunos fue fulminado por un rayo, según otros murió por causa de la peste. Lo más probable es, sin embargo, que el

sus aclamaciones y prefirió la tranquilidad al imperio. Rechazó la oferta que con violencia, que con las armas suelen exigir los humanos tras haber pospuesto el respeto. Entonces por primera vez la púrpura fue inferior a la virtud y fue rehusado el poder imperial ofrecido. Se lamentó Fortuna confesándose inferior a un mortal. La concesión del poder lo muestra grande, pero mayor aún el haberlo despreciado. El padre de Celerina alcanzó todos los títulos de los caudillos. Poco a poco se elevó a lo alto como comandante de la milicia; no hay otra dignidad más ilustre que ésta; él asigna los títulos de todos los honores, se ocupa de los destacamentos de las provincias, reúne en un punto las fuerzas esparcidas del imperio y controla las tropas dispuestas: qué legión es la guardia de las orillas sármatas, cuál es enfrentada a los fieros getas, cuál refrena al sajón o al escoto [44], cuántas cohortes han bordeado el Océano, cuántos soldados apaciguan el Rin. Una familia casta, una lealtad sincera, una laboriosidad experta. La eligió Estilicón; nada más puede añadirse a estos elogios o a esta decisión. ¿Acaso no es una vergüenza que te retrases en el casamiento de tal joven? Venga, llévalos inmediatamente a todos, llévalos. Deseo sacudir las coronas al marchitarse, agitar las antorchas y pasar la noche en diversión. Tampoco esta flauta presta ya viles servicios, dispuesta a responder a los coros».

Apenas había dicho esto Himeneo y ella se baña en las gélidas aguas, le devuelve el orden a su cabello y el esplendor a su belleza y, aflojada la prensa, coge el admi-

---

emperador fuese asesinado por el prefecto del pretorio Flavio Apro, que aspiraba al poder. Su sucesor fue su hijo Numeriano.

[44] Para los sajones y escotos, cf. *IV Cons.*, nota 13 y *III Cons.*, nota 12 respectivamente.

rable vestido de la tela de Dione [45]. Su carro se colma de flores; el yugo exhala olor con las flores; riendas de flores sujetan a sus brillantes palomas. De todas partes acuden en tropel los pájaros, los que calman con su canto al resonante Átesis [46], los que escucha el Lario [47], los que alimenta el Benaco [48], los que acoge en su apacible corriente el Mincio [49]: enmudecieron las aguas tras habérseles arrebatado los quejumbrosos cantos. Los cisnes, esparciéndose, dejaron desiertas las riberas del Erídano y las marismas del resonante Padusa [50]. Se regocijan los Amores, se muestran todos a la diosa tras haber sido llevados impetuosamente a través de las nubes por pájaros embridados, luchan entre sí con gran estrépito, inclinados hacia delante tienden sus manos para los golpes y caen sin sufrir daño: el que se ha caído sigue detrás con un vuelo más rápido y el auriga supera a sus propios corceles.

Cuando alcanzaron las puertas de la habitación nupcial, entonces vacían encima canastillos rojos de flores primaverales y abundante lluvia de rosas y esparcieron de sus repletas aljabas violetas recogidas en las praderas de Venus, a las que la misma Sirio [51] respetó y cuya ternura protegió con su ardor mitigado. Otros por todo el palacio derramaron de sus jarros adornados con piedras preciosas bálsamos que una corteza del Nilo, rasgada por una uña cruel, destila por su pingüe herida. Citerea se acerca a la

[45] Cf. *Rapt.* III, nota 42.

[46] Cf. *Fesc.*, nota 9.

[47] Cf. *Get.*, nota 68.

[48] Cf. nota 21.

[49] Cf. *Fesc.*, nota 10.

[50] Canal del Po que atraviesa Rávena.

[51] Cf. *Ruf.* I, nota 61.

novia y a pesar de sus lágrimas la arrancó del casto regazo de su madre. Su madura virginidad le hincha sus senos, su blancura supera a las nieves y a los lirios y su rubia cabellera atestigua al Istro como su lugar de nacimiento. Entonces, cogiendo la diestra del esposo y la diestra de la novia, las une y de buen grado sanciona el matrimonio con estas palabras:

«Vivid concordes y aprended mis artes. Que resuenen mil besos; que vuestros brazos se amoraten con los apretones; que los labios unan vuestras almas. Y tú, joven, no te confíes en tu fuerza impetuosa; no debes subyugarla con el miedo, sino apaciguarla con súplicas. Tú cede también a tu marido y no quieras manifestar cólera escítica con las uñas hostiles; te suplico que soportes someterte. Así serás esposa, así madre. ¿Por qué, muchacha, bañas tus ojos con lágrimas? Créeme, amarás al que ahora temes con horror».

Dijo, y llama de su alada multitud a dos que destacaban por sus brazos y sus arcos. Al punto saltan adelante los niños Etón y Pírois [52] con sus brillantes alas teñidas de púrpura y, tras haber empapado sus flechas de miel pura, el uno apunta a la esposa, el otro al marido. Resonaron sus arcos estirados; certeras surcaron las flechas igualmente los aires e igualmente se clavaron los dardos en sus medulas traspasadas.

[52] Nombres que significan «el Ardiente» y «el Fogoso» respectivamente.

26

APONO [53]

Oh fuente que prolongas la vida a la ciudad de Anténor [54] y le apartas con tus vecinas aguas los destinos perjudiciales: cuando tus maravillosas propiedades incluso conceden la voz a los mudos, cuando el honor que te rinde el pueblo inspira versos y no hay mano alguna cuyos dedos no hayan escrito, acordándose de ti, líneas que atestiguan sus deseos cumplidos, ¿acaso no seré culpable igualmente para las Musas y las Ninfas, si solamente yo te paso por alto en silencio? Pues no es lícito que un poeta deje sin mencionar este lugar que provoca palabras en tantos pueblos.

Más baja que un alto cerro, más erguida que el campo raso, se levanta suavemente una colina con una visible forma circular, abundante en aguas ardientes. Por dondequiera que el líquido intenta perforar los escondrijos, es rechazado por el encuentro con el fuego. Transpira el esponjoso suelo y el agua, encerrada debajo en la jadeante piedra pómez, abre canales agrietados. Es una húmeda región de llamas, los pechos ígneos de la tierra, hirvientes reinos de una zona sulfurosa. ¿Quién no creería estéril a esta tierra? Sin embargo crecen humeantes prados, la piedra calcinada

[53] Famosa fuente de aguas termales, cercana a Padua, hoy Abano. Fue famosa en la Antigüedad (cf. Marcial, VI 42, 4; Lucano, VII 193; Silio, XII 218; etc.).

[54] Anciano troyano, compañero y consejero de Príamo. Después de la toma de Troya, emprendió la marcha en compañía de sus hijos por Tracia, desde donde llegó al norte de Italia (cf. *III Cons.*, nota 30). Pasa por ser el mítico fundador de Padua.

produce césped en abundancia y, aunque en tales circunstancias las duras piedras se funden con el calor, la hierba, despreciado el fuego, verdea audaz.

Además, grandes surcos abiertos en la piedra excavada hienden las rocas con prolongadas líneas. Se muestran (así lo cuenta la tradición) como huellas del arado de Hércules, o bien las hizo el trabajo de la reja del azar. En medio de la colina se extiende con una inmensa abertura un lago azul, amplia imagen de un mar ardiente, esparcido en un enorme espacio; pero más grande aún penetra en el abismo y se introduce en el vacío de la misteriosa roca. Está cubierto por su propia nube de vapor y es desagradable de tocar y beber, pero al mismo tiempo es transparente hasta el fondo en sus cristalinas aguas. Miró por sí misma la naturaleza para no ocultarse totalmente y dejó a nuestros ojos llegar a donde el calor nos prohíbe hacerlo. Cuando el soplo del viento dispersa el caliginoso vapor y aclara la glauca superficie del agua que humea, entonces podrás admirar toda la llanura del fondo del agua, entonces resplandecen lanzas antiguas, regalos de reyes, entre las que una hendidura de diferente color, obscura por la confusión de la negra arena, engulle una corriente escarpada de agua. Abajo aparecen cavidades a las que llenan remolinos sombríos y por cuyas curvas ocultas éstos pasan a la cueva. Entonces se muestran los secretos de la colina que, curvada en arco, rodea la superficie de las aguas con una bóveda voladiza.

Un anfiteatro de roca viva concentra los vapores cercados; sin peso flota la tierra con una delgada corteza y, ruina fiable que nunca va a ceder al peso de las personas que la pisan, sostiene los temblorosos pies. La creerías obra hecha por la mano del hombre: tan lisamente envuelve su curvatura el límite del agua y, fina y sólida, se mantiene

rígida. En el lago permanecen inmóviles las aguas, alcanzando el límite de los bordes, y temen traspasar el margen establecido. El agua que sobra la lleva una corriente precipitada por la roca inclinada y busca la superficie encorvada de la llanura. Una espina con un canal natural lleva la linfa recibida; de allí cae a anchos conductos de plomo; sin ruido alguno estos caños, impregnados de húmedos sedimentos, espumean blancos una sal nívea. Por diversos lugares esparce sus múltiples poderes y, siguiendo las artimañas con las que la guiaron las manos del hombre, continúa su camino tortuoso; corre por los acueductos en rápida corriente y calienta los arcos con las emanaciones de su fuego errante. Más adentro, con el murmullo de la roca resonante, la corriente estrellada violentamente arroja un espumoso vapor más ardiente. Luego los enfermos, agotados por el sudor, buscan las estancadas lagunas a las que el largo reposo dio una dulce frescura.

Salud, ilustre dispensadora de agua peonia [55], salud, gloria inmensa de la tierra dárdana; alivio público de las enfermedades, auxilio común de los médicos, divinidad presente, bienestar gratuito. Ya si fuegos infernales se precipitan tras romper sus riberas y el Flegetonte [56], desviado, se inflama en nuestro mundo; ya si una gélida corriente cae en vetas de azufre y fluye entonces encendida, cosa que manifiesta tu olor; ya si, actuando de árbitro, el monte reúne en alianza a ambos elementos compensando las llamas con una cantidad semejante de agua, para que no cedan entre sí superados por el contrario, sino que con justas leyes pueda cada uno soportar las energías del otro: cualquiera que sea la causa que te produce, cualquiera que

[55] Cf. *Ruf.* I, nota 4.

[56] Cf. *Ruf.* I, nota 32.

sea el origen de donde provienes, tengo la segura convicción de que no corres sin un designio. ¿Quién se atreve a atribuir al azar tales méritos? ¿Quién niega que los dioses establecieron esto como creadores? El padre soberano del universo, que distribuye los siglos con los astros, te concedió a ti también ser venerada entre sus primeras obras sagradas y, compadeciéndose de las frágiles características de nuestro cuerpo, ordenó a la tierra verter aguas medicinales y a las cimas entreabiertas hacer brotar corrientes que lograran perdón de la implacable rueca de las Parcas [57].

Felices las gentes que habitan cerca de ti, quienes pueden considerar a Apono como propiedad suya. A ellos no los dañan las pestes de la tierra, ni el soplo corrompido del Austro, ni Sirio [58] con su implacable ardor, sino que, aunque Láquesis los condene con su mortífero hilo, buscan de aquel lugar destinos más prósperos para sí. Y si por casualidad hincha sus miembros un humor maligno o sus vísceras verdean debilitadas por un exceso de bilis, no abren sus venas, ni curan sus heridas con otra, ni toman brebajes preparados con amargas hierbas: con tus aguas reparan sin sufrimiento el vigor perdido y se calma el malestar mientras el enfermo se entrega al ocio.

27

EL AVE FÉNIX [59]

Rodeado por las aguas más remotas del Océano, más allá de los indos y el Euro, verdeguea un bosque, que es

[57] Cf. *Ruf.* I, nota 44.
[58] Cf. *Ruf.* I, nota 61.
[59] Cf. *Stil.* II, nota 49.

al primero que despiertan los jadeantes caballos de la Aurora y el que escucha primero los azotes cercanos de su látigo cuando con su carro que esparce rocío resuenan los húmedos umbrales de su palacio, desde donde se pone rojo el día que va a llegar y la noche, alcanzada de lejos por el resplandor de las brillantes ruedas, palidece con su manto replegado. Habita esta morada la afortunadísima ave del Sol y, protegida por este espacio inhospitalario, posee ella sola estas regiones preservadas de los sufrimientos de los otros seres; no sufre el contagio cruel del mundo de los hombres; ave semejante a los dioses que, llena de vida, iguala en duración a las estrellas y pasa su existencia con un cuerpo que renace siempre. No está acostumbrada a saciar su hambre con comidas, ni a apagar su sed en fuente alguna, sino que la nutren los rayos del sol, más puros, y liba los alimentos de Tetis transportados por el viento, cogiendo el sustento de los beneficiosos efluvios. Sus ojos irradian un misterioso resplandor, una aureola de fuego corona su cabeza. Su copete levanta al astro paterno en su brillante cima y con luz serena ilumina las tinieblas. Sus patas están teñidas de púrpura de Tiro. Superan en rapidez a los Zéfiros sus alas, a las que rodea un color azul de flor y por encima se enriquecen con manchas de oro.

No nace ella de la concepción de un feto, ni de una semilla, sino que es padre e hijo de sí mismo; sin nadie que lo engendre, regenera con una muerte fecunda el cuerpo que ha llegado a su término y logra nuevas vidas mediante otras tantas muertes. Pues cuando han pasado mil prolongados veranos, han declinado otros tantos inviernos, y otras tantas primaveras, empujadas a su recorrido, les han devuelto a los labradores las sombras que les arrebató el otoño, entonces por fin sucumbe el ave, bastante debilitada por la multitud de años, vencida por el número de

lustros: como desde la cima del Cáucaso se bambolea un gran pino batido por la tempestad, para desplomarse a la postre con la inclinación de su peso; una parte se derrumba por los continuos soplos, otra se rompe corroída por la lluvia, a otra la arrancó el decaimiento de la vejez.

Ya decrece su pequeño resplandor y su estrella languidece pálida por el hielo de la vejez, como cuando los nublados ocultan por casualidad a Cintia [60] y ella se desvanece con su cuerno esfumado. Sus alas, acostumbradas a hender las nubes, ya apenas pueden levantarse del suelo. Entonces, consciente de que su tiempo se ha cumplido y preparando el comienzo de la renovación de su esplendor, recoge de las cálidas colinas hierbas secas y, entrelazándolas, prepara con esta preciada fronda de Saba [61] un montón, pira y próximo nacimiento suyo.

Aquí se coloca y, bastante debilitada ya, saluda al Sol con dulces acentos; añade ruegos y con canto suplicante reclama los fuegos que le van a suministrar nuevas fuerzas. Febo [62], detenidas sus riendas cuando la ha visto a ella desde lejos, se para de pronto y consuela a su piadoso hijo con estas palabras: «Oh tú, que vas a dejar la vejez en la pira y vas a tener en el falso sepulcro la suerte del nacimiento, tú, que con frecuencia sueles renacer con tu destrucción y rejuvenecer con tu propia muerte, recibe de nuevo el comienzo de la vida y deja ese cuerpo débil. Cambiada tu figura, aparece más bella».

Habiendo hablado así, con la sacudida de su cuello lanza apresuradamente uno de sus resplandecientes cabellos y con el destello vivificante que ha enviado alcanza al ave, deseo-

---

[60] Cf. *Gild.*, nota 50.

[61] Cf. *Rapt.* II, nota 21.

[62] Cf. *Ruf.* I, nota 35.

sa de ello. Ya se abrasa por su propia voluntad para regresar de nuevo, y se alegra de morir, impaciente por su nacimiento. Con los dardos divinos arde el montón oloroso de fronda y consume a la vieja ave; la luna retiene estupefacta sus resplandecientes novillos y el cielo no agita sus perezosos astros mientras la pira lo crea; Naturaleza se preocupa con inquietud para no perder al ave eterna y le advierte a sus fieles llamas que le devuelvan la gloria inmortal del mundo.

Enseguida un aflujo de vigor circula por sus miembros esparcidos y una sangre renovada inunda sus venas. Sin nadie que las mueva, las cenizas destinadas a vivir comienzan a agitarse y a cubrir de plumas el informe rescoldo. El mismo que había sido padre, sale ahora hijo y, nuevo ser, se sucede a sí mismo. El fuego separa en medio los límites de las dos vidas con una tenue frontera.

Al punto le agrada consagrar junto al Nilo el espíritu de su padre y llevar el puñado de cenizas regeneradoras a las costas de la tierra de Faros. Se dirige veloz a un orbe extraño para él, llevando contenidos en una envoltura de hierba los restos de su cadáver. Innumerables aves la acompañan y una atónita multitud de pájaros la sigue en cortejo en su vuelo; la inmensa bandada oculta el cielo en una larga extensión con sus diversos movimientos. Y ninguno de entre tantos millares se atreve a ir delante del jefe, sino que siguen religiosamente el camino de su oloroso rey. Ni el fiero gavilán ni el ave misma que lleva las armas de Júpiter promueven la guerra: el respeto les crea una alianza común. Así guía el caudillo parto sus bárbaros escuadrones desde el amarillento Tigris; resplandeciente de piedras preciosas y ricos adornos, embellece su tiara con la corona real; retiene a su caballo con un freno de oro, la aguja asiria ha bordado su vestidura teñida de púrpura y,

crecido por ser el rey, se enorgullece de su excelso poder sobre el ejército que le sirve.

Una ilustre ciudad de Egipto [63], muy conocida por sus apacibles sacrificios, venera al Sol y su templo descansa apoyado en cien columnas sacadas de las montañas de Tebas. Allí, según cuentan, deja ritualmente el ave el montón de cenizas paternas y, venerando el rostro del dios, su señor, confía ya a la llama su carga; ya destina al altar los gérmenes y reliquias de sí misma; resplandecen los umbrales perfumados con mirra; exhalan los altares un humo divino y el aroma de la India, difundido hasta las marismas de Pelusio [64], penetra en las narices y llena a los hombres de saludables efluvios; una brisa más dulce que el néctar perfuma las siete bocas del negro Nilo.

¡Oh ave feliz y heredera de ti misma! A ti te da fuerzas lo que a todos nos aniquila. Obtienes el nacimiento mediante tus cenizas. Muere tu vejez mientras tú no pereces. Has visto todo lo que ha sido; se suceden todos los siglos siendo tú su testigo; tú sabes en qué época echó el mar sus aguas elevadas sobre las rocas sumergiéndolas, qué año se abrasó con el desvío de Faetonte [65]; ningún desastre te arrebata y permaneces como único sobreviviente en la tierra sobre la que has triunfado; contra ti no recogen las Parcas sus crueles hilos ni tuvieron el poder de dañarte.

[63] Heliópolis.

[64] Ciudad de Egipto situada en la desembocadura más oriental del Nilo.

[65] Cf. *Prob.*, nota 56.

28

EL NILO

Feliz el que hiende con la reja de su arado las tierras de Egipto. No espera él las nubes que ocultan el cielo con sus tinieblas ni invoca a los Coros, que soplan enérgicamente con un frío lluvioso, ni al arco iris, que se enciende con variados resplandores. Egipto es fértil sin nubes y solo él posee la lluvia sin nublados: despreocupado del cielo, sin necesitar el viento, se alegra con las aguas que él mismo arrastra y hace desbordarse del Nilo; este río, tras haber surgido con rápida corriente de en medio de los Austros, soportando la zona tórrida y el ardiente Cáncer [66], corre a nuestro país con olas desconocidas, viniendo de una fuente secreta que, objeto de búsqueda siempre con inútiles resultados, está oculta, y nadie logró ver este manantial. Se dice que nace sin testigo alguno, arrastrando aguas provenientes de otro cielo. Luego, tras haberse extendido por toda Libia con su curso errante, se precipita por los innumerables reinos de los negros etíopes, baña las regiones condenadas al perpetuo ardor del sol y, salvación para pueblos sedientos, vaga por Méroe, los salvajes blemias [67] y la negra Siene [68]. De él bebe el desenfrenado garamante [69] y el girreo [70], domador de fieras; también el que habita amplias cavernas bajo las rocas, el que arranca

[66] Cf. *Stil.* II, nota 55.

[67] Pueblo de Etiopía, en la frontera del alto Egipto, de cuyos individuos se decía que carecían de cabeza y que tenían la boca y los ojos en el pecho.

[68] Ciudad del alto Egipto, la actual Assuán.

[69] Cf. *Stil* I, nota 52.

[70] Pueblo de las orillas del Gir, río de Mauritania.

las ramas de ébano, el que sustrae los colmillos de marfil y los pueblos que rodean sus cabellos con una corona de flechas.

Y no obtuvo causas ni estación razonables para aumentar su corriente; no crece él con el deshielo de las nieves ni con los torrentes derramados de las montañas; pues cuando el sombrío invierno ha incrementado las aguas de los otros cursos, entonces al Nilo lo contienen sus orillas; cuando los otros ríos decrecen lánguidos, entonces el Nilo, trocadas las leyes, acrecienta su caudal. Pues lo que el verano ha arrebatado de todos los ríos, esto lo concede la naturaleza al Nilo, y se concentran en una sola corriente los tributos recaudados por todo el orbe. Y en el tiempo en el que la Canícula [71] arma más ardiente al sol, absorbe la humedad de las aguas, seca las arterias de la tierra con el calor y el cielo abrasa con sus poderosos rayos, llega al Nilo el invierno, estación contraria al resto del mundo. Llevando las habituales aguas a los necesitados labradores, corre más ancho que el Egeo, más impetuoso que el profundo Mar Jónico y se extiende por las llanuras. Todo el campo se inunda; resonaron con los remos los barbechos; con bastante frecuencia el pastor, cuando por casualidad está echado por el sueño del verano, al despertar ve a sus rebaños flotando juntamente con los establos.

29

EL IMÁN

Cualquiera que observando el mundo con espíritu curioso sondee los secretos de la naturaleza —por qué moti-

[71] Cf. *Ruf.* I, nota 61.

vo se eclipsa la luna, qué causa hace palidecer al sol, de dónde vienen los cometas que enrojecen en su siniestra cabellera, de dónde salen los vientos, qué movimiento sacude las entrañas de la tierra cuando tiembla, qué hendidura abre paso a los rayos, por qué truenan las nubes, con qué resplandores se matiza el arco iris—, que él me responda a mí que me cuestiono esto, si su mente puede entrever algo de verdad.

Existe una piedra llamada imán, descolorida, obscura, sin valor. No adorna ella la cuidada cabellera de los reyes ni el blanco cuello de las jóvenes, ni brilla en el adornado broche de un cinturón. Pero si observas las propiedades maravillosas de esta piedra negra, entonces supera ella los bellos adornos y todo lo que el indio busca en las rojas algas de los litorales orientales. Pues del hierro ha obtenido la vida y se alimenta de la dureza del hierro; en él encuentra la dulce comida, en él el sustento; con el hierro renueva sus propias fuerzas; los ásperos alimentos del hierro, esparcidos por sus miembros, conservan su misterioso vigor; si falta aquél, perece: un hambre terrible paraliza su moribundo cuerpo y la sed consume sus agrietadas venas.

Marte, que golpea las ciudades con su sangrienta lanza, y Venus, que alivia las preocupaciones de los hombres mediante el reposo, poseen el santuario común de un templo de oro. Tiene una estatua cada dios; pero la imagen de Marte resplandece en hierro, una piedra imán representa a Venus. Un sacerdote celebra su matrimonio según el rito. La antorcha guía a los coros; el festivo mirto reviste de fronda los umbrales, su lecho se alza adornado con pétalos de rosa y la púrpura de la dote cubre el tálamo. Entonces se produce un espectáculo prodigioso; Citerea atrae espontáneamente a su marido y, remedando su primera

unión en el cielo, estrecha el pecho de Marte con su lasciva atracción, mantiene suspendido un peso tan grande, le rodea el casco con sus brazos y lo ciñe entero con estremecedores abrazos. Él, llevado por la prolongada fuerza de la absorción, es arrastrado por lazos misteriosos desde la piedra cónyuge. La naturaleza preside la unión de los dioses y una fuerte atracción junta el hierro al imán; súbitamente las dos divinidades se unen con un amor secreto.

¿Qué ardor provoca en los dos metales esta mutua adhesión? ¿Qué armonía une a los dos cuerpos inanimados? La piedra arde anhelante y siente herida el objeto amado; el hierro reconoce a su dulce amor. Así suele calmar Venus al terrible soberano de la guerra y apaciguarlo con una mirada, cuando se agita exaltado por la sangre y, blandiendo su lanza, estimula su ira. Ella sola se pone delante de los fogosos caballos, sosiega el furor de su pecho y con una dulce llama refrena su ardor. Una paz profunda penetra en su espíritu, abandona el encendido combate e inclina su brillante penacho para besar a la diosa.

¿Qué poder, cruel niño, no se te ha concedido? Tú triunfas sobre el potente rayo y fuerzas a Júpiter a mugir en medio de las olas tras abandonar el cielo [72]. Ora hieres las heladas rocas y los cuerpos que carecen de la sensibilidad de los seres vivos, ora los peñascos se someten a tus flechas; su propio ardor impulsa a las piedras; tus dulzuras dominan el hierro; tus llamas reinan sobre el duro mármol.

[72] Referencia al rapto de Europa. Cf. *Nupt.*, nota 28.

30

ELOGIO DE SERENA

Di, mi Calíope, ¿por qué tardas tanto tiempo en ceñir con una guirnalda pieria [73] a Serena, merecedora de ello? ¿Lo consideras regalo de poco valor si tú, una reina, adornas con flores la cabellera de otra reina, cabellera acostumbrada a alzarse con piedras preciosas y a resplandecer con las perlas del Mar Rojo? Pero es con aquellas flores a las que no abrasa ni el Bóreas con sus fríos ni Sirio [74] con sus ardores, sino que la fuente del Permeso [75] las cría con el agua de Aganipe [76] brillantes con el resplandor eterno de la primavera: de ellas liban las divinas abejas y, recorriendo las praderas, transmiten las mieles del Helicón a las generaciones venideras.

¿O estimuló a los otros poetas un solo acto de la virtud femenina más digno? Por recuperar a su cónyuge, la casta tesalia [77] lo reemplazó en el destino y consintió que su esposo pasara a gozar de los años que le pertenecían a ella. Esto lo recuerdan los griegos. Tanaquil [78], conocedora de los destinos, Clelia [79] regresando por las aguas del Tíber

---

[73] De las Musas, pues el monte Pierio, en los confines de Tesalia, está consagrado a ellas.

[74] Cf. *Ruf.* I, nota 61.

[75] Río de Beocia que brota del monte Helicón y cuya fuente estaba consagrada a las Musas.

[76] Fuente consagrada a las Musas al pie del monte Helicón.

[77] Alusión al mito de Alcestis. Cf. *Get.*, nota 85.

[78] Esposa de Tarquinio Prisco, mujer versada en los prodigios celestes, como los etruscos en general. Cf. Livio, I 34.

[79] Cf. *Eutr.* I, nota 83.

y Claudia [80] arrastrando por el mismo río con su cabellera virginal a la vacilante Cibeles suscitan las palabras de las Camenas [81] del Lacio. ¿O acaso el espíritu sublime del viejo de Meonia [82] pretende otra cosa con toda la acción de su poema? Que Caribdis [83] dispuso sus aguas, que Escila sus perros, que Circe sus venenos, el hambre evitada de Antífates, la nave hecha pasar a través de los cantos implacables de las Sirenas mientras los marineros permanecen sordos, el Ciclope privado de su ojo, el desprecio de Calipso, todo esto es gloria de Penélope; sólo para elogiar su castidad se disponen tantas escenas. Las fatigas en la tierra y en el mar, diez años de cruel guerra y otros tantos por los mares mostraron la fidelidad de su esposa. Sea Clau-

[80] Cuando la piedra negra que simbolizaba a Cibeles fue traída a Roma (cf. *Gild.*, nota 27), la nave que la transportaba quedó encallada en la desembocadura del Tíber. Se decía que sólo una mujer virgen podría moverla. La Vestal Claudia, que había sido acusada de adulterio, logró desencallarla tirando de ella con su cinturón o con una cuerda.

[81] Las Musas. Las Camenas son en Roma las Ninfas de las fuentes, pero estas Ninfas se asimilaron muy pronto a las Musas.

[82] Homero.

[83] Se alude a continuación a famosos episodios de la *Odisea.* Caribdis era un monstruo que vivía cerca de Mesina, en el estrecho que separa Italia de Sicilia. Tres veces al día absorbía agua en gran cantidad, tragándose todo lo que flotaba, incluso los barcos que pasaban por aquellos parajes; luego devolvía el agua absorbida. Para Escila, cf. *Ruf.* I, nota 83 y *Eutr.* I, nota 41. En *Od.* XII se nos habla de los incidentes de Ulises y sus compañeros con Escila, Caribdis y con las Sirenas, para las cuales, cf. *Rapt.* III, nota 18. El episodio de la famosa maga Circe aparece en *Od.* X. Antífates es el rey de los Lestrígones, pueblo de gigantes antropófagos que devoraban a los extranjeros; el desdichado encuentro de Ulises y sus compañeros con ellos se nos narra en *Od.* X 80-132. Para el episodio del Ciclope Polifemo, cf. *Od.* IX 187 ss., y para el amor de la Ninfa Calipso hacia Ulises, la estancia del héroe junto a ella y la posterior partida, cf. *Od.* V 13-281.

dia dichosa con el testimonio de la diosa y demuestre con la ayuda de la divinidad sus castas costumbres, acabando al mismo tiempo con el retraso de la nave y la acusación a su pudor; que Penélope entretenga con artimañas a los pretendientes y engáñelos furiosos recogiendo en su labor nocturna los hilos de Laertes [84]: no se atreverán sin embargo a competir con la gloria de Serena.

Porque si la nobleza abre los comienzos para todos los elogios y todas las causas regresan al linaje, ¿qué sangre será más venerable, qué nacimiento mayor que el real? Esto no lo otorgó una casa particular ni tan gran divinidad podía surgir en un hogar común: siendo tu tío emperador, te hace ilustre ya tu belicoso abuelo [85], que llevó nuestros estandartes al Océano de Britania y rechazó las armas getulas. Que silencie Cornelia [86] su célebre linaje de los Escipiones y se jacte menos de haber sido dotada con los trofeos de Libia. Tú muestras laureles de tus ascendientes adquiridos en los dos polos; de un lado te coronan los despojos logrados por tus antepasados en Caledonia [87], de otro los conseguidos igualmente en las regiones del Austro. Oh gloria mayor del mundo, aún no había cogido aquella casa las riendas del imperio cuando Lucina [88] te hizo nacer bajo rayos bienhechores de los astros; comenzó a reinar después de haber nacido Serena.

---

[84] Laertes es el padre de Ulises. Penélope acudió a una estratagema para entretener a los pretendientes: les dijo que elegiría uno de entre ellos cuando hubiera terminado de tejer la mortaja de su suegro. Pero el trabajo que efectuaba durante el día lo deshacía durante la noche.

[85] Referencia al emperador Teodosio y a su padre el conde Teodosio, para el cual cf. *III Cons.*, nota 14.

[86] La hija de Escipión el Africano y madre de los Gracos.

[87] Cf. *IV Cons.*, nota 10.

[88] Cf. *Prob.*, nota 33.

¿Qué elogio, Hispania, puede hacer dignamente de tus tierras una voz humana? La India levanta en primer lugar al sol de su océano: tú, concluido el día, bañas a sus fatigados corceles y los astros descansan en tus olas. Rica en caballos, abundante en frutos, famosa por tus minas, fecunda en piadosos emperadores: a ti el mundo te debe a Trajano; de esta fuente manó la familia Elia [89]; de aquí el anciano padre, de aquí las diademas de los jóvenes hermanos. Pues otras naciones, a las que Roma retuvo con tratados o sometió con las armas, se aprestan para las variadas necesidades del imperio: las cosechas de Faros, las mieses de África están dispuestas para alimento de las tropas; la Galia proporciona el vigor del ejército; las alas de éste se agitan con la caballería de Iliria; solo Iberia proporcionó a las exigencias del Lacio un extraño tributo: Augustos. Cosechas, dinero, soldados llegan de todas partes y se recogen de todo el orbe; pero únicamente ella engendra a los que gobiernan todas las cosas. Y no se hubiese contentado con ser apreciada por los elogios a sus varones, si no hubiese sobresalido igualmente en mujeres y no hubiese dado, espléndida a porfía en ambos sexos, a Flacila, María [90] y la bella Serena.

En tu nacimiento cuentan que el Tajo [91] desbordándose esparció sus aguas con su oro a través de los fértiles campos; Galicia sonrió con flores y el hermoso Duero en sus riberas llenas de rosas transformó por todas partes los rediles de las ovejas con vellones de púrpura. El océano cántabro deposita piedras preciosas en el vecino litoral y

[89] Cf. *VI Cons.*, nota 70.

[90] Flacila es la primera esposa del emperador Teodosio (cf. «Introducción», págs. 7, 10 y n. 5). María es la madre de Serena.

[91] Cf. *Prob.*, nota 11.

el pálido astur no anda errante por las entrañas cavadas de los montes; los filones de la tierra arrojan por doquier oro ofrecido a tu nacimiento y las Ninfas fluviales recogieron en las grutas de los Pirineos ígneas ceraunias. Y las Nereidas, que siguiendo el retroceso de las olas y la marea llegaron ante la vista de todos a los ríos refluentes, profirieron el augurio de tu futuro matrimonio reconociéndote entre aplausos como su soberana. Entonces el pequeño Estilicón crecía bajo otro cielo y vivía desconocedor de su fortuna; a él le fue destinada a lo lejos una esposa y en un lugar completamente retirado se le preparaba la unión de tan gran destino.

Y no fue digna de cuidar de tu cuna una nodriza mortal. Las Horas [92] en primer lugar te ofrecían sus pechos con sus senos fragantes y las tres Gracias [93], cogiéndote en sus brazos desnudos, te soplaron y te enseñaron a hablar. Por cualquier lugar que anduvieras a gatas a través de la hierba, resplandecían rosas, nacían blancos lirios; si tus ojos habían cedido al plácido sueño, surgía la púrpura de la violeta para hacerte un aposento de verdura y florece la imagen imperial del lecho. No se atreve tu madre a confesar tan grandes presagios y, conocedora de su secreta fortuna, oculta sus éxitos con una esperanza inquieta.

Honorio [94], tu padre, te llevaba en un apretado abrazo. Cuantas veces el emperador Teodosio, todavía un ciudadano particular, llegaba al hogar de su hermano, te cubría de besos y, más alegre, te llevaba a su casa. Vuelta hacia tu madre, decías con tiernas quejas: «¿Por qué?

[92] Cf. *Prob.*, nota 61.

[93] Cf. *Nupt.*, nota 27.

[94] El hermano del emperador Teodosio.

¡Apartarme de mi propio hogar! ¡Él siempre manda [95]!». Tu equivocación había hecho sin saberlo un presagio y tu lengua infantil dio el augurio del imperio. Muerto tu padre, te adopta tu ilustre tío y, dándole a tu espíritu el consuelo de tu gran desgracia, te amó a ti, hija de su hermano muerto, más que si te hubiese engendrado. Y no unió en otro tiempo a los lacedemonios hijos de Leda [96] un mutuo amor más preciado. Dio también a su propio hijo el nombre de su hermano y, en la medida que le es posible, se restituye a sí mismo la imagen del desaparecido. Por fin, cuando tras haber sido elegido cogió las riendas supremas del imperio, no dio pruebas de amor a sus propios hijos antes de haberos hecho ir al mismo tiempo a ti y a tu fiel hermana desde las tierras iberas al litoral del Este.

Ya es abandonada la ribera del Tajo y, dejadas atrás las moradas del Zéfiro, las hermanas se apresuran a las ciudades sometidas a la Aurora. Marchan las dos jóvenes, las hijas de su hermano; de un lado Serena, la menor, de otro Termancia [97], la primera en nacer, desconocedoras del tálamo nupcial; Himeneo [98] aún no había hecho entrar sus níveos cuellos bajo el yugo de Citerea. Ambas resplandecen tímidamente en sus ojos, ambas encienden el fuego del amor con sus hermosos rostros. Como la virgen hija de Latona y su hermana [99], nacida sólo de Júpiter, cuando visitan por casualidad el reino de su tío el soberano del

[95] Claudiano juega con las palabras *imperat* e *imperator.*

[96] Los Dióscuros. Cf. *Prob.*, nota 51.

[97] No se debe confundir esta Termancia con su sobrina, la hija de Estilicón y Serena.

[98] Cf. *Nupt.*, nota 45.

[99] Diana y Minerva respectivamente.

mar (las espumeantes aguas se calman venerando la marcha de las castas divinidades; no se solaza la licenciosa Galatea [100] ni el lascivo Tritón se atreve a tocar a Cimótoe, el pudor impone sus severas leyes en todo el piélago y Proteo [101] les impide los vergonzosos abrazos a los mismos monstruos de Neptuno): así las hermanas hijas de Honorio franquean el umbral imperial para contemplar el palacio de su padre portador de cetro. Desde luego, él abrazó a ambas con amor paterno, pero con razón su afecto iba más inclinado a ti. Y cuantas veces, según lo exigen las necesidades públicas del imperio, regresaba más triste o lleno de ira ardiente, cuando los hijos esquivaban a su padre y la misma Flacila temía a su marido irritado, únicamente tú podías aplacarlo en su cólera, tú apaciguarlo con tiernas palabras. Gozaba con tu conversación, sus secretos [confesaba] a la fiel [102]*** Tu viejo respeto superó tus años infantiles. No era así la hija de Alcínoo [103] que Homero compara en sus alabanzas a Trivia [104]; ella, mientras tendía sus ropas por la playa y alegre ponía en movimiento a sus sirvientas en coros, tras haber arrojado la pelota de oro tuvo miedo de Ulises que salía cubierto con hojas después del náufrago reposo del sueño.

Los trabajos pierios [105] y las composiciones de los poetas antiguos eran tu diversión: leyendo los libros que nos

[100] Galatea y Cimótoe son Nereidas. Para la primera, cf. *Rapt.* III, nota 31. Para Tritón, cf. *Nupt.*, nota 32.

[101] Cf. *Nupt.*, nota 20.

[102] Parece ser que tras este hexámetro faltan uno o más versos.

[103] Alcínoo, rey de los Feacios, es el padre de Nausícaa, para la cual cf. Homero, *Od.* VI.

[104] Diana. Cf. *Nupt.*, nota 56.

[105] Cf. nota 73.

legó Esmirna [106], los que nos dio Mantua [107], condenas a Helena y no das tu aprobación a Elisa [108]. Ejemplos más nobles se adueñan de tu casto espíritu: Laodamía siguiendo al Filácida cuando regresaba de nuevo a las sombras [109], la esposa de Capaneo precipitándose impetuosa para mezclar sus cenizas en común con las de su esposo que ardía en la pira [110] y la digna Lucrecia arrojándose a su casta espada [111]; ella, atestiguando con el suicidio el crimen del tirano, levantó en armas para la guerra a la justa cólera de su patria; murió gloriosamente siendo desterrado Tarquinio y tras haber vengado sólo con su sangre la castidad y la libertad. De buen grado lees tales hazañas, tú, no menor en tu virtud, pero con mejor destino.

Ya tu núbil edad, mientras el emperador lo sopesaba, había excitado a los cortesanos con las inciertas esperanzas de a quién le aguardaba un matrimonio de tan gran fortu-

---

[106] Es decir, la poesía homérica. Siete ciudades se disputaban ser la patria de Homero, pero para espíritus privilegiados, como Píndaro o Semónides, sólo dos ciudades tenían probabilidades de serlo: Esmirna y Quíos.

[107] Patria de Virgilio.

[108] Dido.

[109] Protesilao, hijo de Íficlo, que a su vez lo es de Fílaco, murió en Troya a manos de Héctor. Su esposa Laodamía lo siguió amando después de muerto. Los dioses se compadecieron y Mercurio trajo desde el Hades a Protesilao a presencia de su esposa, pero sólo por unas horas. Cuando Protesilao tuvo que descender de nuevo a los Infiernos, Laodamía se suicidó para no verse privada de la compañía de su esposo.

[110] Capaneo es uno de los caudillos que tomó parte en la expedición de los Siete contra Tebas. Cuando el primer asalto a la ciudad, se lanzó resuelto a incendiarla. Pero el rayo de Júpiter lo detuvo y lo mató en el momento en que se disponía a escalar la muralla de Tebas. Su esposa Evadne se arrojó a la hoguera que consumía su cuerpo.

[111] Cf. *Eutr.* I, nota 82.

na. Las páginas de las Musas cuentan que los reyes antiguos estaban dispuestos a conseguir el matrimonio con el riesgo de un posible perecimiento, de modo que ordenaban a los pretendientes competir bajo condiciones espantosas y los crueles se alegraban de que sus hijas fueran pretendidas con enfrentamiento de la muerte. Con un carro marino escapó Pélope a los dardos de Pisa (pues el pérfido Mírtilo traicionó fraudulentamente al rey Enómao con los pernos del eje [112]). El presuroso Hipómenes doblegó con las manzanas de oro a la veloz Esqueneida que lo perseguía en la carrera y con una espada [113]. Calidón contempló desde lo alto de sus murallas la contienda de Hércules con el río que luchaba contra él y Deyanira fue el premio a su esfuerzo, cuando el Alcida gritaba victorioso con su pecho jadeante y Aqueloo retrocedía descolorido; las Ninfas curaban atónitas las heridas de su padre; el río empali-

[112] Cf. *Nupt.*, nota 50. Neptuno se había enamorado de Pélope y le regaló un carro que podía correr por la superficie del mar y con el que el favorito del dios participó posteriormente en la famosa carrera. Pisa es la capital del reino de la Élide. La traición de Mírtilo consistió bien en dejar las ruedas del carro de Enómao sin pernos que las sujetasen al eje, bien en colocar pernos de cera.

[113] Atalanta, hija de Esqueneo, no quería casarse y había anunciado, con el objeto de alejar a los pretendientes, que su esposo sería únicamente el hombre capaz de vencerla en la carrera, con la condición de que si era ella la vencedora mataría a su contrincante. Numerosos jóvenes habían encontrado la muerte de este modo cuando llegó un nuevo pretendiente, Hipómenes. El recién llegado traía consigo unas manzanas de oro que le había proporcionado Venus, quien también le dio instrucciones sobre cómo debía usarlas. Una de las versiones cuenta que estos frutos procedían del jardín de las Hespérides. En la carrera Hipómenes fue arrojando las manzanas intermitentemente. Atalanta, que se había enamorado de Hipómenes y deseaba ser vencida, se detuvo a recogerlas. Hipómenes venció y obtuvo el premio convenido.

decía maltrecho con su cuerno arrancado [114]. A ti no te consiguió Estilicón con manzanas de las Hespérides [115], ni tras haber sometido a un río, ni con una rueda que traicionara a su suegro, sino por decisión del emperador tras haber sido considerado digno de ello en diversas batallas, y adquirió con su valor la dote del imperio. A menudo los caudillos otorgaron coronas merecidas en la guerra [116]: a uno lo ciñe la corona mural, a otro lo distinguió la corona cívica de encina, a otro la naval por haber vencido a la flota del enemigo; sólo Estilicón logró por sus admirables servicios en la guerra la corona del matrimonio de manos de su suegro.

Termancia le reconoció a su tío una preocupación similar. También ella se casó con un general; pero el destino de tu hermana fue con mucho inferior al tuyo. Con otro resplandor te enciende las antorchas la Salud romana [117]

[114] Hércules y el río Aqueloo lucharon entre sí por conseguir la mano de Deyanira, hija de Eneo, rey de Calidón, en Etolia. Hércules lo venció al fin a pesar de que el río tomó toda clase de formas. Durante la lucha Aqueloo se transformó en toro, pero Hércules le arrancó uno de los cuernos y el río, considerándose vencido, se rindió.

[115] Cf. *IV Cons.*, nota 19.

[116] Las coronas se utilizaban también como recompensas militares. Claudiano enumera aquí tres tipos de coronas utilizadas con este fin: la corona mural (*corona muralis*) se le concedía al soldado que escalaba el primero los muros de la ciudad asediada; la corona cívica (*corona civica*) era el premio para el que salvase la vida a un ciudadano romano; la corona naval (*corona navalis, classica* o *rostrata*) se le otorgaba al primer guerrero que saltaba a una nave enemiga.

[117] Ya Augusto, en el 10 a. C., había levantado un templo a la *Salus populi Romani* en el que se veneraba también a la *Pax* y a la *Concordia*. Y Ov., *Fast.* III 881-882, pone en conexión el culto de estas tres divinidades. En realidad Claudiano vuelve a hablarnos aquí, con más énfasis dada la personificación de *Salus,* de la conexión entre Estilicón y la *salus Romana*, conexión ya explicitada en *Ruf.* I 283 y en *Stil.* I 374.

y tu matrimonio fue ocasión para grandes coronas. Su primer cargo fue el cuidado de los caballos [118], a los que crían en las caballerizas imperiales yeguas de Frigia y las que, nacidas de sementales de los capadocios, pacieron los pastos del Argeo [119]. Luego pronto dirigió el ejército con un doble mando [120] y su esfuerzo desempeñó de tal modo el cargo confiado que siempre el emperador merecidamente, a pesar de haberle otorgado grandes recompensas, se las debía sin embargo mayores. Si amenazaba la nube de la guerra, habrías visto a los comandantes ancianos de la caballería y de la infantería ceder ante él, bien que menor en años y en derecho, y confiarle claramente toda la guerra, y ni el rango ni la vergüenza de la edad les impide a los más viejos querer obedecer al joven. Así como con vientos apacibles y con el mar en calma cada uno de los navegantes reclama para sí la dirección del timón; pero si amenaza el turbulento Austro y las olas baten ambos costados de la nave, los marineros, tras haber dejado a un lado su dlsputa, se contentan con la mano mejor, hacen entrega de sí mismos y de la nave al mando de uno solo y la tempestad puso fin a los afanes, que en momentos de miedo reconocen la habilidad: no de otro modo Estilicón, cuando bramó la tempestad tracia de la guerra [121], cediendo todos ante él al mismo tiempo, es elegido caudillo único. Sin duda el juez temor llevó a cabo una verdade-

[118] Se trata del cargo de *comes sacri stabuli.*

[119] Capadocia era famosa en la Antigüedad por sus caballos. El Argeo es un monte de esta región, situado al oeste de la cordillera del Antitauro.

[120] Posiblemente se refiera al cargo de *magister utriusque militiae*, es decir, el mando sobre la infantería y la caballería. Era éste uno de los cargos más destacados del imperio.

[121] Se trata de la expedición contra los bastarnas. Cf. *Ruf.* I, nota 94.

ra votación; la ambición fue vencida por el interés de la salvación y la envidia yació abatida por el miedo.

¡Qué temblor entonces por tu cuerpo y cuántas lágrimas caían en abundancia cuando, al convocarlo ya los clarines a las crueles armas, fijando tu mirada en los umbrales con el rostro empapado, deseabas su vuelta y arrebatabas apresurados besos de tu empenachado marido introducidos en su casco amenazador! ¡Qué alegría por el contrario cuando detrás de las trompetas victoriosas acogías por fin en tus resplandecientes brazos su pecho guarnecido de hierro, cuando sin peligro en el dulce descanso de la casta noche le ordenabas relatarte la serie de sus batallas! Nunca peinabas tus brillantes cabellos mientras él estaba en la guerra, ni cogías los habituales adornos de las joyas: te consagras a las divinidades y a los votos y barres el suelo con tu cabellera suplicante; se consume el encanto de tu belleza descuidada, para regresar de nuevo con tu propio marido.

Y no languidece indolente el amor siendo abandonada tu preocupación: por su parte tu prudencia de mujer secunda su gloria de la guerra. Mientras él combate con los pueblos, tú miras por todas sus cosas con espíritu vigilante para que ni la cólera de la envidia, siempre enemiga de la virtud, ni el ardor perverso se atrevan a nada contra el ausente, para que ninguna traición, una vez dejadas lejos a un lado las armas, se oculte furtivamente con la intención de hacerle daño en su hogar. Tú, diligente en otro tiempo al tramar Rufino su crimen, cuando buscaba las artimañas para la destrucción del caudillo y excitaba a los getas conjurados contra las armas romanas, tú, habiendo indagado sus movimientos secretos, temblorosa por tu marido, le aconsejabas con mensajes y cartas.

31

CARTA A SERENA

Cuando las primeras antorchas nupciales compartían el asentimiento de Orfeo y el festivo Himeneo llenaba los campos de Tracia, rivalizaron las bestias salvajes y las aves de matizado plumaje sobre qué regalo sería mejor para su poeta, acordándose sin duda de la gruta donde las resonantes rocas habían ofrecido a menudo un admirable escenario a la armoniosa lira: los linces le llevan cristales de la cima del Cáucaso; los grifos, lingotes de oro del país de los hiperbóreos [122]; las palomas, tras haberlas robado en las praderas de Venus, le llevaron por el aire florecientes guirnaldas de entrelazadas rosas; el cisne le llevó del río Po, prolífico en estas aves, ámbar destilado por las ramas de las ilustres hermanas [123]; las grullas, después de la lucha contra los pigmeos [124], tras haber vuelto a cruzar el Nilo, cogen con su pico las preciosas perlas del Mar Rojo; vino también de los confines del Oriente el inmortal Fénix [125], trayendo en sus curvas garras el raro cinamomo. No hubo ninguna ave ni bestia que se negara a entregar el regalo de bodas a la merecedora lira.

Entonces la diligente Calíope adornaba a su propia nuera con sus riquezas y todos los tesoros del Helicón. Además, la madre se atrevió a invitar a la boda de su hijo a la misma soberana del Olimpo estrellado. Y no despreció la

[122] Cf. *Ruf.* II, nota 36.
[123] Las Helíades. Cf. *Prob.*, nota 56.
[124] Cf. *Gild.*, nota 84.
[125] Cf. *Stil.* II, nota 49.

invitación la reina de los dioses, bien por respeto a la madre, bien empujada por los favores debidos al piadoso poeta, que había recorrido tantas veces los altares de la diosa con sus composiciones, cantando con su melodiosa voz el poder de Juno y celebrando los combates de su altisonante esposo en Flegra [126] y las quebrantadas amenazas de los Titanes y Encélado [127]. Al punto, juzgando digna de su presencia la noche de los esponsales, agregó sagrados regalos para que se enriqueciera el lecho nupcial, regalos que no admiten a su lado a los adornos de los mortales, regalos que solo pueden tener los dioses. Pero lo que la clemente Juno fue para el tracio Orfeo, ello podrás serlo tú, Serena, para mis deseos. Los astros, sus esclavos, obedecen los mandatos de aquélla: tú tienes bajo tu dominio la tierra y el mar. Yo, al pedir la mano de la novia, no ofrecí, según la costumbre habitual de los pretendientes, pastos llenos con mis rebaños, ni que una multitud de colinas mías estuvieran cubiertas de vides, ni que pingües olivos de mi propiedad se balancearan en su verde fronda, ni que mi cosecha se segara con numerosas hoces, ni que doradas vigas sostuvieran mis elevados techos. Fue suficiente que se encargara de ello una diosa: tu carta fue para mí el ganado, la cosecha y el amplio palacio [128]. La sombra que proyecta tu nombre doblegó a mis suegros y con la majestad de la petición veló mi pobreza. ¿Qué no llevarían a cabo, a una orden escrita de Serena, el genio del imperio y el amor que inspira su piedad?

¡Y ojalá tuviera yo la dicha de celebrar el ansiado día bajo el resplandor de tu rostro, en el campamento de tu

[126] Cf. *VI Cons.*, nota 2.

[127] Cf. *Prob.*, nota 9, y *III Cons.*, nota 38.

[128] Cf. «Introducción», págs. 22-23.

esposo y ante el trono de tu yerno! La púrpura me casaría con buenos auspicios, la corte me rodearía con su augusto séquito y, presidiendo las nupcias, la misma mano me daría en matrimonio a la joven a la que había comprometido antes conmigo mediante una carta. Pero ahora, puesto que el mar, colocado en medio de ambos, se opone a mis deseos demasiado ambiciosos y está lejos de ti la costa de la tierra de Libia, favoréceme al menos en tu ausencia, oh reina, y con un movimiento de tus divinas cejas concédeme de buen grado un feliz retorno. Ábreme tú los caminos por tierra, haz tú que el suave Euro apacigüe las aguas tornándolas más propicias, para que las Piérides [129] y Aganipe [130], que hace fluir el canto, te entonen las alabanzas debidas por la salvación de su sirviente el poeta.

32

ACERCA DEL SALVADOR

Cristo, señor del mundo, instaurador de la edad de oro que vuelve, palabra y pensamiento de Dios supremo, al que el padre hizo bajar desde su sublime espíritu y le dio una parte de tan gran universo; tú, que has vencido los impíos pecados de nuestra vida soportando cubrirte con la figura corporal del mundo, hablar abiertamente a los pueblos y confesarte hombre; tú, al que, concebido luego en el vientre de María tras haberlo visitado el ángel, tuvo miedo el seno virginal, y la madre célibe quedó estupefacta

[129] Las Musas. Cf. *Ruf.* I, nota 10.

[130] Cf. *Theod.*, nota 34.

de que se hinchieran sus entrañas con un embarazo misterioso para dar a luz a su propio creador (un vientre mortal ocultó al artífice del cielo, el creador del mundo fue una parte de la naturaleza humana, se concibió en un seno quien abraza anchamente al orbe entero y confluyó en un pequeño cuerpo quien no es contenido por el espacio de la tierra ni por las olas del mar ni por el cielo). Más aún, sufriste el suplicio y el encadenamiento para arrebatarnos de la destrucción y hacer desaparecer a la muerte con tu propia muerte; luego te alzaste a las brisas etéreas regresando al padre que estaba alegre por la salvación de la tierra. Bendice al emperador para que celebre muchas veces en días festivos los ayunos anuales del culto sincero.

33

SOBRE UN CRISTAL QUE CONTENÍA UNA GOTA DE AGUA

Posee el hielo señales de su anterior naturaleza; en una parte se ha petrificado, en otra rehúsa el frío. Se divirtió hábilmente el invierno, y esta gema, más valiosa por su incompleta cristalización, se enorgullece de sus aguas vivas.

34

SOBRE LO MISMO

Linfas que contenéis linfas en una cárcel fraterna, las que ahora sois aguas y las que antes lo fuisteis, ¿qué inteli-

gencia os ha unido? ¿Por qué propiedad del frío quedó la piedra prodigiosamente rígida y líquida? ¿Qué tibieza encerrada dentro protege las aguas sin peligro? ¿Qué viento fundió el hielo interiormente? ¿En qué antro esta piedra caprichosa se solidificó a pesar de un calor misterioso o bien se licuó a pesar del frío intenso?

35

SOBRE LO MISMO

El hielo de los Alpes, precioso ya por el exceso de frío, tomaba una dureza invencible para el sol; y no pudo imitar a una gema en todo su volumen, sino que en medio de su esfera permaneció el agua delatora. Se realzó su belleza; surge la maravilla de la piedra líquida y vosotras, aguas conservadas, le habéis proporcionado más valor.

36

SOBRE LO MISMO

Mira en este trozo de cristal resplandeciente la vena extendida de agua, por donde se arrastra un sendero a través de la gran transparencia del hielo. Este líquido no siente en su abrigo Bóreas alguno ni el invierno, sino que va y viene por los diferentes trayectos. No solidificó el frío aquel espacio, ni lo deshidrató Sirio [131], ni la voracidad del tiempo lo disminuyó.

[131] Cf. *Ruf.* I, nota 61.

37

SOBRE LO MISMO

Una envoltura redonda encierra a salvo una corriente de agua y endurecidas linfas recubren el errante líquido. ¿No ves cómo la gema espumea en sus propias oquedades y las vivas aguas forman olas de flujo y reflujo, cómo la húmeda Iris [132] es reflejada por los rayos que se refractan cuando la luz del sol penetra en el frío del interior? ¡Piedra maravillosa y líquido admirable! Supera tanto a los ríos como a las piedras, porque fluye y sin embargo es piedra.

38

SOBRE LO MISMO

Mientras el niño se alegra de coger este cristal resbaladizo y da vueltas con sus tiernos dedos a esta masa helada, ha visto las aguas atrapadas en la piedra transparente, las únicas que el riguroso invierno sabe respetar; y recorriendo con sedientos labios la seca esfera, imprimió inútiles besos en busca de las aguas.

39

SOBRE LO MISMO

No desprecies esta esfera de cristal: supera las maravillas de los palacios de los reyes y no es ésa de menos valor

[132] Cf. *Rapt.* III, nota 1.

que las perlas del Mar Rojo. Es un hielo informe, una piedra ruda, sin ninguna belleza en su figura, pero se la tiene entre los raros tesoros.

40

CARTA A OLIBRIO

¿Qué puedo yo pensar de que no me dirijas palabra alguna ni me llegue ningún saludo trazado por tu mano en respuesta al mío? ¿Es acaso el esfuerzo de escribir? ¿Pero tú, que tienes una facilidad tan asombrosa, ya si compones versos, ya si, nuevo Cicerón, haces resonar tus palabras en la tribuna? Tu fortuna reconoce ser inferior a los tesoros de tu espíritu y tu elocuencia supera tus inmensas riquezas. ¿O es raro encontrar el mensajero que te lleve la carta? Realmente en ningún momento cesa la polvareda de la vía Flaminia. Puesto que tu talento es inagotable, puesto que hay quien te lleve tus escritos, ¿qué causa te queda, a no ser que me desprecias? Así pues, desdeñas a tu poeta —si ello puede creerse— y con la distancia se debilita desleal nuestra amistad. ¿Te has olvidado de mí? Entonces ya esconderá el Hidaspes [133] la luz del día y tú, oh sol, surgirás por las aguas de Tarteso; Méroe, transformada, se volverá blanca con las escarchas del país de los getas y la resplandeciente Osa se bañará en el mar, a pesar de que lo tiene prohibido. Y si ya desprecia Olibrio mi afecto, está claro que no tuvo ningún valor la lealtad de Orestes [134]. Pero no, ea, rompe la demora y, para consolar

[133] Río de la India, afluente del Indo. En cuanto a Méroe, mencionada a continuación, es una isla del Nilo, en Etiopía.

[134] Referencia a la amistad proverbial entre Pílades y Orestes.

a tu amigo, instrúyelo desde lejos con tu elocuencia más rica que la suya. Que numerosas se apresuren tus cartas en elocuente sucesión para penetrar en mis oídos y en mi espíritu. César se dignó escribir al humilde Marón [135]. Y que mi Musa no sea para ti motivo de deshonra. Adiós.

41

CARTA A PROBINO

¿Cuándo tendrá, dime, el silencio entre nosotros un límite? ¿Cuándo una grata carta dará a su vez la esperada respuesta? ¿Es conveniente que se me llame tímido, o más bien que a ti se te tilde de orgulloso? A los dos nos alcanza la culpa del otro. Pasaron los días y, mientras a uno y a otro nos disgusta escribir el primero, caminamos hasta una dilación eterna. ¿Pero qué puedo hacer? El respeto a vosotros me prohíbe comenzar; de otro lado, el amor me anima a escribirte. Que venza el amor. «La fortuna ayuda a los atrevidos [136]», es la máxima del poeta antiguo. Siendo ésta mi guía, no puedo dudar en hablar aunque tú guardes silencio, de modo que sea acusado de atrevido, si parece que he cometido alguna falta verdaderamente, pero que no tenga que soportar la carga de ingratitud. Siendo tú cónsul, bebí por primera vez de las fuentes romanas y la Talía griega se rindió a la toga del Lacio; en mis principios, obtuve de tus fasces felices presagios y te deberé mis destinos posteriores. Así pues, ya que te he provoca-

[135] Alusión a la amistad entre Augusto y Virgilio.

[136] Sentencia también conocida por Virgilio: *Audentis Fortuna iuvat* (*Aen.* X 284).

do, escribe por fin al que te lo suplica; y consérvate bien, Probino, floreciendo con la suerte de tu padre.

42

SOBRE UN JABALÍ Y UN LEÓN

Un terrible jabalí y un amarillento león combatieron con sus soberbias fuerzas; el uno más espantoso por sus cerdas, el otro por su cabellera. A uno lo favorece Marte, al otro Cibeles. Los dos son dueños de los montes; ambos fueron causa de sudor para Hércules.

43

CONTRA CURETIO [137]

Disponer astros engañosos en una esfera de vidrio, quejarse a menudo de las errantes estrellas de Saturno y prometer por pocas monedas la llegada de Júpiter es lo que sabía Uranio, el padre de Curetio. Los perjurios del padre recaen prolongados en su descendencia y el hijo paga merecidamente con su boca el castigo; pues lame las inmundas hendiduras de una codiciosa meretriz, arruinando su casa con el derroche y los vicios. Y las riquezas que reunió la lengua de su mentiroso padre, la misma lengua de su hijo las malgasta.

[137] Nada sabemos de este personaje.

44

CONTRA EL MISMO

Si deseas conocer a fondo, Curetio, tu horóscopo, yo mismo te lo diré con más precisión que tu propio padre. En cuanto a tu furor, te lo dio la crueldad del adverso Marte; en cuanto a tu alejamiento de las Musas, Mercurio era débil [138]; la vergonzosa enfermedad que padeces en tu trasero ya encanecido, fue por dos astros femeninos, la Luna y Venus; Saturno destruyó tus bienes. En esto únicamente dudo por completo: qué causa te hace lamer coños.

45

ACERCA DE LA CONCHA DE SERENA

Que la Náyade [139] del Helicón traslade aquí sus límpidas fuentes y que fluya en la amplia redondez de esta rica concha. Pues el agua que ha lavado el rostro de la docta Serena, tendrá más poder que las linfas de Pégaso [140].

[138] Entre sus otras funciones, Mercurio es un dios de la elocuencia, tanto en prosa como en verso; es igualmente músico y protector de la música.

[139] Para las Náyades, cf. *Prob.*, nota 46.

[140] Pégaso, el mítico caballo alado que montó Belerofontes para matar a la Quimera, dio una coz contra una peña del monte Helicón e hizo brotar allí mismo la fuente llamada Hipocrene.

46

SOBRE UNA CLÁMIDE Y UNOS FRENOS ENVIADOS POR SERENA AL EMPERADOR HONORIO

Su diligente madre no siempre hacía fabricar para el amado Aquiles un escudo redondo, temible para los pueblos, ni siempre se dirigía suplicante al antro ardiente del dios de Lemnos para hacerle a su hijo un casco empenachado [141], sino que también le regalaba inofensivos ceñidores y dulces adornos de tiempos de paz, para que él, terminada la guerra, resplandeciera con ellos notablemente entre los reyes aqueos. Con su propia mano le tejía clámides de púrpura y oro y, solícita, le llenaba de piedras preciosas buscadas en el mar los frenos que convinieran a Janto y Balio, sus veloces corceles. Por su parte, tus suegros, oh el más grande de los soberanos, rivalizan en los obsequios de desigual naturaleza que te hacen. Estilicón te ofrece regalos marciales, matanzas de bárbaros y sus triunfos en el Rin. Serena, contenta con limitarse a su papel de reina, se afana sin cesar con las telas para tus vestiduras.

[141] Alusión a las armas que la nereida Tetis, madre de Aquiles, encargó a Vulcano para su hijo (cf. Homero, *Il.* XVIII 368 ss.). Para la relación de Vulcano con Lemnos, cf. *Nupt.*, nota 25.

47

SOBRE EL FRENO, LOS JAECES Y LA CINCHA DEL CABALLO DEL EMPERADOR HONORIO ENVIADOS POR SERENA

Oh caballo dichoso, a quien le fue posible merecer las riendas de un dios tan grande y obedecer a un freno sagrado; ya si tu crin jugó con el viento por las campiñas de Iberia, ya si en un frío valle de los capadocios te bañaron las nieves del Argeo mientras nadabas, ya si en tu rápida carrera acostumbrabas a rozar los sonrientes pastos de Tesalia, recibe estos arneses imperiales y, soberbio con tu crin erguida, baña de espuma las verdes esmeraldas de tu freno. Que en tu cuello henchido de orgullo abunden los collares adornados con piedras preciosas, que la noble púrpura revista ya tus costados cubiertos de oro y que te rodee por medio la cincha matizada con flores de colores y arduamente trabajada por las manos de la casta Serena, ornato digno de los reyes de Persia. En verdad, de tal modo se esfuerza ella con afán maternal y no desdeña, para procurarle esplendor a su yerno, trabajar los jaeces de su caballo.

48

SOBRE UNA CINCHA ENVIADA POR SERENA PARA EL CABALLO DE ARCADIO

Recibe, príncipe venerable, el pequeño regalo de tu hermana, que ella misma tejió con sus propias manos y, mientras brillan sus jaeces de oro, mientras resplandecen sus

frenos de piedras preciosas, ciñe con esta cincha el vientre de tu relinchante caballo; ya si a él lo alimentaron las gramas en las campiñas de Armenia, ya si lo bañó el turbulento Halis con las nieves del Argeo, es justo que remueva verdes esmeraldas con sus mordiscos ensangrentados y que enrojezca su grupa con atavíos de Tiro. ¡Oh, cómo yergue su pecho, consciente de su belleza, e inunda su cuello soberbio con las crines sacudidas! El valor de este pequeño regalo aumenta con la ternura de Serena, que incluso adorna los raudos caballos de sus hermanos.

49

EL TORPEDO

¿Quién no ha oído hablar de la invencible destreza del cruel torpedo y de sus poderes indicados justamente con su nombre [142]? Ciertamente él es suave, se arrastra tímido deslizándose con lentitud y apenas serpea lánguidamente por las surcadas arenas. Pero la naturaleza ha armado sus flancos con un veneno glacial, ha mezclado con sus medulas un frío con el que se hielan todos los seres animados y le ha extendido por las vísceras su propio invierno. Él mismo secunda a la naturaleza con sus engaños; conocedor de sus facultades, las utiliza con habilidad y, extendido todo a lo largo por las algas, permanece inmóvil confiando en el efecto que produce su contacto. Quien lo ha tocado, yace entumecido; contento por su éxito, se levanta

---

[142] El poeta establece una relación etimológica entre el nombre del pez, *torpedo*, y el verbo *torpere* «estar inmóvil, quedarse inmóvil, paralizarse», o el sustantivo *torpor*, «embotamiento, estremecimiento, pasmo».

e impunemente devora feroz los palpitantes miembros de su víctima. Si alguna vez, desprevenido en exceso, traga un anzuelo cubierto por el cebo y siente que lo retiene el curvo garfio, no huye ni intenta desprenderse con inútiles mordiscos, sino que astutamente se une más cerca al negro sedal y, aunque capturado, se acuerda de su poder y a lo lejos a través de las olas exhala de sus venas emponzoñadas el soplo entumecedor. La fuerza poderosa se desliza por el hilo y abandona las olas para abatir al distante hombre: un estremecimiento temible salta de las profundidades de las aguas; siguiendo el sedal suspendido, traspasa los nudos de la caña con su frío misterioso y deja agarrotada la mano victoriosa con la sangre coagulada. El pescador arroja la dañina carga y la presa rebelde y vuelve desarmado después de perder su caña.

50

CONTRA JACOBO, COMANDANTE DE LA CABALLERÍA [143]

Por las cenizas de Pablo, por el sepulcro del venerable Pedro: no ultrajes mis versos, general Jacobo. Ojalá Tomás proteja tu pecho como escudo y Bartolomé te acompañe a la guerra; ojalá, con la ayuda de los santos, no se lancen los bárbaros sobre los Alpes; ojalá santa Susana te otorgue sus fuerzas; ojalá todo aquel que intente cruzar

[143] Parece que Claudiano escribió el poema por la crítica de Jacobo a sus versos. El poeta no ataca el culto a los santos, sino la excesiva e inoportuna devoción de Jacobo.

intrépido el helado Istro perezca ahogado como los veloces caballos del faraón; ojalá la lanza vengadora abata las hordas de los getas y Tecla guíe propicia las legiones romanas; ojalá tu huésped, al morir borracho, te proporcione un ingente triunfo y toneles de vino vertidos aplaquen tu sed; ojalá nunca se manche tu diestra con la sangre de un enemigo: no ultrajes mis versos, general Jacobo.

51

A LA ESFERA DE ARQUÍMEDES

Júpiter, al ver el cielo representado en una pequeña esfera de vidrio, sonrió y dirigió tales palabras a los dioses: «¿Hasta tal punto ha llegado el poder del esfuerzo de los mortales? ¿Ya representan mi propia obra en un frágil globo? He aquí que un anciano de Siracusa trasladó con arte a una esfera el orden del cielo, la armonía del universo y las leyes de los dioses. Un principio oculto en el interior dirige los diferentes astros e impulsa con movimientos fijos esta obra animada. Un simulado Zodiaco recorre su propio año y fingidamente vuelve Cintia [144] cada nuevo mes. Y ya su audaz ingenio se alegra haciendo girar su propio mundo y con su mente humana gobierna el curso de los astros. ¿Por qué voy a asombrarme con Salmoneo [145], inofensivo con su falso trueno? Encontré una mano pequeña que rivaliza con la naturaleza».

[144] Cf. *Gild.*, nota 50.
[145] Cf. *Ruf.* II, nota 58.

52 A

ACERCA DE UN LANERO

Un sucio manto cuelga mediante un nudo de sus hombros.

52 B

Se ejercitan con los caballos y peinan las crines de sus cuellos.

53

GIGANTOMAQUIA

En otro tiempo la madre Tierra, envidiosa del imperio celeste y compadeciéndose a la vez de los reiterados sufrimientos de los Titanes [146], llenaba todo el Tártaro con monstruosos engendros, dispuesta a causar un crimen abominable; hinchándose con tan gran prole, abrió Flegra [147] y los lanzó como enemigos contra el cielo. Se produjo un estruendo: salen del Érebo [148] y, nonatos todavía, ya preparan sus diestras para la guerra y provocan a los dioses celestes arrastrando estridentemente las huellas con su doble deslizamiento [149]. Palidecen de repente los astros, da

[146] Cf. *Prob.*, nota 9.

[147] Cf. *VI Cons.*, nota 2.

[148] Cf. *Ruf.* I, nota 12.

[149] Los Gigantes tienen por piernas cuerpos de serpientes.

la vuelta Febo [150] a sus ardientes caballos y el miedo lo forzó a volver sobre sus pasos. Se precipita la Osa sobre el Océano y los Triones [151], que nunca se ocultan, aprendieron a soportar el ocaso. Entonces la madre, encendida, exhorta a sus hijos al combate con tales palabras:

«Oh juventud que va a someter a los dioses: todo lo que veis lo obtendréis luchando; la victoria os concede el mundo. Al fin va a sentir mis iras el famoso hijo de Saturno, sabrá cuál es el poder de la Tierra, si puede vencerme alguna fuerza, si Cibeles dio a luz criaturas más poderosas que yo. ¿Por qué no hay ningún honor para la Tierra? ¿Por qué suele él siempre abrumarme con crueles daños? ¿Qué forma de injuria me faltó? De un lado, el desdichado Prometeo [152], encadenado en un valle de Escitia, alimenta al ave con sus entrañas palpitantes; de otro, la cabeza de Atlas sostiene la masa ardiente y por su blanca cabellera se mantiene un hielo durísimo [153]. ¿Para qué voy a mencionar a Titio [154], cuyas entrañas, bajo las garras del cruel buitre, renacen luchando con agobiantes tormentos? Pero vosotros, oh ejército que llega al fin para la vengan-

---

[150] El Sol. Cf. *Ruf.* I, nota 35.

[151] La denominación latina de la Osa Mayor es *Triones* («Bueyes de labor»). Estos bueyes son siete, como las siete estrellas principales de la constelación. Por ello se le antepone generalmente el numeral *Septem*, dando lugar al término *Septem Triones*. También a veces se aplica a la Osa Menor esta denominación de *Triones*.

[152] Por haberse burlado de Júpiter en dos ocasiones (haciéndole escoger la peor parte de la víctima en el sacrificio de un buey y robándole el fuego), el soberano de los dioses castigó a Prometeo haciendo que lo encadenaran en una roca en el Cáucaso, donde un águila le devoraba el hígado, que se regeneraba constantemente para que no cesara el suplicio. Prometeo es hijo del Titán Jápeto.

[153] Cf. *Prob.*, nota 9.

[154] Cf. *Ruf.* II, nota 58.

za, liberad a los Titanes de sus cadenas, defended a vuestra madre. Hay mares, hay montes: no os abstengáis de mis miembros; yo no me niego a ser dardo para la destrucción de Júpiter. Id, os lo suplico, trastornad el cielo, derribad las torres celestes. Que Tifeo [155] le arrebate el rayo y el cetro; que obedezca el mar las órdenes de Encélado [156]; que Oto [157] lleve en lugar del Sol las riendas de la Aurora; que el laurel de Delfos te corone a ti, Porfirión, y apodérate del templo de Cirra [158]».

Cuando con estos consejos ilusionó sus inconsistentes espíritus, ya creen haber vencido a los dioses y haber sacado encadenado a Neptuno del seno de los mares. Uno piensa abatir a Marte, otro arrancar desgarradamente la cabellera de Apolo; otro se promete conseguir a Venus, espera su unión con Diana y desea violar a la casta Minerva.

Entretanto Iris [159], la mensajera, convoca a los dioses, los que habitan los ríos y las aguas estancadas, e incluso los mismos Manes se arman en auxilio del cielo; y a ti, Prosérpina, no te retuvieron lejos las sombrías puertas; el rey de los muertos en persona avanza en su carro del Leteo, temerosos admiran los caballos la luz, insólita para ellos, y en apresurado vuelo exhalan de sus sombríos ollares espesas tinieblas. Y como, cuando una máquina de guerra enemiga aterró a una ciudad, de todas partes se preci-

[155] Cf. *III Cons.*, nota 38.

[156] Aparecen en la *Gigantomaquia* varios nombres de Gigantes: Encélado, Porfirión, Peloro, Mimante, Palante, Damástor, Equíon, Paleneo.

[157] Oto es uno de los Alóadas (cf. *Get.*, nota 13). En realidad la rebelión de los Alóadas es diferente a la Gigantomaquia, pero es frecuente la confusión de todos estos seres monstruosos: Titanes, Gigantes, Tifeo y Alóadas.

[158] Cf. *Ruf.* I, nota 2.

[159] Cf. *Rapt.* III, nota 1.

pitan los ciudadanos a defender la ciudadela, no de otro modo, juntándose las divinidades en una muchedumbre de todo género, fueron a la morada de su padre. Entonces Júpiter comienza:

«Oh cohorte que nunca perecerá, oh progenie destinada por siempre al cielo y no sometida a ningún destino, ¿veis cómo la Tierra conspira contra nuestro imperio con su nueva prole y, sin temor, ha dado a luz a otras criaturas? Así pues, devolvamos a esta madre tantos cadáveres como hijos ha creado. Que durante siglos permanezca en un largo duelo, condenada a llorar en tan gran número de sepulcros como hijos ha tenido».

Ya ha resonado la trompeta de las nubes, ya el Cielo les ha dado a unos la señal de lanzarse, la Tierra a otros, y la Naturaleza, confundida de nuevo, teme por su dueño. La poderosa muchedumbre de monstruos mezcla las diferencias entre los elementos: ora la isla abandona el mar, ora los escollos se ocultaron en el piélago. ¡Cuántos litorales quedan descubiertos! ¡Cuántos ríos cambiaron sus antiguas riberas! Uno blande con poderoso vigor el hemonio [160] Eta; otro, esforzándose, agita con sus manos las cumbres del Pangeo; a otro lo arma el helado Atos; el Osa se levanta con los movimientos de otro; éste arrancó el Ródope juntamente con la fuente del Hebro y separó las aguas unidas; el Enípeo, levantado con su altísima roca, baña los hombros de otro Gigante. Repartida entre sus hijos, desciende la Tierra convirtiéndose en una extensa llanura sin montañas.

En todas partes se propaga un horrible estrépito y sólo el aire separa el espacio donde se lucha. Contra este ejército terrible, Marte lanza el primero con ardor sus caballos

[160] Tesalio.

odrisios [161], con los que él suele perturbar a los gelonos [162] o a los getas. Su escudo de oro brilla más vivamente que el fuego y un penacho resplandeciente realzaba su casco. Entonces, habiéndose precipitado, traspasa enfrente con su espada a Peloro, en el límite de los muslos, por donde dos serpientes enroscadas se unen a las caderas del monstruo, y de un solo golpe pone fin a tres vidas. Mientras que, saltando ansioso sobre sus miembros moribundos, los tritura con su carro y las ruedas salpicaron mucha sangre, Mimante corrió en ayuda de su hermano y arrancó de las espumeantes olas la ardiente Lemnos juntamente con la morada de Vulcano [163]; y ya la hubiese lanzado, si de su cabeza traspasada no le hubiese saltado antes los sesos la jabalina de Marte. Aquél, muriendo en todo lo que tenía de hombre, sobrevive feroz todavía con silbidos en las serpientes de su parte inferior y, tras su muerte, intenta con su parte rebelde atacar al vencedor.

Se lanza al combate la virgen Tritonia [164], mostrando su pecho con la resplandeciente Gorgona [165]; satisfecha con solo su presencia, no usa su lanza (pues es suficiente haberla mirado una vez) y en primer lugar, a bastante distancia, transforma en piedra al furioso Palante. El Gigante, inmovilizado de lejos por súbitas ataduras, sin haber recibido herida, cuando se dio cuenta de que se petrificaba por la mortífera visión (y ya casi había quedado inmóvil como una piedra), dijo: «¿En qué me convierto?, ¿qué pedernal se desliza por mis miembros?, ¿qué entumecimiento me ata a mí, inerte, con una ruina marmórea?». Apenas

[161] Tracios.

[162] Pueblo escita.

[163] Cf. *Nupt.*, nota 25.

[164] Minerva. Cf. *IV Cons.*, nota 17.

[165] Cf. *Ruf.* I, nota 75, y *Rapt.* II, nota 12.

había proferido estas pocas palabras, ya era todo él lo que había temido; y el cruel Damástor, buscando algo que arrojar para rechazar a los enemigos, lanzó como roca el rígido cadáver de su hermano.

Pero entonces Equíon, quedando atónito por la muerte de su hermano, mientras, ignorante, quiere atacar al autor para causarle daño, te miró a ti, diosa, la única que nadie pudo contemplar dos veces; su soberbio atrevimiento mereció el castigo y junto con la muerte llegó a conocer a la divinidad. Pero avanza Paleneo, perturbado por la ira, fiero con sus ojos mirando hacia un lado, y dirige ciegas sus manos a Palas. A éste lo hiere la diosa de cerca con su lanza; y al mismo tiempo las serpientes se helaron con el frío de la Gorgona y en un solo cuerpo una parte muere por el hierro, las otras partes perecieron por la visión.

Pero he aquí que Porfirión, deslizándose en espiras al medio del mar, intenta arrancar a la temblorosa Delos, para lanzarla, claro es, impíamente contra la bóveda celeste. Se estremeció de horror Egeo; sale de sus grutas sumergidas Tetis junto con su viejo padre y quedó desierto el palacio de Neptuno, morada venerable para los siervos de las profundidades. Gritan desde la cima del Cinto las apacibles Ninfas, las Ninfas que enseñaron a Febo a perseguir con rudas flechas a las fieras que andan errantes y las primeras que dispusieron el lecho para la gimiente Latona [166], cuando, pariendo a las luminarias del cielo, embellecía al orbe con sus dos hijos. Aterrada implora Delos a su Peán [167] y le pide su auxilio: «Si la bellísima Latona te dio a luz en mi seno, socórreme suplicante. Mira, de nuevo me llevan arrancada».

[166] Cf. *Prob.*, nota 41.

[167] Cf. *Ruf.* I, nota 4.

APÉNDICE

POEMAS ESPURIOS O DUDOSOS

1

A LAS SIRENAS

Las Sirenas [1], dulce peligro en el piélago y mujeres aladas, habitaban las rocas armoniosas en el estrecho entre la voraz Caribdis [2] y los bramidos de Escila [3]; dulces monstruos, agradable peligro del mar, incluso grato terror en las olas. Aunque la brisa empujara a las quillas conducidas hasta aquí y los vientos hubiesen inflado las velas soplando desde popa, una sola voz detenía la embarcación. Y no agradaba proseguir el camino seguro del regreso, era un deleite el reposo y no existía dolor alguno: el mismo placer producía la muerte.

---

[1] Cf. *Rapt.* III, nota 18. Es sabido que las Sirenas atraían con sus dulces cantos a los navegantes que pasaban cerca de los escollos donde ellas moraban para hacerlos perecer en las rocas al estrellar sus embarcaciones.

[2] Cf. *c. m.*, nota 83.

[3] Cf. *Ruf.* I, nota 83, y *Eutr.* I, nota 41.

2

ALABANZA DE HÉRCULES

Sostén de las Piérides [4], Febo, con cuyo gran poder resuena el templo del Parnaso [5], te lo suplico, ven aquí con un alegre coro acompañándote y haz que yo me alce como vencedor en la fuente Hipocrene [6], al buscar el sagrado santuario de las hermanas y el agua de Castalia [7] por nuevos campos. Pues no entro ahora en tu multitud como un extraño forastero y, llevando tus laureles y las sienes cubiertas de flores ceñidas por tus guirnaldas, premio a los doctos poetas, pongo por testigos, aunque con el hábito perdido, a mis antiguos triunfos hasta el momento.

Será el tema de mi canto el Alcida [8], hijo verdadero del Tonante, digno de ser creído dios desde su nacimiento; para él, además de las inmensas fuerzas de su vigor invicto, ni siquiera el haber podido nacer está exento de divinidad: pues en el mismo comienzo de tu vida, oh insigne, apenas dado a luz en un tardío nacimiento, diste seguridad acerca de tu padre [9]. ¿Pero por qué, dios de

[4] Las Musas. Cf. *Ruf.* I, nota 10.

[5] Montaña de la Fócide, morada de Apolo y de las Musas.

[6] Cf. *c. m.*, nota 140.

[7] Fuente de Delfos.

[8] Hércules, llamado así por ser nieto de Alceo.

[9] Hércules es hijo de Alcmena, hija de Electrión, y de Júpiter. El soberano de los dioses, aprovechándose de la ausencia del esposo de Alcmena, Anfitrión, que había partido a una expedición contra los teléboas, tomó la forma y el aspecto del marido para engañar a Alcmena y engendró al héroe en el curso de una larga noche, prolongada por orden suya. Estando para nacer Hércules, con dos meses de antelación sobre Euris-

Cirra [10], te burlas de mí todavía con ritmos lentos y, resonando tiernamente, agitas las delicadas cuerdas con tu pulgar entregándose a la molicie? Deja a un lado el espíritu con el que cantas suavemente, abandona el bosque de la fronda amada y, con tus sienes despojadas del delicado laurel, esfuérzate conmigo en el canto bajo la sombra de los álamos.

Ya una pesada carga hinchaba a Alcmena más incluso de lo que exigía el tiempo del embarazo. Pero la regia Juno dificulta y prohíbe el parto y le impedía nacer, de modo que el mismo miedo muestra al dios. La vívida simiente del cielo desconoce el padecer escondrijos mortales y no puede soportar el retraso. Se le concede así pretexto a la madrastra; les suministra un aumento a sus enérgicos odios porque se avergüenza de comenzar a ser vencida.

Luego la cruel, mientras naces, ordena a dos serpientes dirigirse a tu cuerpo. Ellas se precipitan rápidas y, a una orden, su furor arma sus escamosos cuellos que, aunque grandísimos por su prolongación, no son retenidos por espiras. La parte restante sigue a su pecho. Lanzan un siniestro silbido con el soplo del Tártaro. Sus ojos se enrojecen de muerte, sus bocas resuenan erizadas con trífidas lenguas y su ira alza bramando un negro veneno.

¿Por qué te agrada ahora, reina de los dioses, urdir engaños para los destinos invencibles? ¿Por qué arrojas

---

teo, descendientes ambos de Perseo, hizo jurar Juno a Júpiter que el descendiente de Perseo que naciera aquel día sería el rey de Micenas y Tirinto. Júpiter lo juró por la Estige, creyendo que el rey sería Hércules. Pero Juno consiguió retrasar el nacimiento de Hércules y adelantar el de Euristeo. Tras el nacimiento del héroe, su madrastra Juno continuó la persecución contra él. Cuando el niño Hércules se encontraba todavía en la cuna, Juno le envió dos serpientes descomunales para que acabaran con él (cf. *Rapt.* II, nota 5).

[10] Apolo. Para Cirra, cf. *Ruf.* I, nota 2.

serpientes, por qué dos a un niño? ¿Temes acaso que, abatida Pitón [11], una sola pueda ser matada? Aunque convoques a todos los monstruos del mundo y armes de serpientes a la misma Hidra [12], la naturaleza protege al dios y mostrará a Júpiter como padre suyo, cosa que no quieres aceptar.

Y ya las horribles serpientes se disponen a cumplir los inútiles mandatos y se inflaman con un deplorable furor para su propia perdición. Tu madre las contempla cuando se dirigen a tu cuerpo, se horroriza y con ternura humana teme en su ignorancia haber dado a luz a una divinidad. Fecundada ni más ni menos que por el cielo, no tiembles en absoluto, venerable Alcmena, ante las emboscadas de tu soberbia rival ni te causen espanto estos monstruos. Así puedes ser la madre de un dios. Levanta ya contenta tu espíritu sereno y contempla de buen grado estas cosas con una alegría tan grande que sea honra para Júpiter haberte fecundado. Deja a un lado el indigno temor por tu criatura y toma como ejemplo a tu hijo. Nada teme éste por el que tú temes. Pues tú, oh dios, te reías de las fieras serpientes con tu mirada fija y tienes el soberbio espíritu de tu padre. Apropiadísimo para los deseos del mundo, ya entonces te alegrabas de haber merecido tan poderosa madrastra. Luego agarras con tus pequeñas manos los enormes cuellos de los monstruos y, aunque sosteniendo con tus brazos el peso de tu tierno cuerpo, quebrantas a las serpientes oprimidas en el suelo.

Que el mundo eleve cuanto quiera a los hijos de Latona al cielo etéreo y que su leyenda los muestre como verdaderos dioses, porque a Delos ya le es posible permanecer

[11] Cf. *Prob.*, nota 43.

[12] Cf. *Ruf.* I, nota 80.

fija [13]. No es igual a ésta la gloria de sus trabajos. Y no mataron serpientes de un modo semejante. Ellos solo abatieron a una con armas; éste, inerme y solo, abatió a dos.

Ante estas empresas, el destino no te prepara, oh dios, ninguna cuna sino que, como ya el invierno helase todas sus lluvias y los ríos se detuviesen con sus corrientes solidificadas, te fortalece endureciéndote desnudo en las congeladas aguas. Y cuando intentaste con tus primeras fuerzas los inexpertos pasos, te diriges vagabundo, despreocupada ya tu madre, a los desiertos parajes interiores de la selva frondosa, juegas con tus temibles dardos, con tu arco tendido o con tu onda abates impetuoso a las aves en su vuelo, pasas la noche bajo los astros y bebes el agua pura tras haber quebrado el hielo de los ríos.

Entretanto tu misma madrastra con devorados novillos armaba para tus deseos a través de las espesuras de Nemea a un inmenso león [14] nacido de la raza de la Quimera [15], le aumentaba las fuerzas a la fiera y colaboraba en su cólera pensando que la naturaleza era bastante poco. ¡Ay, cuántos cadáveres de hombres, cuántos jabalíes abatió con sus colmillos! Vaciadas sus murallas, no lo quebrantaron grandes ciudades con las amenazas de sus armas y con sus mordiscos más enérgicos abatió a multitudes acostumbradas a someter a Marte. A éste el poderoso Euristeo [16] (pues Fortuna, favoreciendo así al mundo, quiso que tú soportaras las órdenes del cruel rey para que bajo él lo dejaras todo libre), a éste te ordena abatirlo con la muerte. Oh valor que no va a ser tenido en silencio por ninguna edad

[13] Cf. *Prob.*, nota 41.
[14] El célebre león de Nemea, bosque de la Argólide. Cf. *Prob.*, nota 6.
[15] Cf. *Ruf.* I, nota 84.
[16] Cf. *Get.*, nota 78.

y digno de entrar en los retiros celestes después de la vida, ¡cuán nimia juzgas la posibilidad de morir! Pues de buen grado te pones en marcha con diligencia y, tras haber explorado los lugares apartados de la inmensa selva, atacas al inquieto león mientras arma sus ensangrentadas fauces para nuevas heridas (sangriento en sus ojos, agita la melena con la fiereza que ya se te había advertido, remueve sus armas con sus músculos sacudidos y ruge deteniéndose dudosamente); asiendo con sólo tus brazos su enorme cuello, tras haber evitado su mordisco, abates con sus fauces quebrantadas al enemigo sin que se resista. Más aún, como despojo le arrebatas vencedor al abatido su piel resplandeciente con el pelo amarillento. Luego aparece de pronto toda la multitud para hacerte elogios y corre a los campos abandonados por el prolongado miedo. Agrada ir y ver las campiñas libres, los lugares protegidos, la selva ya apropiada para los novillos y los campos no resonando con llanto alguno.

Luego te diriges al bosque del Ménalo, a Arcadia llorada por sus colonos y a las selvas estériles ya con escasos árboles. Pues aquí imperaba con la gigantesca mole de sus miembros un indómito jabalí sangriento y, temible con solo su cuerpo, derribaba los olmos con sus colmillos curvados en forma de media luna y abatía las cosechas lloradas por sus cultivadores [17]. Su negro cuerpo se erizaba de rígidas cerdas y había endurecido sus flancos en los escollos. Y es difícil poder hacerlo morir a través de alguno de sus miembros. No coges tú contra él dardos ni un nudoso roble con su mole guarnecida de clavos. La gloria de un armado es la mitad y tu valor no teme las heridas recibidas

[17] El jabalí del monte Erimanto, en Arcadia. En su cuarto trabajo Hércules tuvo que capturarlo y llevarlo vivo a Micenas.

para ejemplo. Y ya tomando la delantera ases al monstruo espumeante, lo obligas a someterse contemplando la luz y poniéndolo boca arriba lo llevas victorioso al palacio del rey de la Argólide mientras se maravilla de que sus fuerzas sean domeñadas.

La fama había extendido rápidamente por todo el orbe el nombre del vencedor y Creta, vencida por una desgracia sangrienta, pedía el auxilio del dios. Pues un toro, engendrado en medio del astro de la luna, había ocupado los campos dicteos de Júpiter [18]. De su boca fluye el rayo, su aliento arde con furiosas llamas y abrasa la tierra no una llama del cielo, sino que los soplos del monstruo hacen ya a las estrellas de Sirio [19] retirarse y el sol, como vencido por un frío glacial, le cierra al mundo su oculto resplandor escondiendo sus áureos rayos y se enfría estupefacto en un universo ignífero. El ardor se apodera de Creta. Perecen las selvas, los lagos, las hierbas y las fuentes sagradas y la llama feroz abrasa los montes. El fuego destruye el Ida ante la mirada de los dioses y el monstruo vence con su fuego, si es lícito decirlo, la cuna grata al gran Tonante.

Por fin la fama había llevado rápidamente al gran Alcida a los litorales dicteos, cuando coge al toro que amenazaba cruelmente, ase el cuerno impetuoso y el monstruo que vomita llamas y, apretándole los miembros con sus poderosos brazos, le encerró en su pecho el ignífero soplo y la respiración.

---

[18] Para este toro cretense, cf. *Ruf.* I, nota 79. En cuanto a «los campos dicteos de Júpiter», cf. *IV Cons.*, notas 36 y 55.

[19] Cf. *Ruf.* I, nota 61.

3 A

ACERCA DE LA DULZURA

Las dulces arenas están rodeadas por un muro de néctar.

3 B

ACERCA DE LA DULZURA

Suave es tu nombre, pero si te tocan tales cosas, después serás dulce en tu carácter y en tu espíritu.

4

SOBRE UNA CINCHA ENVIADA POR SERENA AL EMPERADOR ARCADIO

Resplandeciente en su trama y tejida con un arte admirable, rodee esta cincha los regios flancos de tu veloz caballo; desde la tierra de Hesperia [20] la envió tu hermana a su hermano de Oriente, como adorno y prenda de los lazos de sangre fraterna. El veloz Aríon [21] desearía que ella le apretara sus costados; con ella querría Cástor ceñir su propio caballo [22].

[20] Cf. *Prob.*, nota 38.

[21] Cf. *IV Cons.*, nota 116.

[22] Cílaro. Cf. *IV Cons.*, vv. 556-557 y nota 117.

5

EPITALAMIO EN HONOR DE LAURENCIO

Primeramente, novio, te lo suplico, sopórtame mientras canto; y a ti, muchacha, te lo suplico más, deja de hacerme reproches en silencio. Pues sé, sé que ahora para vosotros carece de valor mi canto e incluso la lengua del docto Marón [23]. Pero breve y sucintamente elogiaré a los dos amantes y, aunque el tema pide más, hablaré poco.

Los nombres de vuestros padres, Florencio y Floro, muestran suficientemente que vosotros habéis nacido de una estirpe con un origen de linaje semejante. Y ambos partos corresponden igualmente a vuestras madres: pues estuvo en consonancia con la sabia María el dar a luz [a esta hija] y con Calíope a su vez el ser madre del joven to[gado]. ¡Oh semejantes y muy iguales! A ti la primera juventud te mantiene distinguido y vigoroso; pues [adolescente] y hermoso con tus mejillas florecidas de espeso bozo, hace poco le quitaste las blandas pieles al hierro destinado a la ofrenda [24]. Resplandeces con tu insigne vestimenta y enteramente hermoso, mostrando tu carácter con el rostro y tu patria con el nombre: pues te dan el nombre, oh Laurencio, las Ninfas de Laurento [25], las que en otro tiempo dieron origen a los próceres latinos y le concedieron la designación propia a la antigua ciudad. ¿Para qué recordar

[23] Virgilio.

[24] Alusión a la bula (*bulla*), medallón que los niños romanos llevaban al cuello. Los jóvenes, al llegar el momento de tomar la *praetexta*, dejaban de ponerse la bula y entonces la consagraban a los dioses Lares o a Hércules.

[25] Ciudad marítima del antiguo Lacio, de la que fue rey Latino.

que en tu corazón juvenil hierve el espíritu de los ancianos y en tu lengua romana el ingenio itálico? Tú frecuentas a menudo el foro, tú los juicios y el sagrado tribunal y estás acostumbrado a señalar impávido con tu diestra visible. Siendo tú su defensor, los inocentes siempre lograron la victoria; por el contrario, los culpables siempre temieron tu presencia. Joven aún, posees todo lo que el maestro Tulio [26] aconseja a los abogados tener: pues, apoyado en ambas cosas, eres un hombre extraordinariamente capaz de hablar y experimentado al mismo tiempo.

Ahora, muchacha hermosa por tu bella tez, te dirigiré unas palabras brevemente (pues así pienso que tú lo deseas). Como resplandecen los lirios mezclados con los rojos rosales, así tu rubor y blancura pintan el brillo de tu rostro. Por último, admiramos que los cuellos lleven alhajas; en vano pones adornos en tus ebúrneos hombros. Pues las gemas no te dan resplandor, sino tú a ellas, y el oro que a otras adorna, tú ya lo adornas. [Doct]a al hablar, constante en la escritura, rápida en la lectura [y], como si fueras adivina de tal marido, [también] la preocupación por las Musas se estableció en tus medulas. Y no tienes menos afán en tus cosas propias: pues, experta en cardar siempre los vellones de lana en entrelazados canastillos y en dar vueltas a los ovillos que se agrupan en redondeadas bolas, cuelgas los estambres formados por finos hilos, para que los lizos los frenen en sus múltiples vueltas y para arrastrar los delicados hilos con tus dedos gemelos; la trama de los seres [27] se espesa con el peine de Aracne [28] y la sutil cosecha resuena en la estridente lanzadera.

---

[26] Cicerón.

[27] Los habitantes de China, ricos productores de seda.

[28] La tejedora más hábil de Lidia y que se jactaba de que incluso podía superar a la propia Minerva. Al final acabó convertida en araña.

Pero sea ya suficiente haber hablado un poco acerca de cosas grandes; y no permite este momento exponer ahora todos los elogios. Más bien oíd, oh muchachos, y vosotras, muchachas, cuyos suspiros salidos de lo profundo de vuestros sentimientos manifiestan que deseáis iguales tálamos y antorchas nupciales. Coged vuestras manos enlazadas y en un gran círculo una diestra sujete a una izquierda. Celebrad los festivos himeneos y, entonando un canto y batido el suelo al mismo tiempo, resuene la voz juntamente con la danza: regocíjense los amplios atrios, a los que ciñen verdes hiedras, coronan laureles y llenan fuegos votivos, brillantes resplandores. Que resuenen los tímpanos, el instrumento de cuerda, la sinfonía [29], la flauta, el caramillo, los címbalos, el bambilio [30], los cuernos, la trompeta, la zampoña, el sistro y los órganos húmedos [31] con el viento producido por el soplo del fuelle, los que inspiran el canto por medio de sus bocas broncíneas.

Ea, levántate ya, joven: estrecha la diestra de la prometida. Y tú, muchacha, con tu cabeza cubierta con el velo blanco, acompaña con paso decidido la marcha de tu marido.

Y a ti también madrina, te aconsejo con pocas palabras. Cuando se haya llegado al aposento nupcial y al primer tálamo, preocúpate con empeño en volver inofensivo

---

[29] Parece que en la época postclásica y especialmente en los últimos siglos de la Antigüedad el término *symphonia* designaba también un instrumento músico. Es S. Isidoro *(Oríg.* III 22, 14) quien mejor nos lo describe: *Symphonia vulgo appellatur lignum cavum ex utraque parte pelle extenta, quam virgulis hinc et inde musici feriunt, fitque in ea ex concordia gravis et acuti suavissimus cantus.*

[30] Transcribo el término latino *bambilium*. Al parecer era un instrumento de percusión.

[31] El órgano de agua o *hydraulus*. Cf. *Theod.*, nota 50.

el cuerpo de la novia, de modo que le quites todo lo que pueda molestar. No tenga la cabeza ningún oro con el que se adorna el cabello ni queden en el cuello filamentos a no ser los que son lisos; quítale el áspero anillo de los delicados dedos y despójala con diligencia del oro de los níveos brazos para que, mientras ambos se entregan al placer, se dan dulces besos y practican la jadeante lucha de Venus en el lecho, no se desfigure por los abrazos todo el cuerpo del marido ni manche involuntariamente la boca del esposo, a la cual desea.

Id a la par y recostaos por fin en el lecho alcanzado. Comiencen a clavarse entonces los besos de miel en los purpúreos labios y suden los pechos oprimidos por sus cuerpos; que la diestra, [curvada a través de] los níveos hombros, el cuello y el rostro, colocada debajo retenga fuertemente el rosado cuello y al mismo tiempo la izquierda apriete los turgentes pechos.

Vivid muy felices y gozad largo tiempo; vivid concordes hasta que una sola vejez os oprima [y ya] vuestros deseos de hijos tengan nietos.

6

ACERCA DE LAS LIBERALIA [32]

Leneo, plantador de vides, Bromio, Semeleyo, Baco, portador del tirso, el de las dos madres, Trietérico, Niseo,

[32] Fiestas en honor de Baco, celebradas el 17 de marzo. Aparecen en el poema una serie de epítetos del dios del vino: Leneo («El de los lagares»), Bromio («El del trueno»), Semeleyo («Hijo de Sémele»), Niseo («Criado por las ninfas de Nisa»), Tioneo («Hijo de Tione», siendo éste

Líber, flor de Ariadna, Coribántico, alegre Tioneo, vuelve a nosotros: fluyan así los dulces zumos por todos los arroyos y espumee el vino en los cóncavos labios.

7

ALABANZA DE MARTE

Marte, padre de las armas, poderosísimo guerrero, sé de buen grado un dios apacible y afable, sé benigno: ojalá Citerea, libre de trabas, te abrace después de las batallas y los campos empapados de sangre [33]. Tú enrojeces con tu penacho y tu casco, tú estás hermoso en tu armadura; emites desde tu rostro brillantes resplandores con el hierro. Te protegen la coraza y el casco, no porque con ello penetre en el enemigo el miedo a ti, sino porque de tus armas surge belleza. Cuando tú has sacudido el círculo golpeado de tu escudo, brama el mundo, tiembla la tierra, ceden las aguas. Vuelve a nosotros; regresemos triunfantes a la patria: ojalá en la ciudad se celebren licenciosas Calendas en tu honor.

---

otro nombre de Sémele); se le llama también *bimater* («el de las dos madres»), aludiendo al nacimiento singular de Baco en tanto que fue concebido por Sémele pero nació del muslo de su padre Júpiter; Trietérico hace referencia a la celebración de las orgías báquicas, que eran bienales, pero por el cómputo inclusivo se llama *trietericus* («trienal») a lo que se celebra cada dos años; para «flor de Ariadna», cf. *Nupt.*, nota 61; para el epíteto Coribántico, cf. *IV Cons.*, nota 41.

[33] Citerea es Venus (cf. *Nupt.*, nota 31). Para «libre de trabas», cf. *Rapt.* III, nota 26.

8

ACERCA DE LAS FIESTAS DE JUNO

[Juno], señora del cielo, esposa y hermana del rey supremo del cielo, a la que preocupan los vínculos matrimoniales, vuelve a nosotros: ojalá tu poder atraviese del orbe...

9

SOBRE EL HIPOPÓTAMO Y EL COCODRILO

A ambas bestias las nutre el Nilo fecundo; la una devora de un mordisco, la otra relincha en el fondo de su boca.

10

ACERCA DE UN ÁGUILA QUE HABÍA EN UNA MESA DE SARDÓNICE

La mesa, a la que realza el adorno de una flor, se curva en las alas coloreadas de un águila y se forma una figura semejante: la piedra simula un vuelo sin plumas.

11

SOBRE LA NAVEGACIÓN DE ISIS

Isis [34], oh tú que ahora te has dignado aparecer repleta de nuevos frutos y no pides ayuda para los dones de Ceres (pues tú eres nuestra diosa y ni el dios mismo del silencio te niega, habiendo sabido por experiencia quién empuja tus velas: pues te favorecen el Zéfiro y el alado dios de Cilene [35]): no apartes tu pie de nuestra región.

12

ACERCA DE UN BAÑO

Tú, que deseas resplandecer con un baño deslumbrante y delicado, acércate a los baños de Póntico, de aguas célebres, como ni la madre de Alejandro las logró al caer el sol [36], aun cuando no se esparza en variada aspersión desde sus profundos asientos a través de los lugares abiertos

[34] Aunque es una diosa egipcia, su culto y sus mitos se difundieron de un modo espectacular por el mundo grecorromano desde los comienzos de nuestra era. Es en realidad un principio femenino universal: reina sobre el mar, sobre los frutos de la tierra y sobre los muertos; es diosa de la magia, preside las transformaciones de las cosas y de los seres, etc.

[35] Entendemos que «el dios mismo del silencio» es Plutón. El «dios de Cilene» no es otro que Mercurio; cf. *Rapt.* I, nota 16.

[36] El poema constituye un elogio de los baños de un tal Póntico. De ellos nos dice el poeta que son más célebres aún que los de un cierto Cayo, baños espléndidos estos últimos y, al parecer, utilizados por Julia Mamea, la madre de Alejandro Severo.

el agua de Cayo con ungüento sirio, que con ella siempre se utiliza rociado. Aquí rodea suavemente los muslos, las pantorrillas y los brazos, baña a manera de lluvia y, resurtiendo insensiblemente hasta el cuello, alcanza el olfato con un delicado olor y con un grato soplo, suave y desconocedora de la admisión de artes extrañas.

Ven aquí, oh Florente, relaja con la alegre luz la carga de tu mente y aleja las tinieblas, las que la belleza de la frente...

13

ACERCA DE LAS VINALIA [37]

¿No te agrada el vino, oh irremediable huésped? ¿Y no tienes espíritu tebano aunque dices que tus padres provienen de la alta elevación de la roca dircea [38]? Desde la cima del Nisa [39] cruzó Lieo también a través de nuestros campos y llenó los caminos de negras uvas. El padre estableció el vino para sí y desde aquel tiempo no había dejado de cultivarse esta bebida sagrada; resonó con el sonoro canto de los poetas el Mincio y la ribera vecina del río etrusco, al que no igualará el Orontes [40].

---

[37] Nombre de dos fiestas del vino, celebradas el 22 de abril, una, y el 19 de agosto, otra.

[38] Cf. *IV Cons.*, nota 110.

[39] Cf. *IV Cons.*, nota 128.

[40] Para el Mincio, cf. lo dicho en *Fesc.* II, nota 10. El Orontes es un río de Siria.

14

ACERCA DE CITEREA

Era por casualidad el tiempo de la Aurora y la cuadriga del Sol había resonado en su llegada a través del movedizo mar, cuando, mi bella Citerea, te veo acercándote y, juzgando dignos de tu grata entrada a mis umbrales, atraes contigo las rosas y las admirables delicias del dulce amomo, siguiéndote desde cualquier parte también las frondas de Palas y el laurel, que todo lo conoce. Verdean mis atrios y hunden su raíz en el primer umbral los plátanos; a la misma puerta llega el madroño. Está el árbol muy dichoso imitando los prodigios del Pindo [41], a los que no destruirá la envidia ni la tardía vejez.

Oh agradable en extremo, que te has mostrado al humilde poeta, mientras crees que la imperfección no acecha a las Camenas [42].

15

SOBRE LA ANTORCHA DE CERA

Viene Flora [43]. ¿Qué Flora? La diosa. ¿Acaso de raza latina? No lo creo. Ella fue llamada Cloris a través de los campos. Las antorchas resplandecen de noche a su llega-

---

[41] Montaña de Tracia consagrada a Apolo y a las Musas.

[42] Cf. c. *m.*, nota 81.

[43] Flora es la diosa que protege todo lo que florece. Ovidio *(Fast.* V 195 ss.) la identificó con la ninfa griega Cloris, de quien se enamoró el viento Zéfiro. Las fiestas en su honor, las *Floralia*, duran del 28 de abril al 3 de mayo, ambos inclusive.

da; pues brilla y lo alegra todo con su resplandor. La cera se debe a las abejas amigas. Que sea ella propicia, lo suplico, con mis flores y jardines, no para que yo coja miel, que no me gusta, sino para que se haga blanca cera para tal día.

16, 17, 18, 19 A, 19 B[44]

Perdidos

20

ALABANZA DE CRISTO

Hijo verdadero de Dios y anterior a todos los siglos; nacido ahora, tú, que siempre existías, creador de la vida antes de la tuya y padre de tu madre; a ti te envió desde el cielo tu padre de igual edad y te obligó, habiéndote esparcido para sembrar la palabra, a habitar el seno de una virgen, a iniciar el camino de un cuerpo estrecho y a residir en una morada pequeña, a ti, que no puede contenerte ninguna morada; tú, que viste en el inicio de tu vida todo lo que habías creado al nacer el mundo; tú mismo artesano y obra de ti mismo, que te has dignado a experimentar las duras vicisitudes de la vida, a soportar las diversas leyes de este cuerpo y a asumir la forma de hombre para poder mostrar tu divinidad, para que el resbaladizo error y la sabiduría, largo tiempo equivocada, de un mundo fal-

[44] Los títulos de estos poemas perdidos son, respectivamente: *Sobre la golondrina*, *Sobre el somormujo*, *Sobre las focas*, *Sobre un pobre singular* y *Sobre la abeja*.

so no permitieran por tantísimos siglos que el espíritu de los hombres desconociera a su creador: te sintieron tu madre, conocedora de su parto, y los atónitos temores de los animales; los magos, examinando con su inquieta mirada una estrella nueva, te vieron antes en el cielo y, siguiendo su luz, te encontraron; tú liberas a los pechos culpables, les devuelves a los cuerpos muertos sus almas escapadas y le ordenas a la vida regresar; tú penetras en los Manes con la condición de la gracia recibida y visitas inmortal los escondrijos de la muerte; únicamente para ti no fue el principio nacer y el final morir, sino que, franqueada la noche, vuelves al cielo y al padre y de nuevo apartas el contagio de la tierra purificada en una sucesión perpetua; tú eres uno solo y compañero del padre, tú espíritu inocente, uno tantas veces y único en tres nombres: ¿qué otra cosa podría creer alguien, si no es que tú, que podías devolver la vida, has sido capaz de morir por todos?

21

MILAGROS DE CRISTO

El ángel habla a María, para que, conocedora de ello, mediante su palabra conciba a Dios, quedando intacta su virginidad. Los reyes caldeos te conceden regalos anunciadores: recibe mirra como hombre, oro como rey, incienso como Dios. Cristo transforma las aguas en vino líquido; hecho esto por primera vez, muestra que él es Dios. Cinco panes, dos peces sacian a cinco mil hombres y Dios ordena que partiendo de poco sobre más aún. Un hombre venido al mundo ciego desde el vientre de su madre percibe la extraña claridad y se maravilla de haber logrado ver la des-

conocida luz. Lázaro se levanta de su tumba cuando Cristo lo llama en voz alta y desaparece anulada la ley de la inflexible muerte. Las olas baten a Pedro vacilante, al que Cristo en alta mar le afirma con la diestra sus pasos y con la voz su fe. Una mujer toca exangüe la vestimenta de Cristo: subsiste la sangre en sus venas, su fe es su remedio. A una orden suya un paralítico anda tras muchos años, portador él mismo (admirable) de su propio lecho.

22

Marco, que ama a un muchacho, simula amar a su hijo y quiere ser llamado padre el que no sabe ser padre; oculta lo ilícito con el afecto paterno y el amor con el amor: la ternura se queja de ser protección del delito. «Hijo» oye el día, la noche y el lecho oyen «amigo» y le cambia el nombre según el momento. Necio, ¿qué no le dice Cintia [45] a su ignorante hermano? ¡No creas que los actos dignos de la noche se le ocultan al día!

23

Todo muchacho es su hijo. Desde el primer umbral es hijo; a partir del lecho comienza a ser muchacho.

24

Ese campo tiene un precio barato.

[45] La Luna. Cf. *Gild.*, nota 50.

POEMAS GRIEGOS

GIGANTOMAQUIA

I

Si un día, cuando navegaba por el sombrío mar y me asusté en mi corazón de las perturbadas profundidades del ponto, me vino al pensamiento suplicar a los dioses marinos y, habiendo volado mi voz, se apaciguó la tempestad provocada por el viento, cesó el rugido del huracán y el marinero se regocijó al ver que la ayuda de un gran dios se hacía presente, así también ahora, Didimeo [1] —pues tú eres dios del canto—, te pediré una serena arribada de elocuentes palabras. Seme propicio y escúchame ya que, siendo tú benévolo, es menos el temor a causa de mejores esperanzas. Pues como ya el mar de la ciudad de Alejandro se ha extendido por todas partes, las innumerables olas de multitudes se agitan las unas contra las otras y yo, miserable poeta, habiéndome confiado en la nave del Helicón como marinero cultivador de las Musas, me dirijo hacia la recompensa y llevo poesía por equipaje. Y si los elogios

[1] Epíteto de Apolo, quien tenía un templo y un oráculo en Dídima, lugar próximo a Mileto.

favorecieran a mis cantos por voluntad de vosotros los dioses siendo propicios...

II

[Otro, blandiendo un pino delante del poderoso Zeus [2],] lo lanzaba hacia el anchuroso [cielo] hostilmente contra la divinidad y el árbol arrojado se convertía todo en ceniza tras haberse encontrado con un rayo. Otro se detiene enfrente de Helios [3], amenazándolo con asirlo, mirando su luz con torvas pupilas; a él le lanzó el Titán un rayo y le obnubiló sus ojos sombríos. Insensatos, en absoluto conocían el fin del fragor del combate, sino que, tras haberse desplomado, eran sepultados por los mismos dardos que llevaban.

Un gigante, sintiendo sed (quería beber el agua que fluye a oleadas), extendió muy lejos hacia un río su anchurosa garganta, absorbía todo el líquido de la corriente que rodaba y, acomodándose en la desembocadura del río que iba consumiendo, recibió la abundante agua hasta sus fuentes. Y otro a su vez, habiéndose dejado caer inclinado hacia delante a las olas del mar, bebía el agua con su boca; corría con ruido por su garganta la ola salada de Nereo [4] resbalando barbilla abajo. Bebiéndose el fondo y haciendo desaparecer el agua, la gran profundidad fue despojada, y el mar se convirtió en tierra firme.

Delante de la virgen Atenea, de ojos brillantes, luchaban dos hijos de Gea. El uno llevaba la cima de un monte, el otro por su parte alzaba una enorme piedra que había

---

[2] Este verso es conjetura de Birt.

[3] El Sol, mencionado a continuación como el Titán.

[4] Cf. *Ruf.* I, nota 51.

cogido. Y a ellos la diosa que blande la lanza los mató no con una misma muerte. Pues a través del pecho de uno hizo pasar su lanza de madera de fresno. Al otro le mostró luego la cabeza de la Gorgona [5] hecha de piedra en su escudo abombado; y cuando la vio, encadenado en sus miembros quedó inmóvil, semejante a la piedra que llevaba en sus manos.

Y Cipris [6] ni dardo ni arma portaba, sino que llevaba su belleza. Pues habiéndose colocado ante los ojos el brillante espejo, en primer lugar separó con un partidor sus cabellos sueltos y sujetó sus entrelazadas trenzas con apretada cinta, pintó con afeites los encantadores lagrimales de sus ojos y, habiendo aflojado las finas costuras de su aireada túnica, no ocultó bajo sus vestidos las flores de sus rosados senos, armada para la caza de las miradas. Pues ella tenía sus trenzas como casco, como lanza su pecho, su majestad como dardo, como escudo su belleza, como armadura sus miembros, alivio en los sufrimientos. Y si alguno le echaba una mirada, era cautivado y, dejando caer de su mano el dardo, perecía por la hermosura de Cipris como por un venablo de Ares.

Y todo lo envolvían las tinieblas de la muerte. Sin embargo Tifeo se alzó enfrente de Poseidón. El dios del mar le hirió el pecho con su tridente y Zeus la cabeza con un rayo.

Pero Encélado no cesaba en la lucha; cogió una isla arrancada de raíz con sus ciudades, sostenida con sus montañas y, profiriendo terribles amenazas, se situó delante de Zeus. Amenazaba con desgarrar toda la tierra en sus

[5] Cf. *Ruf.* I, nota 75, y *Rapt.* II, nota 12.

[6] Sobrenombre de Afrodita, pues a ella la recibieron en Chipre las Horas después de su nacimiento.

entrañas, con trastornar el cielo y derribar la morada de Zeus. Tales amenazas había proferido. Su madre le excitó el vigor a él que, habiéndola alzado, llevaba como dardo la isla; ésta, al levantarse, ocultó la luz del sol y en ella había árboles, ríos, fieras y pájaros.

Y entonces una cólera inmensa agitó al soberano de los dioses. Pues hendió con relámpagos las nubes y juntamente con sus rayos hacía caer sin cesar sobre Encélado una lluvia de fuego (quería aniquilarlo). Y aquél saltó encendido de en medio del ponto. A su alrededor el mar borboteante hervía terriblemente agitándose como en torno a Tera [7]. Y no se calmaba el hijo de Crono y, habiendo arrancado de la tierra de Licaonia una roca, la colocó sobre el funesto gigante, mostrándose irresistiblemente encolerizado. Se precipitó sobre éste una isla que él mismo lanzó al cielo. Juntamente con el fuego y el sufrimiento atormentan a los abominables gigantes.

EPIGRAMAS

I [8]

Seme propicio, querido Febo: pues tú, lanzador de rápidas flechas, fuiste herido por los dardos de Eros, que avanzan velozmente.

---

[7] La isla de Tera, la actual Santorini, formaba parte del cono de un antiguo volcán. Hacia 1530 a. C., sus habitantes tuvieron que abandonar sus hogares bajo la amenaza de una erupción volcánica, que se produjo e hizo saltar en pedazos gran parte de la isla. En cuanto a Licaonia, mencionada a continuación, es una región de Asia Menor. Por último, los vv. 76 y 77 presentan problemas textuales; pensamos que el sujeto de «atormentan» puede ser «los partidarios de Zeus», «los dioses».

[8] *Anth. Pal.* V 86.

II[9] (III)

A UNA ACTRIZ DE PANTOMIMA QUE HABÍA ENVEJECIDO Y SE EMBELLECÍA, ES DECIR, SE EMBADURNABA CON LOS MAQUILLAJES DE LAS MUJERES

La cortesana, lanzando gritos de alegría en las danzas que se acompañan de castañuelas, tañe el doble bronce en agitados movimientos. Desea ocultar su cabellera blanca, vecina de la Moira[10]; el resplandor de su mirada se acentúa con inútiles brillos y su descolorido pudor le pintaba un fingido rubor, tras haber rodeado ella de un falso esplendor sus ceñidos senos.

III[11] (II)

A UN ESCLAVO QUE FUE AZOTADO DELANTE DEL POETA POR NO HABERLE DADO UN ASIENTO EN UN RECITAL

En el vestíbulo del Helicón se encontraba de pie un esclavo que llevaba sobre sus espaldas un asiento de patas de bronce y no quería darme a mí, que estaba fatigado,

---

[9] *Anth. Pal.* IX 139 = III *ap.* Birt.

[10] La ley inflexible del destino. A partir de la epopeya homérica se desarrolló la idea de tres Moiras, que en latín se conocen con el nombre de Parcas (cf. *Ruf.* I, nota 44).

[11] *Anth. Pal.* IX 140 = II *ap.* Birt.

este sostén de la lectura de los versos. Por ello la ingeniosa necesidad armó mi entendimiento.

IV [12]

A UN TROZO DE HIELO QUE TENÍA DENTRO AGUA

El cristal de nieve, trabajado por la mano del hombre, mostró la variada imagen del universo intacto: el cielo reteniendo con un abrazo al mar resonante en el interior.

V [13]

A LO MISMO

Ea, pedazo de hielo, dime qué Bóreas endureció al agua solidificada en piedra o qué Noto la licuó.

VI [14]

AL SALVADOR

Oh tú, que guardas el sabio parto del fuego eterno, entronado sobre el destino cíclico del universo, Cristo, fuente vivificadora de la existencia dictada por la divinidad, palabra primigenia de Dios, tu padre inefable; tú que, des-

[12] *Anth. Pal.* IX 753.
[13] *Anth. Pal.* IX 754.
[14] *Anth. Pal.* I 19.

pués de la fecunda carga del parto materno y de la procreación, cumplida por sí misma, de un himeneo no consumado, tras haber detenido el demente furor de la raza asiria y habiendo puesto fin a los falsamente llamados ritos de vanos ídolos, ascendiste al broche de siete zonas del cielo, sentado en angelicales y misteriosas alas: seme propicio, ojo venerable de Dios creador de todo, guardián de la vida, salvador de los mortales, señor de la eternidad.

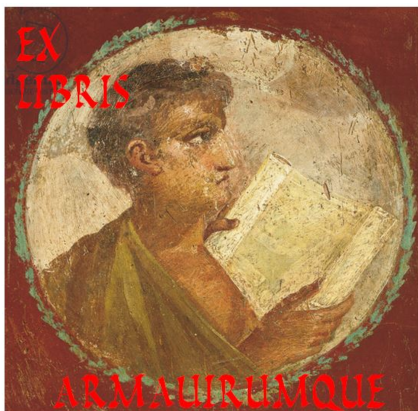
VII [15]

AL SEÑOR CRISTO

Recientemente revelado, señor del cielo, nacido hace tiempo, hijo recién nacido, siempre existente y preexistente, el primero y el último, Cristo, coetáneo con tu padre inmortal, del todo semejante a él.

---

[15] *Anth. Pal.* I 20.

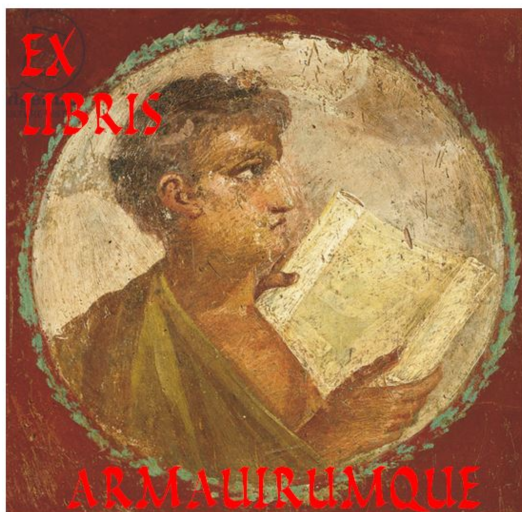


ÍNDICE DE NOMBRES *

18 = Eutr. I
19 = Prefacio *Eutr.* II
20 = *Eutr.* II
21 = *Stil.* I
22 = *Stil.* II
23 = Prefacio *Stil.* III
24 = *Stil.* III
25 = Prefacio *Get.*
26 = *Get.*
27 = Prefacio *VI Cons.*
28 = *VI Cons.*
I pref. = Prefacio *Rapt.* I
I = *Rapt.* I
II pref. = Prefacio *Rapt.* II
II = *Rapt.* II
III = *Rapt.* III
c. m. = *Carmina minora*
app. = Apéndice de poemas espurios o dudosos
Gig. = *Gigantomaquia* (griega)
Epig. = *Epigramas* (griegos)

* Los números en cursiva se refieren a las obras, de acuerdo con la tabla de equivalencias que figura al principio del *índice.*

ÍNDICE GENERAL


EX
LIBRIS
ARMAUIRUMQUE